

EL CORAZÓN DE MI SOMBRA

KRIS BUENDIA

CONTENIDO

EL CORAZÓN
SERIE PÉTALOS DE SANGRE
PLAY LIST
Kris.
Prólogo
Molly
En el presente
Capítulo 1
Molly
Capítulo 2
Paolo
Capítulo 3
Molly
Capítulo 4
Paolo
Capítulo 5
Molly
Capítulo 6
Molly
Capítulo 7
Capítulo 8
Molly
Capítulo 9
Paolo
Capítulo 10
Molly
Capítulo 11
Paolo
Capítulo 12
Molly

Capítulo 13
Paolo
Capítulo 14
Molly
Capítulo 15
Molly
Capítulo 16
Paolo
Capítulo 17
Molly
Capítulo 18
Molly
Capítulo 19
Paolo
Capítulo 20
Molly
Capítulo 21
Molly
Capítulo 22
Paolo
Capítulo 23
Molly
Capítulo 24
Molly
Capítulo 25
Molly
Capítulo 26
Paolo
Capítulo 27
Molly
Capítulo 28
Paolo
Capítulo 29
Molly
Capítulo 30
Molly
Capítulo 31

Molly
Capítulo 32
Paolo
Capítulo 33
Molly
Capítulo 34
Molly
Capítulo 35
Paolo
Capítulo 36
Paolo
Capítulo 37
Paolo
Capítulo 38
Molly
Capítulo 39
Molly
Capítulo 40
Paolo
Capítulo 41
Molly
Capítulo 42
Molly
Capítulo 43
Paolo
Capítulo 44
Molly
Capítulo 45
Paolo
Capítulo 46
Molly
Tres meses después
Epílogo extra
Paolo
FIN
Antonio
LA DEVOCIÓN

SERIE PÉTALOS DE SANGRE
Capítulo 1
AMIGOS ALIADOS DE LA MAFIA DE LONDRES:
AMIGOS ALIADOS DE LA BRATVA:


PÉTALOS
DE SANGRE
VI
TUYO_
EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA

Copyright © 2025 Kris Buendia.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.
1ra Edición
FEBRERO 2025
EL CORAZÓN DE MI SOMBRA. LIBRO 6.
Serie Pétalos de sangre
Diseño y Portada: Kaos Studio 28.
Maquetación y Corrección: Kaos Studio 28.

EL CORAZÓN
DE MI SOMBRA

LIBRO 6

SERIE PÉTALOS DE SANGRE



KRIS BUENDIA

Nota de autor



Querido lector, No sé si sabes, pero escribo libros que son bastante oscuros y algunos temas pueden ser muy sensibles para ti. Sabes que intento que te la pases bien leyendo mis historias, pero quiero que sepas que esta no es una novela común de romance oscuro. En ella encontrarás temas fuertes como: Atracción fatal, torturas muy explícitas, asesinatos a sangre fría, escenas eróticas muy detalladas, estrés post traumático, entre otros. Por favor, si este no es tu libro, no lo leas.
Así que lee bajo tu propio riesgo de perderte en cada una de las líneas y enamorarte de MI SOMBRA.

Este es el sexto libro de la serie PÉTALOS DE SANGRE. El cual se puede leer de forma independiente, pero para disfrutar la serie mejor, te aconsejo leas en orden en un futuro los libros que siguen.

Palabras que pueden encontrar y que quizás no sepas su significado.

Piccola – Pequeña en italiano.
Vita mia – Vida mía en italiano.
Capo – subjefe de la mafia italiana.
Cosa Nostra – nombre que se le da a una organización de mafia italiana.
Bratva – nombre que se le da a una organización de mafia rusa.
Malysh – малыш. Sustantivo bebé. Apodo en ruso para llamar "cariño"
Kostya – Diminutivo del nombre ruso Konstantin.
Pakhan – Líder de la mafia rusa.

PLAY LIST

FORNEVER – TEFLON SEGA
BLACK MIRROR – SOPHIE SIMMONS
ALL I FEEL IS YPU – THE BROKEN VIEW
BREAK MY BONES – MATT HANSEN
THE LONELIEST – MANESKIN
PART GODDESS PART GANGSTER – MADALEN DUKE
CHAMPAGNE – LIA MAIRE JOHNSON
COURT TO FIVE -BLVKES
ALWAYS BEEN YOU – CHRIS GREY
DON´T KNOW WHAT YOU GOT (TILL IT´S GONE) – CINDERELLA
ARCADE – DUNCAN LAURENCE
TELL ME – ORKA
SOUVENIR – SELENA GOMEZ
KILLING ME SOFTLY – LAURYN HILL
THE FIGTH WITHIN – MEMPHIS MAY FIRE
ALL I NEED – WHITIN TEMPTATION
PRINCIPLES OF LUST – ENIGMA
21 GUNS SALUTE – CATCH YOUR BREATH
THE DAY I RUINED YOUR LIFE – BOSTON MANOR
I NEED HELP – NERV
OBLIVION – HALFLIVES
SAID & DONE – BAD OMENS
SHEMELESS – CAMILA CABELLO
OLDER – ISABEL LAROSA
TATTOO – LOREEN
GHOSTIN – ARIANA GRANDE



El amor más oscuro es el que te consume sin piedad.

KRIS.

Molly

Nunca imaginé que el día más feliz de mi mejor amiga se convertiría en una pesadilla… y que esa misma pesadilla sellaría mi destino. Primero, se llevaron a la novia. Luego, estalló el caos. Y en medio de todo, una sombra me envolvió con su calor, protegiéndome de algo que no alcanzaba a entender. Él no era mi héroe. No era mi salvador. Era solo un desconocido con una presencia oscura y peligrosa… una presencia que no pude olvidar.

Pensé que esa noche quedaría atrás. Hasta que fue mi turno de casarme. Y el prometido de mi mejor amiga… ahora es el mío.

Paolo



Si la hubiera visto primero, no habría existido un "después". Habría sido ella. Siempre ella. Pero las cosas no salieron así. Mi matrimonio con su mejor amiga era un simple acuerdo de negocios, un trato frío y sin emociones.

Hasta que todo se vino abajo.

Ahora, ella lleva el anillo que nunca le perteneció a otra. Ahora, es mi turno de tomar lo que realmente quiero. Y lo haré, sin importar el costo. Porque Molly no es solo una mujer, es un capricho que se me metió en la sangre desde el momento en que la sostuve en mis brazos.

Y cuando deseo algo, no lo dejo escapar. Ese diamante ya es mío.


EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA

PRÓLOGO



MOLLY

Un año atrás

El estruendo del cristal rompiéndose, mezclado con los gritos de los invitados, me ensordece, pero lo único que puedo percibir es el cuerpo de él cubriéndome.

La fuerza con la que me envuelve no proviene del miedo ni desesperación, sino de una extraña calma. Es como si ya supiera lo que iba a suceder. Como si lo hubiera anticipado.

Mi cabeza late por el golpe, y aunque mi visión está borrosa, veo claramente la frialdad en sus ojos mientras los casquillos caen a su alrededor. ¿Por qué no se altera? Esta es su boda, después de todo. Su novia, mi mejor amiga, acaba de ser raptada, y él está aquí, protegiéndome. La sensación de su peso sobre mí, la manera en que su cuerpo me envuelve, se siente segura, pero también ajena, como si yo no fuera la persona a la que debería estar protegiendo.

Todo el caos a mi alrededor se vuelve un murmullo distante cuando él me habla, su voz baja y ronca cargada de poder, su acento italiano haciéndome temblar.

—No te muevas —susurra cerca de mi oído, casi como una orden que no puedo desobedecer—. Todo acabará pronto.

—Vamos a morir —murmuro, incapaz de evitarlo. Mis labios están tan cerca de su piel que casi puedo sentir su calor.

Él me mira, y sus ojos me cortan el aliento. Verdes, con un toque de azul y destellos dorados, como si fueran joyas incrustadas en su rostro. Son los ojos más hermosos que he visto nunca, y en medio de esta locura, me pregunto por qué no había notado antes lo intensos que son. Se sienten como una promesa y una amenaza al mismo tiempo.

—Nadie va a morir hoy, especialmente tú —su voz firme me hace sentir un escalofrío en la columna.

Especialmente tú.

No soy nada especial. Pienso.

Quiero reírme, pero no por diversión. La ironía de la situación me golpea. No es su tono lo que me hace sonreír, sino el hecho de que está diciendo todo esto con tal seguridad en su propia boda destrozada.

—¿Por qué estás tan seguro? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—Porque para que eso ocurra, *Vita mia*, primero tendrán que matarme a mí. Y hoy no tengo planes de morir.

Vita mia.

Es extraño cómo, a pesar de las balas y el peligro, todo parece detenerse por un momento. La gente sigue agachada en el suelo, escondiéndose, pero yo solo puedo mirarlo a él. Él no parece furioso, ni siquiera molesto, como si el hecho de que su prometida haya sido secuestrada fuera apenas un inconveniente en su agenda.

Mis ojos se deslizan por el salón, buscando alguna señal de mis padres. Los veo, acurrucados bajo una mesa, con nuestros guardaespaldas a su lado. Están a salvo. Y por alguna razón, eso me calma más de lo que debería.

—¿Estás bien? —le pregunto, aunque debería ser al revés.

—Se necesita más que esto para lastimarme —responde sin emoción, como si no importara en absoluto.

Me rio, a pesar de mí misma, una risa nerviosa que apenas puedo controlar. Siempre hago esto cuando estoy asustada. Es una defensa estúpida, pero no puedo evitarlo.

—Lo siento…— murmuro— me he dado un golpe fuerte en la cabeza…

Él me mira con una ligera confusión, como si mi risa no encajara con el momento. Ladea la cabeza, observándome con una mezcla de curiosidad e incredulidad.

—¿Cuál es tu nombre?

Sé lo que está intentando hacer, distraerme de la situación.

—Molly.

—Molly —repite mi nombre, su acento impregnándolo de una calidez que no esperaba. Mi nombre nunca había sonado tan bien.

Tacha eso, no debería pensar así. Él es un maldito *gánster* de la cosa nostra, un maton, un hombre peligroso.

Siento el mareo venir de nuevo, esta vez más fuerte. La adrenalina se está desvaneciendo, y el golpe en mi cabeza empieza a hacer estragos. Todo comienza a oscurecerse.

—Creo que estás a punto de desmayarte —dice, su voz es lo último que escucho antes de perder el conocimiento. —Cierra los ojos, Molly.

EN EL PRESENTE

Eso fue lo último que recuerdo con claridad de ese día. Cerré los ojos.

Ahora, cada vez que cierro los ojos, veo los suyos. Incluso cuando el miedo me invade por razones que no tienen nada que ver con ese momento, los veo. Sus ojos, esos destellos de verde y dorado, se han quedado grabados en mi mente, como una especie de promesa. No sé qué tipo de promesa, pero está ahí, constante, presente.

Mis traumas no vienen de ese día. Mis heridas, las más profundas, son de mucho antes. Secretos que guardo, que jamás podría decir en voz alta. Nadie los entendería, ni mis padres. Ellos están demasiado ocupados con sus propios asuntos, con el poder y el dinero.

Porque en nuestro mundo, eso es lo único que importa. Mi padre tiene el dinero, pero no el poder, y eso lo hace vulnerable. Y si no me caso pronto, habrá problemas.

Sé que no puedo elegir a mi futuro esposo. Eso lo comprendí desde pequeña. Crecer en una familia como la mía no deja lugar para ilusiones románticas. Ya no tengo que preocuparme si mi prometido es guapo, cariñoso, poderoso, si tiene dinero o si tiene… esos ojos como los del ex prometido de mi mejor amiga.

¿Por qué?

Bueno, ya no es el prometido de mi mejor amiga…ahora es el mío.

CAPÍTULO 1



MOLLY

—*Ciao, ciao* —me despido de mi público invisible con una sonrisa, inclinándome levemente hacia la cámara antes de apagarla. El video de hoy ha sido largo, y con suerte, lo suficientemente interesante para mis suscriptores. Me espera una larga noche de edición, pero estoy acostumbrada; me gusta asegurarme de que cada detalle sea perfecto.

Si pensaste que soy algún tipo de influencer, no podrías estar más equivocado. Es algo mucho más interesante... aunque mis padres no estén precisamente orgullosos de ello. Pero, ¿qué saben ellos sobre aventuras reales? Sólo entienden de contratos y reuniones. Hablando de ellos, será mejor que deje la cocina impecable antes de que vuelvan de su interminable viaje de trabajo.

—Está delicioso—Antonio me elogia siempre. Podría darle una piedra decorada comestible y diría lo mismo.

—Que seas mi guardaespaldas no quiere decir que te guste todo lo que haga, esta bien que me critiques una vez, no pasa nada.

El hombre mayor de ojos azules me mira y se ríe. Apenas, si levantar una ceja es sonreir.

—Cuando hagas algo que no me guste te lo diré, Molly.

Y con eso, se levanta del taburete, lava su plato como siempre lo hace y se va.

—No te quedes despierta hasta tarde—me grita por el pasillo y yo resoplo.

Mientras limpio los restos de harina y chocolate del mostrador —resultados de mi experimento no tan fallido con macarons—, mi mente comienza a divagar. Es casi el cumpleaños de mi madre. Eso significa que esta mansión, normalmente tranquila, se convertirá en un caos absoluto. Las fiestas de mi madre no son simples reuniones familiares; son espectáculos dignos de la portada de una revista, llenas de gente que no recuerdo haber conocido pero que aseguran ser “viejos amigos de la familia.”

Lo único bueno de estas celebraciones es que siempre me obligan a salir de la rutina. Mañana tendré que conseguirle un regalo, algo especial, digno de la imponente señora Valentini. Ya tengo algo en mente. Hace unos días, mientras paseaba por el centro con mi mejor amiga, Gema, vi un brazalete en la nueva joyería de lujo que acaba de abrir en la ciudad. No es cualquier joyería; sus piezas son tan únicas como costosas, pero eso no es lo que realmente la hace especial. Es el dueño.

Bueno, no es como si lo conociera personalmente, pero hay algo en él que no puedo dejar de notar. Elegante, misterioso y con un aire de alguien que no pertenece del todo a este mundo. Su presencia es tan magnética como las piezas que crea. No me sorprendería que estuviera escondiendo algún secreto oscuro. Tal vez esa es mi imaginación trabajando horas extra, pero, ¿quién puede culparme?

Sacudo la cabeza, intentando concentrarme en mi tarea. No es momento de pensar en joyas ni en hombres intrigantes. Primero tengo que asegurarme de que mi plan funcione. Estoy decidida a conseguir ese brazalete para mi madre, cueste lo que cueste.

Dejo el trapo en el fregadero y me dirijo a mi habitación. Al pasar por el pasillo, mi reflejo en el espejo me detiene por un momento. Mi cabello está revuelto y mi cara tiene rastros de harina. Suspiro. Mi cabello bien podría ser de oro, no solo por el color, sino por las horas que mi madre me obliga a estar en el salón cada dos semanas. Perfectas hondas, perfecto tono, la

suavidad necesaria y huele de maravilla ahora con el chocolate en polvo sobre el, ahora mismo lo llevo en un moño desordenado, algo que solo puedo hacer cuando mi madre no está en casa. Mis ojos azules como dos diamantes filosos esconden algo más que mis tecnicas secretas de cocina, pero eso lo reservo solo para mí.

Ya en mi cama, me dejo caer con el móvil en la mano. Le enviaré un mensaje a Gema para ver si quiere acompañarme mañana. Después de todo, las aventuras son más divertidas cuando tienes a tu mejor amiga a tu lado.

—¿Qué opinas, Gema? —susurro al escribir el mensaje. "Mañana, joyería nueva, plan de mejores amigas. ¿Vienes?".

Presiono enviar y me cubro con la manta. Mañana será un día largo, pero de alguna forma, sé que no será sólo por la fiesta de mi madre. Hay algo en el aire, una sensación de que algo fuera de lo común está por suceder.

Por ahora, cierro los ojos. La noche es joven, y el misterio está sólo comenzando.



El sonido de mis tacones resuena sobre el mármol del vestíbulo mientras espero a que Gema baje. Su mansión siempre me ha parecido acogedora, aunque ahora parece estar invadido por el caos de un bebé: un cochecito último modelo está estacionado junto a la puerta, hay un gimnasio para bebés desparramado en el centro del salón, y una torre de pañales ocupa un rincón entero.

Finalmente, aparece en la escalera con Kian en brazos, envuelto en una manta azul que apenas deja asomar su cabecita. Gema se ve hermosa, aunque sus ojeras delatan las noches sin dormir.

—Gracias por venir temprano —dice, balanceando suavemente a Kian mientras se ajusta el bolso al hombro—. Este pequeño dictador no me dejó dormir más de tres horas.

—No hay de qué. Además, ¿cómo podría resistirme a ver al futuro heredero Romanov? —respondo, acercándome para acariciar la cabecita del bebé.

Gema pone los ojos en blanco, pero no puede evitar reír.

—No me hagas empezar. Kostya ya está convencido de que Kian va a ser el próximo gran hacker de la familia. Aunque espero que saque más de mí que de su padre.

Sí, ella es una ingeniera química o algo peor, hace bombas, bombas reales, de las que matan gente. Mi mejor amiga es una genio, lo sé. Si algun día necesito una bomba sabré a quién recurrir.

Miro al bebé. Sus ojos, de un azul intenso, me miran fijamente, y por un momento me quedo sin palabras. Tiene esa intensidad casi sobrenatural que parece ser un sello distintivo de los Romanov. Intento imaginar cómo será cuando crezca: alto, imponente, con ese aire intimidante que su padre lleva tan bien. Y, probablemente, igual de jodidamente loco.

Nos dirigimos a una cafetería cercana, una de nuestras favoritas. El aroma a espresso recién hecho me recibe apenas cruzamos la puerta, y el lugar tiene esa mezcla perfecta de intimidad y estilo. Gema se acomoda en una mesa mientras yo pido dos capuchinos y un croissant.

Desde luego sus guardaespaldas y los míos están sentados estratégicamente en otras mesas para no asustar al personal.

—¿Te das cuenta de lo surrealista que es esto? —digo, colocando los cafés sobre la mesa

mientras Gema acomoda a Kian en el porta bebés al lado suyo—. Hace un tiempo, estábamos planificando escapadas espontáneas a los clubs nocturnos de los rusos. Ahora tú tienes un bebé con un ruso y no cualquiera, el hermano menor del Pakhan.

Sonríe al ver a Kian, tiene apenas unos meses de nacido, pero el tiempo avanza y no se detiene.

—La vida cambia rápido, Molly —responde, suspirando—. Y no siempre tienes mucho control sobre hacia dónde vas.

Apenas llevamos unos treina minutos poniendonos al día cuando Kian empieza a quejarse, y Gema lo balancea con delicadeza mientras revisa su móvil. Apenas lo desbloquea, su expresión cambia. Frunce el ceño y se lleva una mano al cabello, claramente molesta.

—Lo siento muchísimo, pero tengo que irme. Kostya me acaba de escribir. Algo sobre... ya sabes, asuntos familiares.

—¿Todo bien? —pregunto, aunque sé que con los Romanov, “bien” nunca es algo simple.

—Sí, sí, nada grave. Pero tengo que irme ya.

La ayudo a recoger sus cosas mientras ella coloca a Kian en el cochecito con movimientos rápidos y eficientes. Me despide con un abrazo apresurado antes de desaparecer en un coche negro que parece haber surgido de la nada junto al ejercio que la cuida.

Me quedo allí un momento, observando cómo el vehículo desaparece en la esquina. No tengo idea de qué clase de asuntos serán, pero es mejor no preguntar. Gema siempre me ha dicho que entre menos sepa, mejor para todos.

Respiro hondo y decido no dejar que esto arruine mis planes.

—¿Todo bien, señorita?

—Ya te dije que me llames por mi nombre, Antonio—le digo a mi guardaespaldas y conductor de confianza, bien podría ser mi padre, me ha visto crecer y sabe guardar secretos que no ponen en riesgo mi seguridad. Lo considero mi mejor amigo, aunque él lo niegue.

Subo al coche y Antonio conduce hacia la joyería.

—El brazalete le encantará a tu madre, ya verás.

—Eso espero. He esperado toda la semana para esto, y no pienso volver a casa sin ese brazalete.

Antonio se ríe y arrugas se forman alrededor de sus ojos. Otro coche nos sigue con los otros guardias, es una regla que debo tomar cuando mis padres no estan en la ciudad. No soy una princesa de la mafia ni mucho menos, pero es el mundo que me rodea desde pequeña y con lo que pasó hace cuatro años cuando cumplí dieciocho, no discutiré mi seguridad de nuevo.

Antonio se culpa, lo puedo ver en sus ojos, tiene esa mirada de padre sobreprotector, de hecho me protege más que mi propio padre y más que dolerme, solo me hace apresiar su presencia cada vez más.

—¿Será una fiesta grande? —pregunta, sacandome de mis propios pensamientos.

—Eso ni lo dudes.

—¿Cocinarás para este viejo?

—Tampoco dudes de eso, abuelo.

Gruñe, quejandose del apodo.

—No estoy tan viejo, *pequeña traviesa*.

Ahora soy yo quien se ríe.

—Es tu culpa. —le recuerdo.

El auto se detiene y antes de que baje del auto para abrirme la puerta me dice:

—¿Y ahora qué hice?

Mientras lo veo bajarse, me abre la puerta del auto y me ayuda a salir entregandome mi bolso como le gusta hacerlo siempre.

—Tú me pediste que no te dijera tío, o papá ¿recuerdas? Creo que abuelo te queda bien. Porque eres un amargado.

—No soy amargado.

—Sí, tendremos esta conversación sobre lo que te queda bien en otro momento, vamos.

Cuando llego, me encuentro con una fachada que parece sacada de una película: mármol negro y un cartel dorado que brilla bajo el sol. Luce di Vita, se lee en letras elegantes. Suena sofisticado, exclusivo, exactamente lo que esperaba.

Antonio empuja la puerta y un suave tintineo anuncia mi llegada. El interior es igual de impresionante: vitrinas de cristal iluminadas con luces cálidas que hacen que las piezas parezcan flotar. Allí está el brazalete que vi hace días, descansando sobre un cojín de terciopelo, más hermoso de lo que recordaba.

—Bienvenida a Luce di Vita. ¿En qué puedo ayudarla?

La voz viene de detrás del mostrador. Levanto la vista y me encuentro con el vendedor. Su traje es tan elegante como la joyería, con un aire tranquilo y misterioso que resulta casi hipnótico. Me toma un segundo demasiado largo responder.

—Estoy interesada en el brazalete de zafiros que tienen en exhibición. Es un regalo para mi madre.

Sus ojos me recorren con discreción antes de asentir. Con movimientos precisos, saca una llave diminuta de su bolsillo y abre la vitrina. Mientras coloca el brazalete sobre el mostrador, siento que algo cambia en el aire. Este día empezó como cualquier otro, pero ahora tengo la extraña sensación de que estoy a punto de cruzar una línea de la que no hay vuelta atrás.

Antonio camina detrás de mí con la postura tensa de siempre. Sé que parece un hombre de hierro, pero su habilidad para notar cualquier cosa fuera de lugar es casi sobrehumana.

Frente a mí, el brazalete de zafiro resplandece bajo la luz cálida de los focos. Es exactamente lo que estaba buscando para mi madre: elegante, majestuoso, y con un diseño que sé que amará. Inclino la cabeza para observarlo de cerca, pero algo me detiene. Un escalofrío recorre mi espalda. No sé qué es, pero siento esa opresión en el pecho que siempre precede a algo malo.

Levanto la vista y los veo entrar: dos hombres de traje oscuro, con una energía que grita peligro. Sus ojos se fijan en mí, como si me hubieran estado buscando.

—Antonio… —mi voz apenas es un susurro, pero no necesito decir más.

Él ya los ha visto. Su postura cambia, su cuerpo se mueve casi imperceptiblemente para colocarse entre ellos y yo.

Entonces, todo sucede en cuestión de segundos. Uno de los hombres saca un arma y apunta al vendedor detrás del mostrador.

—¡Dame todo lo que tengas! ¡Rápido!

Mi corazón se acelera, pero no grito. Me quedo inmóvil, pegada al vidrio de la vitrina, mientras Antonio se coloca frente a mí como un escudo humano. Quieren robar, no hacerme daño, es lo que me repito, pero ellos me han visto, yo les he visto. No son ladrones comunes, no usan mascaras, quieren que los vean.

Y uno de ellos, el que no tiene el arma me está mirando y le gusta lo que ve.

—¡Retrocede! —gruñe Antonio, su voz como un trueno apuntando con su arma antes de que el ladron saque la suya y nos apunte.

El hombre apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que Antonio se lance sobre él con una velocidad que no parece real. El arma cae al suelo con un estruendo metálico, y el sonido de un golpe seco le sigue cuando Antonio lo desarma.

El segundo hombre intenta disparar su propia arma, pero no llega a hacerlo. Otro cuerpo se mueve en mi periferia, ágil como un rayo, y lo derriba antes de que pueda reaccionar.

Silencio.

Completo silencio.

Alguien se agacha cerca de mí, una mano firme rozando mi brazo para asegurarse de que estoy bien. Cuando levanto la vista, mis ojos se encuentran con los de él.

Paolo Santoro.

Su rostro, aunque perfecto como siempre, está marcado por una sombra de preocupación, como la ultima vez que me protegió de que algo malo me pasara. Tiene esa misma mirada, lo sé porque la veo cada noche en mi cabeza antes de dormir.

Me tranquiliza.

—Lamento mucho tener que volver a encontrarnos de este modo, señorita Valentini. —su voz es suave, casi un susurro, pero firme.

Intento recuperar el aliento mientras asiento.

—Señor Santoro…

—Dime Paolo.

—Paolo…

Él me ayuda a ponerme de pie con una elegancia natural, mientras Antonio, ya habiendo inmovilizado a ambos hombres, se asegura de que el lugar esté seguro.

—Por aquí —dice Paolo, señalando una puerta discreta al fondo de la tienda.

Otros guardias sacan a los hombres, ahora inconcientes y todo vuelve a la normalidad, incluso la música del fondo, el vendedor retomando su postura arreglando su corbata, me sonríe.

Santa mierda.

Me lleva a una oficina privada, diseñada con el lujo que esperarías de un lugar como este. Muebles de cuero negro, estanterías de madera oscura, y una bandeja con copas y una botella de licor en el centro. Paolo sirve una copa y me la tiende, sus ojos buscándome, asegurándose de que estoy bien.

—Tómate un momento para calmarte —dice, mientras Antonio se mantiene cerca de la puerta como un guardián silencioso.

Bebo un sorbo, dejando que el calor del licor baje por mi garganta mientras intento procesar lo que acaba de pasar.

—No esperaba que mi visita para comprar un regalo se convirtiera en esto.

Paolo sonríe ligeramente, pero hay tensión en su mandíbula.

—Le aseguro que esto no volverá a pasar. Nadie ataca Luce di Vita y se sale con la suya.

Lo dice con una firmeza que me hace pensar que sus palabras son más que una simple promesa. Antonio me mira desde la puerta, como si esperara alguna señal. Pero antes de que pueda decir algo, Paolo se inclina un poco más hacia mí, su voz bajando un tono.

—Estoy sinceramente apenado, Molly. Pero también me alegra que esté bien.

Su tono y la manera en que dice mi nombre hacen que algo dentro de mí se agite. Por un momento, los eventos recientes quedan en segundo plano.

—Gracias.

Él asiente, sus ojos nunca apartándose de los míos.Y aunque debería estar pensando en el brazalete, en mi madre, o incluso en los hombres que intentaron robar la tienda, no puedo evitar quedarme con la sensación de que este encuentro con Paolo Santoro es el comienzo de algo que no termino de entender todavía.

Dos veces no es una casualidad. Aunque yo misma me metí en este problema viniendo a comprar a su joyeria. Mientras Paolo termina de supervisar que todo esté bajo control, se gira hacia mí con una ligera sonrisa, pero sus ojos conservan esa intensidad que lo hace tan… imponente.

—Molly.

Su tono es tan casual que me toma desprevenida. Intento devolverle una sonrisa, pero mi voz sale algo temblorosa.

—Señor Santoro.

Él niega con la cabeza, y su sonrisa se ensancha.

—Para ti soy Paolo.

—Paolo. —dice y luego se dirije a alguien—Trae lo que estaba viendo la señorita, por favor.

—Enseguida, señor Santoro.

El sonido de su nombre en mi boca parece complacerlo. Se acerca a la mesa donde el vendedor ha colocado sin darme cuenta, el brazalete de zafiro todavía está exhibido como si hace un rato no hubieran querido robarlo.

—Esto es para tu madre, ¿verdad? —pregunta, tomando el brazalete con delicadeza y mirándolo bajo la luz.

Asiento.

—Sí. Es perfecto para ella.

—Entonces tendrá un descuento especial.

Frunzo el ceño y niego rápidamente.

—No es necesario. Es para mi madre, y tengo dinero.

—Insisto. Además, el descuento viene con una cena.

Mi corazón se detiene un segundo.

—¿Cena?

Paolo se apoya ligeramente, cruzando una pierna sobre la otra, como si lo que acaba de decir no fuera algo fuera de lo común.

—¿Es incómodo para ti por Gema? —pregunta, con una honestidad que me desconcierta.

Sí.

Muevo los labios intentando responder, pero las palabras no salen. Finalmente, consigo decir:

—No lo sé. Un poco.

Iba a casarse con mi mejor amiga, por el amor de Dios. Y todavia me pregunta si es incomodo.

—Puedes preguntarle. No creo que le importe.

Se refiere a Gema.

—Lo pensaré.

Paolo sonríe, satisfecho con mi respuesta, pero hay algo en esa sonrisa que me desarma. Es como si él ya supiera que mi “lo pensaré” no es más que una excusa débil, un intento desesperado por mantener un poco de control sobre esta situación. Pero estoy empezando a

entender que Paolo Santoro no es el tipo de hombre que espera ni que acepta un no por respuesta.

Da un paso hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que el aire se siente demasiado espeso para respirar con normalidad. Su mirada, fija en la mía, es una mezcla de desafío y algo más oscuro, algo que me hace querer retroceder y avanzar al mismo tiempo.

—Hoy a las 8.

Es una declaración, no una pregunta, y la firmeza en su tono me deja sin palabras. Trato de encontrar una forma de responder, algo que no me haga parecer completamente sumisa a su voluntad, pero las palabras se niegan a salir.

Él se inclina ligeramente, lo suficiente como para que su perfume, un aroma embriagador de madera y especias, me envuelva por completo.

—Espero que no me hagas esperar, Molly. No me gusta esperar.

Mi nombre en su voz suena diferente, más suave, pero cargado de una autoridad que me hace sentir pequeña e inexplicablemente vulnerable. Mi estómago da un vuelco, y no estoy segura si es miedo, atracción o una peligrosa combinación de ambos.

—Paolo, yo…

—Vita mia —murmura, levantando una mano y colocando un mechon de mi cabello detrás de mi oreja—. Esta noche. Ocho en punto.

Jodido *gánster* sexy cuando me llama así.

Antes de que pueda protestar, ya se está alejando. Camina hacia la puerta con la confianza de un hombre que sabe que siempre consigue lo que quiere. Sus hombros anchos y su postura impecable son un recordatorio de que no estoy tratando con alguien común.

Antonio aparece justo cuando Paolo sale de la habitación, y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración.

—¿Todo bien? —pregunta Antonio con el ceño fruncido, probablemente detectando mi incomodidad.

—Sí… creo que sí.

Pero mientras salimos de la joyería con el regalo de mi madre y mi tarjeta cargada, mi mente sigue atrapada en esa sonrisa, en la forma en que dijo mi nombre, y en la certeza de que esta noche, mi mundo podría girar en una dirección completamente inesperada.

De regreso en el auto, con Antonio al volante, no puedo evitar marcar el número de Gema. Necesito su opinión, su permiso… algo.

—Molly, ¿qué pasa? —pregunta al contestar, los murmullos de Kian audible al fondo.

—Paolo Santoro me invitó a cenar.

—¿Paolo? —su tono cambia. Está sorprendida y ademas riéndose.

—Sí. Pero no sé si debería… quiero decir, por ti, era tu prometido.

—Por menos de veinticuatro horas, conocí al tipo la misma noche que mi hermano anunció el compromiso, y cuando nos presentó no fue mas que caballeroso y además se dio cuenta que estaba con Kostya por como lo miraba.

—No lo sé, es raro.

—Molly, no me importa. Quiero decir, me importas tú. No él. Apenas y hablamos. Pero si te gusta te apoyo…

—¡Que no me gusta! —protesto rápidamente, pero siento el calor subir a mis mejillas.

Gema suelta una pequeña carcajada.

—Bueno, si te gusta, no me importa. No pasa nada. Ve a tu cena y luego me cuentas como te fue, de verdad que no pasa nada, mereces conocer a alguien y Paolo ya sabes…es guapo y eso.

—¿Quién mierda es guapo? —escucho la voz de Kostya al fondo.

—Oh, estoy en problemas. —Gema vuelve a reirse.

—Trae a nuestro hijo y tu trasero aquí, amore—vuelve a decir su marido.

—Mejor hazle caso—le aconsejo riéndome.

—De acuerdo. Y Molly… diviértete.

Sus palabras deberían tranquilizarme, pero no lo hacen del todo.

Cuelgo, todavía con la conversación dando vueltas en mi cabeza. Cuando llego a la mansión Valentini, el aire está fresco, y los últimos rayos de sol iluminan las paredes de mármol blanco. Entro y, como de costumbre, todo está impecablemente ordenado. Subo a mi habitación, dejando el brazalete cuidadosamente envuelto sobre mi escritorio. Me recuesto en la cama, pero mi mente sigue corriendo en círculos. ¿Debería aceptar? ¿Qué tipo de cena sería? ¿Qué espera Paolo de mí?

Antonio golpea suavemente la puerta antes de entrar.

—¿Todo bien, Molly? —pregunta con su voz grave.

Asiento, intentando sonreír.

—Sí, Antonio. Todo bien. Creo que tengo una cita.

—Una cita ¿eh? —ahí está su vena de abuelo. —¿No crees que es un poco… mayor para ti?

—Me gustan mayores en realidad. Ya conociste a mis amigos y todos son unos idiotas. Además, no he tenido una cita en miles de años desde…ya sabes.

—Tienes veintidos, pequeña. No veo la prisa.

—Sí, bueno. Si mi padre se entera que rechacé a Paolo Santoro le dará un infarto.

—¿Quieres que te acompañe? No confío en ese tipo.

—Tipico de ti, y claro. Eres mi guardaespaldas no soy idiota de irme sola, puedes seguirnos o algo así.

—De acuerdo. Estaré abajo y se lo comunicaré a tu padre.

Claro que lo hará.

¿Qué acabo de hacer? Aceptar una cena con Paolo Santoro, un hombre que exuda peligro y poder con cada movimiento. Un hombre que parece leerme con solo una mirada y que no acepta un no como respuesta.

Respiro hondo, tratando de calmar mi corazón acelerado, pero la voz en mi cabeza me recuerda que ya no hay marcha atrás. Camino hacia mi armario, repasando las opciones de vestidos que tengo. Nada parece adecuado. Demasiado sexy. Demasiado sencillo. Demasiado... inapropiado. Finalmente, mis dedos rozan un vestido blanco de cóctel, uno que me regaló mi madre el año pasado. Es perfecto. Ni demasiado atrevido ni demasiado recatado. El blanco tiene algo inocente, casi virginal, que quizás lo haga apartarse. Aunque una parte de mí se pregunta si realmente quiero que eso pase.

Después de una ducha rápida, me maquillo ligeramente: solo un delineado suave en los ojos, un poco de máscara de pestañas y un toque de brillo en los labios. Dejo mi cabello suelto, con ondas naturales que caen sobre mis hombros. Me miro en el espejo, intentando imaginar cómo me verá Paolo esta noche.

Cuando el reloj marca las 8 menos cinco, el rugido de un motor me saca de mis pensamientos. Corro hacia la ventana y ahí está: un auto de lujo negro, reluciente bajo las luces de la entrada. Paolo se baja, y por un segundo me quedo sin aliento.

Viste un traje perfectamente ajustado, negro, con una camisa blanca que deja los dos primeros botones desabrochados, revelando un poco de piel desde su pecho hasta el cuello. Su

cabello castaño está peinado hacia atrás, y su porte... bueno, es imposible no compararlo con un señor Darcy moderno, aunque mafioso y con una mirada que podría derretir hielo.

Salgo por la puerta principal de la mansión con Antonio siguiéndome de cerca. Paolo me observa, y sus ojos recorren mi figura de manera lenta, deliberada, como si quisiera memorizar cada detalle.

—Señorita Valentini—toma suavemente mi mano y la besa—se ve hermosa.

Wow. De pronto esa formalidad hace que sientas cosas en partes de mi cuerpo que no quiero.

—Gracias —respondo, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas.

—No sabía que el blanco era su color favorito.

—En realidad no lo es.

Levanta una ceja sorprendido.

—¿Y cuál es ese?

—El morado—no puedo creer que estemos teniendo esta conversación aquí mismo sobre mi color favorito.

—¿Y el suyo?

Juro que veo que sus ojos me gritan algo, pero no logro descifrar el qué, debo estar soñando cuando dice:

—El blanco.

No respondo, pero su comentario me hace preguntarme si el vestido fue una buena elección. Paolo abre la puerta del auto para mí, y Antonio toma asiento en otro vehículo, aparentemente dándonos algo de privacidad.

—¿No tiene gente que lo proteja? —pregunto cuando Paolo se sienta en el asiento del conductor y arranca.

Me sorprende verlo conduciendo él mismo, sin escoltas visibles. Después de lo que pasó en la joyería, parece una locura.

—Esta noche no. Puedo cuidarme solo —responde, con una pequeña sonrisa—. Pero si le preocupa, mis hombres nos siguen discretamente, no tanto como el suyo.

Me rio.

—Antonio es genial.

—¿Se llevan bien?

—Es como un padre, es un buen hombre.

—Es bueno tener gente de confianza cerca, Molly.

—Pienso igual, Paolo.

Me giro ligeramente y, efectivamente, noto un par de vehículos más atrás. Paolo siempre parece estar un paso adelante.

El interior del auto huele divino, una mezcla de cuero caro y su perfume, algo amaderado y especiado que me resulta embriagador. La música de ópera suena suavemente en el fondo, añadiendo un toque inesperado de sofisticación.

—¿Le gusta la ópera? —pregunta, sin apartar la vista del camino.

—No la escucho mucho, pero es agradable. ¿Y a usted?

—A mí me apasiona. Me recuerda que incluso en los momentos más oscuros, hay belleza en el caos.

Su respuesta me desconcierta y me fascina a partes iguales. Paolo no es solo un hombre poderoso; hay algo profundo en él, algo que no he podido descifrar todavía y los rumores de que es el nuevo…Capo del Don es algo que me pone nerviosa. ¿Qué hace alguien como él en una

cita con alguien como yo?

Mientras conduce, su presencia llena cada rincón del auto. Su mandíbula tensa, su mano firme en el volante, la manera en que su perfil parece esculpido por los dioses. Y la ausencia de tatuajes en sus manos y cuello, no tiene ninguno. Cualquiera pensaría que es un hombre de negocios, rico y normal... todo en él grita peligro y atracción.

—¿Nerviosa? —me pregunta de repente, sus labios curvándose en una ligera sonrisa.

—Un poco —admito, porque sería inútil mentirle.

—No tiene por qué estarlo. Esta noche es solo una cena... y una oportunidad para conocernos mejor.

Asiento, pero su tono hace que la -cena- suene como mucho más que eso. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estoy haciendo con él? Y, sobre todo, ¿por qué no puedo dejar de querer saber cómo terminará esta noche?

Mientras el auto avanza por las calles iluminadas de la ciudad, el silencio entre nosotros no es incómodo, pero está cargado de algo eléctrico, algo que me pone los nervios de punta. Paolo, con su postura relajada al volante, parece tener el control absoluto de la situación, y de mí.

De repente, sus ojos se desvían un segundo de la carretera hacia mí.

—¿Sabes, Molly? —dice con su tono bajo y grave, como si estuviera compartiendo un secreto.

—¿Qué cosa? —pregunto, incapaz de no mirarlo.

—El blanco te hace ver como un ángel. Pero sería un error pensar que los ángeles no tienen pecados escondidos.

Me quedo muda, el aire se siente denso en mis pulmones. ¿Es un cumplido? ¿Una advertencia? No lo sé, pero esas palabras se graban en mi mente, retumbando en mi pecho como un eco. Desvío la mirada hacia la ventana, buscando algo con qué distraerme, pero todo lo que veo es su reflejo en el vídrio, su mandíbula firme, su mirada fija en el camino. Esa presencia imponente que parece llenar todo el espacio.

—¿La estoy poniendo incómoda? —pregunta de pronto, su voz rompiendo el silencio.

—No —miento.

Sonríe de lado, una sonrisa lenta y peligrosa, como si supiera exactamente lo que estoy pensando.

—Bien. Porque no me gusta asustar a las mujeres. Pero contigo… —hace una pausa, y mi corazón late con fuerza, esperando lo que dirá después—. Contigo haría una excepción si significa que no olvidarás quién soy.

Santa mierda.

No sé qué responder. Sus palabras me dejan helada y, al mismo tiempo, encendida. Esa mezcla de miedo y atracción es como caminar sobre hielo delgado: puedo caer en cualquier momento, pero no quiero detenerme.

Cuando el auto se detiene frente a un restaurante con fachada discreta pero claramente exclusivo, Paolo apaga el motor y se gira hacia mí.

—Vamos a alimentarte —dice, saliendo rápidamente del auto y rodeándolo para abrirme la puerta antes de que pueda moverme.

Bajo con cuidado, mis piernas algo temblorosas. Su mano está extendida hacia mí, grande y cálida, pero la suelto rápidamente en cuanto me siento estable.

—No es necesario que me trate como a una princesa, señor Santoro.

Se inclina un poco, acercándose lo suficiente como para que pueda sentir su aliento

cálido y el aroma embriagador de su perfume.

—No te trato como a una princesa, Molly. A las princesas se protegen. A ti, bueno te lo diré más tarde.

Mi respiración se detiene, y antes de que pueda procesar lo que acaba de decir, me ofrece su brazo para guiarme hacia la entrada. En ese momento, sé que estoy jugando con fuego. Y Paolo Santoro no es un hombre que se quema. Es el incendio.

El restaurante está ¿Vacío? No me sorprende que haya reservado el lugar solo para nosotros, no lo conozco, pero sé su reputación, es un hombre peligroso y también poderoso.

Las luces son tenues y las velas en las mesas emiten un suave parpadeo que acentúa las sombras en el rostro de Paolo. Todo en él parece calculado: su postura relajada, la mirada fija en mí como si fuera el único ser en la habitación. Trato de concentrarme en otra cosa, pero siento sus ojos recorriéndome, analizándome.

La mesera parece contenerse de mirarlo, es bastante profesional, no como yo, que no puedo quitarle la mirada a Paolo y ver cada movimiento que hace, el hombre es tan sexy que duele solo verlo. Después de un buen rato en elegir el menú y disfrutar de la comida, por fin rompe el silencio.

—¿La cena está bien? —pregunta con su voz grave, un dejo de entretenimiento en su tono.

Asiento, esforzándome por parecer tranquila. No he dejado de sentirme intimidada y nerviosa bajo su mirada.

—Sí, todo está rico.

Paolo sonríe, un gesto lento que ilumina su rostro.

—Coincido —dice, pero no toca su comida. Mi corazón tamborilea en mi pecho mientras me pregunto si se refiere a la cena o a mí.

Antes de que pueda responder algo, Paolo se levanta y extiende su mano hacia mí.

—¿Me concedes este baile?

Lo miro sorprendida, pero su expresión es seria, decidida. Hay música suave de fondo, apenas audible, pero suficiente. Asiento lentamente, coloco mi mano en la suya y me permito ser guiada hacia un espacio despejado en el centro del restaurante.

Me moriría más de los nervios si la gente estuviera mirándonos, pero el lugar está vacío, lleno de ambiente bastante acogedor, por no decir lujurioso y estamos completamente solo. Cuando comenzamos a movernos, me doy cuenta de cómo su cuerpo se adapta al mío, cómo su mano en mi cintura me sostiene con firmeza, pero sin agresividad.

—Tienes un talento —dice mientras sus ojos buscan los míos.

—Creo que es la costumbre —respondo, tratando de no tropezar con mis pensamientos.

—¿Sueles… bailar mucho?

—Algo así —digo, evitando su mirada, sabiendo que la pregunta siguiente es inevitable.

—¿Con otros hombres?

—Sí —respondo sin pensar demasiado. Luego me muerdo el labio, sintiendo el calor de su mirada clavarse más profundo. —Mis padres hacen fiestas y reuniones. Cualquier excusa para animar la casa. Así que…

—…bailas con otros hombres —repite de nuevo y termina, con un tono que no logro descifrar del todo.

—Sí. ¿Eso le molesta? —pregunto, y me maldigo internamente por mi propia torpeza. Por Dios, ¿qué estoy pensando al preguntar eso?

Paolo inclina la cabeza, como si estuviera considerando su respuesta.

—¿A ti te molesta? —replica, su voz como un reto.

Respiro profundamente, tratando de no tropezar con mis propias palabras.

—A veces.

—Siempre puedes decir que no, Molly.

—Lo sé —admito, bajando la mirada por un momento. —Es solo que no quiero que mi padre se enoje conmigo por rechazar a sus amigos.

Siento la tensión en su mano en mi cadera, sus dedos apretándose ligeramente.

—Comenzaré a asistir a todas de ahora en adelante —dice con un tono decidido. —No bailarás con nadie más que conmigo.

Mis ojos se encuentran con los suyos.

—¿Por qué? Digo, parece un hombre ocupado.

Sé que mi padre siempre lo invita, pero él nunca aparece en ninguna fiesta o reunión. Sé que no es del mismo circulo social, como dije, mi padre puede tener dinero, pero no tiene poder, siempre hace esas fiestas para crear alianzas, hacerse notar, que lo tomen en serio. Pero solo es otro hombre con dinero en la baja jerarquía de la Cosa Nostra.

Una sonrisa ladeada cruza su rostro.

—Lo soy, pero hay cosas que me importan más en este momento.

—¿Como bailar conmigo? —intento hacer algo por aquí para no parecer una idiota, pero no lo consigo. Si este hombre me rechaza en mi cara me dará un infarto.

—Es una de ellas.

Oh, mátenme ahora.

—¿Cuáles son las otras? —pregunto, sintiendo que mi voz tiembla un poco.

Su mirada se oscurece, sujeta a algo que no puedo definir.

—No querrás saberlo, vita.

—Todavía no entiendo por qué estoy aquí. De todas las mujeres…

Paolo me interrumpe con una sonrisa irónica.

—Podría preguntarte lo mismo. De todos los chicos de tu edad, aceptaste cenar conmigo. Me decepcionaría saber que solo lo haces por tu padre.

Lo miro, sintiendo el rubor extenderse por mis mejillas.

—No lo hago. —continúo con mi pregunta para acabar de una vez con esto— ¿Por qué? Y no me interrumpa de nuevo, señor Santoro.

La mirada que me dedica es tan ardiente que tengo que contener un jadeo. Sus ojos se clavan en mí con una intensidad que me hace tambalear.

—¿Acaso no es evidente, *Piccola*?

Su cercanía es sofocante, y el calor de su cuerpo se filtra a través de mi vestido. Sintiéndolo más cerca, trago saliva cuando percibo su erección presionando contra mi vientre. Mi mente está en un torbellino.

—Podría decir que no es la primera vez —murmuro sin pensar, tratando de recuperar el control. Estoy mintiendo, claro que no he sentido la erección de otros hombres mientras bailo, porque me rehúso a rozar mi cuerpo con el de ellos.

Paolo arquea una ceja, deteniéndose en su movimiento por un momento. Sus dedos en mi cintura aprietan ligeramente y me aprieta más hacia él, claramente enfadado por lo que acabo de decirle.

—No más bailes con otros hombres, Molly.

—¿Qué lo hace diferente? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

—El que estés aquí conmigo —dice, su tono grave y lleno de algo oscuro y tentador. —Y

que tengas tantas ganas como yo de probarte.

Mi corazón se detiene.

—Jesús —murmuro, mis manos temblando en sus hombros.

—¿Puedo? —pregunta.

—¿Qué? —no reconozco mi voz.

—Probarte, por favor. ¿Puedo?

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Sin pensar, asiento con la cabeza. Paolo sonríe.

—Buena chica —susurra antes de inclinarse y besarme. Su boca es suave, sus labios presionándose contra los míos con una mezcla de dulzura y pasión contenida. La humedad de su beso me hace jadear, y me aferro a él como si fuera mi ancla, clavando mis manos en su camisa.

Sabe a cielo y a peligro, ¿Cómo puede ser posible? Es como morir y revivir. Desde que lo tuve de cerca la primera vez en su boda, quise besarlo, así fuese lo último que hiciera antes de morir, iba a hacerlo de todas maneras si no hubiera quedado inconsiente. Es terrible tener estos pensamientos sobre el hombre con el que tu mejor amiga se iba a casar.

La leve mordida en mi labio me trae a la realidad. Pero Paolo no se detiene allí. Su mano en mi cintura se desliza ligeramente, apretándome contra él. El aire entre nosotros se vuelve eléctrico, cargado de una tensión que no puedo ignorar. Cuando finalmente se separa, sus ojos brillan con una promesa oscura, una que no estoy segura de querer descifrar.

—Sí —murmura, su voz baja, casi un gruñido y tengo ganas de más—. Comenzaré a ir a esas fiestas y pondré una bala en la cabeza de cada hombre que te haya tocado.

Me estremezco, sin saber si es por miedo o por algo mucho más peligroso.

—No puede decir cosas así… —mi voz es apenas un susurro, y mi pecho sube y baja con rapidez.

—¿No puedo? —arquea una ceja, su sonrisa ladeada, peligrosa. Sus dedos rozan mi mejilla, descendiendo hasta mi cuello, donde su pulgar acaricia mi piel con una lentitud exasperante—. Lo digo porque lo haría, Molly. ¿Te asusta eso?

Trago saliva, mi mente hecha un caos.

—No lo sé. ¿Debería?

Su risa es suave, casi burlona, y sus ojos bajan a mis labios.

—Eso no es un no —dice, inclinándose de nuevo, esta vez para hablar directamente en mi oído—. Y te gusta más de lo que admites.

Un escalofrío recorre mi espalda. Su cercanía es abrumadora, su presencia una tormenta que amenaza con consumir todo a su paso. Este hombre es peligroso, no, lo siguiente.

—Paolo… —trato de apartarme, pero sus manos me mantienen en mi lugar.

—Shh… —me interrumpe, su dedo índice —. Dime que me detenga, Molly. Dime que no te sientes igual y pararé.

—Esto está mal… —mi voz tiembla, pero no puedo evitarlo.

Él inclina la cabeza, sus ojos clavándose en los míos como si estuviera viendo algo que sólo él entiende.

—¿Está mal? ¿Por qué? ¿Porque soy mayor que tú? ¿Porque soy un Capo? —sus palabras son un susurro, pero cargadas de una intensidad que me deja sin aliento—. Molly, no eres una niñita. Sabes perfectamente lo que haces aquí conmigo. Lo sentiste desde ese día, ¿no es así? Yo también lo sentí.

—Yo… —intento protestar, pero la verdad está atrapada en mi garganta.

—Déjame aclararlo para ti entonces, *Piccola.* —dice, y su mano en mi cintura asciende hasta mi rostro, sosteniéndome con firmeza—. Quieres esto tanto como yo. Lo veo cada vez que

me miras, cada vez que tus labios tiemblan cuando me acerco. Fue instantaneo y lo sabes. Pero jugaré a su ritmo, no diré ni haré nada que no quiera, señorita Valentini.

No puedo responder, porque en el fondo, sé que tiene razón.

—No más bailes con otros hombres —repite, su tono más suave, pero no menos autoritario—. Si alguien intenta tocarte, Molly, se lo haré pagar y a ti también.

—¿Por qué eres así? —pregunto, mi voz temblorosa. Olvidándome de las formalidades después de tener su lengua dentro de mi boca.

—Porque tú… —hace una pausa, su mirada fija en la mía—. Tú me odiarás, pero quiero mostrarte lo bien que se puede sentir si solo cedes.

No tengo ni puta idea de lo que habla, no me importa. Jamás podría odiarlo aunque lo intentara, solo quiero que vuelva a besarme. Antes de que pueda procesar sus palabras, Paolo me besa de nuevo, más profundo esta vez, más demandante. Y esta vez, no me detengo.

El trayecto de vuelta a casa está envuelto en silencio. Paolo se mantiene serio, su expresión impenetrable mientras conduce. La tensión en el interior ahoga, como una cuerda a punto de romperse. Quiero decir algo, cualquier cosa, pero no me atrevo. Su presencia, tan abrumadora, me deja sin palabras.

Este hombre es puro veneno, uno que te consume lentamente y apenas es mi primera vez en una cita con él. De vez en cuando, sus dedos tamborilean sobre el volante, y sus ojos se desvían hacia mí por breves instantes antes de volver a la carretera. Me remuevo en mi asiento, nerviosa, incapaz de soportar la intensidad de su silencio.

Ya está, la burbuja ha explotado y todo fue parte del momento, y yo como una idiota caí. Quiero que esta noche se acabe lo antes posible.

Cuando finalmente llegamos, Paolo detiene el auto frente a la puerta de mi casa. Mis manos tiemblan ligeramente mientras alcanzo la manija de la puerta, no espero que sea un caballero ahora, solo quiero largarme con mi vergüenza cuanto antes.

—Gracias por la… —empiezo a decir, pero mi voz se apaga cuando su mano atrapa mi muñeca con firmeza.

Antes de que pueda reaccionar, me hala hacia él con un movimiento rápido y decidido. Termino sentada a horcajadas sobre sus piernas, y sus manos se posan en mis caderas, sujetándome en su lugar.

Puedo sentir por qué estaba tan callado, su erección está apretando mi coño resbaladizo.

Sus labios capturan los míos de nuevo, esta vez con más urgencia. Es un beso posesivo, demandante, que me deja sin aliento. Sus manos se deslizan por mi espalda, trazando un camino que hace que cada nervio de mi cuerpo se despierte. Sus dedos se aferran a la curva de mi cintura, atrayéndome más cerca, como si quisiera eliminar cualquier espacio que quedara entre nosotros. Su lengua acaricia la mía con una destreza que me deja mareada, y un gemido involuntario escapa de mis labios. Sus manos viajan lentamente hacia mis muslos, apretándolos con la misma pasión contenida que despliega en su beso. Mis dedos se enredan en su cabello, tirando suavemente mientras mi cuerpo se arquea contra el suyo. Siento el calor de sus manos quemándome a través de la tela de mi vestido, y el ritmo de su respiración contra mi piel acelera mi propio pulso.

Cuando finalmente se aparta, sus labios apenas rozan los míos, dejando un rastro de electricidad que me recorre entera. Su frente se apoya en la mía, y sus ojos, oscuros y llenos de deseo, me miran fijamente.

—Recuerda lo que te dije —dice en un susurro. —No más bailes con otros hombres.

Asiento, incapaz de hablar. Mi corazón late desbocado, y mi mente está en blanco

mientras me deslizó de su regazo y salgo del auto con las piernas temblorosas. No me atrevo a mirar atrás mientras camino hacia la puerta de mi casa, pero siento sus ojos siguiéndome, quemándome.

Cierro la puerta tras de mí, apoyándome contra ella mientras intento recuperar el aliento. Mis labios todavía hormiguean por su beso, y en mi pecho, un torbellino de emociones amenaza con consumirlo todo.

¿Qué acabo de hacer?


EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA

CAPÍTULO 2



PAOLO

La puerta de mi auto se cierra con un clic suave, y desde el asiento del auto, observo cómo Molly desaparece al interior de su casa con su guardaespaldas pisándole los talones. Mis nudillos se tensan alrededor del volante, y una sonrisa ladeada cruza mi rostro. Todavía puedo saborear el rastro de su labial en mis labios, un vestigio de algo que no debería haber empezado pero que ya es demasiado tarde para detener.

Al día siguiente, el dolor en mis testículos es un recordatorio brutal de la noche anterior. Ella no tiene idea de lo cerca que estuvo de quebrarme. Pero todo forma parte del plan, y pronto entenderá por qué no podía tenerla... hasta que fuera completamente mía. Molly no me odiará por mucho tiempo, pero cuando lo haga, lo sentirá como un veneno en la sangre. Y yo, bueno, yo también lo sentiré, pero por razones completamente diferentes. El sacrificio es necesario. Siempre lo es.

Estoy sentado en una sala de reuniones privada, el aroma de cuero y whisky llenando el ambiente. Cruzo una pierna sobre la otra, mi postura relajada, pero mis ojos no pierden de vista al hombre frente a mí. Es un pez gordo, acostumbrado a negociar, pero también a ceder cuando se le presiona en los puntos correctos.

El hombre sonríe, aunque hay un destello calculador en su mirada. Ambos sabemos que este no es un encuentro casual.

—Espero que la cena haya sido de su agrado, señor Santoro —dice mientras se sirve un vaso de whisky. Sus movimientos son pausados, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Inclino la cabeza ligeramente, un gesto de respeto superficial.

—Fue encantadora —respondo, mi voz medida, calculada—. Ella es… única.

Él sonríe con algo que parece orgullo, pero no me engaña. Este hombre ve a todos como una pieza en un tablero, al igual que yo. La diferencia es que yo la veo a ella como una pieza final. Un diamante que quiero en mi posesión.

—Bueno, supongo que podemos hablar de lo que realmente nos interesa —dice, apoyando el vaso en la mesa—. Este acuerdo podría ser… fructífero para ambos.

—Fructífero es quedarse corto —respondo con una sonrisa ligera—. Su alianza con mi apellido solidificará su posición, no la mía. Soy el nuevo Capo del Don.

Él asiente nervioso, pero no dice nada, sus dedos tamborileando en el cristal del vaso. La forma en que ahora se mueve nervioso es justo donde lo quería, pero ambos jugamos bien nuestras cartas. Este no es un trato que se hace con ligereza.

—Mi esposa y yo siempre supimos que este día llegaría —dice finalmente, inclinándose hacia adelante—. Sabemos que entiende sus responsabilidades. Aunque, como padre… quiero asegurarme de que está en buenas manos.

Mi sonrisa se amplía, aunque mis ojos permanecen fríos.

—Será cuidada como se lo merece —digo, dejando que el peso de mis palabras hable por sí mismo—. Lo que es mío, lo protejo. Los métodos no es algo que suelo decir por ahí.

Él parece satisfecho con mi respuesta, aunque su mirada busca algo más. Algo que yo no estoy dispuesto a dar: debilidad. Finalmente, se reclina de nuevo en su asiento.

—¿Cuándo quiere que dé las noticias? —pregunta, girando el vaso en su mano—.

Mañana haré una fiesta, y está invitado, desde luego.

—Gracias, recibí la invitación —respondo, mi tono formal—. Puede darla mañana, si su esposa está de acuerdo.

Él asiente, complacido.

—Mi esposa no se interpondrá.

—¿Y su hija? —pregunto, inclinando ligeramente la cabeza.

—Me encargaré de ella, será discreta, no se preocupe, señor Santoro.

No me gusta como suena lo de “encargarse”, pero si me entero de que la lastima o la sola idea cruza su cabeza, lo pagará.

Mis labios se curvan en una sonrisa que no alcanza mis ojos.

—Es bueno hacer negocios con usted, señor Valentini.

El hombre levanta su vaso en un brindis silencioso, pero yo no levanto el mío. En mi mente, ya estoy planeando cómo manejaré el caos que inevitablemente seguirá cuando Molly descubra lo que he hecho. Pero eso no me preocupa. Al final, la tendré. Me odiará, tal vez incluso me temerá. Pero también será mía.

Ese diamante será mío.

CAPÍTULO 3



MOLLY

La fiesta está en pleno apogeo cuando bajo por las escaleras, el murmullo de los invitados llenando el enorme salón decorado con un lujo casi obsceno. Candelabros de cristal iluminan cada rincón, reflejándose en las paredes doradas y las mesas rebosantes de comida y vino. Mi padre no escatimó en gastos; por supuesto, nunca lo hace cuando se trata de impresionar.

Mi vestido es un reflejo de este circo, un diseño hecho a medida que mi padre personalmente se aseguró de elegir. Es un vestido rojo intenso, ajustado al cuerpo, con un corsé que realza cada curva y una falda que se abre en una caída de seda brillante hasta el suelo. El escote profundo deja mis hombros al descubierto, y un corte en la pierna sube peligrosamente alto, rozando mi muslo con cada paso. Mi cabello rubio en perfectas ondas hasta la mitad de mi espalda y maquillaje marcado que hace resaltar mis ojos azules. No es algo que hubiera elegido yo misma; demasiado atrevido, demasiado "mira, pero no toques". Pero no es como si tuviera opción.

—Quiero que todos te recuerden esta noche —había dicho mi padre más temprano, su tono dejando claro que no era una sugerencia—. Es el cumpleaños de tu madre, pero también una oportunidad para mostrar a todos lo que significa ser una Valentini.

Me había mordido la lengua, como siempre, y había asentido. Ahora, mientras desciendo los últimos escalones, siento las miradas posándose en mí. Algunos admiran, otros critican, pero todos miran.

Mi madre está radiante en el centro del salón, rodeada de amigos y desconocidos que le ofrecen felicitaciones y obsequios. Mi padre está junto a ella, su postura altiva y satisfecha, como si cada invitado, cada detalle de la decoración y cada copa de champán fuera un trofeo para él. Cuando me ve, sus ojos brillan con aprobación. Esto es exactamente lo que quería: que yo fuera una extensión de su poder.

—Perfecta —dice cuando me acerco, inclinándose para besarme la mejilla—. Ahora, sonríe y disfruta. Esta noche es importante.

¿Importante para quién? —quiero preguntar, pero no lo hago. En lugar de eso, sonrío como me ha pedido, fingiendo que no noto la tensión en el ambiente, ni las miradas de ciertos invitados que parecen demasiado interesados en mí. Este vestido no es más que otra herramienta para el juego de mi padre, y yo, lamentablemente, soy la pieza central de su tablero esta noche.

Mientras barro con la mirada a los invitados, no puedo dejar de pensar en la noche anterior y como mi padre pudo haber hecho esto en menos de veinticuatro horas, no era lo que estaba planeado, algo tuvo que cambiar a último momento. Algo no me cuadra, las personas me ven más de la cuenta y no es solo por mi atuendo. Pero volviendo a mis pensamientos, me traicionan buscando a alguien en especial.

Paolo Santoro.

Él nunca viene a las fiestas que mi padre lo invita de todas formas, pero la ilusión de verlo como lo prometió, invade en el fondo de mi cabeza.

—Basta, Molly—susurro en voz baja—solamente fuiste la distracción de una noche para un *gánster*.

La música en vivo comienza a cambiar, una melodía suave pero cargada de elegancia.

Los invitados se apartan ligeramente para hacer espacio en el centro del salón, y mi madre, siempre la reina de la noche, da el primer paso para abrir la pista de baile junto a mi padre. El murmullo de la multitud crece, los aplausos llenan el espacio mientras ambos se mueven con una gracia estudiada.

Siempre llamando la atención.

Me aparto hacia un rincón del salón, buscando un momento de tranquilidad. Sin embargo, no pasa mucho tiempo antes de que alguien se acerque. Lo siento incluso antes de verlo. Una presencia intensa, oscura, como una sombra que se extiende.

—¿Un baile? —me tiende la mano un hombre joven, es guapo, pero no la belleza de aquel hombre que se clavó dentro de mis huesos desde que lo tuve cerca. Sus ojos son verdes, más no azules y debo detenerme aquí mismo cuando estoy a punto de asentir y tomar su mano cuando algo cambia.

Una sombra se cierne detrás de él, y antes de que pueda reaccionar, una voz grave y familiar corta el aire.

—Ella está conmigo —dice alguien más, su tono tan firme y autoritario que el chico retrocede, apenado, murmurando algo que no logro captar.

Mi mano, que apenas había empezado a moverse hacia la del joven, ahora está atrapada entre los dedos de Paolo. La calidez de su toque me quema la piel, y el leve tirón que da es suficiente para hacerme girar hacia él. Mi respiración se queda atrapada en mi garganta cuando nuestros ojos se encuentran.

Paolo está impecable esta noche, su traje negro perfectamente ajustado a su figura, destacando sus hombros anchos y su porte imponente. La pajarita negra alrededor de su cuello añade un toque de sofisticación que contrasta con el peligro que parece irradiar de él. Su cabello castaño está peinado hacia atrás, dejando al descubierto su rostro cincelado, y sus ojos azules, helados y calculadores, me atraviesan con una intensidad que hace que me tiemblen las rodillas.

—*Piccola* —dice, y esas palabras, suaves pero cargadas de algo oscuro, envuelven cada rincón de mi ser.

Intento mantener una expresión neutral. Pero su mirada ya está fija en mí, recorriéndome con una intensidad que me hace sentir como si el vestido fuera aún más revelador de lo que ya es.

—Señor Santoro —respondo, mi voz apenas firme—. Me sorprende verlo aquí.

—Te lo prometí, nadie bailará contigo más que yo—dice él, dando un paso más cerca. Su aroma, una mezcla de madera y algo especiado, invade mis sentidos—. Tu padre fue muy insistente en que no podía perderme esta ocasión.

Por supuesto que lo fue, pienso, pero no digo nada. Sus ojos no dejan los míos, y el calor de su mirada es casi sofocante.

—Ese vestido… —murmura, sus palabras lentas, como si las estuviera degustando—. Es… impresionante.

Me sonrojo a pesar de mí misma, odiando la forma en que mi cuerpo parece reaccionar a su presencia.

—Es lo que mi padre quiso —respondo y me arrepiento enseguida, pensará que no tengo mi propia voz y que soy solo una niña obedeciendo a su padre. Pero él ladea la cabeza, como si viera a través de mi fachada.

—Claro que sí —dice, su tono lleno de un sarcasmo apenas velado—. Y tú, ¿Qué es lo que quieres?

Abro la boca para responder, pero nada sale. Su pregunta queda suspendida en el aire,

pesada y cargada de algo que no sé si quiero desentrañar. Antes de que pueda encontrar una respuesta, él se inclina ligeramente, su voz bajando a un susurro que solo yo puedo escuchar.

—Porque si fuera por mí… no habría nadie aquí más que nosotros dos y ese vestido en el suelo. Si fueras mía, te dejaría usar lo que quisieras y si es nada…mejor.

Mi respiración se acelera, y durante un momento, el bullicio de la fiesta desaparece. Solo estamos él y yo, atrapados en un juego que no entiendo del todo, pero que sé que podría consumirme por completo.

—Usted habla como si tuviera algún derecho sobre mí —murmuro finalmente, mi voz apenas un hilo.

—Tal vez lo tengo —responde sin dudar. Sus ojos brillan con algo oscuro, algo que me asusta y me atrae al mismo tiempo—. O tal vez simplemente no puedo soportar la idea de que alguien más lo crea.

Mi corazón late con fuerza, una mezcla de confusión y excitación, algo que no quiero nombrar. Sus palabras, su cercanía, todo de él es un recordatorio de que estoy jugando un juego cuyas reglas desconozco.

—Este no es el lugar para este tipo de conversaciones —digo, intentando recuperar algo de control.

—¿Y dónde sería? —pregunta él, inclinándose un poco más. Su rostro está peligrosamente cerca del mío, y puedo sentir su aliento caliente contra mi piel—. Porque puedo arreglarlo. Solo dígalo, señorita Valentini, una palabra y lo haré realidad.

Ahí vamos otra vez a jugar a formalismos. Pero la cosa es que me gusta, solo un poco.

—No tengo nada que decirle —miento, porque hay demasiado que quiero decirle, pero ninguna palabra parece suficiente.

Él sonríe, una curva lenta y calculada que me deja sin aire. Luego, sin previo aviso, dice:

—Baile conmigo.

Por supuesto, es otra promesa.

—¿Qué? Pensé que ya lo hacíamos —parpadeo, sorprendida por el cambio de dirección. Sin rodeos y ya puedo sentir los ojos de mis padres y de los demás sobre mí. Hemos estado cerca, pero sin movernos.

—Es una fiesta, señorita Valentini. No quiero robarle más de su tiempo… salvo el suficiente para un baile.

Mi instinto me dice que decline, pero algo en su mirada me lo impide. Tiendo mi mano, y cuando la toma, siento una corriente eléctrica recorrerme.

Esta vez más fuerte.

Me guía hacia el centro de la pista, donde otras parejas ya se mueven al ritmo de la música. Su mano se posa en mi cintura de nuevo, firme pero no invasiva, mientras la otra sostiene la mía. Nuestros cuerpos se acercan, y cada paso parece más íntimo que el anterior.

Anoche bailamos diferente, esta vez lo hace como si no quisiera romperme, es una lástima que vuelva a verme como una princesa a la cual tiene que rescatar.

—Baila bien —comenta de nuevo, su voz apenas audible por encima de la música.

—Gracias… es la costumbre. —sé que no tengo que repetírselo, pero me hace gracia, si vamos a jugar, juguemos de nuevo como si lo de anoche no fue nada.

—¿La costumbre? —arquea una ceja, su tono curioso, pero con un matiz que me pone nerviosa.

—Mis padres organizan muchas fiestas. Aprendí a bailar desde pequeña.

—¿Y siempre bailas con cualquiera? —la pregunta es casual, pero la forma en que su

mirada se intensifica me dice que no lo es.

—No… —titubeo—. Solo con quienes me lo piden primero.

—Entonces debería empezar a llegar temprano —dice, inclinándose un poco más cerca, su aliento acariciando mi mejilla—. Porque a partir de ahora, no bailarás con nadie más que conmigo, pensé que había sido claro anoche.

Mi corazón se acelera, y durante un momento, todo parece detenerse. La música, las luces, las miradas… nada importa excepto el hombre que me sostiene entre sus brazos, prometiéndome algo que no sé si quiero o temo aceptar.

—Está marcando territorio, señor Santoro —murmuro, intentando sonar ligera.

—No—susurra, su voz baja y cargada de una promesa oscura—. Estoy reclamándolo y como vuelvas a repetirme que has bailado con otros hombres le cortaré las manos a cada uno de ellos. ¿Quiénes son? ¿Están aquí esta noche? Puedo comenzar con el que acaba de irse, creo que fui muy amable con él.

—Deténgase—casi chillo, y solo obtengo de él esa mirada quita bragas.

Seguimos moviéndonos al ritmo de la música, pero estoy lejos de poder concentrarme y entender lo que está sucediendo. Esto me supera, esta posesión que cree tener sobre mí. Él no me conoce, y claramente yo tampoco a él, le creo cada palabra que dice y es lo que más temo. No importa lo que haya pasado entre los dos, ese juego termina ahora, él es un hombre peligroso y debo mantenerme alejada.

—Gracias por el baile—la canción acaba y yo me separo de él con una pequeña sonrisa.

Paolo no dice nada, su personalidad cambia de amenazador a caballero cuando sostiene mi mano y la besa.

—Disfrute de la fiesta, señorita Valentini —dice, su voz como una caricia—. Estoy seguro de que esta noche será inolvidable.

Y con eso, se aleja, dejándome sola y tambaleante, como si acabara de sobrevivir a una tormenta. Pero algo me dice que esto es solo el comienzo. La música, las luces y el murmullo de los invitados se sienten distantes mientras trato de recuperar el control de mis pensamientos. Aún puedo sentir la mano de Paolo en mi cintura, como si hubiera dejado una marca invisible en mi piel. Me alejo de la pista de baile, buscando un momento de calma, pero no lo encuentro.

Mi padre aparece de la nada, su porte altivo y su sonrisa cargada de esa satisfacción que solo tiene cuando cree que todo va según su plan.

—Molly, ven aquí.— su tono es dulce, demasiado dulce. Mi instinto me dice que nada bueno viene después de esa sonrisa.

Me acerco a él con precaución. Mi madre está cerca, charlando animadamente con un grupo de mujeres, completamente ajena a lo que sea que esté tramando mi padre.

—¿Qué sucede, papá?— pregunto, intentando mantener mi voz tranquila.

—Tengo una sorpresa para ti.— su tono es casi jovial, pero sus ojos, siempre tan calculadores, me dicen otra cosa.

—¿Una sorpresa?— repito, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

—Sí, —él asiente, su sonrisa ensanchándose—. He encontrado al pretendiente perfecto para ti.

Mi corazón se detiene por un instante, y luego empieza a latir con fuerza.

—¿De qué hablas?— mi voz suena más aguda de lo que pretendía, pero no puedo evitarlo.

—Te casarás, hija— lo dice con tanta naturalidad, como si estuviera anunciando que ha comprado una nueva propiedad—. Ya hemos hablado de esto.

—¡Papá!— Mi exclamación atrae algunas miradas curiosas, pero las ignoro—. ¿Con quién? ¿De qué hablas?

—Lo sabrás en un momento, Molly.— su tono es firme, como si no hubiera espacio para discutir—. Mantente erguida y sonríe.

Intento protestar, pero él ya se está alejando, dejándome allí, congelada en mi lugar. Miro alrededor, buscando alguna señal de lo que está planeando, pero todo parece seguir como si nada. Los invitados siguen conversando, riendo y bailando, ajenos al caos que se desata en mi mente.

Un camarero pasa con una bandeja de copas de champán, y tomo una sin pensar. El líquido burbujeante apenas toca mis labios cuando siento una presencia familiar deteniéndose a mi lado.

—Parece que su noche acaba de volverse más interesante.— la voz de Paolo es baja, apenas un murmullo, pero suficiente para enviar un escalofrío por mi columna.

Me giro hacia él, encontrándome con esos ojos azules que parecen ver más de lo que deberían.

—¿Qué está diciendo?— murmuro, tratando de sonar indiferente.

—Nada que no vaya a descubrir por sí misma en un momento.— su sonrisa es una mezcla de burla y algo más, algo que no puedo descifrar.

La pista de baile comienza a llenarse de nuevo, pero antes de que pueda relajarme en el anonimato entre la multitud, el tintineo de una copa llama la atención de todos. Mi padre, imponente como siempre, se encuentra en el centro del salón, levantando su copa de champán con una sonrisa que me hace sentir un nudo en el estómago.

—Gracias a todos por venir esta noche —comienza, su voz resonando con autoridad—. Esta no es solo una celebración de un año más de la maravillosa vida de mi esposa, Laura sino también de algo mucho más. El futuro.

El murmullo entre los invitados se detiene, y siento que todas las miradas comienzan a converger hacia él. ¿Qué está planeando ahora? Antes de que pueda procesar la respuesta, sus siguientes palabras me golpean como una bofetada.

—Mi hija, Molly, está emocionada por esta noticia.

No es verdad.

Me quedo congelada donde estoy, solo siento a mi madre a mi lado, con una sonrisa falsa y su mano en mi espalda para obligarme a mantener la compostura de una Valentini. No sé de lo que hablan.

—Quiero anunciar ante todos los amigos y famiglia que mi hija contraerá nupcias con Paolo Santoro.

Los aplausos llenan el salón, junto con sonrisas y miradas dirigidas hacia mí. El aire parece evaporarse de mis pulmones. Mis manos tiemblan ligeramente mientras miro a mi padre, incapaz de creer lo que acaba de decir. Todo dentro de mí grita para detener esto, para gritar que no es verdad, que no puede ser verdad.

Estoy a punto de desmayarme cuando siento una presencia familiar a mi lado. Paolo. Su rostro está tan calmado como siempre, como si todo esto hubiera sido planeado por él. Y quizá lo fue. Pero es su voz la que me devuelve a la realidad, un murmullo bajo y oscuro junto a mi oído.

—Una palabra y te saco de aquí, prometida.

Lo miro, mis labios temblando, y en ese momento sé que no tengo otra opción.

—Por favor… solo… sáqueme de aquí —susurro, mi voz rota.

No espero que dude, y no lo hace. Su mano toma la mía con firmeza, y antes de que pueda darme cuenta, me está guiando fuera del salón. La multitud se abre a su paso, y escucho a

mi padre alzando su copa una vez más.

—¡Parece que los novios quieren celebrar en privado! ¡Más copas para todos! ¡Salud!

Los aplausos y las risas se desvanecen cuando la puerta principal se cierra tras nosotros. El frío de la noche me golpea como una palmada en el rostro, un recordatorio cruel de que esto no es un sueño ni una pesadilla. Es real. Y en este momento, entiendo todo.

Me giro hacia él, el aire helado llenando mis pulmones y avivando mi rabia.

Fui engañada de la peor manera. Me siento como una estúpida.

—Usted… me engañó —le espeto, mi voz temblando tanto de furia como de incredulidad.

Paolo se detiene, sus ojos azules fijos en los míos, pero su expresión permanece imperturbable.

—No, no lo hice —responde con una calma exasperante—. Quise invitarte a cenar, y lo hice.

—¡Pero esto, este circo! ¡Esto no es por mí! ¡Es por usted! ¡No me casaré contigo!

Sus cejas se arquean ligeramente, y un atisbo de una sonrisa, pero no lo es, tan peligrosa como provocativa, curva sus labios.

—¿Ya no soy el señor Santoro? —pregunta, su voz baja y cargada de un humor oscuro.

—¡No me casaré contigo, *gánster*! —le grito, mis manos temblando de pura frustración.

Paolo da un paso hacia mí, cerrando la distancia entre nosotros. Su mirada es intensa, perforante, y su voz baja casi en un susurro cuando habla. Menos mal no hay nadie aquí, solo un par de guardias a lo lejos.

—Quizá no tengas opción, *Vita mia*. ¿O prefieres regresar y explicarle a tu padre que no seguirás con su plan perfecto? Porque te aseguro que él no aceptará un no por respuesta, seré yo o alguien más.

Me quedo callada, mi corazón latiendo desbocado mientras lo miro fijamente. Su presencia es sofocante, y aún así, hay algo en él que me mantiene anclada en mi lugar.

—Esto no es justo —murmuro finalmente, mi voz cargada de una mezcla de rabia y desesperación.

Paolo inclina la cabeza, su expresión suavizándose apenas.

—La vida rara vez lo es, Molly. Pero te prometo una cosa: siempre seré honesto contigo, incluso si no te gusta lo que tengo que decir.

¿Honesto? Su honestidad es una mierda hasta ahora, no puedo confiar en él ni nada de lo que dice. Mi respiración se tambalea, y durante un momento, solo estamos nosotros dos bajo el cielo nocturno. No sé si quiero golpearlo, gritarle o… algo más.

El sonido de la bofetada corta el aire. Por un momento, el mundo parece detenerse. Sus ojos se oscurecen, y un fuego peligroso se enciende en ellos. Mi corazón late con fuerza, temiendo lo que venga después. Pero no estoy preparada para lo que hace. En un movimiento rápido, me toma del rostro y me besa. Es un beso furioso, cargado de una intensidad que me roba el aliento. Sus labios aplastan los míos con una mezcla de rabia, algo primitivo que me hace olvidar cómo respirar. Y lo peor es que no lo rechazo. Me dejo hacer, atrapada en un torbellino de emociones que no puedo controlar.

Cuando finalmente se separa, sus ojos me atrapan, ardientes y oscuros.

—Espero que lo hayas disfrutado, porque será la última vez que me pongas una mano encima, *gánster* —murmuro, mi voz llena de desafío.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro, pero no es una sonrisa amable. Es peligrosa, como el hombre frente a mí.

—Ya veremos, *Piccola.*

La ira sigue corriendo por mis venas, pero también el desconcierto. Me toma de la mano y me lleva hasta su coche, un elegante sedán negro estacionado cerca de la entrada principal.

—Sube —dice, abriendo la puerta del copiloto.

—¿Para qué? ¿Para sentarme en tu regazo otra vez y que te burles de mí? —mi voz está cargada de sarcasmo, pero también de algo que no quiero admitir: nerviosismo.

Paolo arquea una ceja, y una lenta sonrisa se dibuja en su rostro.

—No es mala idea volver a besarnos, si es lo que quieres.

Mi boca se abre, incrédula.

—Vete a la…

—Entra, Molly, y ten cuidado con esa boca —interrumpe, su tono bajo y amenazante—. Es demasiado hermosa para que salgan cosas desagradables de ella.

Quiero gritarle, pero algo en su mirada me detiene. Con un suspiro exasperado, subo al coche a regañadientes, cruzando los brazos sobre el pecho mientras él cierra la puerta tras de mí. Da la vuelta y se sienta en el asiento del conductor, dejando el motor apagado. La luz interior ilumina suavemente su rostro, y puedo ver la tensión en su mandíbula.

—Cierra los ojos —ordena de repente.

—¿Qué? —frunzo el ceño, mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

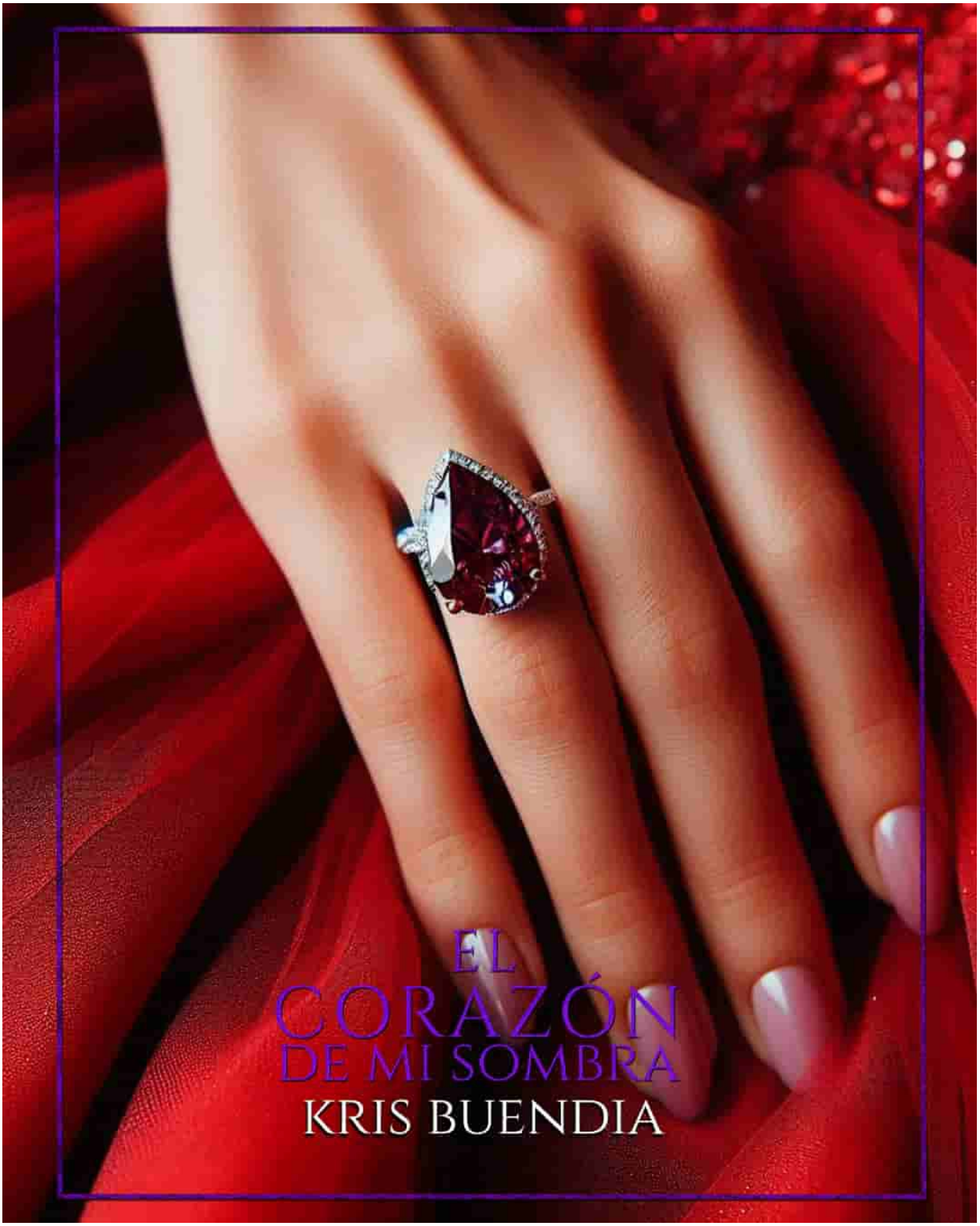
—Hazlo, Molly. Solo esta vez, confía en mí.

Mi instinto me dice que discuta, pero hay algo en su tono que me hace obedecer. Con un resoplido, cierro los ojos, cruzando los brazos con más fuerza.

—Quise organizar otra cena para darte esto —dice, su voz más baja ahora, casi suave—. Pero dado que quieres odiarme, lo haremos a tu manera.

Escucho un leve clic, seguido de un silencio que parece eterno. Luego, siento el roce cálido de su mano tomando la mía. Mi corazón late con fuerza mientras desliza algo frío y metálico en mi dedo. Abro los ojos de golpe y miro hacia abajo.

En mi mano hay un anillo que parece salido de un sueño. Es un diamante marques en forma de gota, de un color púrpura profundo que captura y refleja la luz como si tuviera vida propia. Está rodeado por pequeños diamantes blancos que lo hacen brillar aún más. Es exquisito, perfecto, y también abrumador.


EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA

Sé que es el hombre de los diamantes, pero esto es totalmente diferente a lo que suele vender, no solo es único, sino que parece más caro que toda la riquesa de mi padre.

—¿Qué…? —mi voz se quiebra, incapaz de procesar lo que estoy viendo.

—Cuídalo bien, Molly —dice, su voz firme pero no dura.

—Claro —murmuro, todavía aturdida—. Me lo quitaré para no maltratarlo.

Lo veo y está serio, su mirada cargada de poca paciencia. Niega con la cabeza, y sus ojos azules se clavan en los míos con una intensidad que me hace temblar.

—Ni se te ocurra hacer eso —advierte, su tono firme y definitivo—. Este anillo no es solo una joya. Es un recordatorio. Lo quiero en tu dedo cada segundo. Podrás jugar a la muñeca perfecta, pero en mi mundo, las reglas las pongo yo.

Mi boca se abre para replicar, pero las palabras no salen. Hay algo en su mirada que me detiene, algo que me dice que discutir sería una pérdida de tiempo. Miro el anillo de nuevo, y aunque parte de mí quiere arrancármelo, otra parte… no puede dejar de admirarlo.

—¿Y qué pasa si lo pierdo? —pregunto, más para provocarlo que por verdadera preocupación.

Paolo se inclina hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir el calor de su aliento en mi piel.

—No lo harás —susurra, su voz tan baja que casi es un ronroneo—. Porque sabes lo que significaría. Te haré sentarte en mi regazo y no será precisamente para besarnos, vita.

Mi corazón late con fuerza, y antes de que pueda responder, él se aparta, como si nada hubiera pasado. El anillo en mi dedo pesa más de lo que debería, y no solo por su tamaño. Es una declaración, una promesa y una amenaza, todo en uno.

Es un hecho. Me casaré con este hombre y no hay nada que pase o haga para poder evitarlo. Él me marcó desde ese día en su propia boda fallida. Todo fue un plan trazado de principio a fin, y aunque por un segundo me haya emocionado la idea de que alguien como él se fijara en mí, ahora temo por mi vida, porque Paolo no es solo luz, tambien es oscuridad, caballero con armadura y tambien un mafioso sin corazón. Siento la primera lágrima traicionarme y deslizarse por mi mejilla mientras mis ojos siguen en el anillo en mi dedo, pero al momento en que siento la caricia de su pulgar en mi mejilla mis ojos vuelven a él.

—No tienes que fingir conmigo, Molly.

Fingir es lo único que me ha mantenido viva hasta ahora, ser transparente, ser honesta solamente te enseña a ser debil. Ni siquiera puedo ser honesta con mi mejor amiga cuando tengo que serlo, cuando se trata de mí. Solo soy Molly Valentini, la chica rubia y princesa tonta de la foto. Cuando solo quiero ser Molly, la chica que tiene un blog de cocina.

Sonrío con una dulzura que ni yo misma reconozco mientras limpio más lágrimas no derramadas que no voy a permitirle ver. Este hombre no merece mi vulnerabilidad, y si cree que puede quebrarme, se equivoca.

—No sé de qué hablas —digo con voz clara, casi melodiosa, como si la conversación de hace un momento no hubiera ocurrido. Mi máscara cae en su lugar con precisión milimétrica—. Por favor, usa un traje como este el día de nuestra boda. ¿Tienes pensado dónde quieres que sea?

Su expresión es una mezcla de sorpresa y desconcierto, como si de repente hablara con una completa desconocida. Abre la boca, pero no sale nada. La cierra, me observa de nuevo y niega con la cabeza, claramente intentando procesar mi cambio de tono.

—Bien, contrataré a alguien y te enviaré sus honorarios. —mi sonrisa se ensancha mientras doy un paso hacia él, obligándolo a mirarme directamente—. ¿No esperas que escatime en gastos o sí?

—¿De qué estás hablando… —comienza, pero lo interrumpo antes de que pueda continuar.

—Eres la sombra de los diamantes —digo, dejando que el apodo, que, a lo mejor detesta, dejo que se deslice entre nosotros como una daga. Su mandíbula se tensa, pero yo no me detengo —. Y estás tan desesperado por tener una esposa que supongo que no te importará que haga la mejor fiesta de tu vida.

Su mirada, siempre tan controlada, se oscurece. Pero en lugar de intimidarme, eso solo alimenta mi recién encontrada valentía. Me acerco un poco más, casi tocándolo, y bajo la voz, como si estuviera compartiendo un secreto.

—Espero que no te moleste si invito a unas doscientas personas más, todas tan curiosas por saber quién atrapó al nuevo Capo de la ciudad. Será el evento del año, ¿no crees?

Él se queda quieto, observándome como si estuviera decidiendo si responder o dejar que mis palabras lo consuman. Pero yo no le doy tiempo.

—Y por supuesto, el menú será de primera clase. Nada menos que caviar y champaña. —Hago un gesto con la mano, como si estuviera visualizando los detalles—. Ah, y flores. Muchas flores. Rojas, como mi vestido esta noche. ¿O prefieres el blanco virgen del otro día? —hago una pausa deliberada, disfrutando el momento antes de añadir—. Quiero que todo el mundo recuerde ese día y tú también.

—Molly… —su voz es baja, peligrosa, pero yo lo ignoro.

—¿Y la luna de miel? —continúo, ladeando la cabeza con fingida inocencia—. ¿O también quieres que me encargue de eso? Quizá algún lugar exótico. ¿Italia? ¿Francia? No importa, porque al final, soy yo la que tiene que soportar tu presencia.

Finalmente, se acerca más hacia mí, su proximidad enviando una oleada de tensión a través de mi cuerpo. Su expresión está completamente cerrada, pero sus ojos… Sus ojos son un fuego contenido.

—No sé qué juego estás jugando, pero ten cuidado, *Vita mia* —dice, su voz baja y cargada de advertencia—. No soy un hombre que disfrute siendo manipulado.

—¿Manipularte? —repito con una risa suave, casi burlona—. Oh, Paolo, querido… Esto no es manipulación. Esto es supervivencia.

Sus labios se curvan en una sonrisa que no alcanza sus ojos, y por un momento, creo que va a replicar. Pero en lugar de eso, se inclina, su rostro tan cerca del mío que apenas puedo respirar.

—No te equivoques, Molly. No importa qué papel quieras interpretar. Al final del día, sigues siendo mía.

Me congelo, pero no dejo que lo note. En lugar de eso, le devuelvo la sonrisa, fría y calculada.

—Claro que sí —respondo, mi voz tan dulce como el veneno—. En un simple papel.

Lo dejo ahí, dándome la vuelta con toda la gracia que puedo reunir. Mientras camino hacia la entrada, mis pasos resonando en el pavimento, puedo sentir su mirada quemándome la espalda. Pero mi corazón no se derrite. No esta vez.

CAPÍTULO 4



PAOLO

Un mes después

Ella en verdad me está tocando los cojones. Si cree que me voy a tragar toda esa mierda que lleva escupiendo este último mes, está completamente loca. Desde el momento en que acepté este circo —porque, claro, yo elegí estar aquí y el Don no dejaba de echarme encima la mierda de casarme ahora que era su nuevo Capo y mano derecha— me he preguntado si valía la pena. Pero cada vez que veo esa sonrisa torcida suya, como si tuviera algún tipo de control, recuerdo por qué estoy aquí.

Porque ella es mía.

Me ha hecho asistir a cada maldita cita con esa maniática de voz chillona que contrató para organizar nuestra boda. Cada detalle es más absurdo que el anterior.

Primero, fue el lugar. ¿Qué estaba mal con las opciones que le di? No, ella quería un "santuario". Eso dijo con su tono dulce y venenoso mientras me mostraba bocetos de algo que parecía más un maldito castillo que un lugar para una ceremonia. Tuve que mandar a construir un espacio capaz de alojar a más de quinientas personas. Quinientas. Ni siquiera sé si conozco a tantas personas.

Luego vinieron las flores. Las flores. Y no cualquier tipo de flores. No, ella quería flores silvestres. Flores silvestres en pleno invierno. ¿Cómo demonios piensa que eso es posible? Pero ahí estaba yo, llamando a mis contactos en la otra mitad del mundo para conseguir esas jodidas flores que no deberían florecer en esta temporada. Porque, claro, para Molly nada es imposible. O eso parece.

Y el pastel… jesucristo, el pastel. Cada vez que cierro los ojos, esa monstruosidad se me aparece como una pesadilla. "Será un homenaje a ti", dijo con una sonrisa que me hizo querer estrangularla y besarla al mismo tiempo. Está decorado con diamantes. Mis diamantes. Mis joyas más preciosas, raras y caras adornan ese pastel. ¿Quién demonios pone joya de diamantes en un pastel? Es una burla. No solo a mí, sino a todo lo que represento. Cada detalle es un recordatorio de que ella está jugando conmigo, desafiándome, probándome.

Y, sin embargo, aquí estoy, dejándola hacer todo lo que quiere. ¿Por qué? Porque no importa cuánto me joda la paciencia, necesito que esta boda ocurra. Necesito que ella se convierta en mi esposa, al menos oficialmente. Una vez que eso pase, el juego será mío.

Me quedo mirándola mientras habla con esa sonrisa suya, la misma que usa para enloquecerme y para ocultar todo lo que en verdad siente. Es buena, lo admito. Pero yo soy mejor. Sé lo que está haciendo, sé que todo esto es una actuación. Y aun así… no puedo evitar sentir esa punzada de admiración. O tal vez es algo más. Algo que no estoy dispuesto a nombrar. La he llegado a conocer más de lo que cree y estoy descubriendo…cosas, que no sabía que era capaz de ocultar en las propias narices de sus padres.

—¿Me estás escuchando, Paolo? —su voz me saca de mis pensamientos. Está de pie frente a mí, las manos en las caderas y una ceja arqueada en desafío. Se ve tan segura, tan completamente en control de sí misma, que por un momento quiero destruir esa fachada. Ver cómo luce cuando pierde. Pero eso puede esperar.

—Claro que sí, vita. —mi voz es baja, deliberadamente controlada. Doy un paso hacia

ella, disfrutando cómo su respiración se detiene por un instante. No por miedo, sino por algo más oscuro, más retorcido—. No puedo esperar a ver qué más tienes planeado.

—Oh, tengo muchas sorpresas para ti, *querido.* —su sonrisa se amplía, y por un momento, me pregunto quién está jugando con quién.

Lo sabré pronto.

Lo del "querido" es algo nuevo, exclusivo para cuando estamos rodeados de su círculo, de sus padres y, por supuesto, de los espectadores que disfrutan del espectáculo. En privado, sigo siendo un *gánster* para ella. Un apodo que usa con toda la intención del mundo cuando se enfada o cuando quiere irritarme. Lo cual, para su desgracia, no funciona tan bien como cree. Ella finge muy bien. Pero yo la estoy conociendo mejor de lo que quiere admitir, y hay algo en su tono que delata cuánto le gusta este juego de provocación.

Y mientras me lanza esa mirada desafiante, la misma que debería hacerme retroceder, lo único que quiero es doblarla sobre mis rodillas, levantar esa pretenciosa falda suya y deslizar mis dedos hasta sentir su calor, hasta que se deshaga completamente sobre mí. Pero claro, no estamos en un lugar donde pueda darme ese lujo. No todavía.

“Querido” no es tan malo, después de todo. Es mejor que “Sombra”, como sé que me llaman algunos hombres ardidos con los que rechacé hacer negocios en el pasado. Y no tengo dudas de que ese apodo ha llegado hasta ella. Seguro lo susurra para sí misma cuando está especialmente molesta conmigo, cuando cree que no la escucho.

Sonrío. Porque ahora es mi turno.

—Tus pertenencias están en mi casa —dejo caer las palabras con calma, como si no acabara de incendiar la conversación.

Su expresión no cambia de inmediato, pero hay una chispa en sus ojos, una mezcla de incredulidad y resistencia. La reacción que estaba esperando.

—La boda es en una semana —replica con ese tono dulce que usa cuando quiere parecer razonable—. No esperas que viva contigo antes, ¿verdad?

Ahí está. Exactamente lo que pensé que diría. Muevo los hombros con descuido, como si todo esto no fuera más que un detalle insignificante, cuando en realidad es el siguiente movimiento de mi estrategia.

—He hecho todo a tu manera, *Piccola.* Es momento de que hagas esto por mí, no veo diferencia alguna, siempre terminarás a mi lado, además, —dejo que la pausa se alargue, que el silencio empiece a incomodarla, antes de continuar—. Tienes dos días. Dos días es suficiente. No soy tan cruel.

Su boca se abre ligeramente, y puedo ver cómo está calculando sus próximos pasos, cómo busca la manera de contraatacar sin parecer desesperada. Pero lo que no sabe es que ya está bajo mi control. No importa lo que diga o haga, mis hombres la vigilan discretamente. Desde el momento en que aceptó este compromiso, no ha estado sola. Y aunque todavía tiene esa falsa ilusión de libertad, pronto entenderá que todo lo que cree controlar, en realidad, ya me pertenece.

Como esa vida secreta que lleva y cree que nadie sabe.

—Qué generoso de tu parte —dice al fin, con una sonrisa que no alcanza sus ojos. Intenta sonar sarcástica, pero su voz está demasiado controlada, demasiado medida. Sé que no está tan tranquila como quiere aparentar.

—¿En verdad lo crees? —doy un paso hacia ella, disfrutando cómo su postura se tensa, como si no supiera si debería retroceder o mantenerse firme. Mi mano roza su barbilla, apenas un toque, pero lo suficiente para hacerla contener el aliento—. Será más fácil para ambos, ¿no te

parece?

—Claro —responde, aunque su tono está lejos de ser convincente. Pero no importa. Lo que importa es que no discute. Porque sabe, al igual que yo, que discutir conmigo nunca termina en su favor.

La dejo ir antes de que el aire entre nosotros se vuelva demasiado denso, aunque me cuesta no querer alargar el momento. Ella me observa con una mezcla de desconfianza y curiosidad, como si intentara descifrar mis verdaderas intenciones. Es adorable, de verdad. Pero si algo sé, es que no soy el único que está jugando aquí.

Y eso lo hace aún más interesante.

Mi teléfono suena justo cuando estoy considerando la idea absurda de que tal vez Molly realmente disfruta torturarme con estas cosas. Lo saco del bolsillo, y al ver el nombre en la pantalla, suelto un suspiro. Roco. Siempre sabe cuándo aparecer. Respondo.

—¿Ya acabaste tus compras? —su tono tiene esa mezcla entre burla y desaprobación que me irrita. Siempre tan oportuno. Ni siquiera voy a preguntar cómo sabe lo que estoy haciendo; es el Don, lo sabe todo.

—Don. ¿A qué debo tu llamada? —intento mantener la voz neutra, pero sé que él siempre nota cuando me esfuerzo demasiado.

—Faltaste a la reunión de nuevo. ¿Debo despedirte? —su tono se vuelve frío, directo, una amenaza que suena más a una broma pesada.

Pongo los ojos en blanco, mirando a Molly de reojo. Ella sigue completamente inmersa en las telas, ignorando por completo que su prometido está hablando con el hombre que podría mandarlo a matar si así lo quisiera. Como si eso fuera una opción. Cuando dejé Italia no planeaba involucrarme con la Cosa Nostra de Chicago, pero aquí estoy. Las circunstancias me llevaron a esto y, al final del día, no me quejo. Este es mi mundo ahora, y Roco Barone confía en mí ahora. Después de todo, estoy en esto gracias a él.

—No me verás rogándo por un lugar que no pedí. Además, querías que consiguiera una esposa, ¿no? Bueno, mi prometida necesita de mi tiempo.

Escucho su carcajada resonar a través del teléfono, profunda y cargada de esa ironía característica de él. Pero sé que no le hace gracia. Ninguna mujer está por encima del deber, y ambos lo sabemos.

—¿Y ella lo sabe? —pregunta, con ese tono enigmático que siempre usa cuando está a punto de apretar algún botón.

—¿Qué cosa?

—Que solo estás fingiendo que te importa para molestarme.

Ahora soy yo quien suelta una carcajada. Es la única forma de responderle cuando empieza con estas provocaciones. Mi mirada vuelve a Molly. Sigue examinando las telas de seda con una intensidad que me hace pensar que esto es más que simple elección de manteles. ¿Qué demonios sabe ella sobre telas de seda? Probablemente nada. Pero sospecho que está haciendo esto solo para joderme, para estirarme al límite, como siempre.

—¿Quién dice que estoy fingiendo?

—Porque te conozco lo suficiente. Así comienza, fingir que te importa cuando no, luego ellas tienen esa jodida magia que hacen que caigamos a sus pies. Espera y verás. Esto tengo que contárselo a Theron.

Theron, nuestro amigo en común. La conexión que no pedí, pero por Theron es que conocí a Roco Barone hace muchos años y la historia es demasiado larga para mi gusto.

—Espera sentado—resoplo—¿Y por qué estamos teniendo esta conversación?

Veo a Molly de nuevo. Ese vestido que decidió usar hoy... Mierda. Ni siquiera se molesta en cubrirse a pesar de que estamos a cero grados afuera. Siempre muestra demasiada piel, como si quisiera recordarme que ahora esa piel es mía. Solo mía. El olor de su cabello, la forma en que se mueve, todo me hipnotiza por un segundo, y me olvido por completo de Roco, de la reunión, de las amenazas implícitas.

—Su padre, no le quites la vista de encima. Su sed de poder lo ha hecho relacionarse con gente que no debe y no se sabe quién podrá buscar venganza.

Eso ya lo sabía, por eso quiero sacar a Molly de la casa de sus padres lo antes posible. ¿Porque me importa su seguridad? No, porque no podría soportar escuchar a la gente hablar como mi segundo posible matrimonio falló, ahora con una novia muerta por culpa de su padre.

—Deja que me encargue de eso—respondo finalmente, mi voz firme.

El Don guarda silencio por unos segundos, como si analizara mi respuesta. O tal vez porque sabe que ya no estoy completamente concentrado en la conversación.

—Eso espero.

La llamada termina, y dejo escapar un largo suspiro. No olvido mi nuevo deber. Claro que no lo olvido. Nunca lo haré. Pero esta vez, por una vez, me permito concentrarme en lo que tengo frente a mí. Molly se gira, sosteniendo dos muestras de tela en las manos. Su sonrisa es la definición de travesura pura.

—¿Qué opinas, Paolo? ¿La seda blanca o el marfil? —pregunta, como si realmente esperara que supiera la diferencia.

La observo en silencio, sin responder de inmediato. Porque, al final del día, no se trata de las telas. No se trata de la boda. Se trata de ella y de cómo ha tomado mi vida y la ha hecho girar sobre su eje con una fuerza que ni siquiera Roco Barone podría contrarrestar.

Y no me gusta.

Pero qué digo, solo son negocios. La empresa de su familia para limpiar mis diamantes y el dinero de la Cosa Nostra para… ¿Más diamantes?

—Lo que tú decidas estará bien—respondo al fin, con una mirada que sé que la desconcierta. He terminado el juego por hoy.

Porque, aunque no lo sepa, no me tendrá a su merced cuando esté bajo mi techo.

CAPÍTULO 5



MOLLY

Dos días después

El auto se detiene frente a la elegante mansión, lejos de la ciudad, en la completa nada, fue una hora de camino y mi trasero está entumesido, no puedo evitar soltar un suspiro de incredulidad. La casa es, por mucho, lo más elegante que he visto en mi vida, pero esa elegancia tiene un filo helado que me hace sentir como si estuviera entrando en un museo y no en un hogar. Las columnas de mármol flanquean la entrada, y los amplios ventanales reflejan la luz del atardecer como espejos perfectos. Un camino de grava impecable lleva hasta la puerta principal, que es tan grande que podría rivalizar con la de un palacio renacentista.

Dos días.

Solo me dio dos días de libertad, los cuales ocupé para grabar todo lo que pude en mi blog culinario. Tendré que ingeniar y rezar para que este hombre pase el menos tiempo posible en casa para continuar con mi vida secreta. Paolo abre la puerta del auto y me tiende una mano, pero me niego a tomarla. Bajo sola, sosteniendo mi abrigo contra el viento helado. Él no dice nada, ni sonríe como si mi pequeña rebelión fuera un juego que solo él entiende.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Molly —dice con ese tono pausado que siempre parece estar cargado de algo más.

Camino hacia la puerta principal, y al entrar, el interior de la mansión me golpea como un frío puñetazo. Los pisos son de mármol negro con vetas doradas que parecen fluir como ríos congelados. Las paredes están decoradas con obras de arte abstracto que seguramente costaron más que cualquier cosa que haya poseído en mi vida, pero no dicen nada. Nada de calidez, nada de personalidad.

Un candelabro de cristal desciende desde el techo abovedado, brillando como una galaxia artificial. Todo está perfectamente ordenado, sin una mota de polvo, sin un solo objeto fuera de lugar. Es una casa diseñada para impresionar, no para vivir.

—Es... —busco las palabras, pero solo consigo decir lo obvio— fría.

Paolo levanta una ceja, serio.

—Eso tiene solución, ¿no?

—Oh, claro que sí, —respondo, mostrandole la sonrisa más falsa. No tiene idea de lo que se le viene encima. Ya estoy planeando las cortinas más horrendas, las alfombras más chillantes y los muebles más absurdos que pueda encontrar. Si esta es mi prisión, al menos la haré a mi manera.

Antes de que pueda decir algo más, un hombre alto con un aire intimidante aparece en la entrada del salón. Su cabello es corto y oscuro, y tiene una cicatriz que cruza su ceja izquierda, dándole un aspecto aún más severo.

—Él es Viktor, —dice Paolo, señalando al hombre— mi segundo al mando. Está a cargo de toda la seguridad de la mansión y… otras cosas.

Trago.

Es la primera vez que lo miro, me pregunto por qué nunca anda escoltado, seguramente sus hombres son tan buenos cuidandolo que ni se hacen notar. Viktor asiente, su expresión

neutral, pero hay algo en su mirada que me pone los pelos de punta. No parece alguien fácil de engañar, y definitivamente no alguien que vaya a ignorar órdenes.

—Un placer—murmuro, aunque no estoy segura de que lo sienta realmente.

Antes de que Paolo pueda decir algo más, una figura diferente aparece en el marco de la puerta. Es una mujer de unos sesenta años, con cabello gris cuidadosamente recogido en un moño bajo y una expresión cálida que parece fuera de lugar en esta casa de hielo. Lleva un vestido sencillo, pero su porte es elegante y seguro.

—Molly, te presento a mi tía Giulietta, —dice Paolo, con un tono inusualmente respetuoso—. Es la encargada de la casa y mi única familia.

Lo veo por un segundo, es la primera vez que muestra algo demasiado personal e importante para él.

—Oh, querida, he estado esperando conocerte, —dice Giulietta, acercándose con una sonrisa que me desarma al instante. Me toma las manos entre las suyas, y su calidez es tan genuina que por un momento olvido dónde estoy.

—Es un gusto conocerla, señora Giulietta, —respondo con más sinceridad de la que esperaba.

—Llámame Giulietta, por favor, —dice ella—. Paolo me ha hablado tanto de ti.

No puedo evitar lanzar una mirada a Paolo, quien se encoge de hombros con una leve sonrisa, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Giulietta me lleva a recorrer la casa, explicando cada rincón con un entusiasmo que logra suavizar mi irritación inicial. Es amable, y aunque sé que tiene una lealtad inquebrantable hacia Paolo, no puedo evitar sentir que, al menos con ella, tengo un aliado inesperado.

Cuando finalmente me dejan sola en lo que será mi habitación, me dejo caer en la cama enorme y fría. La casa es perfecta, demasiado perfecta, y eso la hace insoportablemente vacía. Pero no por mucho tiempo.

—Bien, —murmuro para mí misma— si esto va a ser mi jaula, entonces será una jaula ridícula.

Ya puedo imaginar la cara de Paolo cuando vea los cojines de colores fosforescentes, las lámparas de neón y los cuadros de gatos con sombreros que pienso instalar. Tal vez incluso consiga un par de flamencos de plástico para el jardín y otros de peluche para distribuirlos por toda la casa.

Si quiere que juegue su juego, entonces también jugaré el mío.

La realidad me absorbe. Me caso en cinco días. Es un pensamiento frío, abrumador, como si el peso de las paredes de mármol que me rodean estuviera aplastándome. Me levanto de la cama y miro alrededor de la habitación que, al igual que el resto de la mansión, es demasiado perfecta, demasiado impersonal. Una enorme cama con un cabecero de madera tallada ocupa el centro del espacio, flanqueada por lámparas de cristal que parecen demasiado frágiles para usarse. Las cortinas son de un tono gris perla que combina perfectamente con los cojines cuidadosamente colocados. Todo está en su lugar, como si nadie hubiera vivido aquí jamás.

¿Dormiré aquí sola?

Cinco días. No puedo evitar reírme suavemente. No es una risa de felicidad, ni siquiera de nerviosismo. Es la risa de alguien que ha aceptado que su destino ya no le pertenece del todo. Estoy entrando en un mundo que no entiendo del todo, casándome con un hombre que me hace querer golpearlo y... otras cosas que prefiero no admitir en voz alta.

Decido explorar un poco. Salgo de la habitación y camino por los pasillos interminables, iluminados por candelabros que parecen sacados de una ópera italiana. La casa está

inquietantemente silenciosa, excepto por el suave eco de mis pasos. Finalmente, encuentro la cocina, un espacio amplio y reluciente donde Giulietta está supervisando a un par de empleados.

Mis videos se verán geniales con ese fondo, pienso para mis adentros, pero aun no sé si podré hacerlo.

—¿Estás perdida, Molly? —pregunta al verme entrar.

—No es eso, —murmuro—. Solo... necesitaba despejarme un poco.

Giulietta sonríe y me ofrece una taza de té, como si supiera exactamente lo que necesito. Me siento en una de las sillas altas junto a la isla de mármol mientras ella se mueve con una gracia casi maternal.

—Es mucho para asimilar, lo sé, —dice suavemente mientras coloca la taza frente a mí —. Pero las cosas no son tan terribles como parecen al principio.

Esto es demasiado. No estoy segura de si se refiere a la casa, a Paolo o a la situación en general, pero decido no preguntar. En cambio, tomo un sorbo del té y dejo que el calor me relaje un poco. Giulietta ve algo en mi rostro y me dice:

—Mi matrimonio tambien fue concertado y viví felizmente casada por treinta años, luego enviudé. Fue una vida buena, sin hijos, solo los dos.

—Lo siento mucho—no sé qué más decir,—¿Siempre es tan... frío aquí? —pregunto, refiriéndome tanto a la temperatura como a la atmósfera.

Giulietta ríe suavemente.

—La casa tiene su carácter, eso es seguro. Pero, querida, tú puedes darle el toque que desees. Este lugar será tuyo también.

Asiento, aunque no estoy segura de cómo podría hacer que algo tan opulento y rígido se sienta mío. Pero al menos Giulietta parece genuina, y eso es más de lo que puedo decir de muchas personas en mi vida últimamente.

Cuando regreso a mi habitación, me dejo caer en la cama y miro el techo alto. Cinco días. Solo cinco días más antes de que mi vida cambie por completo.

Y si bien el pensamiento debería asustarme, lo único que puedo sentir en este momento es una mezcla extraña de anticipación y desafío. Si Paolo cree que puede controlarme, tiene otra cosa viniendo. Y si esta mansión es un reflejo de su mundo, bueno, entonces estoy más que dispuesta a desordenarlo un poco.

Mañana empiezo con las decoraciones.

CAPÍTULO 6



MOLLY

La boda…del año.

Ni los flamencos, ni las cortinas ridiculas, ni siquiera los peluches en su habitación fueron motivos para verlo. No lo he visto en cinco días. ¿Sabrá que hoy es nuestra boda?

Estoy parada frente al espejo, el corsé me aprieta tanto que casi no puedo respirar. Mi vestido, blanco y pesado, parece que se tragó toda la luz de la habitación. El encaje roza mi piel, suave pero frío, como un recordatorio de todo lo que está por suceder. Miro mi reflejo, y una extraña sensación de vacío me invade. No soy yo la que se ve ahí, es alguien más, una figura que parece más un espectro que una persona viva. Mis manos tiemblan, pero intento mantenerlas quietas. La habitación está silenciosa, el aire se siente espeso, cargado. Gema está a mi lado, sus ojos llenos de preocupación, pero su sonrisa es una máscara que no consigue ocultar el miedo que compartimos. No se atreve a hablar, pero puedo escuchar sus pensamientos. El pesar en su mirada lo dice todo.

Yo estuve con ella, en sus dos bodas fallídas y llenas de caos, donde en una fui complice de asesinato, es algo que solo yo y ella sabemos y aun me persigue, a pesar de que se haya vuelto a casar con el hombre que verdaderamente ama y padre de su hijo, todo parece estar bien ahora, pero no conmigo. No la culpo, lo volvería a hacer una y mil veces. Dos bodas y una de ellas era con mi ahora prometido. Sabía que este día llegaría, pero esperaba al menos sentir…algo.

—Gema, ¿crees que él vendrá? —la pregunta le pesa en los labios, pero no puede evitarla. Y yo tampoco puedo evitar la respuesta que ya sé.

—Por supuesto, Molly.

Gema respira hondo, el sonido es sordo, como si intentara calmarse antes de estallar. Pero luego, la voz de mi madre, fría y cortante, me congela.

—¿Por qué estás demorando tanto? ¡Muévete! —grita desde el umbral de la puerta. Sus ojos se clavan en mí como dagas, y el peso de sus palabras me aplasta, aunque no es la primera vez que lo hace.

Me doy la vuelta lentamente, mis pasos suenan vacíos en el suelo de mármol. Mi madre no me mira directamente, como siempre. Es como si no pudiera reconocerme, como si no pudiera ver la hija que se está desmoronando en frente de ella.

—Hoy es un día importante, Molly. No tienes tiempo para tus dudas. —dice sin siquiera inmutarse. Mi nombre sale de sus labios como si fuera una orden, no una caricia.

Gema me mira, parece que quiere decir algo, pero no puede. La preocupación en sus ojos es demasiado grande, y yo lo sé. Pero no puedo hablar, no puedo hacer nada. Me siento atrapada.

Miro nuevamente el espejo, veo la figura que soy. Pero no soy yo. No soy la Molly que quiero ser. Mi corazón late fuerte, más fuerte de lo que debería. La pregunta me persigue: ¿Sabrá que hoy es nuestra boda? ¿Realmente estará aquí? O, como siempre, se habrá perdido entre sus propios pensamientos, entre sus propios compromisos, y yo seré solo un eco más en la multitud.

Pero yo sé que él vendra.



La ceremonia estaba siendo demasiado perfecta, algo que me irritaba más de lo que debería. Todo estaba calculado al milímetro: la música, las flores, las miradas de admiración, y ese vestido ajustado que me hacía sentir como si no fuera yo, como si me hubiera convertido en la muñeca decorativa de Paolo. Pero más que nada, lo que realmente me sacaba de quicio era que él estuviera impecablemente tranquilo, como si esto fuera un paseo casual y no la maldita boda que él me había obligado a aceptar.

Mis ojos se deslizan por el altar, observando a los invitados. El lugar que hice que Paolo comprara está abarrotada de gente que no conozco, personas con apellidos que suenan caros y que seguro están aquí por alianzas, no por amor. Sin embargo, mi atención se centra en dos figuras familiares al fondo de la sala.

Gema está sentada, mirando la escena como si no pudiera creer que estoy aquí, en este altar, con Paolo. Lleva un vestido rojo hermoso como mi dama de honor, ella se ve más feliz que yo pero no puedo culparla; al menos ella no está fingiendo ser algo que no es. A su lado, Konstantin está de pie, su figura imponente y su expresión desdeñosa en un traje oscuro de tres piezas, como si considerara que todo esto fuera un espectáculo ridículo.

Caminan hacia mí.

—No iba a dejar venir sola a mi mujer, —declara Konstantin cuando nuestras miradas se cruzan, su tono cargado con esa arrogancia habitual, como si estuviera seguro de que todos los presentes fueran inferiores a él.

La forma en que llama a Gema “mi mujer” me hace apretar los labios para no sonreír. Ella rueda los ojos, pero no lo corrige, lo que me dice más de lo que quisiera saber sobre su relación.

…

La ceremonia sigue su curso, con el sacerdote pronunciando palabras que no escucho realmente. Estoy demasiado ocupada manteniendo mi postura, evitando cualquier gesto que me delate. Sé que Paolo me está mirando, puedo sentir su mirada fija en mí incluso cuando trato de no devolverla.

Paolo se acerca, murmurando palabras que solo alguien como él se atreve y toda mi piel se eriza:

—Eres demasiado perfecta para este mundo... pero eso no significa que no voy a ensuciarte, *Vita mia.*

Tiemblo bajo el terciopelo de sus palabras, el susuro de su voz tan cerca, lo maravillosamente hermoso que se ve en su traje y esa ridicula pajarita que combina tan bien con esa personalidad de macho alfa peligroso. ¿Ensuciarme o destruirme?

Suspiro. Pero entonces llega el momento de no retorno.

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia, —anuncia el sacerdote, y todo se congela.

Le dije que no volvería a tocarme. Fui clara, incluso brutal, cuando se lo advertí. Y ahora todos están mirando, esperando el beso que sellará este absurdo espectáculo. Espero a que él lo haga, a que me ignore como los últimos días, porque Paolo no es el tipo de hombre que respeta límites. Pero en lugar de acercarse a mis labios, toma mi mano.

Sus dedos son firmes, seguros, mientras levanta mi mano frente a todos. Me mira directamente a los ojos, con esa mezcla de desafío y algo más que no logro identificar. Entonces,

en lugar de besarme como todos esperan, inclina la cabeza y presiona sus labios contra mis nudillos con un respeto casi teatral sin dejar de verme a los ojos. La audiencia murmura, algunos ríen suavemente como si fuera un gesto romántico y único. Pero yo estoy congelada. No era lo que esperaba. Y eso me irrita aún más.

¿Me está respetando? ¿O simplemente está jugando conmigo?

No tengo tiempo para averiguarlo, porque justo en ese instante, un ruido ensordecedor irrumpe en lugar. Los invitados se giran, alarmados, mientras la entrada principal se abre de golpe y varios hombres armados entran, disparando al aire.

—¡Nadie se mueva! —grita uno de ellos, y el caos estalla.

Gritos, carreras, gente empujándose para buscar refugio. Mi corazón late con fuerza mientras Paolo me jala hacia él, su mano firme en mi cintura como si fuera lo más natural del mundo protegerme.

—¡Al suelo! —ordena, y no tengo tiempo de discutir.

Konstantin, por supuesto, no parece ni remotamente intimidado. Avanza con calma, sacando una pistola que claramente nadie notó que llevaba consigo, mientras Gema lo sigue con una mezcla de miedo y determinación.

—Te dije que estas bodas siempre acaban mal, —dice Kostya con una sonrisa torcida mientras apunta a uno de los intrusos.

—¡Kostya, no! —grita Gema, pero ya es demasiado tarde. El disparo retumba en el lugar, y entonces todo se convierte en una guerra campal.

Paolo me empuja detrás de uno de los bancos, cubriéndome con su cuerpo. Su respiración es calmada, incluso en medio del caos, y eso me enfurece tanto como me tranquiliza.

—Mírame ¿Estás bien? —pregunta, su voz baja pero intensa.

—¿Parece que estoy bien? —respondo, pero mi tono carece de la fuerza que esperaba.

Él sonríe, solo un poco, antes de volver su atención al desastre que se desarrolla frente a nosotros.

—Bienvenida al matrimonio, señora Santoro —susurra, y por primera vez en todo el día, siento que tal vez este hombre realmente disfruta verme enloquecer. Pero entonces. El pinchazo en mi cuello no lo veo venir.

CAPÍTULO 7



Molly, 16 años.

Séis años atrás

Tenía dieciséis años la primera vez que lo vi.

Era pleno verano, y el sol golpeaba fuerte las ventanas polvorientas de la casa de seguridad donde papá insistía en mantenerme alejada, sabía que ahí estaban todos sus hombres de seguridad,sus fieles perros como escuché decir una vez a mi madre. Había algo opresivo en el aire, como si incluso el calor supiera lo que pasaba entre esas paredes. Pero ese día, todo cambió.

Estaba en el jardín trasero, tratando de leer un libro que no lograba concentrarme en terminar, cuando lo vi por primera vez. Adriano De Luci. Su cabello negro desordenado brillaba bajo el sol, y su piel tenía ese tono dorado que parecía beberse la luz. Era dos años mayor que yo, lo supe por los comentarios de las empleadas, y recién había llegado con su padre, uno de los guardias más cercanos a mi papá.

Lo vi detenerse a unos metros de mí. Llevaba una camiseta gris ajustada y jeans desgastados. Cuando nuestras miradas se encontraron, me sonrió, pero no fue una sonrisa casual. Era una de esas sonrisas que prometían algo, aunque en ese momento no supe qué.

—¿Siempre lees cosas tan aburridas? —pregunta, señalando mi libro con un leve gesto de la cabeza.

Frunzo el ceño, sintiendo el calor subir a mis mejillas, era un libro de cocina, se supone que no tenía que leer estas cosas, pero me escondía de mi madre, él no tenía que saberlo de todas formas.

—No es aburrido. Es comida.

Adriano se ríe, un sonido bajo y grave que parece envolverme.

—¿Comida? Suena como algo que alguien dice para justificar lo aburrido.

Cierro el libro, abrazándolo contra mi pecho.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? ¿Además de molestar a las personas que intentan disfrutar de su tarde?

Él da un par de pasos hacia mí, las manos en los bolsillos.

Hay algo relajado, casi desinteresado, en la forma en que se mueve, pero sus ojos oscuros me observan con una intensidad que me inquieta.

—Mi papá trabaja para tu padre. Así que supongo que estaré por aquí un tiempo. ¿Te molesta?

—No. Mientras no hables demasiado —respondo, aunque el tono desafiante de mi voz no convence ni a mí misma.

Adriano sonríe de nuevo, pero esta vez es más suave, menos burlona. Se agacha,

recogiendo una flor del suelo. Me la tiende.

—Para ti. Por ser tan seria. Tal vez te ayude a sonreír más.

Tomo la flor sin pensar, sintiendo el roce de sus dedos contra los míos. Es un gesto simple, pero mi corazón late tan rápido que temo que él lo note.

—No necesito flores para sonreír —murmuro, aunque estoy segura de que ya estoy sonriendo.

—Tal vez no, pero aún así te quedan bien. —se endereza, mirándome por un momento más antes de girar y caminar de regreso hacia la casa.

Me quedo allí, con la flor entre mis manos, sintiendo que algo importante acaba de cambiar. No lo supe entonces, pero ese fue el comienzo. El comienzo de algo hermoso y, al final, terriblemente doloroso.

CAPÍTULO 8



MOLLY

Presente

El mundo parece girar en cámara lenta mientras abro los ojos. La luz dorada de las velas parpadea en las paredes, sus sombras bailando como espectros silenciosos. Mi cabeza late con un dolor sordo, como si algo me hubiera golpeado desde adentro. Me siento, sintiendo el mareo arrastrarse sobre mí, y toco mi cuello. Hay una leve punzada de dolor. Algo frío.

El encaje de mi vestido roza mi piel al moverme. Mi vestido de novia.

De pronto, la memoria me golpea.

La ceremonia.

Las miradas de los hombres en la iglesia.

Los disparos.

Paolo.

Me enderezo y respiro hondo. Estoy en una habitación que no reconozco. No es mi casa. Tampoco el lugar donde esperaba estar después de casarme. Mi cuerpo está rígido, tenso, como si mi alma aún estuviera atrapada en el caos que dejé atrás en el altar.

—Finalmente despiertas. —la voz grave llena la habitación como un trueno contenido y grito asustada—Tómalo con calma.

Levanto la mirada y lo veo, mi ahora marido. Está sentado en un sillón al fondo, con una copa de whisky en la mano. Su camisa negra está desabrochada en el cuello, las mangas remangadas, dejando al descubierto, nada. No tiene tatuajes en sus antebrazos, lo cuál no me esperaba, creo que nunca he visto a un hombre sin un tatuaje, no es que he visto a muchos sin ropa, de hecho se reduce a ninguno, pero regresando a lo importante, me sorprende y me gusta al mismo tiempo. Su postura es relajada, pero sus ojos son afilados, calculadores, como si analizara cada uno de mis movimientos.

—¿Qué hiciste? —pregunto, mi voz áspera y débil, pero lo suficientemente firme para mostrar mi descontento. Sé que fue él quien me drogó para que perdiera el conocimiento. ¿Acaso cree que soy debil? Que no puedo mantenerme viva sin que me rescate, o que no pueda ¡Correr!

Él inclina la cabeza, divertido.

—¿Qué hice yo? Protegerte, *Piccola.* Aunque no estoy seguro de que lo merezcas.

Piccola, estoy sorprendida del cambio que ahora toma, a juzgar que ha estado ignorandome los últimos días, no soy su vida como le gustaba llamarme. A veces creo que quiere llamarme: Muñeca, suena a… plástico, falso. Lo voy entendiendo.

—No necesito que me protejas —escupo, enderezándome en la cama.

—¿No? —se pone de pie lentamente, dejando la copa sobre una mesa cercana. Camina hacia mí con una calma que me pone los nervios de punta—. Porque desde donde yo estaba, parecía que te iban a volar la cabeza. Tuve que tomar medidas para poder sacarte de ahí y no quería que…vieras nada.

¿Debo agradecerle por drogarme para salvarme de un posible trauma? Hijo de puta, solo puedo continuar con esta farza, pero mostrarme debil, eso sí que no.

—Eso no justifica que me traigas aquí sin mi permiso.

—Tu permiso dejó de importar en el momento en que aceptaste mi apellido. —Paolo se

detiene frente a mí, sus ojos oscuros brillando con algo peligroso, algo que me enciende por dentro y me aterra al mismo tiempo.

—No te confundas, Paolo. —me levanto de la cama, a pesar de que mis piernas tiemblan —. Este matrimonio fue un acuerdo, nada más. No soy tuya. No eres mío. Y entre más rápido lo entiendas, será más fácil para los dos.

Él ríe, una carcajada baja y grave que reverbera en mi pecho. Se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio, hasta que apenas hay un suspiro de distancia entre nosotros.

—Eres mía, Molly. Lo eres desde el momento en que te paraste frente a todas esas personas y tomaste mi apellido. Y más te vale acostumbrarte, porque no hay vuelta atrás. Nunca quise esto, pero ahora que eres mía, no pienso soltarte.

Mis labios se separan, pero no encuentro las palabras. Su cercanía me desarma. Su perfume, mezcla de tabaco y algo más oscuro, me nubla la mente. No quiero sentirme así. No con él.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Encerrarme? ¿Controlarme? —pregunto, mi voz temblando más de lo que quisiera, pero le sonrío con frialdad.

—No necesito controlarte. —Paolo levanta una mano y acaricia un mechón de cabello que cae sobre mi rostro. El gesto es suave, casi tierno, pero su mirada sigue siendo fría, calculadora—. Eres lo suficientemente inteligente para saber lo que pasa cuando alguien intenta desafiarme. O lo sabrás. ¿De verdad crees que puedes escapar de mí? Qué adorable.

Trago saliva, mis ojos buscando los suyos. Quiero odiarlo. Debería odiarlo. Pero en lugar de eso, mi cuerpo traiciona cada pensamiento lógico. Hay algo en él, en su autoridad, en la intensidad de su presencia, que me atrae como un imán.

—Duérmete, *Piccola*. —su voz baja, ronca, mientras sus dedos rozan mi mejilla una última vez—. Mañana tienes que empezar a aprender lo que significa ser una Santoro.

Lo veo girarse y caminar hacia la puerta. Antes de salir, se detiene y lanza una última mirada por encima del hombro.

—Ah, y no intentes huir. Nadie te dejaría llegar muy lejos.

La puerta se cierra tras él, y el silencio cae como un peso sobre mí. Me dejo caer en la cama, el corazón latiendo con fuerza. Sé que debería estar pensando en cómo escapar, cómo resistirme. Pero lo único que puedo pensar es en el modo en que me mira. Como si ya hubiera ganado. Y, lo peor de todo, es que una parte de mí no está segura de querer que pierda.

CAPÍTULO 9



PAOLO

El clic es lo único que escucho cuando cierro la puerta, sé que está asustada, aunque juegue a fingir que no. Por eso la inyecté yo mismo, un leve calmante para que no fuera un blanco seguro, en cuanto quedó inconsiente en mis brazos pude sacarla de ahí, ilesa. Y aquí me encuentro, mirando aun la puerta cerrada. No puedo permitirme que me distraiga de mis obligaciones. Ahora que es mi esposa se supone que debo sentirme mejor, tranquilo, pero sigo queriendo más. Más de ella, joder.

El pasillo está en penumbra, apenas iluminado por las luces cálidas de las lámparas antiguas en las paredes. El eco de mis pasos retumba con una autoridad que no intento disimular. Acabo de salir de la habitación donde está Molly, y aunque su fragancia todavía parece aferrarse a mi ropa, no me permito pensar en ella ahora. Hay cosas más importantes que resolver.

El ataque fue leve. Un grupo pequeño, mal organizado, que no tenía ni idea de con quién estaban jugando. Pero el problema no es la intensidad del golpe; es lo que significa. Alguien tuvo el descaro de intentar algo en el día de mi boda, mi puto día, y eso no lo voy a tolerar.

Han jodido dos bodas, pero esta vez, logré casarme. Mierda, eso suena exagerado, hasta para mí.

Viktor ya me espera en la sala de reuniones. Está apoyado contra la mesa de madera maciza, los brazos cruzados sobre su pecho ancho, observándome con esa expresión que siempre lleva, como si estuviera calculando los pasos de un enemigo invisible. Le tengo confianza, pero también sé que confía demasiado en su frialdad.

—¿Cómo está tu esposa? —pregunta sin moverse, su tono cargado de sarcasmo.

—No es tu preocupación —gruño, caminando hasta la barra para servirme un whisky. El cristal frío de la botella me calma un poco el calor en las manos. Necesito claridad, no distracciones.

—Lo suponía. —se endereza y me sigue con la mirada mientras doy un sorbo largo y dejo la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Quiero a todos aquí —digo finalmente, girándome hacia él. Mi voz no sube de tono, pero la dureza en ella lo hace asentir de inmediato—. Todos los hombres que trabajan para mí, especialmente los hombres del contrabando de los diamantes.

Viktor arquea una ceja, pero no pregunta. Sabe que si le doy una orden, hay una razón detrás.

—Crees que fue uno de ellos.

No es una pregunta, pero de todas formas respondo.

—Sé que fue uno de ellos. —mi mandíbula se tensa al recordar las balas volando, el caos en la iglesia, el miedo en los ojos de Molly, aunque lo disimulara. Apretar los puños no ayuda. No esta vez—. Esto no fue una declaración de guerra, fue personal.

Viktor asiente lentamente, como si sopesara mis palabras.

—Los tendré aquí en menos de una hora. Pero si estás pensando en hacer una limpieza, Paolo, más vale que estés seguro de a quién le pones una bala en la cabeza.

Me acerco a él, fijando mi mirada en la suya.

—No me hace falta estar seguro. Cualquiera que sea una amenaza, cualquiera que dude

de mi poder, estará muerto antes de que termine la noche.

—Entendido, jefe. —su tono es plano, pero hay algo en sus ojos que me dice que está de acuerdo conmigo. O al menos lo suficiente como para no cuestionarlo. —¿Y qué hago con el guardia?

Lo veo mal.

—¿Qué guardia?

—El guardaespaldas de tu esposa. Antonio. Nos siguió. El tipo es bueno, deberías preocuparte por él.

Sí, debería. Pero es lo que menos me preocupa ahora. Uno que se toma atribuciones sobre Molly.

Molly.

Mía.

Pensandolo bien.

—Averigua todo sobre él. —le ordeno. Se gira para salir, pero lo detengo.—Y, Viktor... —Él se detiene en la puerta, esperando. Yo doy otro sorbo al whisky, saboreando el amargor que me recuerda que sigo vivo—. Mantén a Molly vigilada. No quiero que le pase nada. Ni un rasguño. Dile a Antonio que no se despegue de ella, si tiene que acompañarla hasta para ir al baño, que lo haga. O no, joder. Vigílalos a ambos.

Él sonríe de medio lado.

—No pensé que eras del tipo que se preocupaba por una esposa.

—No lo soy. —me inclino hacia la mesa, apoyando las manos sobre la madera—. Pero esta no es una esposa cualquiera. Es mía.

Viktor no dice nada más, pero la sonrisa sigue en su rostro cuando se va. Lo observo desaparecer por el pasillo y me quedo solo en la sala, escuchando el leve zumbido del silencio. Hay algo podrido en mis filas, y no voy a descansar hasta arrancar el problema de raíz. Y si tengo que usar el miedo como herramienta, lo haré. Siempre lo he hecho. Es lo único que nunca falla.

Tomo otro trago y dejo la copa vacía en la mesa. La noche apenas comienza, y ya puedo oler la sangre en el aire.

CAPÍTULO 10



MOLLY

La habitación está en silencio ahora, pero no es un silencio que me calme. Es denso, cargado de lo que acaba de pasar. De lo que vi en los ojos de Paolo antes de que saliera. Frío, calculador, y lo peor de todo... dueño.

Respiro hondo, intentando obligarme a relajarme, pero no puedo. El vestido de novia todavía está sobre mi piel, pesado como una cadena, apretando mi cuerpo con cada movimiento. Me acerco al espejo y veo mi reflejo. Una extraña me mira desde el otro lado. Una mujer con el cabello desordenado, los ojos cansados y las marcas de lo que supuestamente debía ser el día más feliz de mi vida.

Me río, un sonido amargo que se pierde en la habitación. ¿Feliz? Ni siquiera sé qué significa eso. El vestido tiene botones en la espalda que no puedo alcanzar. Maldita sea. Me esfuerzo, luchando contra la tela y mi propia desesperación, hasta que finalmente se desliza por mis hombros y cae al suelo. Me quedo ahí, de pie, mirándolo. La seda blanca es tan perfecta, tan pura, que parece burlarse de mí. Camino hacia el baño, dejando el vestido abandonado como si me pesara incluso mirarlo. El agua caliente golpea mi piel y me quedo quieta bajo el chorro, con los ojos cerrados, dejando que el calor lave algo más que el sudor y la suciedad. Quiero que se lleve el peso de este día, de este matrimonio, de Paolo.

Pero no se va. Permanece ahí, en mi pecho, como una piedra que no puedo mover.

Cuando salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y encuentro productos de higiene personal, encuentro un cepillo para el cabello, y luego me cepillo los dientes, regreso a la habitación. Ahí está: un vestido negro que no había visto antes, sencillo pero elegante, perfectamente doblado sobre la cama. Y a un lado, ropa interior nueva, con etiquetas que indican mi talla exacta. Cierro los ojos por un momento. No debería sorprenderme. Paolo siempre ha tenido esa manera de hacerme sentir como si todo estuviera calculado, como si él supiera lo que necesito incluso antes de que yo lo haga. Es algo que me inquieta más de lo que quiero admitir.

Me visto lentamente, sintiendo la suavidad de la tela contra mi piel. Es extraño lo bien que me queda, como si hubiera sido hecho a medida. Me miro en el espejo nuevamente, y esta vez la mujer que me devuelve la mirada parece más fuerte, más controlada. Pero es solo una máscara.

La puerta se abre de golpe, y mi cuerpo se tensa al instante. Espero ver a Paolo, pero es una de las mujeres del servicio, con una bandeja de comida.

—El señor Santoro desea que cene algo, señora Santoro.

Señora Santoro. Eso es nuevo y se siente como un peso sobre mi lengua.

—Déjalo ahí, gracias —digo, señalando una mesa cerca de la ventana.

La mujer asiente y se va sin decir nada más. Me acerco a la mesa y miro la comida, perfectamente preparada, como si estuviera en un restaurante de lujo y no en una casa de seguridad. Pero no tengo hambre. Me siento junto a la ventana, observando las luces de la ciudad en la distancia. Estoy atrapada aquí, con un hombre que no sé si es mi protector o mi carcelero. Un hombre que me despierta emociones que no quiero sentir.

Cierro los ojos y dejo que la oscuridad me envuelva. Porque en esta nueva vida, el peligro no está solo fuera de estas paredes. También está dentro de mí.

El aire en la habitación se siente demasiado denso, demasiado cargado. No puedo quedarme aquí. Con el vestido negro ajustado a mi cuerpo, descalza y con el cabello húmedo, decido explorar. Tal vez si entiendo dónde estoy, me sentiré menos atrapada. Abro la puerta y me encuentro con un pasillo angosto, iluminado con luces tenues que parpadean ligeramente, como si fueran viejas. La casa parece pequeña, pero cada rincón respira seguridad. Puertas reforzadas, ventanas con rejas discretas, cámaras ocultas que apenas detecto al recorrer el espacio. Todo está diseñado para proteger, no para vivir.

Paso por una sala vacía, con muebles simples y una alfombra que no combina con nada. Las paredes están desnudas, sin cuadros ni fotos. Es como si esta casa no tuviera historia, solo un propósito: ser un escondite. Sigo avanzando hasta que escucho un sonido familiar. Una tos leve. Giro la esquina y lo veo: Antonio, mi guardaespaldas. El hombre que ha sido como un padre para mí desde que tengo memoria, de pie junto a una ventana, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Su postura es rígida, pero sus ojos reflejan algo más suave cuando me ve.

—¿Estás bien? —pregunta, mirándome de arriba abajo con una leve preocupación en el rostro.

Me acerco sin que se lo espere, y lo abrazo, un calor familiar. Antonio siempre deja que lo abrace, siempre y cuando nadie esté viendo. Pero esta vez el abrazo se siente diferente, es como si él tambien lo hubiera estado esperando.

—¿Es así el matrimonio? —le pregunto separándome de él, cruzándome de brazos. No sé si lo hago para mantener el calor o para protegerme de la incomodidad que siento al decir esas palabras.

Antonio me mira por un momento, su expresión seria. Luego sacude la cabeza.

—No lo es.

Sus palabras son simples, pero hay algo en su tono que me golpea más fuerte de lo que esperaba. Bajo la mirada y respiro hondo.

—¿Cómo están mis padres? —pregunto, levantando la vista nuevamente—. ¿Han llamado?

Antonio niega con la cabeza.

—No se me permite hablar con nadie, pero están bien. Incluso el señor Santoro se encargó de que los invitados disfrutaran de la recepción después del caos cuando nos marchamos.

Frunzo el ceño, sorprendida. ¿De verdad Paolo hizo eso? No lo imagino preocupándose por algo tan... humano. Pero entonces recuerdo sus ojos, su calma calculada. Claro que lo hizo. No porque le importe, sino porque todo tiene que estar bajo su control.

—No pensé verte aquí —le digo, inclinando ligeramente la cabeza. Antonio siempre ha sido un punto fijo en mi vida, pero verlo en este lugar, en esta situación, se siente diferente.

—No iré a ningún lado —responde con firmeza. Luego, señala hacia una mesa cercana donde ahora reconozco que alguien ha dejado un plato de comida nuevo—. Ahora come.

Sus palabras son una orden disfrazada de consejo, y algo en su tono me hace sentir pequeña, como si todavía tuviera 16 años. Pero también me hace sentir segura, como siempre lo ha hecho. Camino hacia la mesa y me siento, dejando que la realidad me alcance poco a poco. Aquí estoy, casada con un hombre que no sé si es un monstruo o un salvador, en una casa que no es mi hogar, comiendo una comida que no pedí. Y, sin embargo, hay algo en la presencia de Antonio que hace que todo esto sea un poco más soportable.

No digo nada más mientras como, pero puedo sentir sus ojos en mí, vigilándome como siempre lo ha hecho. Porque aunque todo en mi vida haya cambiado, algunas cosas parecen

seguir igual. Al menos por ahora.

CAPÍTULO 11



PAOLO

El lugar está lleno de humo y tensión. Las luces fluorescentes parpadean ligeramente, iluminando los rostros de mis hombres, uno por uno. Todos están aquí. Los que contrabandean mis diamantes, los que aseguran mis rutas, los que trabajan para mantener mi imperio intacto. Este es otro de mis lugares secretos que pensé no usar en un largo tiempo, como la casa de seguridad en la que dejé a mi esposa a media hora de distancia, no me iba a fiar de reunirlos a todos en la misma casa donde estuviera ella. Ahora mismo no confío en nadie.

Nadie se atreve a hablar, solo se escuchan las respiraciones contenidas y el leve crujido de botas sobre el cemento. Estoy de pie frente a ellos, con Viktor a mi lado. Mi chaqueta negra cuelga de mis hombros, el cigarro en mi mano se consume lentamente mientras los observo. Mis ojos se detienen en cada rostro. Algunos son leales, otros simplemente están aquí por miedo. Pero esta noche no hay lugar para dudas.

—Sabemos por qué estamos aquí —digo finalmente, rompiendo el silencio. Mi voz es baja, pero retumba en el espacio cavernoso como un disparo—. Alguien decidió que era buena idea jugar conmigo. En el día de mi boda.

El murmullo que sigue es breve, un eco de incomodidad que muere tan rápido como comenzó. Camino lentamente frente a ellos, dejando que el sonido de mis pasos hable por mí.

—Ese alguien no solo me faltó el respeto. Nos puso a todos en peligro. —mis palabras caen como piedras en el agua—. Si no puedo confiar en ustedes, no tengo hombres. Y si no tengo hombres, no tengo imperio. Así que escúchenme bien: el que lo hizo, tendrá una sola oportunidad de confesar.

Dejo que el silencio se extienda. Nadie se mueve. Nadie habla. Hasta que mis ojos se detienen en él: Gabriele Bellucci.

Gabriele está al fondo del grupo, con los brazos cruzados, fingiendo una calma que no le pertenece. Sus ojos oscuros esquivan los míos, y su mandíbula se aprieta cada vez que me acerco. Fue el único que no fue a mi boda. He conocido a muchos hombres como él. Ambiciosos. Imprudentes. Desleales.

—¿Tienes algo que decir, Belucci? —pregunto, inclinando la cabeza ligeramente.

—No sé de qué hablas, Paolo. —su tono es neutral, pero hay algo en su postura que me irrita.

—¿No? —dejo caer el cigarro al suelo y lo aplasto con la punta de mi bota—. Porque yo sé que has estado robándome.

La sala entera se congela. Algunos hombres miran a Gabriele, otros fijan la vista en el suelo, temerosos de ser arrastrados en la tormenta que está a punto de desatarse.

—Eso es mentira —dice, su voz subiendo un poco, tratando de sonar indignado.

—¿Mentira? —Camino hacia él, acercándome lo suficiente para ver el sudor en su frente —. Tengo las cuentas. Tengo las pruebas. No solo robaste, Gabriele, también intentaste armar un espectáculo el otro día en mi joyería donde estaba la que ahora es mi mujer. Creíste que un ataque al lugar más sagrado sería suficiente para asustarme.

—¡No fui yo! —grita, pero su voz tiembla, y eso es todo lo que necesito.

—Vamos a votar —anuncio, girándome hacia los demás. Mi tono es letalmente tranquilo —. Así hacemos las cosas aquí, ¿no?

Los hombres intercambian miradas, incómodos, pero saben que no tienen elección. Uno a uno, levantan la mano. Gabriele está perdido antes de que la mitad haya votado para ser despedido de mi organización.

Cuando el último hombre levanta su mano, me giro hacia Gabriele.

—Estás despedido.

Gabriele da un paso hacia mí, su rostro rojo de furia.

—¿Te crees que puedes deshacerte de mí tan fácilmente? —escupe, con los puños apretados—. ¡Vas a pagar por esto, Paolo!

Mis ojos se estrechan, y una sonrisa fría se dibuja en mis labios.

—¿Te atreves a amenazarme?

Él se queda en silencio, pero el desafío sigue ardiendo en sus ojos. Doy un paso hacia él, acortando la distancia, y bajo la voz.

—No tendrás una advertencia, Gabriele. Mejor vete de mi ciudad, o yo mismo te mataré.

La tensión en el aire es tan espesa que apenas se puede respirar. Gabriele retrocede, sus labios apretados en una línea fina, antes de girarse y salir del almacén. Nadie se mueve hasta que la puerta se cierra tras él.

Miro a Viktor.

—Asegúrate de que se vaya.

Él asiente, y yo enciendo otro cigarro. El peligro no ha terminado, pero al menos he dejado claro quién manda aquí.

CAPÍTULO 12



MOLLY

—Maldito *gánster* —gruño, apenas susurrando las palabras.

Es mi primer error del día. Paolo se detiene en seco, como si mis palabras fueran una bala que lo alcanzó justo en la espalda. Lentamente, se da la vuelta, su mirada fija en mí como si fuera capaz de leer mi alma con esos ojos oscuros.

Mierda. Estoy en problemas.

—¿Qué dijiste? —su voz es baja, peligrosa, pero no es el tono lo que me hace retroceder, sino la mirada. Esa chispa contenida de furia y algo más, algo que no puedo nombrar pero que me pone la piel de gallina.

Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente lo haga. Corro. No pienso, no calculo, solo corro hacia la puerta, hacia cualquier salida que pueda encontrar. Mis pasos resuenan en los pasillos vacíos, mi respiración se acelera, pero no llego lejos.

Siento sus manos en mi cintura antes de escuchar sus pasos. En un movimiento rápido, me levanta del suelo como si no pesara nada. Mis piernas patalean en el aire, y la impotencia me invade como una ola sofocante.

—¡Bájame! —le grito, golpeando su espalda con los puños, aunque sé que no sirve de nada. Paolo no es del tipo que cede ante una súplica o un golpe.

—¿Bajarte? —su voz tiene ese tono burlón, como si estuviera disfrutando de mi rabia inútil—¿Por qué? ¿Para que sigas huyendo de mí como una niña caprichosa?

—¡Te odio! —escupo las palabras, aunque incluso yo sé que no son completamente ciertas.

Paolo se ríe, un sonido grave que vibra en mi pecho mientras me mantiene en el aire. Me gira ligeramente, haciéndome enfrentar su mirada, y algo en sus ojos me obliga a dejar de luchar.

—No me odias, *Vita* —murmura, su voz un susurro que me envuelve como una caricia peligrosa—. Si me odiaras, no estarías tan roja, no respirarías tan rápido.

—¡Eres un maldito ególatra! —le grito, aunque mi voz tiembla.

—Y tú eres mi esposa. Mi maldita esposa. Así que será mejor que te acostumbres a esto. Si digo que comas, comes, si digo que no salgas, no sales y si te digo que no te daré tu teléfono por tu seguridad, será mejor que lo entiendas.

Me deja caer de golpe, pero no con brusquedad. Mi cuerpo se tambalea cuando mis pies tocan el suelo, y antes de que pueda dar un paso atrás, Paolo acorta la distancia entre nosotros. Su mano atrapa mi barbilla, forzándome a mirarlo directamente a los ojos.

—No corras de mí otra vez, Molly. Nunca —susurra, y aunque sus palabras son una advertencia, su tono tiene algo más. Algo oscuro, algo que hace que mi corazón se acelere aún más.

—¿Y si lo hago? —me atrevo a desafiarlo, mi voz más baja ahora, apenas un susurro.

Su sonrisa no es amable. Es la sonrisa de un depredador que acaba de atrapar a su presa.

—Si lo haces... —su pulgar roza mi mandíbula, su toque inesperadamente suave pero igual de dominante—. Te prometo que disfrutarás de las consecuencias.

Me quedo sin palabras, mi mente atrapada en el peligro de sus palabras y la tensión en su mirada. No sé si quiero correr de él... o hacia él.

Intento responder, pero las palabras se me atascan en la garganta. Nos quedamos en

silencio, y su mirada se suaviza solo un poco antes de que sus labios se curven en una sonrisa lenta tanto confundida por mi cambio de humor. Si este maldito es mi nuevo enemigo, no es que tenga muchos, pero él cuenta como una docena, asi que no importa, si tengo que vivir con él, al menos tengo que dejar que confíe en mí para poder ser libre.

—Podemos ser amigos —digo finalmente, rompiendo la tensión con una pregunta absurda o una maldita tregua.

—¿Amigos? —repite, y su risa baja me hace apretar los dientes—. Eres mi esposa.

—Podemos ser amigos o enemigos —replico, levantando el mentón para enfrentarlo—. Pero de ninguna manera te veré como mi esposo. Nunca estuve de acuerdo con esto.

Paolo inclina la cabeza, sus ojos oscuros bailan con algo que no puedo leer.

—Creo que es tarde para quejarse, ¿no crees?

—Entonces decide. ¿Amigo o enemigo?

Su sonrisa se ensancha. No lo habia visto sonreír desde hace una semana, una semana que hemos estado aquí en esta maldita celda. Me estoy volviendo loca, asi que le pedí amablemente mi teléfono para poder grabar algo mientras cocinaba. No tengo mis cosas o mi camara, así que mi teléfono basta, pero ni eso. Él quiere volverme loca.

—Supongo que te dejaré ganar por hoy. Seremos amigos, muñeca.

—No me llames así.

—Pensé que los amigos se ponían apodos.

Intento mantener mi expresión seria, pero una risa escapa antes de poder detenerla.

—¿Puedo ponerte un apodo? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—De ninguna manera.

La risa que sigue es involuntaria, pero al menos, por un momento, la tensión en el aire parece desvanecerse. Maldito gánster, lo seguiré llamando así, le guste o no.

—¿Para qué quieres tu teléfono? —me pregunta.

—Quiero…saber cómo están mis padres, ya sabes, hablar con alguien más aparte de ti, espera. Tú tampoco estás.

Ladea la cabeza y me mira divertido.

—¿Acaso me extrañas, Molly? ¿Es eso?

—En tus sueños, *gánster*—le sonrío de vuelta.

—¿En mis sueños? —repite Paolo, su voz bajando un tono, más grave, casi seductora—. Te sorprendería lo que pasa en ellos, *Vita mia.*

Me arrepiento al instante de haberle dado esa entrada. El calor sube por mi cuello y se instala en mis mejillas, pero no voy a dejar que lo note. Enderezo la espalda y me cruzo de brazos, intentando mantener el control.

—No necesito detalles, gracias. Lo último que quiero es saber qué pasa en tu cabeza retorcida.

Paolo da un paso hacia mí, lento, deliberado, como un depredador jugando con su presa.

—¿Retorcida? —pregunta con una seriedad que me hace temblar—. Lo llamo imaginación. Aunque, si lo prefieres, puedo mostrarte.

Siento que el aire se espesa entre nosotros, y por un momento me quedo sin palabras. Maldición. Él sabe exactamente lo que está haciendo, y yo estoy cayendo justo en su juego.

—No tienes gracia —murmuro, girándome hacia la ventana para romper el contacto visual, pero puedo sentir su mirada quemándome la espalda.

—Y tú no eres buena para fingir lo que no eres, Molly —replica, su voz demasiado cerca ahora.

Me giro, lista para soltarle una respuesta sarcástica, pero él está más cerca de lo que esperaba. Demasiado cerca. Su presencia es imponente, y el olor a su colonia mezclada con un rastro de humo de cigarro me envuelve, nublando mis sentidos.

—Paolo, ¿puedes... retroceder? —mi voz suena menos firme de lo que esperaba.

—¿Retroceder? —levanta una ceja, su sonrisa apenas un movimiento en la comisura de sus labios—. ¿Por qué? ¿Te pongo nerviosa?

—No. Solo me molestas.

—Claro que sí. —su risa es baja, casi inaudible, pero la siento más de lo que la escucho.

Un incómodo silencio se instala entre nosotros, y estoy a punto de intentar salir de la habitación cuando su tono cambia, volviéndose más serio.

—Sobre tus padres —dice, cruzándose de brazos, esa maldita sonrisa finalmente desapareciendo—. Están bien. No les va a faltar nada mientras estés aquí.

—Eso no responde mi pregunta. Quiero hablar con ellos.

—No va a pasar.

—¿Por qué no?

—Porque no confío en nadie, Molly.

—¿Ni siquiera en mí? —pregunto antes de poder detenerme.

Paolo se queda en silencio, estudiándome con esos ojos oscuros que parecen ver más de lo que deberían. Finalmente, sacude la cabeza con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Eres la única persona en este mundo en la que quiero confiar. Pero todavía no sé si puedo.

Su respuesta me golpea más de lo que debería.

—¿Y qué necesitas para confiar en mí? —pregunto, tratando de ignorar el peso de sus palabras.

—Tiempo, que te rindas a ese juego de fingir que has creado. Y que no intentes escapar. —su tono es serio, pero su mirada tiene ese brillo retorcido que tanto odio.

—No voy a escapar —digo, más para mí misma que para él. Sobre lo otro, no estoy segura, me mintió, jugó conmigo y no se lo perdonaré nunca.

—Bien. Porque si lo intentas, Molly, no voy a detenerme hasta encontrarte.

Hay algo aterrador en la forma en que lo dice, pero también hay una promesa escondida ahí, algo que no logro descifrar.

—No soy tu prisionera, Paolo.

—No. Eres mi esposa.

Las palabras se sienten como una cadena invisible que me rodea, una que no puedo quitarme de encima.

Me quedo mirándolo, sus palabras reverberando en mi cabeza como un eco interminable. Su esposa. No importa cuánto lo niegue o cuánto intente evitarlo, esa es mi realidad. Pero no voy a dejar que él tenga todo el control, no importa lo que diga o haga.

—Es curioso —respondo finalmente, con un tono frío—. Porque esto no se parece a ningún matrimonio que haya visto.

—Tal vez deberías ampliar tus horizontes, *Piccola*—dice Paolo, esa sonrisa volviendo a sus labios como si fuera una máscara que nunca se quita del todo—. El mundo no es tan bonito como lo pintan en los cuentos de hadas.

—No necesito que me lo digas —respondo con rapidez, afilando mis palabras como cuchillos—. Lo aprendí desde hace mucho tiempo.

Algo en mi tono parece capturar su atención. Por un momento, la burla desaparece de su

rostro, reemplazada por algo más oscuro, más intenso. Da un paso hacia mí, cerrando el poco espacio que queda entre nosotros.

—¿Es así? —pregunta en voz baja, casi como si me estuviera desafiando.

—Sí.

—Dame sus nombres y te traeré sus cabezas, nadie se atreve a lastimarte sin pagar las consecuencias. —gruñe y yo jadeo, no por miedo. Alguien normal debería temerle y yo, yo me siento mas atraída a este maldito Capo que me hizo su esposa.

—No.

—Entonces deberías saber que en este mundo, Molly, solo sobreviven los que están dispuestos a ensuciarse las manos.

—¿Y qué me estás diciendo? —le sostengo la mirada, aunque mi corazón late con fuerza.

—Te estoy diciendo que, a partir de ahora, estás conmigo. Y si alguien se atreve a tocarte o a ponerte en peligro, lo pagará con sangre.

Sus palabras son una promesa, y aunque no quiero admitirlo, hay algo en la forma en que las dice que me hace creerle. Es aterrador y tranquilizador a partes iguales.

—No necesito que nadie me proteja, Paolo. Puedo cuidarme sola.

—Lo sé. Pero ahora tienes algo más que proteger. A mí.

Dejo escapar una risa sarcástica, incapaz de contenerme.

—¿Protegerte a ti? —repito, incrédula—. Eres el hombre más peligroso que conozco. No necesitas que te cuide.

—Tal vez no lo creas ahora —dice con calma, pero sus ojos están llenos de intensidad—. Pero hay más cosas en juego de las que puedes imaginar, Molly. Y tarde o temprano, entenderás que este matrimonio no es solo un acuerdo. Es una guerra.

—¿Y yo qué soy? ¿Tu soldado?

—No. Eres mi reina.

La declaración me deja sin palabras. No sé si es la sinceridad en su voz o la gravedad de su mirada, pero por un momento, no puedo pensar en nada que decir.

—¿Y qué se supone que hace tu reina? —pregunto finalmente, tratando de recuperar el control de la conversación.

Paolo sonríe, pero esta vez, su sonrisa es más suave, casi melancólica.

—Sobrevive.

Esas palabras se quedan en el aire, pesadas y llenas de significado. Y aunque no quiero admitirlo, sé que está diciendo la verdad. En su mundo, no hay lugar para la debilidad. Y ahora, me guste o no, este también es mi mundo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —le digo finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Siempre sé lo que estoy haciendo, vita. —responde, su tono tan seguro como siempre.

Antes de que pueda responder, Paolo se acerca más y se detiene frente a mí, su figura bloqueando cualquier posible escape. Lo miro con desafío, aunque mi corazón late desbocado, traicionándome.

—¿Quieres que te bese? —su voz es baja, casi un susurro, pero la intensidad en sus ojos me paraliza.

—No. —mi respuesta es automática, pero el temblor en mi voz me delata.

Él sonríe, pero no hay burla en su expresión esta vez. Es algo más profundo, algo que me desarma.

—No lo haré —declara, inclinándose lo suficiente para que nuestras respiraciones se

mezclen. Su proximidad me quema, pero no retrocedo. No puedo—. No te pondré una mano encima hasta que vuelvas a ser la chica de aquella noche.

—¿Qué chica? —mi voz es un hilo, casi inaudible.

—La que no tenía miedo de mirarme a los ojos y decirme lo que pensaba, la que se subió a mi regazo y machacó mi polla con su coño resbaladizo. La que sabe que este matrimonio le hace sentir algo.

Mis labios se separan para responder, pero nada sale. Es como si sus palabras hubieran dejado al descubierto algo que ni siquiera yo quería admitir.

—Te equivocas —digo al fin, aunque mi tono suena más a una súplica que a una afirmación.

Paolo niega con la cabeza, su mirada nunca apartándose de la mía.

—No me equivoco, *Vita mia*. Eres libre. Este matrimonio no te ata, no te encierra. Eres tú quien se encierra por dentro.

Siento un nudo en la garganta, y odio la manera en que sus palabras me afectan. No quiero que tenga razón. No quiero que vea a través de mis muros como si fueran de cristal.

—Tú no sabes nada de mí.

—Sé suficiente. Sé que cada vez que finges odiarme, en realidad estás luchando contigo misma. Sé que cada vez que me miras así, quieres algo más de lo que estás dispuesta a admitir.

Mi respiración se acelera, y antes de que pueda detenerme, doy un paso atrás, pero él me sigue, acorralándome contra la pared.

—Déjame en paz, Paolo.

—Nunca. —su respuesta es firme, inquebrantable—. Nunca te daré paz porque, aunque no lo admitas, Molly, esto te hace sentir libre.

—¿Libre? —sueno incrédula, casi riendo—. Esto es una jaula, Paolo.

—No. —se inclina aún más cerca, sus labios a un suspiro de los míos—. La jaula está aquí. —Coloca una mano suavemente en mi pecho, justo donde mi corazón late con fuerza—. Pero no soy yo quien tiene la llave y la quiero, dámela y te liberaré.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Por un momento, el aire parece detenerse, y todo lo que puedo sentir es el calor de su mano y el peso de su mirada.

—No me hagas esto —susurro, mi voz quebrándose.

—No estoy haciéndote nada, Molly. Solo te estoy mostrando lo que ya sabes.

Me quedo quieta, atrapada entre la pared y su presencia, incapaz de moverme, incapaz de mirar a otro lado. Y entonces, él da un paso atrás, liberándome.

—Cuando estés lista, *Vita mia*. Cuando dejes de pelear contigo misma, yo estaré aquí.

Se da la vuelta y se aleja, se saca un teléfono de su chaqueta y lo coloca sobre la superficice mas cerca sin decir nada, dejándome con un vacío inexplicable en el pecho y el eco de sus palabras resonando en mi mente. Y, por primera vez, me pregunto si tiene razón. Si, en el fondo, soy yo quien lleva las llaves de mi propia jaula.

CAPÍTULO 13



PAOLO

Una semana después

La mansión está tranquila, salvo por el leve murmullo del personal trabajando en el fondo. Tranquila, pero tensa. Molly y yo hemos regresado hace un par de días, y desde entonces, ha dejado su huella en todo lo que toca. Lo que antes era una casa pulcra y austera, ahora parece... un maldito circo.

Vamos. Dile eso a mi polla. Cada vez que la veo pavonearse por los pasillos con esas faldas ajustadas o esos vestidos que parecen hechos para provocarme, siento como si ella estuviera jugando un juego al que yo no acepté entrar.

¿Por qué tiene que estar tan elegante todo el maldito tiempo? Es como si pensara que cada rincón de esta casa fuera una pasarela, y mi tarjeta de crédito lo sabe. No sé cómo lo hace, pero cada vez que abro un cajón o me siento en un sillón, encuentro algo nuevo que grita Molly estuvo aquí.

Los peluches son el colmo. Pequeñas figuras en forma de balas y pistolas adornan ahora mi cama, como si quisiera burlarse de mí. Mis calcetines ahora tienen colores ridículos, colores que ningún hombre con dignidad debería usar. ¿Quién demonios pone calcetines amarillos con rayas púrpuras en el vestuario de un Capo? Molly. Eso es quién.

Y lo de las habitaciones separadas… Bueno, eso también es su idea. No voy a obligarla a dormir conmigo, no soy como esos hombres. Ella ya se casó conmigo. Vive bajo mi techo. Es mi esposa. Ella ya es mía. A su manera, por ahora. Pero si piensa que va a seguir evadiéndome para siempre, está muy equivocada. Porque puedo esperar. No mucho, pero puedo. Molly se meterá en mi cama por su cuenta, y cuando lo haga, sabrá exactamente a quién pertenece. Más vale que sea pronto.

Estoy en mi despacho, repasando un informe de nuestros últimos envíos, cuando la escucho. Su risa. Esa maldita risa que siempre aparece cuando habla con Antonio, su guardaespaldas. Es ligera, musical, y me atraviesa como una bala de plata.

Levanto la vista y la veo pasar frente a la puerta abierta, hablando animadamente. Lleva un vestido rojo ajustado que le llega justo por encima de la rodilla. Su cabello cae en cascada sobre un hombro, y sus tacones resuenan con un ritmo que parece sincronizado con mi pulso.

—Paolo. —Viktor interrumpe mis pensamientos desde el otro lado del escritorio.

Lo miro con el ceño fruncido, molesto por la interrupción, pero él no parece inmutarse.

—¿Qué?

—¿Estás escuchando?

—Sí, sí —respondo, aunque no tengo idea de qué estaba diciendo. Mi atención está en Molly, en la forma en que se detiene para acariciar un maldito peluche que dejó en la sala principal.

—No parece que lo estés. —Viktor sigue hablando, pero mi mente está en otro lugar. En ella.

Molly desaparece por el pasillo, y me levanto de la silla sin pensarlo.

—Dame un minuto.

—¿Un minuto para qué? —pregunta Viktor, pero ya estoy saliendo del despacho.

Sigo el eco de sus tacones hasta la sala de estar. La encuentro mirando por una ventana, con una copa de vino en la mano. No se inmuta cuando me acerco, como si supiera que estaba detrás de ella todo el tiempo.

—¿Disfrutando de tus nuevas decoraciones? —pregunto, con un deje de sarcasmo en mi voz.

Ella se gira lentamente, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Por supuesto. ¿No te gustan? Pensé que necesitabas un poco de color en tu vida, Paolo.

—¿Color? —me acerco más, invadiendo su espacio personal. Ella no retrocede, pero su respiración se acelera ligeramente—. No sabía que eso incluía convertir mi casa en una maldita tienda de juguetes.

—Oh, vamos. —levanta una ceja, desafiante—. ¿No te gusta el peluche de la pistola? Pensé que sería tu favorito.

—No estoy aquí para discutir sobre peluches, Molly.

—Entonces, ¿para qué estás aquí?

Su tono es tranquilo, pero la tensión entre nosotros es palpable. La forma en que me mira, con ese fuego en sus ojos, me hace querer olvidarme de cualquier autocontrol que me quede.

—Quiero que entiendas algo. —me inclino hacia ella, mis manos apoyadas en el respaldo del sofá, atrapándola sin tocarla—. Esto no es un juego.

—¿Ah, no? —susurra, con un atisbo de burla en su voz—. Porque parece que te estás divirtiendo mucho.

—No estoy jugando contigo, Molly. —mi voz es baja, casi un gruñido—. Pero si quieres jugar, adelante. Solo recuerda que siempre gano.

Ella me sostiene la mirada, su mandíbula tensa. Por un momento, el silencio entre nosotros es tan pesado que parece llenar toda la habitación.

—¿Quieres que te bese? —pregunto, la pregunta escapándose de mis labios antes de poder detenerla. Lo hice la última vez, y la respuesta sigue siendo fugaz en el aire.

Sus ojos se agrandan ligeramente, pero no retrocede.

—No lo haré. —Doy un paso atrás, liberándola de la prisión invisible que mi presencia había creado—. No te pondré una mano encima hasta que tú vengas a mí, hasta que dejes de fingir que esto no te afecta.

Se lo seguiré diciendo una y otra vez, torturandola como ella lo hace conmigo. Me importa una mierda. Ella me observa, su expresión una mezcla de rabia y algo más que no puedo descifrar. Sin esperar una respuesta, me doy la vuelta y me alejo, dejando que mis palabras hagan el trabajo que yo no necesito terminar.



Varios minutos después de que me he recompuesto, vuelvo a respirar con normalidad. Esto no está saliendo como esperaba.

Me detengo antes de regresar al despacho. Sé que tengo trabajo que hacer, que hay llamadas que atender, cuentas que ajustar, pero mi mente no puede alejarse de ella. De Molly. De cómo me mira, como si quisiera desafiarme en todo momento, como si pudiera resistir el magnetismo que inevitablemente la atrae hacia mí.

Subo las escaleras y paso por el pasillo hacia mi habitación, la cual sigue vacía y fría sin ella. Me detengo frente a la puerta de su habitación, el sonido del agua corriendo me detiene en seco.

Cierro los ojos por un momento, reprimiendo la imagen que inevitablemente invade mi mente. Molly en la ducha. Su cabello mojado, las gotas de agua resbalando por su piel, el vapor envolviendo su figura como un manto. Me maldigo por pensar en esto, pero la idea de que ella está a solo un par de metros, desnuda.

La veo.

Mi imaginación no hace justicia a como se ve en la realidad. Ella está, joder… ella va a … es suficiente para encender algo oscuro dentro de mí.

CAPÍTULO 14



MOLLY

El agua caliente cae sobre mi piel, relajando mis músculos y lavando la tensión acumulada de lo que acaba de pasar. Pero no puede lavar lo que siento por dentro. Todo lo que he intentado ignorar, enterrar, sigue ahí, cada vez más fuerte. Paolo. Su voz, su mirada, la forma en que ocupa todo el espacio con su presencia.

Me apoyo contra la pared de la ducha, cerrando los ojos mientras dejo que el agua me cubra. Pero no es el agua lo que me quema, sino el recuerdo de sus palabras. "¿Quieres que te bese?" Esa pregunta ha estado resonando en mi cabeza desde que la dijo y ahora la ha repetido.

El *gánster* sabe como torturarme.

No sé qué me pasa. Lo odio. Lo detesto. Pero lo deseo. Es un tira y afloja constante dentro de mí, una lucha que no puedo ganar. Mis manos recorren mi cuerpo de forma automática, y un escalofrío me recorre al recordar cómo sus ojos me miraron en la sala de estar, como si quisiera devorarme. Esos ojos me siguen incluso aquí, en mi refugio. Cierro los ojos con fuerza, tratando de apartar la imagen de él de mi mente, pero en lugar de eso, se intensifica.

Mi respiración se acelera, y mis manos se deslizan por mi piel húmeda hasta llegar a mi nucleo, donde lo deseé aquella noche y donde lo deseo aun más cuando me ve así. Es tan absurdo como inevitable. Paolo me está destruyendo desde dentro sin siquiera tocarme.

Mientras el vapor llena el baño, no puedo evitar dejarme llevar. Mis movimientos se vuelven más decididos sobre mi clítoris hinchado, y mi mente sigue llenándose con su presencia. Sus manos fuertes, sus labios firmes, su voz profunda y autoritaria. No debería pensar en él así, pero no puedo detenerme. Un gemido suave escapa de mis labios, perdido entre el sonido del agua. Me muerdo el labio, tratando de contenerme, pero la sensación de alivio y frustración mezclada es abrumadora. Mi cuerpo tiembla bajo la intensidad de mis pensamientos y de mis propias manos y grito cuando alcanzo un orgasmo demasiado fuerte, muy fuerte, pero no es suficiente, necesito más.

Cuando finalmente el agua empieza a enfriarse, me quedo ahí, respirando con dificultad, mi frente apoyada contra la pared de la ducha. Me siento culpable y a la vez más viva de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Apago el agua y salgo de la ducha, envolviéndome en una toalla. Mis piernas todavía tiemblan un poco mientras me miro en el espejo. Mi reflejo me devuelve una mirada cargada de emociones.

—¿Qué estás haciendo, Molly? —murmuro, pero no tengo una respuesta.

Porque lo único que sé es que, mientras siga aquí, bajo el mismo techo que él, mi lucha interna no hará más que intensificarse. Y el problema es que una parte de mí no quiere ganar esa lucha. Una parte de mí quiere rendirse completamente.

CAPÍTULO 15



MOLLY

La cena transcurre en una quietud que se siente incómoda. La luz de las velas parpadea sobre la mesa, proyectando sombras que bailan suavemente en las paredes, pero yo no puedo dejar de notar cómo Paolo no me mira. Sus ojos, que antes solían buscar los míos con intensidad, ahora están fijos en su plato, como si estuviera observando algo mucho más importante que yo. Y aunque cada movimiento suyo me hace sentir más pequeña, más invisible, intento no dejar que me afecte, intento no darme por vencida.

El aroma de la comida llena la habitación, un festín de sabores desconocidos que, en otro momento, habría disfrutado con entusiasmo. Pero ahora, nada me parece sabroso. Cada bocado parece masticado por alguien más, alguien que no soy yo. La ansiedad se me acumula en el estómago mientras trato de mantener la calma.

—Giulietta, ¿Hemos cambiado de chef? —mi pulso se acelera. Debí pensar mejor esto antes de hacerlo.

La pregunta de Paolo es casual, pero no me engaña. Sé que está usando esa indiferencia para hacerme sentir insignificante. Como si no fuera digna ni siquiera de un momento de su atención genuina.

Miro su rostro mientras habla, su expresión distante y sus ojos fijos en la comida, pero nada en él parece dirigirse a mí. Mi respiración se acelera, pero intento mantener mi tono neutro.

—No, Paolo. ¿Por qué lo dices? —le responde su tía, ella sí me esta mirando ahora con ojos de complicidad.

Él no responde, sólo sigue comiendo, ignorándome por completo. En este momento, cada gesto suyo se siente como un desprecio calculado, como si estuviera burlándose de mí, como si tratara de demostrarme que soy irrelevante para él. Mi pulso late con fuerza, y mis manos se aprietan alrededor de la copa de vino, mi mente está llena de pensamientos que me dicen que debería ser más fuerte, que debería ignorarlo. Pero no puedo.

La incomodidad se vuelve insoportable, como si él estuviera en algún lugar lejano, en un espacio donde yo no existo. Mi estómago se revuelca, y la comida, que en un principio parecía deliciosa, me sabe a nada. Mi mirada se clava en él, esperando que por fin me mire, que por fin reaccione, pero no lo hace. Él está absorto, como si nada en el mundo estuviera más importante que este momento de indiferencia.

—La comida es diferente, ¿no? —mi voz más alta de lo necesario, no porque quiera cambiar el curso de la conversación, sino porque siento que, si no hablo, me ahogaré en esta atmósfera pesada de desdén. La ironía en mis palabras, mi tono más fuerte, está ahí para llamar su atención, pero él sigue sin mirarme. Su desprecio se vuelve palpable, como una bofetada que no puedo evitar.

Pero me ignora.

—¿No te gusta? —le pregunta Giulietta, intentando ayudar.

Finalmente, él levanta la vista, pero solo para mirarme un instante fugaz, como si no tuviera ganas de perder más tiempo en mí.

—Al contrario, — dice, apenas sin mover los labios, y esa sonrisa que no llega a ser genuina se dibuja en su rostro. —Dale un aumento, por favor.

Mis manos tiemblan ligeramente, y aunque quiero decirle todo lo que me atormenta, todo lo que me está destruyendo, me quedo en silencio. Cada palabra suya es un recordatorio de lo distante que se ha vuelto, de lo lejos que estamos el uno del otro, y lo que más me duele es que parece disfrutar de esa distancia, como si fuera un castigo que yo no merezco.

Lo sé. Lo sé perfectamente. Es su forma de castigarme, de hacerme sentir pequeña, de recordarme que todo esto es un juego para él. Quiere que deje de fingir, que deje de pretender que me importa lo que él haga. Pero no lo haré. No voy a rendirme. No voy a ser la víctima que él cree que soy. Sin embargo, me arde por dentro. Todo mi cuerpo está en tensión, y una parte de mí quiere gritar, hacerle ver lo que ha hecho, pero la otra, la que siempre calla, la que siempre se queda en silencio, me detiene. Estoy enojada con él. Lo estoy más de lo que creí posible. Él debería disculparse. Eso es todo lo que quiero. Nada más. Pero no lo ha hecho. Y me pregunto, mientras lo miro sin que él me vea, si alguna vez lo hará, o si simplemente está esperando que yo me caiga, que me rompa bajo su mirada indiferente. El silencio se extiende, pesado y denso, mientras él sigue comiendo, mientras yo sigo aquí, sentada frente a él, deseando que algo cambie, que algo se rompa, que por fin me mire.

Quizás la proxima vez use picante, mucha sal o algo a lo cual sea alergico, vamos a ver si aun sigo siendo invisible para él.

CAPÍTULO 16



PAOLO

Estoy sentado en la mesa de la sala de reuniones, rodeado por los hombres de nuestra confianza y de la Cosa Nostra, y eso incluye el jefe de la mafia de Londres, cada uno con su propia manera de observar el mundo, de analizar la situación. Viktor, me sigue al lado, pero su expresión es más tensa de lo habitual. El aire está cargado de incomodidad, y todo a mi alrededor se siente opresivo, como si el mundo estuviera esperando que hiciera algo, pero yo no tengo respuestas. Solo tengo preguntas.

Soy el unico Capo del Don.

La noticia del ataque a la mina me golpeó como un puñetazo en el estómago. No es solo lo que hemos perdido, los diamantes, el valor económico que significa esa carga, sino lo que han hecho: mataron a todos nuestros hombres. Un ataque bien calculado, una traición de dimensiones enormes. Nadie está tranquilo, y yo soy el más afectado por todo esto. Nadie va a arrodillarse por mí, nadie va a devolverme lo que perdí, pero es mi responsabilidad encontrar quién está detrás de todo esto.

La puerta de la sala se abre, y los pasos firmes de Roco Barone, el Don resuenan por el pasillo. Siempre hace ruido cuando entra, como si quisiera recordarnos quién es. Lo veo caminar hacia la mesa con una sonrisa arrogante, la misma que siempre tiene cuando cree que tiene el control. Lo sigue un par de hombres de su confianza, sus sombras, y todos se acomodan en sus sillas.

Roco se deja caer en su lugar, mirando con descaro a todos los presentes. El don, está al final de la mesa, observando en silencio, como si ya hubiera hecho sus propios cálculos sobre la situación. Yo también estoy calculando. Cada segundo aquí se me hace más pesado.

—Bonitos calcetines—la voz de Roco resuena con una especie de burla, una mueca en sus labios. Me lanza una mirada cargada de esa ironía barata con la que siempre trata de descolocarme. Y desde luego, hoy decidí usar los jodidos calcetines que mi mujer llenó en mi cajón, dejé de pelear ante lo inevitable, pero no me esperaba que la cosa se saliera y se notara.

Mis jodidos calcetines amarillos con franjas púrpuras.


EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA

No respondo de inmediato. No tengo ni el tiempo ni las ganas de jugar sus juegos. Pero no me puedo permitir que se salga con la suya. Dejo escapar un suspiro, suficiente para hacerle saber que no estoy de humor.

—Jódete. —la respuesta sale casi automática, sin pensar. Mi tono es firme, con la suficiente hostilidad para que sepa que no estoy dispuesto a tolerar sus bromas. Otro en mi lugar habría firmado su sentencia de muerte por faltarle el respeto al Don, pero no es nuestro caso. Roco y yo somos lo que se dice ser: amigos, solamente me uní a esta mierda por él, conoce mis diamantes como yo conozco sus secretos desde que estuvo en la milicia y trabajó con mi hermano.

Roco sonríe de una manera que solo él sabe hacer, como si no hubiera escuchado la rabia contenida en mis palabras. No sé si lo hace para molestarme más o si realmente piensa que me está entreteniendo. Pero lo que más me molesta es que no se detiene.

—Vamos, —insiste, apoyando las manos en la mesa, mirando a todos con esa expresión de superioridad — fue divertido verte tan preocupado por tu esposa en tu boda, me pareció tierno.

Lo miro fijamente, una chispa de furia surgiendo en mis ojos, pero me contengo. No puedo perder el control. No ahora.

—Sigue presionándome, Don, y me olvidaré quién eres. —la amenaza está ahí, clara. Mis palabras se cortan con una frialdad que apenas reconozco en mí mismo, como si la tensión ya estuviera demasiado alta para disimular la rabia que siento.

Roco se ríe, pero la risa se le muere en los labios cuando nota el tono que le he dado. Puede que sea su amigo, puede que sea alguien a quien respeté alguna vez, pero no lo haré. No lo permitiré.

—Solo jodo contigo, hombre. Estoy preocupado por ti. — su tono cambia de repente, se vuelve más serio, aunque la broma todavía está flotando en el aire. Lo que no sabe es que, ahora mismo, no necesito que nadie se preocupe por mí.

—Por favor, no lo estés. —no me interesa su preocupación. No cuando mi mundo se está volviendo loco, no cuando no tengo respuestas para nada. No quiero que nadie vea lo furioso que me siento ahora mismo, pero el peso de todo esto, de lo que ha pasado con la mina, me tiene al borde.

Roco se hace un poco más serio, como si se diera cuenta de que, tal vez, el momento no es el adecuado para sus bromas. Lo escucho, pero mi mente está en otro lado, repasando las piezas del rompecabezas que no encajan.

—¿Has encontrado a quién lo hizo? —su pregunta es directa, cortante, pero la verdad es que no tengo ni idea. No tengo pistas. Y la rabia crece aún más.

Mi voz sale más grave de lo que me gustaría, como si quisiera encerrar toda la frustración en una sola palabra. Siempre sé las cosas, incluso antes de todos, antes del mismo don, pero esta vez. Esta vez no tengo nada.

—Todavía no.

Roco frunce el ceño, su mirada pasando de mí a Viktor, que no ha dicho nada desde que entramos en la sala. Lo que Viktor sabe, lo sabe todo el mundo. Mi segundo al mando es el hombre más calculador que conozco, y él también está esperando respuestas. Siempre sabemos todo antes, siempre voy dos pasos delante de todo, pero esta vez no, esta vez algo se me escapa de las manos y sé que una rubia tiene la culpa de mi torpeza, nunca más.

Roco no se detiene y sigue con la conversación, como si no fuera consciente de la gravedad de la situación.

—Escuché que despediste a Gabriele Belucci. ¿Debería preocuparme? ——su tono es más grave ahora, casi inquisitivo, como si esperara una reacción más emocional.

La mención de Gabriele me tensa. No quiero hablar de eso, pero Roco está forzando la conversación. Respiro profundo antes de responder.

—Me he encargado de él. Estaba robándome. — Las palabras salen con una dureza calculada, porque sé lo que significa. Sé lo que implica que alguien te robe, que te traicione. Gabriele pensó que podía jugar a doble filo, pero no entendió con quién estaba tratando.

Roco se recuesta en su silla, mirando la respuesta que le di, como si estuviera buscando algún tipo de arrepentimiento en mi voz, pero no lo va a encontrar. Lo que hice fue necesario, y lo que menos necesito ahora es que me juzgue.

—Mierda, yo lo hubiera matado en tu lugar. Fue una mala idea dejarlo vivo. Espero no te arrepientas —la afirmación de Roco es directa, pero no me sorprende. Él siempre ha sido así, rápido en hacer juicios, rápido en actuar. Pero no soy como él.

—No soy como tú, Don — le respondo, manteniendo la calma. —No ando matando a la gente solo porque me vea mal o me robe. Hago algo mejor.

Mi mirada se endurece.

—Hago que el mundo entero los repudie tanto hasta que pierden todo, y al final, ellos mismos colocan el arma en su boca y halan del gatillo.

Roco no dice nada al principio. Me mira como si pensara que he perdido la razón.

—Bueno. Eres un maldito loco. — su risa es más nerviosa esta vez, como si no estuviera seguro de si está hablando en serio o no.

Todos estamos locos, incluso Theron Sterling, quien esta en silencio del otro lado escuchando toda la conversación mientras tararea una canción para sí solo, maldito psicopata, alias el fantasma, un médico cirujano importante para muchos, pero es el jefe de la mafia de Londres, es amigo de la Cosa Nostra y cercano al Don, y mi mejor amigo desde que tengo memoria. Theron sirvió en la milicia cuando recién se convirtió en médico, fue ahí donde conoció a Roco y nos presentó, nos gustaba presionar los botones de Roco cuando estaba en la milicia mientras su padre hacía de este mundo una mierda.

—Sí, bueno. —no voy a justificarme. No tiene sentido. No ahora. —Para qué me has llamado con tanta urgencia.

Roco parece pensar un momento antes de abrir una carpeta y colocarla frente a mí. Sus manos se mueven con la misma confianza de siempre, y cuando la carpeta se despliega, la miro sin mucho interés al principio. Mis ojos recorren las páginas, pero no me importa lo que está escrito ahí. Es lo que está detrás lo que me interesa.

—Quería mostrarte los nuevos proyectos, quiero que los estudies e involucres tus diamantes en esto. Invertir en el mercado de la Cosa Nostra y la Bratva no podría salirte mejor. Deja de trabajar solo con los diamantes, de una vez por todas. La Bratva está interesada en asociarse contigo.

La Cosa Nostra limpia su dinero en mis joyerías, en lo bonito, en el resultado de todo un baño de sangre, pero sobre el contrabando del trabajo pesado siempre me he encargado yo, darles acceso a mi mundo es algo que podría hacer si solo se tratara de la Cosa Nostra. Ni siquiera he involucrado a nuestro amigo inglés en ello.

Me detengo un segundo, sopesando sus palabras. Pero no puedo dejar de recordar lo que sucedió con Konstantin Romanov, con su mujer. No confío en ellos, y no voy a dejar que un mal acuerdo me cueste más de lo que estoy dispuesto a perder.

—Sabes qué pasó, — le respondo con frialdad. — Pueden ser tus amigos, pero no son los

míos.

Sé que trabajamos juntos, incluso Theron estuvo ahí para ayudar a Roco y a su mujer el año pasado, pero eran negocios, solamente eso, además, estaba por mi cuenta, tenía que limpiar lo que mi difunto hermano le hizo a Roco. Roco no se inmuta. Se inclina un poco hacia adelante, como si estuviera preparando su siguiente movimiento.

—Todavía estás molesto con Konstantin Romanov. Han pasado que, ¿Años? — su voz es casi burlona, como si ya supiera la respuesta.

Niego con la cabeza, pero mi mandíbula se tensa. Esto no tiene nada que ver con que Konstantine se haya robado a Gema de mi boda, nuestra boda, iba a casarme con ella por negocios y sabía que tenían un romance, ni siquiera me atraía la mujer, incluso se lo dije a ella. Ahora, haberme casado con su mejor amiga, eso es otra cosa, ahora tengo que ver a Gema como lo que es, la mejor amiga de mi mujer y con eso viene incluído su marido.

—No. Esto no tiene que ver con él ni su mujer. Es la mejor amiga de la mía, y tengo que verle la cara por eso. — mi tono se endurece, mi paciencia rozando el límite. No voy a dejar que este tema se convierta en algo más grande de lo que ya es.

—Incluiré a la Cosa Nostra por ahora. — mi respuesta es definitiva, y no hay lugar para discusión.

Roco no insiste, aunque se nota que esperaba que lo hiciera. En cambio, saca otro archivo y lo pone sobre la mesa. Lo abre, y dentro hay una foto. Mi mirada se enfoca en ella, y lo que veo hace que mi corazón dé un vuelco. Es una foto nítida, clara, del tipo que atacó mi boda. El rostro de quien arruinó todo.

Puede que no lo haya hecho Gabriele Belucci, lo hizo otro hijo de puta.

Me tomo un momento, pero cuando mis ojos se levantan de nuevo, le echo una mirada a Roco.

—Dale las gracias a Konstantin Romanov. Él estuvo en tu boda con Gema. Su esposa parece que se puso muy nerviosa con el ataque, ya sabes, algun trauma del pasado y eso tambien involucra a tu esposa, ella estuvo ahí. Seguro lo has notado.

Cada vez que cierro los ojos lo hago. Molly tiene estrés post traumatico desde la boda de Gema con Romanov, sé que fue Molly quien colocó esa ultima bomba en el auto donde iba el antiguo capo de la Cosa Nostra, es lo que supe, que todo acabó en una bomba, fue algo suicida de su parte y no me puedo imaginar el miedo de ver a tu esposa cargando una bomba en el cuerpo para acabar con su peor enemigo. Joder

Mi pequeña esposa es muy valiente y aun no lo sabe. Y las consecuencias vienen cuando cierra los ojos, la he visto dormir y es cuando sus demonios salen por fin, a acecharla.

Ahora todo tiene sentido. Y Roco tiene razón, no debí dejar con vida a Gabriele, cualquier persona puede ser una amenaza para ella ahora. ¿En qué mierda estaba pensando cuando lo dejé marchar? El silencio en la sala se hace pesado mientras la foto de ese maldito rostro permanece ante mis ojos. Es como si todo el aire se hubiera detenido, como si el espacio entre nosotros hubiera quedado marcado por la imagen de ese hombre. El rostro de quien se atrevió a atacar mi boda, quien se metió con mi gente y mi vida.

Mis dedos rozan la fotografía con una calma que no siento. Cada uno de esos malditos detalles en su rostro me quema por dentro. Detalles. ¿Quién se cree que es para desafiarme de esta manera? ¿Creen que pueden salirse con la suya con impunidad? Pues se han equivocado de lleno. El Don, al final de la mesa, no dice nada. Su mirada es fría, calculadora, como siempre. Y aunque en sus ojos no veo ni el más mínimo atisbo de sorpresa, sé que él también está evaluando la situación. Se toma su tiempo antes de hablar.

—Este tipo, ¿quién es exactamente? —pregunta, su voz grave, llena de esa autoridad que sólo él tiene. No es una pregunta de curiosidad, sino una necesidad de saber cómo encajará esto en todo el tablero. —Sé que lo sabes, investigaste a la familia de tu esposa y eso involucra a sus trabajadores, sé que lo hiciste, es lo que te hace destacar aquí, vas más alla de los detalles y no das nada por sentado. ¿Sabes quién es?

Veo la fotografía.

—Carmine de Luci. Trabajó para la familia Valentini y hace séis años simplemente desapareció después de la muerte de su hijo, Adriano de Luci, posible suicidio, culpó a los Valentini de su muerte, desconozco los detalles, pero el chico era joven y trabajaba con su padre como parte de la seguridad.

Era cercano a la edad de Molly. Tengo mis sospechas de que mi hermosa esposa tuvo un amorío por el chico, pero no he encontrado nada, no significa que no sigo buscando.

—Entonces hace años el padre del chico le guarda rencor a los Valentini por el suicidio de su hijo. Valentini padre, solo se hizo más rico, mientras Carmine lo perdió todo. Ahora que veo su rostro en la fotografía. Este ataque no fue para mí, fue para los Valentini. —termino lo que ya sé. Hay un silencio incómodo en la sala porque saben lo que estoy pensando y sé cómo me veo, hay rojo en mis ojos.

Este ataque fue para mi esposa.

—No se sabe mucho, pero parece que tiene conexiones con un grupo local. Algunos rumores dicen que trabaja para alguien más, alguien fuera de la Cosa Nostra y la Bratva. Pero, sinceramente, Konstantin no pudo encontrar más. Solo sé que atacó el lugar y ahora sabemos por qué.

Esas palabras me golpean de nuevo. Mi mandíbula se aprieta, y la rabia crece, de manera casi visceral. Este tipo no solo ha atacado mi boda, no solo intentó robar lo que es mío, ha desafiado algo mucho más grande.

De nuevo, detalles. Molly ha sido una distracción y no puedo dejar que suceda de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer con él? – pregunta el Don.

Sus palabras resuenan como una orden, y aunque no lo diga explícitamente, todos en la sala saben lo que se espera: acción. Cada uno de nosotros tiene que tomar una decisión ahora. No hay espacio para dudas.

—Voy a encontrarlo. —mi voz sale firme, cortante, como un filo que atraviesa el aire. —Y cuando lo encuentre, no quiero que quede ni una sola parte de él intacta.

—Cuenta conmigo—es lo primero que dice Theron, sé que cuento con él y su mente retorcida para torturar, no esperaba menos.

Roco me mira fijamente, como si tratara de juzgar la intensidad de mi orden, pero no dice nada. Simplemente asiente, una pequeña sonrisa asoma en sus labios, aunque sigue siendo cauteloso. Es inteligente, lo sé. No va a desafiarme directamente, pero no todo lo que hace me gusta a veces, es por eso que me cabreo con él de vez en cuando por haberme nombrado como su jodido Capo.

Siento que la tensión sigue creciendo, como si estuviéramos todos esperando una chispa para que todo se desate. Pero, por un momento, me siento más centrado de lo que esperaba. Algo en mí se calma al saber que el objetivo está claro. Este hombre va a pagar, y todo lo que necesito es tiempo para hacer las cosas bien. O, mejor dicho, de la manera correcta. Viktor se acerca entonces, interrumpiendo mis pensamientos. Su voz es baja, grave, pero también llena de un peligro latente que solo los hombres como él pueden transmitir.

—Paolo, – dice con esa calma que nunca me deja de sorprender. —Si este tipo tiene

conexiones con alguien fuera de la Cosa Nostra, deberíamos tener mucho cuidado. No quiero que nos metamos en aguas más profundas de lo que podemos manejar.

Lo miro, y por un segundo, el peso de sus palabras se instala en mi mente. No puedo dejar de pensar en lo que significa que este hombre haya podido involucrarse con algo o alguien más grande que nosotros. Lo dudo, solamente está desesperado por mi atención, bueno, la tiene y me encargaré de que lo sepa.

—Lo sé. — mi respuesta es breve, pero no necesito decir más. Lo que tiene que hacer, lo hará. Pero su advertencia se queda en el aire, y es imposible ignorarla. Hay mucho en juego, y no estoy dispuesto a arriesgar más de lo que ya lo he hecho.

El Don observa en silencio, su mirada recorriendo cada uno de nosotros. Sabe que la situación puede ser grave, que los pasos que tomemos ahora tendrán consecuencias a largo plazo.

—Tienen un par de días para encontrar al tipo. Si no lo hacen, me encargaré de que el mundo sepa lo que significa desafiar a nuestra organización. —la voz del Don es un rugido bajo, tan imponente que todo en la sala se congela, incluso el aire parece detenerse. Y aunque las palabras no están dirigidas directamente a mí, sé que estamos en la misma página. Las consecuencias de este error no serán perdonadas.

Me quedo en silencio por un momento, dejando que todo eso se asiente en el aire. La misión está clara. La rabia sigue burbujeando en mis venas, pero ahora tengo algo más: propósito. Vamos a encontrar a este hijo de puta, y cuando lo hagamos, no habrá ni un rincón en el mundo donde pueda esconderse.

No me olvido de Gabriele, ahora no me perderé de ningun detalle, todos son posibles enemigos. Y puede que, se unan para el siguiente ataque.

Roco se levanta finalmente, su rostro más serio de lo habitual. Al parecer, ha entendido que no hay margen para la mediocridad en este asunto.

La sala se va vaciando lentamente y los hombres se ponen en marcha, siento la presión de todo lo que está por venir. Pero una cosa es segura: el que nos atacó va a aprender lo que significa desafiar a los hombres que no perdonan.

Yo, no perdono.

CAPÍTULO 17



MOLLY

Algo ha cambiado. Hay mas seguridad, Paolo parece estar encerrado en su propia mente. Ya no sonríe, ya no me riñe, ni siquiera por las nuevas cortinas de neon que mandé a colocar en la cocina y el comedor. Ya nada lo hace salir de lo que sea que tenga en mente.

El silencio se hace cada vez más insoportable, pero me niego a ceder. Mi mente sigue trabajando a mil por hora, pero mis labios permanecen sellados, atrapados entre el orgullo y el resentimiento. Él no sabe que, en este momento, me siento más fuerte que nunca, a pesar de que mi pecho se aprieta, como si las palabras que quiero decir estuvieran atrapadas en mi garganta. Paolo está tan seguro de su indiferencia, tan tranquilo en su superioridad, que parece no entender que su indiferencia me está rompiendo lentamente.

Tomo un sorbo de vino, tratando de calmar mis nervios. El líquido rojo es cálido, reconfortante, pero ni siquiera eso puede calmar la rabia que arde en mí. Estuve cinco horas en la cocina, cocinando mientras grababa para mi blog, es increible lo libre que en verdad puedo ser en esta casa, aunque parezca lo contrario.

Él dijo que era mi propia jaula, puede que tenga razón, pero nunca se lo admitiré.

Paolo desde luego, ni siquiera se da cuenta o su tía le ha dicho algo, ella ama verme cocinar, incluso me ha ayudado a sostener la camara una vez aquí y alla, ella y yo nos hemos hecho bastante cercanas y hasta ella siente la incomodidad de Paolo cada noche, cuando por fin lo veo.

Mi mirada sigue fija en él mientras mastica lentamente, como si disfrutara de la tortura silenciosa que me está imponiendo. Y la verdad es que, en este momento, no sé qué me duele más: su indiferencia o mi propia impotencia ante su indiferencia.

—Paolo —al fin, mi voz se escapa de entre mis dientes, más dura de lo que había planeado. Mi tono no es de súplica, es de desafío, como si estuviera buscando una respuesta que sé que nunca llegará. —¿No vas a decirme nada?

Él levanta los ojos hacia mí, pero solo por un momento. Un vistazo fugaz, una mirada que no tarda ni un segundo en desviarse hacia el plato nuevamente, como si estuviera eligiendo no escucharme. Y ahí está de nuevo, esa sensación punzante de que soy invisible, de que todo lo que hago, todo lo que siento, no tiene ningún peso frente a él. Y es como si cada segundo que pasa sin que me mire me lastimara aún más.

Siento cómo me empuja, cómo me arrastra hacia un lugar donde ya no sé quién soy. He estado aquí antes, en este lugar de silencios y suposiciones, y nunca me he sentido tan vacía, tan sola. Pero no voy a dejar que gane. No puedo.

—¿Es que te diviertes, Paolo? —mi voz tiembla un poco, aunque lo trato de disimular. Mis ojos se clavan en los suyos con más intensidad ahora, porque sé que, si no lo hago, me perderé a mí misma en su indiferencia. — ¿Es esto lo que querías? ¿Hacerme sentir invisible?

Él no responde, solo sigue comiendo, pero puedo ver que su mandíbula se tensa por un segundo, como si algo lo hubiera tocado, algo que, por un instante, lo hace dudar. Sin embargo, no es suficiente. No se atreve a mirarme. Ni siquiera un gesto, ni una palabra de disculpa, aunque todo en su cuerpo parece gritar lo contrario.

Es como si estuviera jugando un juego conmigo, como si tratara de probar cuánta

humillación soy capaz de soportar antes de rendirme. Pero yo no me voy a rendir. Y el pensamiento de que lo haga, de que me arrodille ante él, me repugna. No lo haré, no ahora, no nunca. Mi respiración se agita un poco, pero lo controlo, obligándome a mantener la calma. No puedo perderlo todo por un impulso. Tengo que ser más fuerte que esto.

—No esperes que te perdone — susurro con firmeza, más para mí misma que para él. Mi mirada se endurece, y aunque él sigue sin mirar hacia mí, yo sé que mis palabras lo han alcanzado de alguna forma. — No después de como hiciste las cosas. No te has disculpado ni una sola vez por haberme engañado. Estoy acostumbrada a que todos pasen por encima de mí y pensé, solo por un momento pensé que eras diferente, que tú sí me veías, me respetabas, pero veo que me equivoqué.

Y, por un segundo, me parece que algo en su rostro se mueve, algo tan pequeño como un temblor en la comisura de sus labios, un parpadeo que podría ser una señal de que está sintiendo algo. Pero tan rápido como vino, desaparece, y lo que queda es esa misma pared, esa fortaleza de indiferencia que siempre me deja de rodillas. Mis manos siguen firmes sobre la mesa, mis uñas enterradas en la madera con fuerza. Si no me cede, si no se disculpa, sé que me quedaré aquí, construyendo una muralla dentro de mí, pero nunca volveré a ser la misma. La tormenta dentro de mí crece, pero no la dejaré salir. No lo haré.

Él sigue comiendo, como si todo fuera normal, como si nada estuviera ocurriendo entre nosotros. Y, aunque mi rabia crece, mi orgullo sigue siendo más fuerte. Sé que no voy a ser la que ceda. No esta vez.

Todo lo que necesito es una disculpa. Solo eso. Y la sabiduría de que yo no soy tan insignificante como él cree que soy.

La cena transcurre con una calma tensa, un silencio que no me deja tranquila. Paolo sigue enfrente de mí, su atención puesta en el plato, pero lo sé: él siempre está observando, incluso cuando parece que no lo hace. Estoy casi segura de que algo lo inquieta, algo que no se atreve a decir, pero me está costando dejar pasar una idea que me persigue desde que llegué aquí.

No puedo seguir ignorando la tensión que hay entre nosotros, la constante incertidumbre. Así que, decido romper el silencio otra vez, una última vez con algo que sé que sí lo hará hablar, esta vez con algo que sé no podrá ignorar, hombres como él no ignoran cosas como el dinero. Lo hago con una pregunta que llevaba días rondando en mi cabeza, la que nunca me atreví a hacer hasta ahora, pero hoy siento que es el momento.

— ¿Cuándo vamos a firmar el acuerdo prenupcial? — mi voz suena más fuerte de lo que esperaba, y aunque trato de disimularlo, la nerviosidad me recorre por dentro.

Él no responde de inmediato, sigue cortando su carne con esa calma que me pone de los nervios. Finalmente, sin levantar la mirada, me lanza una palabra que me congela en mi lugar.

— Nunca.

Lo sabía.

El impacto de esa palabra resuena en mis oídos, y por un segundo, todo parece quedarse en pausa. No me sorprende, pero sí me molesta. Cierro la mandíbula, con el deseo de no dejar que la rabia se apodere de mí, pero es inevitable. Miro su rostro, buscando alguna pista, algún atisbo de otra reacción.

No la encuentro. Pero no me voy a quedar callada ahora que lo he hecho hablarme al fin. No lo haré. Me inclino un poco hacia adelante, manteniendo mi mirada fija en la suya, intentando mostrarle que no me intimida, pero es él quien habla:

— Sí, tenerte para mí implica la mitad de mi fortuna, te la daría de inmediato. — su tono es desafiante, casi burlón. No lo puedo evitar. Siento que necesito desafiarlo, necesito saber qué

va a hacer con esto.

No sé si lo hace por interés o por provocación, pero esa sonrisa que empieza a asomar en sus labios no me gusta nada.

— ¿De verdad crees que necesito tu fortuna? — mi voz es suave, pero en sus ojos noto algo más. Como si estuviera tocando una fibra sensible que no sabe cómo manejar.

Lo miro fijamente, sin perder mi postura.

— No— me responde rápido, con firmeza.

— Pero es parte de todo esto. La mitad de tu vida, la mitad de lo que tienes. Eso es lo que significa este matrimonio. Si es que podemos llamarlo así. No es solo sobre poder, es sobre lo que significa ser dueño de algo, ser dueño de ti. Y el acuerdo prenupcial lo dice todo. Es algo que tengo que tener. No quiero involucrarme en tus asuntos.

Paolo se detiene por un momento, su mirada se hace más intensa. Está evaluando mis palabras, midiendo si soy seria o si estoy jugando. Sé que es inteligente y que no va a dejarse llevar por la provocación, pero tampoco me voy a quedar callada.

— No lo necesitas, Molly — responde él, más calmado de lo que me gustaría, — porque todo lo que es mío, al final, será tuyo. Pero no me hagas más difícil esto. No me hagas formalidades.

La forma en que lo dice me deja sin palabras por un momento. Parece que me está diciendo que no hay necesidad de asegurarnos de lo que estamos construyendo, como si lo nuestro fuera a durar, como si yo tuviera que confiar ciegamente en él sin ningún tipo de protección. Y eso me enerva.

— No se trata de eso, Paolo, — le digo, mi voz más firme ahora. — No es sobre confiar o no. Es sobre asegurarnos de que nadie vaya tras de mí por culpa tuya o lo que tenga de ti. Es una cuestión de estar protegida, de tener mi lugar asegurado. Esto es real, Paolo. No es un juego.

Él me mira en silencio por un momento, como si estuviera esperando que me arrepienta de lo que acabo de decir. Pero no lo haré. No voy a retroceder. No cuando todo lo que quiero es que me tome en serio, que entienda lo que esto significa para mí. No voy a dejar que me arrastre, sé lo que implica casarse con un mafioso y él es el Capo de la Cosa Nostra, un subjefe y yo una simple chica con un blog de cocina.

Finalmente, después de un largo silencio, Paolo suspira, como si estuviera decidiendo algo en su mente. La sonrisa vuelve a asomarse en su rostro, pero esta vez es diferente, más contenida, más... sabia.

— Está bien, lo firmamos, — dice, y por un momento, me sorprende su respuesta. — Pero no lo hagas más complicado de lo que es. Ya sabes lo que hay entre nosotros. No necesito que alguien lo ponga en un papel.

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire, y aunque parece que acepta, hay algo en su tono que me deja una sensación de incomodidad. ¿Qué significa realmente? ¿Está aceptando por mi tranquilidad, o por la suya?

Lo miro fijamente, buscando una respuesta que no llega. Y me pregunto si alguna vez realmente entenderé todo lo que está detrás de su mirada. Pero por ahora, lo único que sé es que el acuerdo está a punto de sellarse, y mi seguridad está finalmente a la vista.

No quiero nada de él. Espero que lo sepa.

CAPÍTULO 18



MOLLY

El papel tiembla en mi mano, y no por el aire frío de la habitación, sino por lo que representa. El 100% de todo. Es lo que dice. Si Paolo muere, todo es mío. Su fortuna, sus empresas, sus propiedades... incluso los secretos que están enterrados con ellas. Pero lo más inquietante no es la riqueza, sino la ausencia de algo: no hay opción de divorcio. No existe. Estoy casada con él para siempre, sin margen para una separación. Ni siquiera por infidelidad, de su parte o de la mía.

La idea me envenena. Se enrosca en mi estómago y lo aprieta como si un puño invisible me estuviera torturando. Quiero vomitar. Esto no fue lo que pedí. No quería su dinero, ni su poder. De hecho, no quería nada. Nada excepto mi libertad.

Y ahora, aunque pudiera ser libre, este acuerdo lo hace imposible. Porque seré suya incluso si él ya no está. Porque este papel me convierte en un blanco. Si algo le pasa, todos vendrán por mí.

Mis dedos se cierran alrededor del papel, pero no puedo soltarlo. Es como si estuviera encadenada a él, como si ese maldito contrato fuera un reflejo de mi vida, siempre atada a decisiones que no tomé, siempre una pieza en el juego de otros.

Cierro los ojos, tratando de recordar la última vez que lloré. No lo hago desde hace años. Creo que fue cuando tenía dieciséis, el día en que mi vida cambió para siempre. Ese fue el día en que aprendí que el amor no siempre te protege, que a veces, el amor te destruye.

Adriano de Luci. Mi primer amor. Mi primer monstruo. Mi primera pesadilla.

Su rostro aparece en mi mente, nítido como si estuviera frente a mí, con esos ojos oscuros que antes me hacían sentir segura. Ahora me aterran. Me persiguen.

—Eres una niña mimada, ¿lo sabías? —su voz me resuena en la cabeza, como una maldición que nunca he podido romper.

Al principio, esas palabras eran suaves, casi cariñosas. Pero con el tiempo, cambiaron. Se volvieron crueles, venenosas. Me las lanzaba cada vez que no hacía lo que quería, cada vez que me negaba a cumplir sus caprichos. Y lo peor era cómo lo disfrutaba.

Le encantaba verme llorar. Era como un juego para él, una forma de poder. Y yo, en mi ingenuidad, creía que lo amaba, que podía cambiarlo. Hasta el día en que descubrí que no había nada que pudiera salvar.

Adriano no era solo un chico problemático. Era un abismo. Y yo casi caigo en él.

Nunca le di mi virginidad. Casi. Esa palabra me persigue como un eco. Porque si no lo hice, no fue por fuerza de voluntad, sino porque él decidió dejarme plantada. Él decidió morir. Ese día lo encontré, tirado en el suelo, con las muñecas abiertas y la sangre debajo de él. Decían que fue un accidente, pero yo siempre supe la verdad. Lo hizo a propósito. No podía soportar perder el control sobre mí, y esa fue su última forma de castigarme.

Nadie sabe que fui yo quien lo encontró. Antonio estaba ahí conmigo, me sacó de ahí y me protegió. Creo que siempre supo de mi novigazgo a escondidas, pero nunca dijo o preguntó nada. Abro los ojos y miro el papel una vez más. Mi presente y mi pasado parecen entrelazarse, como si Paolo y Adriano fueran parte de la misma historia, como si el universo estuviera jugando conmigo. Pero Paolo no es Adriano. Lo sé. Paolo no me ha herido de la misma forma... aún.

Pero este acuerdo, este maldito acuerdo, me hace dudar. ¿Es esto una prueba de algo? ¿O es otra forma de atarme, de controlarme? Respiro hondo, tratando de calmar el pánico que comienza a instalarse en mi pecho. Pero hay una certeza que no puedo ignorar: no importa cuántas riquezas me deje Paolo, no importa cuántas veces me diga que soy especial. Mientras tenga este papel en mis manos, nunca seré verdaderamente libre. Y eso es lo único que siempre he querido.

El papel sigue temblando en mi mano cuando escucho el clic del picaporte. La puerta se abre de un solo golpe, y doy un brinco en la cama, mi corazón acelerándose como si estuviera a punto de salir de mi pecho. Paolo está ahí, en el umbral, su figura recortada por la luz del pasillo.

—¿Algo de tu pasado, *Piccola*, que quieras compartir? —pregunta directo al grano, su tono suave, pero cargado de algo más, algo que no logro descifrar. No hay un hola, parece que está realmente enojado.

Mi garganta se seca. Cierro los ojos por un momento y trato de recobrar la compostura.

—¿Mi pasado? ¿Contigo? Paso. —mi respuesta sale más brusca de lo que esperaba, pero no me importa. No quiero hablar de eso, no con él.

Paolo entra a la habitación, cerrando la puerta detrás de él. El silencio que sigue es pesado, como si cada palabra que no se dice llenara el espacio entre nosotros. Se detiene frente a mí, sus ojos oscuros fijos en los míos.

—De acuerdo, —dice al fin, su tono casi casual, como si no le importara, pero sus ojos traicionan esa calma aparente. —Esto te hará querer hacerlo. —Hace una pausa, sus dedos sosteniendo algo que aún no puedo ver. —No me dejaste opción.

El aire se vuelve más denso. Algo en su expresión me pone nerviosa. ¿Qué está planeando?

Por un momento, su mandíbula se tensa, y pienso que está dudando, que tal vez reconsiderará. Lo veo en sus ojos: no quiere hacerlo de esta manera. Pero lo hace de todos modos. Saca un sobre de su chaqueta y lo lanza sobre la cama, frente a mí. El contenido se desliza hacia afuera, y lo primero que veo son fotos.

Las fotos de Adriano.

Mi corazón se detiene. Mis manos tiemblan mientras las recojo, una por una. Ahí está él, con esa sonrisa que solía derretirme... y también con esa mirada oscura que tantas veces me aterrorizó. Pero no es solo Adriano en estas fotos. Estoy yo también. En ropa interior, y también sin ella, las fotos que…me obligaba a tomarme, a posar para él.

—No puede ser... —murmuro, mi voz apenas audible.

Siento las lágrimas acumulándose en mis ojos antes de que pueda detenerlas. Intento contenerlas, pero fallan, rodando por mis mejillas en un torrente que no puedo controlar.

Paolo me observa, sus brazos cruzados, su expresión impasible. Pero hay algo en sus ojos, algo que me dice que esto no es lo que quería. No quería hacerme llorar. No quería usar mi pasado contra mí.

Pero yo… yo no puedo dejar que me vea. ¿Y si él también se excita con mi llanto? No puedo, no puedo verlo. Asi que corro, corro lejos.

CAPÍTULO 19



PAOLO

Estoy intentando darme cuenta del error que acabo de cometer y lo que acabo de hacer cuando Molly sale disparada de la habitación como un rayo. Apenas alcanzo a procesarlo. La puerta queda entreabierta, y sus pasos resonando por el pasillo me hacen maldecir en voz baja.

—¡Molly! —grito, pero no se detiene.

Corro detrás de ella, mis zapatos golpeando fuerte contra el piso, pero ella tiene ventaja. Va rápido, demasiado rápido, y lo peor es que lleva solo esos ridículos calcetines púrpura. Calcetines en pisos de mármol. Una combinación tan mala como la conversación que acabamos de tener.

Cuando llego al pasillo, ya está al final, girando hacia las escaleras. La veo justo antes de que su cuerpo se incline hacia adelante, como si el mundo entero estuviera en cámara lenta. Su mano intenta aferrarse al barandal, pero resbala.

Y cae.

El sonido de su cuerpo golpeando contra los escalones es seco, brutal, un eco que se queda grabado en mi mente.

—¡Molly! —grito, mi corazón deteniéndose por un instante antes de que mis piernas reaccionen.

Bajo las escaleras de dos en dos, casi tropezando yo mismo en el proceso. Cuando llego a ella, está tendida en el suelo al pie de las escaleras, inmóvil. Mi pecho se contrae con una mezcla de terror y rabia.

Mi esposa ha caído por las escaleras.

—Vita... —murmuro, arrodillándome junto a ella. Mis manos tiemblan cuando la toco, buscando signos de vida.

Sus ojos están cerrados, su respiración superficial. Un rastro de sangre se desliza desde su frente, y eso me desgarra más de lo que debería. Es mi culpa. Lo sé. No debí presionarla tanto, no debí dejar que escapara de esa forma cuando la asusté.

—¡Dios! ¡Molly, despierta! —mis palabras salen como un rugido, pero ella no se mueve.

Saco mi teléfono con manos temblorosas, marcando un número que nunca quise usar en este contexto.

—Necesito que vengas a las escaleras del vestíbulo ¡Ahora! —mi voz es cortante, fría, pero por dentro estoy al borde del abismo.

Cuelgo y me obligo a concentrarme en ella. Coloco una mano en su mejilla, suave, temiendo lastimarla más, tiene lágrimas en su rostro. Es mi culpa.

—No puedes hacerme esto, Molly... —susurro, mi voz apenas audible. Mi mente corre a mil por hora, repasando todo lo que podría haber hecho diferente. Todo lo que podría haber dicho.

Pero ya es tarde. Ella está aquí, en el suelo, vulnerable, y yo no sé cómo manejarlo. Por primera vez en mucho tiempo, siento un miedo genuino, un miedo que no puedo controlar.

Y odio cada segundo de ello.

La sangre en su frente no deja de brotar, pequeña pero suficiente para hacer que el pánico me devore. ¿Y si no despierta? ¿Y si la pierdo aquí, ahora, por mi maldito orgullo y mis

decisiones? La maldita necesidad de investigar en el pasado de los demás.

Me inclino más cerca de ella, casi tocando su frente con la mía. Su respiración sigue, aunque débil, lo que me da una mínima esperanza.

—Molly, escúchame, *Vita mia.* —mi voz suena rota, incluso para mí. Aprieto los dientes, odiando lo desesperado que me siento. —No te atrevas a dejarme. ¿Entiendes? No puedes. No ahora.

El eco de los pasos de Theron llega por el pasillo antes de que lo vea aparecer al pie de las escaleras. Su rostro se transforma en una máscara de alarma cuando ve la escena.

—¿Qué demonios pasó? —pregunta, corriendo hacia nosotros.

—Se cayó, ella corrió por mi culpa —mi tono es cortante, pero no tengo tiempo para explicaciones. —Por favor revísala y llama a una ambulancia si lo necesitas.

Él asiente y desaparece tan rápido como llegó. Mi atención vuelve a Molly. Su rostro, tan fuerte y desafiante hace unos minutos, ahora parece frágil, casi infantil. Algo en mí se rompe al verla así.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan terca? —le digo en un susurro, más para mí que para ella. Mis manos se mueven automáticamente, buscando algo, cualquier cosa, para detener el sangrado. Arranco un trozo de mi camisa y lo presiono con cuidado contra su frente.

Ella gime suavemente, y mi corazón salta. Es un sonido tan leve, pero es suficiente para hacerme sentir que aún está conmigo.

—Eso es, Molly. Quédate conmigo, *Vita mia*. No voy a dejarte sola, ¿me oyes?

Sus párpados se mueven apenas, como si estuviera luchando por volver a la superficie.

—Molly, mírame. Abre los ojos. —mi voz es baja, firme, pero con una urgencia que no puedo ocultar. —No puedes rendirte. No tú.

Finalmente, sus ojos se abren una fracción, lo suficiente para que un par de lágrimas se escapen por las comisuras.

—Paolo... —murmura, apenas audible.

Mi pecho se aprieta al oírla decir mi nombre. Es la primera vez que lo dice de esa manera, como si realmente confiara en mí.

—Estoy aquí. —mi mano acaricia su mejilla, limpiando una lágrima que resbala por su piel. —Todo estará bien, Molly. Quédate conmigo, *Piccola.*

Sus labios tiemblan, pero antes de que pueda decir algo más, se desmaya de nuevo.

El sonido de pasos acercándose rápidamente me dice que Theron está de regreso ahora con su maletín de médico. Pero no solo es Theron con su maletín, tambien es Antonio con Viktor a toda prisa.

—Estoy aquí, déjame verla —Theron se arrodilla junto a mí, evaluando rápidamente a Molly.

Me hago a un lado, pero no me alejo demasiado. Mis ojos no se apartan de ella mientras el trabaja, limpiando la herida y revisando su estado.

—¿Qué fue lo que pasó? —Antonio no oculta su preocupación y algo más, sus puños, la impotencia. ¿Cree que yo la empujé? Puede que no, pero es mi culpa.

—Salió corriendo y resbaló—ni siquiera sé porqué le doy explicaciones.

—¿Resbaló? —dice incrédulo—Molly nunca ha resbalado por las escaleras, ni cuando era pequeña.

Su tono no me gusta. Y parece que a Viktor tampoco.

—Si el señor Santoro dice que resbaló, es porque así es. Y no te debe ninguna explicación, vuelve a tu lugar.

El hombre parece que va a explotar, tiene la cara roja y no deja de ver a Molly, donde permanece tendida. Ya no tiene sangre en su cabeza. Sé cómo se ve toda esta mierda y la odio. Cuando Giulietta se nos une se tiende al piso y toca las manos de Molly.

—Cielo santo, Paolo. ¿Qué fue lo que pasó?

No aparto los ojos de Antonio. No me gusta la forma en cómo me mira. Me acerco a él y le digo.

—¿Tienes algo que decirme?

—Paolo—interviene Viktor—no tienes que explicarle nada, puede comprobar las grabaciones por sí mismo, ¿O no Antonio?

Me aparto de los dos, en estos momentos no quiero quitarle la vida a nadie. Porque es precisamente lo que quiero, golpear a alguien, pero me concentro en el rostro de Molly.

—¿Está bien? —pregunto a Theron, mi voz baja pero cargada de tensión.

—Necesitamos llevarla a un lugar donde pueda estar más cómoda. Pero estará bien, solo necesita descanso y vigilancia. El golpe en su frente fue superficial, tendrá algunos moretones, pero no tiene huesos rotos.

Asiento, pero no me tranquiliza del todo. Me inclino hacia Molly una vez más, plantando un beso en su frente, justo donde la sangre había manchado su piel.

—Te prometo que arreglaré esto, Molly, todo esto. —mi voz es un susurro, pero es una promesa que pienso cumplir, cueste lo que cueste. La tomo en mis brazos y la llevo escalera arriba.

CAPÍTULO 20



MOLLY

—¿Dónde las conseguiste? —logro preguntar, mi voz rota. Estoy en mi habitación y Paolo al pie de la cama, sostiene mi mano, pero en estos momentos no quiero que me toque, así que me suelto de su agarre y espero su respuesta.

Después de que salí corriendo de mi habitación todo está en negro. Solo siento como si un camión haya pasado sobre mi cuerpo, y mi cabeza, siento como si miles de alfileres estuvieran en mi cuero cabelludo.

—No quiero hablar de ello ahora, Molly.

—Me importa a mí. —esta vez mi voz no tiembla.

—No importa dónde, Molly. Lo que importa es lo que significa. —su tono es firme, pero también hay algo más ahí, una pizca de compasión que no esperaba.

—¿Significa qué? —suelto, mi rabia comenzando a emerger entre las lágrimas que no pienso derramar esta vez —¿Que sabes algo de mi vida que no te corresponde?

—Significa que tienes secretos, y yo no tolero secretos en esta casa, *Vita mia*. —se inclina hacia mí, su voz más baja, casi un susurro. —Especialmente cuando esos secretos pueden ponerte en peligro.

La rabia en mi pecho se mezcla con la vergüenza y el miedo. Quiero gritarle, decirle que no tiene derecho a hacer esto, pero las palabras se quedan atoradas en mi garganta. Porque tiene razón. Adriano es un secreto que puede destruirme, y ahora Paolo lo sabe.

Me paso las manos por la cara. Las fotos siguen ahí, una prueba tangible de un pasado que nunca quise compartir. Pensé que nadie las tenía, cuando murió, entré a su habitación y quemé la cámara, no me fijé si había una memoria dentro, simplemente entré en pánico y quemé la cosa.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto al fin, mi voz apagada, derrotada.

Paolo me observa por un largo momento antes de responder.

—Quiero que me lo cuentes todo. —se endereza, su tono firme pero menos agresivo ahora. —Desde el principio.

Lo miro, queriendo negarme, queriendo gritarle que no tiene derecho. Pero sé que no tengo opción. El pasado que tanto he intentado dejar atrás ha regresado, y Paolo no es el tipo de hombre que deja cosas sin resolver.

CAPÍTULO 21



MOLLY

Séis años atrás

La habitación estaba bañada por la luz suave del atardecer, esa que volvía todo más dorado, más cálido, como si el tiempo se detuviera en los momentos que compartíamos juntos. Estábamos en una de las habitaciones vacías de la casa de seguridad, donde Adriano había improvisado un pequeño refugio para nosotros. Un colchón viejo, unas cuantas mantas, y su cámara. Siempre su cámara.

Adriano apuntaba el lente hacia mí, con esa sonrisa traviesa que me hacía sentir como si el mundo entero desapareciera cuando estábamos juntos.

—No pongas esa cara, nena —dice, ajustando el enfoque mientras yo me cruzo de brazos, fingiendo molestia.

—¿Por qué siempre tienes que tomarme fotos? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Porque eres perfecta, y porque nunca quiero olvidarte —responde, con una honestidad que me desarma.

—Esa línea debe funcionar con todas. —intento sonar segura, pero la forma en que sus ojos se suavizan mientras me mira me hace tambalear.

Baja la cámara por un momento y camina hacia mí, sosteniendo mi rostro con ambas manos.

—No hay "todas", Molly. Sólo tú.

Mi pecho se llena de algo cálido y pesado al mismo tiempo. Lo miro a los ojos, tan oscuros, tan llenos de cosas que no dice, pero que siento. Al final, suspiro y me dejo caer de espaldas sobre el colchón.

—Está bien, tómame las fotos. Pero si salgo mal, te haré borrar todo.

—Nunca sales mal. —Adriano ríe suavemente, volviendo a levantar la cámara.

Me acomodo sobre las mantas, con una mezcla de nervios y emoción recorriéndome el cuerpo. Primero posa su lente sobre mi rostro, capturando una sonrisa tímida que sé que él adora. Después, baja lentamente el ángulo, tomando cada detalle de mi postura.

—¿Así está bien? —pregunto, jugando con el borde de mi camisa mientras su mirada se intensifica detrás del lente.

—Más que bien, pero... quítate eso. —su voz es un susurro bajo que me hace estremecer.

—¿Qué? —Lo miro, fingiendo indignación, aunque la idea no me desagrada tanto como debería.

—Confía en mí, Molly. No tienes idea de lo hermosa que te ves. Ademas pronto comenzarás a modelar en ropa interior gracias a tu madre —se inclina un poco, dejando la cámara a un lado para besarme suavemente. Su contacto, tan seguro, tan familiar, derrite cualquier duda.

Con un movimiento lento, deslizo la camisa por mis hombros, quedándome en mi sujetador. Él se separa apenas, retomando la cámara, pero sus ojos permanecen en los míos.

—Eres arte —susurra, mientras el obturador suena una y otra vez. —ahora, sin nada… por favor.

En esos momentos, me sentía como si el mundo fuera sólo nosotros dos. Como si no importara que nos escondiéramos, que nuestras familias jamás permitirían esto, que todo lo que éramos juntos era un pecado a punto de explotar. Con cada clic de la cámara, Adriano me hacía sentir como la mujer más deseada, más amada, más viva del mundo.

Y en esos instantes, creía que podíamos ser invencibles.

CAPÍTULO 22



PAOLO

Un mes después

¿Debería enviarle flores?

No. Me las arrojaría a la cara, y con justa razón.

¿Qué tal una cena?

No. La última vez la engañé en una.

Mierda. Es increíble lo complicado que puede ser un primer aniversario de matrimonio. Llevamos un mes casados, y cada día parece más difícil descifrar cómo acercarme a ella sin que me odie más.

Un mes sin tocarla como aquella vez, sin besarla. Ella ha vuelto a su papel de fingir, el de la chica tranquila y encantadora que quiere decorar mi casa como si fuera un museo retro. Lo peor es que se lo he permitido. Incluso dejé que organizara una pijamada con Gema y su hijo, Kian, en mi sala de estar.

Una noche de películas.

Pude verla todo el tiempo, gracias a las cámaras ocultas que instalé en cada rincón de esta casa. Cámaras a las que, por supuesto, solo yo tengo acceso. Ella no tiene idea.

Esa noche se repitió Mujer Bonita una y otra vez. Lo sé porque Molly no dejaba de sonreír, arrojando comentarios sarcásticos sobre Richard Gere mientras sostenía a Kian en brazos. Era una noche de pizza, risas y pañales sucios que, por algún motivo que todavía no comprendo, terminó dejando en la papelera de mi despacho.

No fui invitado, desde luego. Y lo que más me hizo gracia fue que Konstantin comprobó a su mujer tres veces en la misma noche. Tres.

A la cuarta vez, yo mismo tuve que salir a recibirlo.

Abrí la puerta, y ahí estaba él, con su habitual postura imponente y el ceño ligeramente fruncido.

—¿Quieres un trago? —le pregunté mientras dejaba la puerta abierta y caminaba hacia mi despacho sin esperarlo.

—Solo si es caro —respondió, siguiéndome con calma.

…

Hoy, no está aquí solo para un trago. Yo le pedí que viniera.

Romanov es un hombre meticuloso, obsesionado con la seguridad de su familia. Lo admiro por eso, aunque no lo admitiría en voz alta. Si no fuera por él, jamás habría dado con el culpable del ataque en mi boda. Y aquí estamos ahora, sentados en silencio, mirándonos como si jugáramos al ajedrez sin mover una sola pieza.

—¿Vas a decir algo o prefieres seguir practicando tu cara de póker? —pregunta finalmente, rompiendo el silencio.

Tomo un sorbo de mi whisky antes de responder.

—Quería agradecerte. Encontrar al tipo que organizó el ataque era una prioridad, y tú lo hiciste.

—No fue gratis. Espero que lo sepas. —su tono es frío, cortante, pero eso no me sorprende.—¿No te cansas de usar esos trajes? A mí me dan comezón, no sé ustedes como

soportan toda esa mierda encima.

—Nada en esta vida lo es y sobre mi traje, me gusta. —le devuelvo la mirada con una leve sonrisa.

Él se reclina en su silla, tamborileando los dedos en el brazo de cuero mientras me estudia. Viste casual, pero fino, con su chaqueta de cuero y reloj último modelo.

—¿Qué planeas hacer con la información? —pregunta, directo al punto.

—Lo que siempre hago. —mi voz es tranquila, pero la promesa detrás de mis palabras está cargada de intención.

Romanov asiente, como si aprobara mi respuesta. Pero no se levanta ni se despide.

—¿Y Molly? —su pregunta me toma por sorpresa, aunque no lo demuestro.

Frunzo el ceño, inclinándome hacia adelante mientras apoyo los codos sobre el escritorio.

—¿Qué hay con ella?

—Eres su esposo. —hace una pausa, como si eligiera cuidadosamente sus palabras. —Tal vez deberías comportarte como uno. Feliz aniversario por cierto.

No puedo creerlo.

Un silencio pesado cae entre nosotros. Mis dedos se tensan alrededor del vaso, pero no digo nada. Finalmente, él se levanta, como si ya hubiera dicho todo lo que quería decir.

Konstantin sigue de pie, mirando alrededor de mi despacho con una expresión casi aburrida, pero sé que no lo está. Romanov siempre está atento a todo, como un maldito halcón. Toma el vaso de whisky de mi escritorio sin preguntar y lo llena desde la botella que está al lado.

—¿Quieres hablar sobre ello? —pregunta finalmente, después de un silencio demasiado largo.

Frunzo el ceño, apoyándome en el respaldo de mi silla.

—¿Sobre qué?

—No te hagas el tonto, Paolo. —se inclina contra la pared, el vaso en una mano y la otra descansando en su bolsillo. —Ese día en la boda, cuando me "robé" a Gema.

—Si insistes... —me encojo de hombros, dejando caer las manos sobre los reposabrazos.

—Eres mayor, como mis hermanos, pero parece que ninguno de ustedes sabe hablar claro. Andan por las ramas. —Romanov toma un sorbo antes de fijar sus ojos helados en los míos. —Te lo haré más fácil: ¿estás molesto porque te hice el hazmerreír de la Cosa Nostra?

Lo observo un momento antes de negar con la cabeza, una sonrisa seca formándose en mis labios.

—No, en absoluto. —Cruzo las piernas y me inclino un poco hacia adelante. —De hecho, si no te hubieras robado a Gema, no habría conocido a Molly ese día.

—No me la robé. —gruñe, apretando el vaso con fuerza. —Ella era mía antes de ese maldito circo de mierda que llamaron boda. Será mejor que no me recuerdes ese pasado, no lo soporto.

—Mi intención no es esa. Pero tú comenzaste. Ahora te aguantas—levanto una mano, apaciguador. —Jamás estaré molesto por una boda que ni yo ni Gema queríamos. Ni siquiera me sentí atraído por tu mujer. La respeto; además, es la mejor amiga de Molly.

—Más te vale. —Romanov me lanza una mirada afilada antes de relajar los hombros y dar otro sorbo al whisky. —No puedo seguir viniendo aquí y ver esa película de mierda una y otra vez. Me vuelve loco.

—Coincido.

—Entonces, ya que estamos claros... —hace una pausa, bajando el vaso al escritorio. —Roco mencionó algo sobre ese día, cuando el antiguo Capo murió.

Levanto una ceja.

—¿Ese día?

—Nuestras mujeres lo mataron —me corrige, su tono más serio.

Asiento lentamente, dejando que sus palabras se hundan.

—Y sí, aunque Gema no lo diga en voz alta, sé que le afectó mucho. Aún lo hace. ¿Qué hay de Molly?

El silencio que sigue se siente pesado. Paso una mano por mi mandíbula antes de responder.

—Yo no estuve en esa boda, pero creo que le afecta igual o peor. Al final de cuentas, mataron a un hombre, y creo que era el primero.

—No era la primera vez que trabajaban juntas para matar a alguien. —Konstantin deja el vaso a un lado, cruzando los brazos. —Molly también la salvó... en el club de la Bratva.

Mis ojos se estrechan.

—¿Qué?

—Alguien intentó... joder. Alguien intentó atacarlas —Romanov hace un gesto vago con la mano, como si no quisiera ponerle palabras. —Gema protegió a Molly. La mandó a buscar ayuda.

Me enderezo en mi silla, los puños cerrados.

—¿Llegó a tiempo? —espero que sí.

—Dimitri Markov estaba ahí. Ambas se salvaron esa noche.

Mis dientes rechinan, y siento cómo la ira crece lentamente dentro de mí.

—¿No te lo ha dicho? —pregunta Konstantin, ladeando la cabeza.

Niego con la cabeza, manteniendo mi expresión neutral.

—Bueno, ya se pondrán al día. Sin presiones. A mí me funcionó. Nunca le preguntes a una mujer algo que no estás listo para saber todavía. Mejor deja que hablen cuando estén listas.

Frunzo el ceño, considerando sus palabras. Ese consejo ha venido demasiado tarde. Por no esperar a que ella se abra a mí, tuve que enfrentarla con esas jodidas fotografías y ella cayó por las escaleras, no fueron las fotos, ella huía de mí.

Pensar que…ella piense que le habría daño. Me hierve la sangre. No hemos hablado de eso desde entonces.

—Tomaré tu consejo... aunque no estoy de acuerdo.

Konstantin suelta una risa corta.

—Sí, es una mierda, lo sé. Pero aprenderás con el tiempo. —Hace una pausa y su expresión se endurece. —Ahora, sobre ese cabrón que asustó a mi chica y a la tuya, será mejor que nos encarguemos de él.

—Ya estoy en eso.

—Bien, porque tengo un nuevo arsenal que quiero probar. —sus ojos brillan con una mezcla de emoción y amenaza.

Lo miro fijamente, dejando que mis palabras caigan pesadas.

—Konstantin, esto no es un maldito juego.

—¿Y quién dijo que lo era? —levanta una ceja, desafiándome. —No te preocupes, Paolo, te enseñaré a usarlo si hace falta.

Me relajo, aunque no mucho. Con Konstantin, nunca se sabe qué tan en serio tomar sus palabras. Pero si alguien va a ayudarme a acabar con este problema, sé que es él, ahora es algo personal.

—Bien, enfoquémonos en esto. —apunto hacia la fotografìa en el escritorio.

Konstantin lo toma, mirándolo rápidamente.

—Perfecto. Vamos a cazar, Santoro.

Y con eso, se da media vuelta, su típica arrogancia presente en cada movimiento. La cacería ha comenzado.

—Gracias por el whisky. Y recuerda, Santoro, la familia lo es todo. —me lanza una última mirada antes de salir del despacho, dejándome solo con mis pensamientos.

La familia lo es todo. Suena bien en teoría, pero en mi mundo, la familia es lo primero que te traiciona. Y ahora mismo, mi familia es una mujer que no puede ni mirarme sin desear arrancarme la cabeza. Termino el whisky de un trago y dejo el vaso sobre el escritorio. Tengo mucho que arreglar, y no sé por dónde empezar. Pero lo haré. Porque Molly es mía, y no pienso perderla.

CAPÍTULO 23



MOLLY

Apago la cámara y dejo escapar un suspiro. Estoy exhausta, pero si todo sale bien, este será el último video de la serie que comencé hace semanas: "Comida culinaria de amor, con amor." Sí, lo admito, suena cursi, sobre todo viniendo de alguien como yo, con un esposo que apenas me dirige la palabra sin dejar escapar esa sombra de culpa que siempre lleva encima. Y el resto, como dicen, es historia.

No estoy molesta con él. En realidad, no fue su culpa. Siempre huyo cuando se trata de mi pasado, pero no contaba con tropezar y caer por las escaleras. Por suerte, el dolor ha desaparecido y me siento como nueva.

Mi madre hizo una visita la semana pasada con mi padre. La cena fue incómoda, como siempre, pero lo único que salvó esa noche fue la mano de Paolo deslizándose bajo la mesa, tomando la mía con una firmeza que logró apaciguar mi ansiedad.

—Una palabra y los saco de aquí, *Vita* —me susurró al oído mientras mis padres divagaban sobre su próximo viaje y la nueva fiesta de la semana de la moda.

Por supuesto, quiere que esté ahí como cada año, luciendo los mejores diseños de su pasarela anual.

Mi madre es una mujer talentosa, obsesionada con la moda, pero su mundo siempre giró alrededor de ella misma. Desde que era pequeña, fui su maniquí viviente, un objeto que vestir y moldear a su gusto. Ahora solo soy una extensión de su ego, alguien con quien alardear. Lo odio.

Mis pensamientos son interrumpidos por una voz grave detrás de mí.

—¿Qué es esto?

Me sobresalto y giro, perdiendo el equilibrio, cayendo de culo al suelo.

—¡Molly! —Paolo llega rápidamente hacia mí. Su tono mezcla preocupación y desconcierto mientras se inclina para ayudarme a levantarme.

Mi culo va a tener un moretón enorme mañana, pero no me detengo a pensarlo. Me pongo de pie torpemente, esquivo su mirada y trato de echarme a correr. Sin embargo, me detiene antes de que pueda dar dos pasos.

—¿Adónde crees que vas? —me pregunta con calma, sujetándome del brazo con firmeza, pero sin hacerme daño.

Todo alrededor se siente irreal. La cena está lista, incluso le había dicho a Giuliette que descansara para tener privacidad esta noche. Tenía algo especial planeado, una tregua, un intento de acercamiento. Pero ahora todo eso se ha ido al carajo. Me ha descubierto.

—Yo... —trato de decir algo, pero las palabras no salen.

—Vita mia, respira. —su voz, aunque firme, tiene un matiz de preocupación que no esperaba.

De pronto, todo da vueltas. Estoy teniendo un ataque de pánico. Mi pecho se cierra y me siento atrapada, como ese día, cuando mi madre me encontró en la cocina. Recuerdo sus gritos desgarradores mientras destruía mi cámara y tiraba toda la comida al suelo.

—¡Eres una Valentini! Nos mantenemos fuera de la cocina, de todo lo doméstico. Eres una modelo, una figura pública, una marca.

Recuerdo también el dolor físico. Me golpeó en el rostro y los brazos esa noche. Tuve

que usar mucho maquillaje durante meses hasta que las marcas desaparecieron. Pero ninguno de esos golpes logró quitarme el sueño de cocinar.

—¿Molly? —La mano de Paolo acuna mi rostro con delicadeza, trayéndome de vuelta al presente. —Háblame, *Piccola*.

Parpadeo, aún atrapada en mi confusión.

—Yo... lo siento. Yo no estaba...

Paolo aparta la mirada hacia la habitación, observando las ollas, los ingredientes esparcidos y la cámara apagada. Pero no hay juicio en su rostro. Tampoco decepción. Y definitivamente no horror.

—¿Estuviste cocinando todo el día, Molly? ¿Es eso? —su tono es calmado, aunque sus cejas se fruncen ligeramente. —Theron dijo que debías reposar dos meses como mínimo. ¿Desde cuándo regresaste a grabar?

Lo miro, incapaz de procesar lo que está diciendo. ¿Regresar a grabar?

—¿Tú... lo sabías?

Una media sonrisa aparece en su rostro, casi divertida.

—¿Qué has estado cocinando para mí? Desde luego que lo sabía desde el primer día. Además, sé que tienes un blog. Estoy suscrito a él, de hecho.

Mis manos vuelan a mi boca para contener un jadeo.

—¿Cómo?

—No es tan difícil —se encoge de hombros con naturalidad. —Tu blog es bueno, y aunque los videos son un poco cursis, entiendo por qué la gente los ve. Tienes un gran talento.

—¿Tú los ves? —pregunto, incrédula.

—Por supuesto. —su sonrisa se ensancha, esta vez con algo más cálido. —Alguien tiene que ser tu fan número uno, ¿no? Aunque no me gustan los comentarios que dejan algunos hombres, sé que no cocinan una mierda, solo lo hacen para verte. Conseguiré sus IP de todas formas y me encargaré.

Las lágrimas pican en mis ojos, pero esta vez no son de pánico. Por primera vez en mucho tiempo, siento una chispa de esperanza. Tal vez, solo tal vez, no estoy sola en esto. Y de nuevo, vuelve a mentirme. Preguntó hace un mes si tenía un nuevo chef, él lo sabía, porque todos los platos que cocino los ha comido, como también los he publicado en mi blog. La furia regresa a mí como mi fiel amiga, él siempre está a dos pasos delante de mí y me hace creer cosas que no son.

Lo odio.

—Aléjate de mí—le gruño, y sin esperarlo lo hace.

—¿Y ahora qué hice?

—Vuelves a mentir, vuelves a fingir que no sabes nada, juegas con mi mente. Aléjate de mí y vete.

Veo una chispa de dolor en su mirada o es mi imaginación, no me importa. Es tarde, lo ha sabido todo este tiempo, y yo me he escondido como una idiota, haciendo las cosas a escondidas pensando que, él se enfadaría. Sí, Paolo, ve la rabia que hay en mis ojos y huye. Aprendes rápido, digo para mí misma.

—Eres una niña haciendo ravietas —dice Paolo de repente, su tono burlón pero con una intensidad que me hace tensarme. Su mirada se clava en la mía, y por un instante olvido cómo respirar. —Voy a follar duro ese carácter hasta sacártelo.

Doy un paso atrás, sintiendo cómo la sangre sube a mi rostro.

—Si me pones una mano encima, te mato —le escupo, con la mandíbula apretada.

La sonrisa que le curva los labios me irrita más de lo que debería.

—Créeme, Molly, serás tú quien termine rogando por mi polla.

La incredulidad me golpea como una bofetada. Abro la boca para responder, pero solo un sonido de frustración logra salir.

—En tus sueños, Paolo.

—En los tuyos ya estoy. ¿No es así? —me lanza esa frase con una confianza desquiciante, su tono un desafío.

—¡Te odio! —grito, las palabras escapando de mis labios con más emoción de la que pretendía. Mis manos agarran un puño de pasta y se la arrojo en su perfecto traje. Su mirada, joder esa mirada llena de fuego que podría quemarme, creo que no la olvidaré nunca.

—Estás.en.problemas. —se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio personal, su mirada oscura atrapando la mía como si estuviera desafiándome a retroceder.

Dejo escapar un grito de frustración, apretando los puños.

—¡Eres insportable, Paolo! —grito.

—Y tú eres deliciosa cuando estás molesta, *Vita mia*. —su voz baja un tono, su tono casi sensual, lo que solo logra enfurecerme más. Luego, como si no fuera suficiente, añade con una arrogancia descarada: —Te haré gritar también… pero de placer.

Mi respiración se acelera y siento cómo mi rostro arde.

—¡Eres un maldito *gánster*! —intento alejarme, pero me atrapa por la muñeca antes de que pueda dar un paso más.

—Tal vez, Molly, pero soy *tu* gánster. —tira suavemente de mi brazo, acercándome a él hasta que estoy lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo. —Y algún día lo entenderás.

Trato de soltarme, pero su agarre no cede.

—Déjame ir, Paolo —le digo, mi tono temblando entre la rabia y algo más que no quiero nombrar.

—Lo haré cuando deje de ser divertido verte tratar de resistirte ante mí —murmura, sus labios tan cerca de mi oído que un escalofrío recorre mi espalda.

Quiero gritarle, quiero empujarlo, pero la intensidad en sus ojos me deja congelada. Es como si estuviera viendo algo en mí que ni yo misma entiendo. Finalmente, me suelta, pero no antes de inclinarse y dejar un beso en mi frente.

—Come algo. —su tono es más suave esta vez, casi cariñoso. Luego, con una sonrisa ladina que me irrita y confunde a partes iguales, se da la vuelta caminando lejos de mí, dejándome con los nervios destrozados y el corazón latiendo con fuerza contra mi pecho.

Me quedo ahí, tratando de recuperar el aliento, mientras las palabras de Paolo resuenan en mi mente. Te haré gritar también de placer, *Vita mia*.

Maldito sea. ¿Por qué siempre tiene que ganar? ¿Y porqué no quiero que se vaya?

Paolo se detiene en la puerta, como si hubiera sentido mi confusión incluso sin mirar atrás. Gira lentamente, sus ojos oscuros fijándose en mí, y siento como si estuviera completamente desnuda bajo su mirada.

—¿Quieres saber qué hago contigo en mis sueños?

El descaro en su voz me quema, pero no tengo tiempo de responder. En un par de zancadas, está frente a mí, su mano atrapando mi nuca y tirándome ligeramente hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —logro murmurar, pero mi voz suena frágil, temblorosa.

—Algo que llevas demasiado tiempo esperando.

—Yo no... —mi protesta queda atrapada entre sus labios cuando los suyos se estrellan

contra los míos. El beso no es suave ni dulce, es puro fuego, una mezcla de ira, pasión y desafío.

Intento empujarlo, pero mis manos terminan agarrándose a su camisa, atrayéndolo más cerca en lugar de alejarlo. Su lengua encuentra la mía, y el gemido que escapa de mi garganta lo hace sonreír contra mis labios.

—Sabía que lo querías, —murmura, separándose apenas para hablar antes de volver a besarme con más hambre.

—Eres un imbécil —susurro contra su boca, aunque mi cuerpo no parece estar de acuerdo.

—Y tú estás loca por este imbécil.

De pronto, sus manos se deslizan por mi cintura, levantándome como si no pesara nada. Antes de que pueda procesarlo, estoy sentada sobre el mostrador de la cocina, con él de pie entre mis piernas.

—Paolo... —trato de decir algo, cualquier cosa, pero me calla colocando un dedo sobre mis labios.

—Shhh, Molly. Déjame demostrarte algo.

Sus labios abandonan mi boca para trazar un camino ardiente por mi mandíbula y mi cuello. Su lengua y dientes dejan pequeñas marcas que me hacen arquear la espalda. Mis manos se enredan en su cabello, tirando ligeramente mientras él se ríe contra mi piel.

—Eres tan malditamente hermosa cuando te rindes. Te dije que no te tocaría hasta que fueras tú misma. Esta rabia, este fuego que sientes, sé que es por mí y no puedes ocultarlo, y sabes qué, yo tampoco.

—No me estoy rindiendo... —intento sonar firme, pero mi voz es un susurro entrecortado.

—¿No? —su boca se desliza hacia el escote de mi blusa, sus manos firmes subiendo por mis muslos desnudos, trazando pequeños círculos que me hacen temblar. —Entonces, explícame qué estamos haciendo.

Lo odio por tener razón, pero no puedo pensar con claridad. Todo lo que puedo hacer es aferrarme a él mientras su boca y sus manos me hacen perder el control. Cuando sus labios regresan a los míos, el beso es aún más intenso, como si estuviera decidido a consumir cada parte de mí.

—Dime que me odias otra vez, *Vita mia*, —murmura contra mi boca, su tono burlón y lleno de arrogancia.

—Te odio —respondo, aunque mis labios buscan los suyos antes de terminar la frase.

—Mentirosa. —su sonrisa arrogante es lo último que veo antes de que me pierda por completo en él, en su toque, en la forma en que me hace sentir que soy su mundo entero.

Paolo no dice una palabra mientras me levanta del mostrador, sus brazos firmes rodeándome como si no fuera más que una pluma. Mi respiración se acelera cuando lo miro, sus ojos oscuros cargados de deseo y determinación.

—¿Qué estás haciendo? —murmuro, aunque sé exactamente lo que va a hacer.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo, *Vita mia.* —su voz es grave, cargada de promesas que hacen que mi piel se erice mientras me lleva escalera arriba hacia su habitación.

Empuja la puerta de la habitación con el pie y me lleva directamente a la cama, donde me deposita con una suavidad que contrasta con la intensidad de su mirada. Los cogines en forma de bala y pistola me saludan y la realidad me golpea. Está pasando.

—Paolo... —empiezo, pero él me silencia con un beso, sus labios tomando los míos con un hambre que me deja sin aliento.

—No voy a dejar que lo arruines, Molly. No esta vez. —su voz es una orden, pero hay algo más en ella, algo que me hace estremecerme.

Sus manos comienzan a desabotonar mi blusa lentamente, como si estuviera saboreando cada segundo. Mi piel se enciende bajo su toque, y cuando sus dedos rozan mis hombros, se toma el tiempo para deslizar la tela y dejarla caer al suelo.

—Eres perfecta —murmura, su voz un susurro reverente.

—No lo soy... —trato de responder, pero él ya está inclinándose hacia mí, sus labios rozando mi clavícula mientras sus manos exploran mi cintura.

—Calla, Molly. Déjame demostrarte lo equivocada que estás.

Antes de que pueda replicar, sus labios se deslizan hacia abajo, dejando un rastro ardiente sobre mi piel. Sus dedos hábiles se deshacen del resto de mi ropa, y mi cuerpo tiembla bajo su atención. Cuando finalmente estoy completamente desnuda frente a él, siento el calor subirme al rostro, pero no puedo apartar la mirada.

—No me mires así... —susurro, mi voz apenas audible.

—Voy a mirarte como se debe, *Vita mia*. Eres mía. Pero tengo que saber algo, dime si eres mía, si esto es lo que quieres y no te dejaré ir. Pero si me pides que me aleje, si me dices que no sientes lo mismo que yo, no volveré a tocarte.

¿Por qué es tan difícil responder eso?

—Dímelo—se arrodilla frente a la cama, sus manos firmes deslizándose por mis muslos hasta que sus labios los siguen. Cada beso, cada caricia me hace arquear la espalda, incapaz de contener los gemidos que escapan de mis labios. —Dímelo, señora Santoro.

Joder.

—Paolo... —su nombre es una súplica, aunque no estoy segura de qué le estoy pidiendo.

—¿Eres mía?

Asiento buscando sus labios y sintiendo dolor entre mis piernas, quiero un roce, por más pequeño que sea y explotaré.

—Soy tuya.

—Buena esposa—su voz es baja, ronca, y cuando sus labios finalmente llegan al lugar más sensible entre mis piernas, pierdo toda coherencia.

El primer toque de su lengua es suave, casi experimental, pero pronto se convierte en algo más, algo que me consume por completo. Sus manos sujetan mis caderas con firmeza, manteniéndome en su control mientras su boca me lleva al borde de la locura. Sus manos llegan a mi culo y me hala más hacia su boca, como si no fuera suficiente y pierdo el control.

—Maldición... Paolo... —mis manos se aferran a las sábanas, mis piernas temblando alrededor de él.

—Así es. Sigue gritando mi nombre.

El sonido de su lengua contra mi clítoris, la forma en cómo lo chupa con tanta delicadeza y rudeza al mismo tiempo me hace temblar bajo tu toque. Su voz envuelve mi piel mientras me lleva cada vez más alto, hasta que finalmente me dejo caer en el abismo, con su nombre escapando de mis labios como una oración.

Mi cuerpo tiembla mientras trato de recuperar el aliento, mi mente nublada por la intensidad de lo que acaba de pasar. Paolo no se mueve de inmediato, sus labios rozan suavemente mi piel, como si estuviera grabando cada sensación en su memoria.

—Eres hermosa así, *Vita mia*, como tú misma y completamente entregada —murmura contra mi muslo, su voz grave enviando escalofríos por mi columna.

Quiero responder, decir algo ingenioso o acusarlo de ser demasiado arrogante, pero las

palabras no salen. Mis labios solo pueden formar su nombre, un susurro casi inaudible. Paolo se incorpora lentamente, su figura imponente iluminada por la tenue luz de la habitación. Su mirada oscura, cargada de deseo, se encuentra con la mía mientras se inclina sobre mí, apoyándose con una mano en la cama.

—No he terminado contigo, Molly —dice con una sonrisa ladeada que me hace temblar de anticipación.

—Paolo... —empiezo a protestar, pero él me silencia con un beso profundo, uno que me hace olvidar cualquier intento de resistencia. Y el sabor es único, el sabor de mi placer con el sabor de sus labios. Es pecado.

Sus manos exploran mi cuerpo con una mezcla de posesividad y ternura, como si quisiera asegurarse de que cada centímetro de mí le pertenezca. Su boca no se detiene, sus labios y lengua trazan un camino descendente, reclamándome una vez más. Ahora su erección está justo frente a mí, imponente, mientras él permanece de pie y yo estoy tumbada boca arriba sobre la cama. ¿Un piercing? Joder, eso sí es caliente más que cualquier tatuaje.

Estoy viendo su piercing. No debería, pero lo hago.

Es una joya pequeña, un destello de metal frío incrustado en su carne. Atraviesa la piel con una precisión inquietante, y en la punta brilla un diminuto diamante blanco, capturando la luz de una forma que no debería ser tan hipnótica. Mi respiración se hace más lenta. Es imposible no imaginarlo: el filo de la aguja perforando la piel, el ardor controlado, la sensación del metal asentándose en su nuevo hogar. ¿Dolió? ¿Le gustó? ¿Fue un capricho o un acto de desafío? ¿Y cómo se sentirá dentro de mí?

Levanto la vista y lo encuentro observándome. La sombra de una sonrisa se dibuja en su boca.

—Te tiene intrigado. —su voz es baja, casi burlona, pero con un trasfondo de desafío. —no tengo tatuajes, pero eso no siginifca que no me guste otro tipo de dolor.

Trago en seco. No confirmo ni niego nada. Pero él ya tiene su respuesta.

Con una lentitud cruel, baja la mirada hacia sí mismo y, sin apartar los ojos de los míos, roza con los dedos el diamante. Un movimiento mínimo, pero suficiente para hacer que la luz juegue en la superficie del metal y que mi propia respiración se vuelva más pesada.

Sabe lo que está haciendo.

Sabe que lo sigo mirando.

Y no puedo dejar de hacerlo.

Mi respiración se acelera, pero no me detengo, mis manos lo alcanzan casi de forma instintiva, rodeándolo con ambas mientras siento su calor pulsante bajo mis dedos. Es más grande y grueso de lo que esperaba, y la mera idea de lo que estoy a punto de hacer me hace estremecer. Levanto la mirada y encuentro sus ojos. Están oscuros, casi negros por el deseo. Su mandíbula está tensada, y hay un brillo de anticipación en su rostro que me hace sentir poderosa, deseada.

No lo pienso dos veces. Mi lengua sale para probarlo, lamiendo lentamente desde la base hasta la punta afilada haciendome cosquillas, deteniéndome justo en esa pequeña gota aperlada que promete más. El sabor ligeramente salado invade mis sentidos, y algo dentro de mí se enciende.

—Jesucristo, Molly—jadea, dejando caer la cabeza hacia atrás por un momento, pero pronto vuelve a mirarme, su mano se posa firmemente en mi cabeza, entrelazando sus dedos con mi cabello para guiarme.

Me lo llevo a la boca, despacio al principio, adaptándome a la sensación, asegurándome

de que mis labios envuelvan cada centímetro con cuidado. Mi lengua acaricia la parte inferior mientras lo introduzco más profundamente, y su reacción me hace sentir como si estuviera ganando una partida que ni siquiera sabía que estaba jugando.

—Así… justo así, vita. Mierda, eres perfecta.—su voz es áspera, cargada de deseo, y eso me da el valor que necesito.

No soy una experta, pero he visto videos y he leído lo suficiente para saber qué hacer. Empiezo a establecer un ritmo, alternando entre chupar con firmeza y lamer suavemente. Mis manos trabajan en lo que mi boca no alcanza, deslizando y acariciando, creando una combinación que parece volverlo loco.

—Molly, maldita sea…—gruñe, sus caderas se mueven ligeramente hacia adelante, buscando más de mí, pero no pierde el control. Su mano en mi cabeza no me fuerza, simplemente me guía, como si quisiera que cada movimiento fuera mío, mi decisión.

El poder que siento en este momento es embriagador. Verlo perder la compostura, escuchar sus jadeos y gemidos mientras lo llevo al límite, me hace sentir hermosa y deseada de una manera completamente nueva.

—Eres buena con mi polla, *Vita mia*—murmura entre dientes, y la intensidad en su voz me calienta aún más.

Continúo, explorando lo que le gusta, probando diferentes ritmos y presiones, hasta que siento que su respiración se vuelve errática y sus músculos se tensan. Sé que está cerca, pero antes de que pueda llegar al final, él tira suavemente de mí, sacándome de mi tarea.

—No, no así,—dice con la voz ronca, su mirada es feroz pero llena de algo más, algo que me hace temblar. Me levanta con facilidad, sus manos grandes y fuertes me sostienen como si no pesara nada.—Voy a follarte, esposa—declara, y el deseo en sus palabras envuelve cada fibra de mi ser. En sus brazos, siento que estoy exactamente donde debería estar, lista para lo que venga después.

Su mano trabaja de nuevo entre mis piernas.

—Por favor…

—Te lo dije, Molly. Terminarás rogando por mí,—dice con una sonrisa de pura satisfacción, y aunque quiero replicarle, mi respiración entrecortada y mi cuerpo agotado me traicionan.—No ha terminado, *Vita mia*,—susurra mientras se posiciona, y el fuego que creí extinguido en mí vuelve a encenderse al instante.

Cuando finalmente vuelve a subirme a la cama, su cuerpo presiona contra el mío, su calor envolviéndome por completo. Me siento pequeña bajo su mirada, pero no hay rastro de inseguridad en mí, solo una sensación abrumadora de pertenencia.

Él es tan hermoso que parece irreal, como si hubiera sido moldeado por los mismos dioses con un cuidado casi obsesivo. Su cuerpo esculpido podría figurar en estatuas renacentistas, cada músculo perfectamente delineado, una mezcla de fuerza y gracia que me hace perder el aliento. Su piel, bronceada como si el sol hubiera sido diseñado solo para él, carece de cualquier marca o tinta. Es pura, impecable, como si supiera que no necesita adornos para llamar la atención. Sus hombros anchos y su pecho firme parecen prometer protección, una muralla impenetrable contra el mundo exterior. Pero es en los detalles donde realmente me pierdo: la curva de su mandíbula afilada, la sombra de barba que siempre parece perfectamente calculada para lucir ruda y sofisticada a la vez. Sus labios son una contradicción, suaves y llenos, pero capaces de las palabras más cortantes y los besos más devastadores.

Y luego están sus ojos, azules y profundos, como pozos sin fondo que parecen devorarme cada vez que los encuentro. Hay algo en ellos, una mezcla peligrosa de intensidad y misterio,

como si guardaran secretos que solo yo podría desentrañar. Cuando me mira, siento que no hay lugar para esconderme, que puede ver cada rincón de mi alma, incluso los que trato de mantener ocultos. El contraste entre su apariencia y lo que representa es hipnótico. ¿Quién diría que un hombre como él, un *gánster*, podría ser lo más ardiente que he visto en mi vida? Hay algo en su dualidad que me enloquece: el depredador elegante y el protector feroz, el hombre calculador y el amante apasionado.

Mi gánster.

El pensamiento me golpea con fuerza, porque aunque me niego a aceptarlo por completo, él me pertenece tanto como yo a él. Es una verdad que me asusta y me consume al mismo tiempo. En su presencia, siento que el mundo se reduce a él, y aunque debería aterrarme, hay una parte de mí que lo encuentra reconfortante, como si, de alguna manera, supiera que mientras esté con él, nadie podrá tocarme.

Paolo Santoro no solo es hermoso, es peligroso, y esa combinación es lo que me atrae más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Paolo... —intento hablar de nuevo, pero él coloca un dedo sobre mi raja y me da placer de nuevo haciendome gritar.

—Esta noche, solo quiero oír cómo me necesitas.

Su confesión me desarma, y sin pensarlo, mis manos buscan su rostro, atrayéndolo para un beso desesperado. El deseo que siento no es solo físico, es algo más profundo, algo que me asusta y me llena al mismo tiempo.

—Te odio tanto como te necesito —susurro contra sus labios, mis palabras entrecortadas por mi respiración agitada.

Él sonríe, esa sonrisa cargada de arrogancia y algo más que no puedo descifrar.

—Lo sé, vita. Pero, ¿sabes qué? Lo superarás y te rendirás ante mí.

Sus palabras son una mezcla de burla y promesa, y mientras sus manos vuelven a explorarme, me doy cuenta de que tal vez tiene razón.

Siento su mano entre mi vientre y baja para guiar su polla hacia mi entrada, quiero ver su cara cuando se dé cuenta, estoy segura que no se lo espera, él será el primero y con suerte el último, porque no hay razón en el mundo que pueda olvidar el tamaño de esa polla perforada en mi boca y muy pronto dentro de mí. Se separa para sentarse en sus talones, me observa desde arriba ahora, observa mis pechos redondos y doloridos, una mano va hacia ellos mientras la otra sigue sosteniendo su polla, deslizandose de arriba abajo y joder, voy a correrme con solo que haga eso.

Paolo me mira desde arriba, su sonrisa ladeada y peligrosa, como si supiera exactamente el efecto que tiene sobre mí. Estoy atrapada bajo su peso, vulnerable y al mismo tiempo completamente dispuesta a dejarme consumir por él.

Y es cuando lo siento, lentamente. La fricción, la humedad, y él viendose tan caliente desde aquí abajo lo hacen fácil o eso creo, porque sé que apenas es la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta y yo asiento—Habla, quiero escucharte.

—Sí, más… por favor.

Sigue más, lento, precizo, y mis caderas cobran vida propia, no me importa el dolor, de hecho, creo que me gusta porque estoy a punto de correrme y… joder.

—¡Dios! —grito cuando alcanzo el segundo orgasmo—¡Fóllame, *gánster!*

—¿Crees que un poco de sangre asustará mi polla?—pregunta con un tono burlón, sus dedos trazando círculos lentos sobre mi cadera desnuda.

—¿Qué?—farfullo, aún aturdida por el torrente de sensaciones que me acaba de

provocar.

—A veces creo que tiene mente propia,—continúa, inclinándose para susurrar cerca de mi oído—, y le gusta cazar.

Mi pecho se alza rápidamente con cada respiración, y sé que debería decir algo, debería detenerlo, pero mi boca se seca cuando su mirada oscura se clava en mí como si ya hubiera ganado.

—¿Cazar… coños?—mi voz sale entrecortada, más como un desafío débil que como una pregunta real.

Él suelta una risa grave, una que vibra en el aire entre nosotros mientras desliza su mano lentamente hacia abajo, rozando la parte interna de mi muslo mientras lo siento más y más dentro. Joder, eso se siente bien.

—No,—responde con un tono bajo y grave que hace que todo mi cuerpo se tense en anticipación—. Cazar tu coño.

Y sus bolas chocan en mi trasero cuando lo siento de lleno.

—Joder—gruñe—eres perfecta, tu coño ahora me pertenece también—me besa la cara, los labios mientras sale y vuelve a entrar.

El descaro en sus palabras debería hacerme enfurecer, pero la manera en que las dice, como si fuera una declaración de hechos, me deja sin aliento. Paolo no pide permiso, no duda; simplemente toma lo que quiere, y en este momento, soy todo lo que quiere.

Y yo también lo quiero a él.

—Paolo,—jadeo, mi cuerpo arqueándose involuntariamente hacia su toque.

—Di mi nombre otra vez, Molly,—ordena, su tono ronco, mientras sigue empujando dentro de mí, ahora mis piernas sobre sus hombros, sus manos en mis dos pechos y sus caderas chocando en mi trasero.

No puedo resistirme, no cuando cada fibra de mi ser está gritando por él, por lo que hace y cómo me hace sentir. Es una batalla perdida, y lo sabemos ambos.

—Te odio,—murmuro débilmente, intentando mantener algo de control, pero él solo sonríe, un destello arrogante que me vuelve loca.

Sus labios llegan a los míos, seguido de eso devora mis pezones, los muerde, los chupa y su polla sigue hinchada, caliente y ardiendo dentro de mí. No quiero que acabe nunca, pero el segundo orgasmo me golpea de lleno y quiero llorar de placer.

—Me darás otro—responde, su boca descendiendo para besarme, capturando cada palabra antes de que pueda decir algo más.

Mi odio, mi frustración, todo desaparece mientras Paolo continúa reclamándome como si no existiera nada más en el mundo. En este momento, no hay pasado, no hay futuro, solo nosotros, perdidos el uno en el otro, y la sensación de que nunca querré ser encontrada.

Sus labios se encuentran con los míos, devorándome con una urgencia que me consume. Cada beso es una marca, cada roce un recordatorio de que estoy atrapada entre su fuego. Su boca baja, tocando mi piel con una intensidad que me arrastra. Siento el calor de su cuerpo, imparable, como una corriente que amenaza con arrastrarme. No quiero que esto termine nunca, pero el tercer orgasmo me golpea con tal fuerza que siento que mi alma se quiebra por un momento.

—No escaparás de mí—susurra, su voz rasgada llena de una promesa oscura mientras sus labios se apoderan de los míos de nuevo. Cada palabra que quiero pronunciar se ahoga en su beso.

Todo lo que sentía antes desaparece en un parpadeo, todo se desvanece bajo su toque posesivo. Paolo sigue reclamándome, como si fuéramos los únicos en el mundo. En este instante,

no existe el tiempo ni el futuro. Solo hay él, yo, y esta espiral de sensaciones que me consume, llevándome cada vez más profundo en la oscuridad, un lugar del que no quiero salir.

CAPÍTULO 24



MOLLY

—Te vi, te vi tocándote en el baño. ¿Te atreves a tener un orgasmo sin mí?

El aire se congela a mi alrededor mientras sus palabras calan en mi mente. Su tono no es una pregunta, es una sentencia.

—Seré yo quien te dé placer ahora—continúa, su aliento rozando mi oído como una amenaza deliciosa—. Si vuelves a tocarte, te ataré de manos y pies y me aseguraré de comerte el coño por horas hasta arrancarte cada grito... hasta que se apague tu voz.

Le creo.

Mi corazón se acelera, pero no es miedo lo que siento. Su dominio me consume, y aunque mi cuerpo debería estar exhausto, reacciona a cada palabra, cada promesa que se desliza de sus labios. Estoy perdida en este vértigo, en esta guerra silenciosa entre lo que quiero y lo que debería sentir. Estoy muerta. Bueno, mi cuerpo lo está. Mi mente, mi ser... ambos se tambalean en el borde de algo que no comprendo. Me odio por no resistirme, por desear más incluso cuando sus brazos se ciernen alrededor de mí, sofocándome con su calor. Me estoy quedando perdida sobre él, entre este caos de emociones que me sacude.

¿Qué acabamos de hacer?

La pregunta resuena en mi cabeza como un eco. No debería haber pasado, nada de esto debería haber sucedido. Porque se supone que lo odio. Porque debería querer alejarme de él, no hundirme más en esta oscuridad que me arrastra, donde lo único que importa es él... y cómo me hace sentir. No debería de sentirse bien, no debería haberme rendido, pero solo es eso. Placer. Puedo acostarme con mi enemigo ¿O no?

Desde luego que eso no suena bien en mi cabeza.

—Se supone que te odio —murmuro para mí misma, pero él lo escucha. Siempre escucha. Paolo sonríe, esa curva peligrosa de sus labios que siempre me hace sentir atrapada.

—¿Se supone? —pregunta con una sorna tranquila, sus ojos fijos en los míos como si pudiera ver algo que ni yo misma entiendo—. No parece que lo estés haciendo muy bien.

Mi cuerpo se tensa bajo su mirada, esa mirada oscura que siempre parece tener la capacidad de desarmarme. Cruzo los brazos, intentando crear una barrera invisible entre nosotros. No me funciona. Nunca lo hace.

—¿Y qué esperas? —replico, alzando el mentón con valentía, aunque mi voz tiembla un poco. Él lo nota, por supuesto. Paolo siempre nota todo.

—Espero lo que ya es mío —responde, encogiéndose de hombros, como si la respuesta fuera la más obvia del mundo. Sus palabras suenan casuales, pero el fuego en sus ojos traiciona lo que realmente siente.

—¡No soy tuya! —espeto, aunque mi corazón me traiciona con cada latido acelerado. Me levanto de la cama, consiente de que apenas llevo sus sábanas cubriendo mi desnudez. Él imita mis movimientos, pero no se cubre, tengo que ver todo ese magnifico cuerpo, esculpido por los mismas sombras que me atormentan cada noche. Joder, el maldito es demasiado hermoso que tengo ganas de golpearlo directo en la cara.

—¿No? —su tono es suave, burlón. Da un paso hacia mí, y el aire entre nosotros se vuelve más espeso, más denso—. Entonces, dime, ¿por qué no me detuviste esta noche? ¿Por qué gemías mi nombre como si estuvieras hecha para mí? Querías tanto mi polla que te rendiste,

acéptalo, *Piccola*.

Mi garganta se seca. Sus palabras me golpean como un puñetazo, dejándome sin aliento. No tengo respuesta para él, porque la verdad es que no sé cómo contestarle. No sé cómo justificar lo que pasó esta noche.

—Paolo... —empiezo, pero no sé qué decir.

—Dime, Molly—me interrumpe, su voz ahora suave, como si quisiera arrullarme. Pero sus ojos, esos ojos azules, no dejan de mirarme con intensidad—. ¿Qué es lo que temes tanto? ¿A mí?

Sí.

—No —digo rápidamente, aunque ni siquiera estoy segura si es cierto.

—¿Entonces a qué?

Desvío la mirada, pero Paolo no me lo permite. Su mano sube hasta mi barbilla y la inclina suavemente, obligándome a mirarlo. Su tacto no es brusco, pero tampoco me da opción de escaparme.

—¿A que me ames? —pregunta en un susurro tan bajo que apenas lo escucho, pero su intensidad me deja sin aliento. —¿Acaso sigues enamorada de alguien más?

—No seas ridículo —respondo, aunque mi voz suena débil incluso para mis propios oídos.

Paolo suelta una risa baja, oscura, que vibra entre nosotros.

—Es así.

Mis manos se cierran en puños a los costados, en un intento desesperado de mantener el control. No puedo dejar que gane. No puedo dejar que tenga razón.

—Mañana en la noche tenemos nuestro primer evento juntos como marido y mujer —dice de repente, cambiando de tema. Su voz suena más firme, aunque sé que no he salido ilesa de la conversación.

—No esperaba que me quisieras ahí.

Y es verdad, esperaba que ser su esposa de nombre sería lo unico que necesitaba para ser el nuevo Capo que el Don Barone necesita. Pero veo que me equivoqué, el hombre tiene su propio imperio y cubre su propia espalda.

Él ladea la cabeza, claramente divertido por mi intento de desviar el rumbo.

—Te quiero conmigo siempre, Molly.

Evito verlo a la cara cuando siento mis mejillas calentarse por cómo suena eso.

—¿Y qué evento sería ese?

—Una cena —responde, intentando mantenerme impasible—. Mis socios estarán ahí, así que soy el invitado especial de la noche.

Ruedo los ojos, pero decido no responder.

—Será en un hotel privado.

Paolo asiente lentamente, pero la intensidad en su mirada no ha disminuido ni un ápice.

—Todo lo que hacemos es importante, Molly. Especialmente ahora.

Su tono me pone nerviosa, como si estuviera insinuando algo que no puedo descifrar del todo.

—Será mejor que te prepares —le digo, girándome para intentar alejarme.

Pero, como siempre, Paolo no me deja ir tan fácilmente.

—¿Y tú? —pregunta, su voz baja y cargada de algo que no puedo identificar—. ¿Estás preparada?

Me detengo, sin girarme, pero puedo sentir su presencia detrás de mí como un peso

tangible.

—No sé si alguna vez lo estaré —admito en un susurro.

Paolo no dice nada por un momento, y el silencio se extiende entre nosotros, pesado pero lleno de significado. Finalmente, su voz rompe la tensión, suave pero firme.

—Lo estarás. Porque no tienes elección.

Sus palabras me persiguen incluso cuando logro alejarme, y mientras me dirijo a la puerta, mi pecho se siente pesado, como si cargara un peso que no sé si podré soportar. Entonces él me habla:

—Duerme aquí esta noche —dice con una calma que no combina con el caos que dejó tras de sí—. Estaré en mi despacho hasta tarde.

Sus palabras son una orden disfrazada de sugerencia, y lo sé por la forma en que no me mira mientras se pone la camisa, los botones cerrándose con una precisión casi mecánica. Su rostro, siempre tan seguro, parece esculpido en piedra mientras su atención se centra en cualquier cosa menos en mí. No respondo. No sé qué decir. Estoy atrapada entre el agotamiento y la confusión, sintiendo cómo su presencia llena cada rincón de la habitación aunque ya está medio vestido.

Se mueve con la eficacia de alguien acostumbrado a tomar el control, incluso del tiempo. En cuestión de segundos, está completamente vestido. La camisa blanca se ajusta perfectamente a su cuerpo, el reloj en su muñeca brilla bajo la tenue luz, y su cabello, aunque un poco desordenado, parece intocable. Mientras lo observo, siento como si todo lo que acaba de ocurrir entre nosotros fuera barrido bajo la alfombra, insignificante para él.

—Paolo... —empiezo, mi voz apenas un susurro, pero él no me deja continuar.

—Descansa.

Y con esas palabras, sin mirarme siquiera, sale. La puerta se cierra tras él con un suave clic que resuena en la habitación como un eco ensordecedor.

Me quedo inmóvil, abrazando las sábanas que aún conservan su calor, con su olor impregnando el aire como un recordatorio constante de su presencia. Mis labios todavía están doloridos por sus besos, y cada músculo de mi cuerpo late con el recuerdo de su toque. Pero lo peor no es el vacío que deja su ausencia, sino la forma en que se fue. Como si nada entre nosotros hubiera ocurrido esta noche.

Me dejo caer contra las almohadas, intentando procesar lo que siento. Mi mente está enredada en una maraña de emociones contradictorias. Quiero odiarlo, realmente quiero. Pero todo lo que consigo es sentirme aún más atrapada, como si fuera una pieza en un juego que no puedo entender, un tablero cuyo único maestro es Paolo.

El silencio de la habitación pesa sobre mí, y con cada segundo que pasa, mi mente regresa al mismo punto: lo odio por la forma en que se va, por la frialdad de sus palabras... pero me odio aún más por la forma en que lo espero.

No voy a esperarlo. Tomo la sábana y me voy a mi habitación. No tengo la energia para tomar una ducha, debería, lo sé. Pero tan pronto como caigo en la cama, no puedo moverme.

Intento convencerme de que lo que siento es pasajero, una reacción instintiva al caos que él trae consigo. Pero hay una parte de mí, esa que apenas me atrevo a reconocer, que se pregunta si tal vez él tenía razón. Si tal vez lo que temo no es odiarlo, sino la posibilidad de amarlo. Mis pensamientos se pierden mientras cierro los ojos, el cansancio ganando finalmente la batalla. Pero incluso en la oscuridad, lo siento. Su presencia, su voz, su control. Paolo es como una tormenta, y aunque intento protegerme de él, sé que ya estoy empapada.

Esta noche debería haber sido un error, algo que ambos ignoraríamos al día siguiente.

Pero sé, en lo más profundo de mí, que nada será igual.

CAPÍTULO 25



MOLLY

Me miro en el espejo del vestidor, sintiéndome como un reflejo de lo que se espera que sea, no de lo que realmente soy. El vestido es una obra de arte: negro, de seda líquida, ceñido en la cintura y con una abertura que sube peligrosamente hasta mi muslo. La tela cae sobre mi cuerpo como si estuviera hecha para mí, y probablemente lo estaba. Mi espalda queda completamente desnuda, salvo por las tiras cruzadas que apenas cubren algo, como si quisieran que todos me vieran, pero que supieran que nunca podrán tenerme.

Soy hermosa, sí. Incluso yo lo sé. Pero también estoy vacía. He aprendido a lucir así: perfecta, como la modelo que quiero dejar de ser. Mis huesos, mi piel, todo un escaparate para el mundo. Nadie puede ver más allá de eso. Nadie tiene permitido.

Excepto Paolo.

Mis manos juegan con las joyas que llevo puestas, todas elegidas por él. El collar de diamantes, los pendientes de zafiro, las pulseras que tintinean cada vez que me muevo. Soy un escaparate de riqueza, pero nada brilla más que el anillo en mi dedo anular. El anillo. Su diseño es elegante, pero ifilado. Lo tocó con la yema de mis dedos y, por un instante, siento algo más que vacío. No debería significar nada. Pero lo hace.

Cuando Paolo entra en el vestidor, me doy cuenta de que he estado perdida en mis pensamientos durante demasiado tiempo. Sus ojos oscuros me recorren de arriba abajo, y puedo sentir el peso de su mirada en cada rincón de mi piel desnuda. Su mandíbula se tensa, y sé exactamente lo que está pensando.

—Molly —dice en un tono bajo, cargado de algo entre admiración y deseo—. Eres una visión.

Levanto una ceja, intentando aparentar indiferencia.

—Es solo un vestido.

—No —responde, acercándose hasta que su calor me envuelve—. No es el vestido.

Sus dedos rozan mi cintura, y sé que está conteniéndose. Quiero decirle que no tenemos tiempo, que debemos irnos ya, pero cuando sus labios bajan hacia mi cuello, me doy cuenta de que no tiene intención de escuchar razones.

—Paolo —susurro, mi voz más débil de lo que quiero que sea—. Tenemos que irnos.

—Puedo hacernos llegar tarde —murmura contra mi piel, su aliento cálido enviando escalofríos por mi espalda—. ¿A quién le importa?

Logro apartarlo, aunque mi cuerpo me traiciona y quiere quedarse donde está.

—A mí —miento.

Él se ríe suavemente, y el sonido es como un trueno bajo antes de la tormenta.

—Si tú lo dices, *Piccola*.

Unos minutos después, estoy del brazo de Paolo, bajando por las escaleras hacia el auto. Me siento como una muñeca en un escaparate, pero sé que esa es la imagen que debo proyectar: impecable, inalcanzable, la señora Santoro.

Viktor conduce esta noche y solo me dedica un movimiento de cabeza.

En el auto, la mirada de Paolo vuelve a recorrerme, y el calor en sus ojos no ha disminuido ni un poco.

—¿Te das cuenta de lo difícil que es no arrancarte ese vestido ahora mismo? —dice con un tono bajo y grave.

—Haz un esfuerzo —respondo, aunque el rubor que sube por mis mejillas lo traiciona todo.

La forma en cómo se fue anoche, tan tosca, tan…como si mi virginidad no se hubiera importado una mierda para él, me dolió. Pero, a los hombres no les importa eso de todas maneras, todo está en mi mente, no esperaba que se enamorara de mí después de haberme follado. No como me siento ahora yo, me estoy enamorando de mi esposo, al hombre que me encapriché por odiar. Pero Paolo es difícil de odiar.

Me estaba enamorado desde antes en medio del odio que quería construir.

Sonríe de una forma que hace que mis piernas tiemblen, pero no dice nada más.

Antonio, sigue detrás de nosotros en otra camioneta. Sé que Paolo no está encantado con la idea de que Antonio venga esta noche, y lo confirma unos minutos después.

—Sabes que no tenía que venir tu guardaespaldas, ¿verdad? —dice, con un tono casual que no logra disfrazar su molestia.

Miro por la ventana, intentando ignorar su tono, pero finalmente suspiro.

—Lo sé. Pero díselo a él. Le gusta cuidar de mí.

Paolo suelta un sonido bajo, casi como un gruñido, y sé que está apretando la mandíbula. No solo él gruñe, también Viktor.

—Debería despedirlo.

Me giro hacia él, con los ojos entrecerrados.

—Sobre mi cadáver —respondo con firmeza.

—Por favor —dice con una sonrisa peligrosa, sus ojos oscuros atrapándome por completo—, recuérdamelo cuando esté a punto de matarlo.

Sacudo la cabeza, intentando no sonreír, pero hay algo en su tono que me hace temblar. No de miedo, sino de algo que no quiero admitir. La tensión entre nosotros es un fuego que nunca se apaga. Pero lo peor es que, en el fondo, sé que no quiero que lo haga y él lo sabe. Me respeta, pero niega hacerlo.

No sería mi fan numero uno, sino lo hiciera.

…

La noche se siente interminable.

El evento es en un salón majestuoso, decorado con lámparas de cristal y mesas perfectamente alineadas, donde el dinero es la norma. Paolo y yo entramos juntos, de la mano, como si fuéramos una pareja perfecta, como si él no estuviera a punto de perder el control cada vez que me mira. La primera hora transcurre con un desfile interminable de presentaciones. Paolo me lleva de grupo en grupo, su brazo firme en mi cintura mientras me presenta como:

—Molly Santoro, mi esposa.— las palabras caen de sus labios con una facilidad que me sorprende, como si el título fuera algo más que una estrategia, como si realmente significara algo para él.

Cada socio parece estudiarme con interés. Las mujeres sonríen, algunas con falsa amabilidad, mientras los hombres dejan que sus miradas se prolonguen más de lo necesario. Siento cómo la mano de Paolo se tensa en mi cintura cada vez que eso ocurre, y no puedo evitar sentir una mezcla de satisfacción y alarma.

—Molto piacere —dice un hombre mayor, inclinándose para besarme la mano. Paolo no suelta mi cintura, su agarre firme como un recordatorio de que estoy bajo su control.

—Molly, este es Vittorio. Maneja las finanzas de la Cosa Nostra.

—Un placer, Vittorio —respondo con una sonrisa que he perfeccionado en años de desfiles y cámaras. Vittorio parece encantado, pero el leve gruñido que emite Paolo me dice que ya ha tenido suficiente.

—¿Escuchaste lo que pasó con Gabriele Belucci? —le dice a Paolo y siento más su tensión.

—Me enteré anoche—le responde mi marido, pero hay algo en ese tono, preocupación—Me encargaré de ello.

Avanzamos hacia otro grupo, y esta vez son dos hombres jóvenes, ambos altos y con trajes impecables, quienes me saludan. Uno de ellos no tarda en lanzarme un cumplido descarado sobre mi vestido, y aunque yo lo descarto con una risa cortés, Paolo no lo deja pasar.

—Espero que estés disfrutando de la velada, Riccardo —dice Paolo, su tono tan suave como peligroso—. Pero recuerda que estás hablando con mi esposa.

El silencio que sigue es incómodo, y Riccardo se retira rápidamente con una sonrisa nerviosa. Paolo apenas lo mira, pero yo puedo sentir la tensión en su mandíbula.

—¿Era necesario? —susurro mientras seguimos caminando.

—Completamente —responde sin mirarme, pero el leve apretón en mi cintura me dice más de lo que sus palabras podrían.

Viktor sigue pisándonos los talones, lo cuál es raro. Pero no pregunto ni digo nada.

La noche continúa de la misma manera, con Paolo marcando territorio sin decirlo directamente, pero haciéndolo evidente con cada movimiento. Estoy agotada de fingir, de sonreír, de mantener la compostura cuando mi mente está llena de preguntas y emociones que no quiero enfrentar. Después de lo que parece una eternidad, encuentro una excusa para alejarme y dirigirme al baño de mujeres. Necesito un momento a solas, lejos de las miradas, lejos de Paolo.

El baño es un oasis de mármol blanco y espejos relucientes. Respiro hondo, apoyándome en el lavabo mientras intento calmar mi mente. Pero mi momento de paz dura poco. Una mujer entra, sus tacones resonando en el suelo como un anuncio de su presencia. Es hermosa, de una manera que resulta intimidante: alta, delgada, con cabello negro como la noche y ojos que parecen escanear cada rincón de mi alma, usando un vestido rojo sangre que le hace justicia con esa mirada llena de veneno.

Se detiene frente a mí, sus labios curvándose en una sonrisa que no tiene nada de amistosa.

—Así que tú eres la nueva esposa de Paolo —dice, su tono impregnado de burla—. Qué curioso. Pensé que yo era su prometida.

¿Prometida?

Mi corazón se detiene por un instante, y luego late con fuerza. Sus palabras son un golpe directo, pero no dejo que lo note. Me enderezo, manteniendo la barbilla en alto, aunque siento el temblor en mis piernas.

—Disculpa —respondo con frialdad—. No creo que nos hayamos presentado.

—Oh, no hace falta. Soy Rosaline. Y créeme, Paolo me conoce muy bien.

La forma en que enfatiza "muy bien" hace que la sangre hierva en mis venas. No quiero reaccionar, no quiero darle el gusto, pero las emociones están demasiado cerca de la superficie.

—Qué interesante —digo, obligándome a mantener la calma—. Aunque parece que tu conocimiento de él no es tan bueno como pensabas. Después de todo, soy yo quien lleva su anillo.

Rosaline sonríe, pero sus ojos brillan con algo que no es alegría.

—Disfruta mientras dure, querida. Paolo siempre vuelve a lo que realmente le pertenece.

La rabia burbujea en mi interior, y por un momento considero responderle algo mordaz. Pero me detengo. No quiero darle más poder sobre mí.

—Si eso es todo, mi marido me espera.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta, sintiendo su mirada clavada en mi espalda. Mi corazón late con fuerza, no solo por sus palabras, sino por la semilla de duda que han plantado. Cuando regreso al salón y veo a Paolo, de pie entre la multitud, su presencia imponente y segura como siempre, siento algo que no quiero admitir: miedo. Miedo de lo que significa estar a su lado, de lo que podría costarme. Miedo de amar a alguien que podría destrozarme.

CAPÍTULO 26



PAOLO

La veo salir del baño y lo sé de inmediato. Algo pasó.

Molly no es de las que se desmoronan fácilmente, pero la forma en que su mandíbula está tensa, sus pasos rápidos, como si quisiera desaparecer, me lo dice todo. Veo a Viktor y me señala a la siguiente mujer con mirada triunfal salir del tocador. Mi mirada se desvía al instante hacia la puerta del baño y, justo entonces, aparece Rosaline. Claro.

Por un momento, siento el instinto de retroceder y dejarla ir. Pero no puedo. Mi esposa. Mi Molly. Esto no puede quedar así. Rosaline me ve de reojo, y su sonrisa es un desafío que ignoro por completo. No me importa lo que ella quiera o crea; mi atención está en una sola persona. Molly. Cuando la veo dirigirse hacia la salida del salón, sé que esto va más allá de lo que ella pretende disimular. Sus hombros rígidos, la manera en que aprieta los puños mientras avanza. Algo dentro de mí gruñe con furia al pensar que alguien se atrevió a tocarla, incluso con palabras.

—Arráncale la cabeza a esa bruja y asegúrate de que deje la ciudad—le ordeno a Viktor.

—Ya era hora, jefe. —se burla el muy hijo de puta.

Me despido con una excusa vaga, asegurándome de que nadie note mi ausencia. Molly ya está en los jardines, alejándose rápidamente hacia la oscuridad, y yo la sigo. Escondido en las sombras, me aseguro de que nadie más la vea. Cuando me acerco, la veo detenerse en el borde del bosque. Respiro hondo. La mansión está rodeada por hectáreas de árboles, un lugar donde no hay cámaras, ni testigos. Solo ella y yo.

—¿Vas a seguir huyendo, Molly? —digo finalmente, mi voz cortando el silencio.

Ella se gira hacia mí, su rostro encendido de rabia. Pero también hay algo más. Dolor. Confusión. Y un miedo que no soporto ver en sus ojos, aunque sé que yo soy el culpable de que esté ahí.

—Vete a la mierda, Paolo. —gruñe con dolor. Joder, ella está herida.

—Te dije que iba a joder ese carácter. ¿Acaso no fui claro anoche? —digo, avanzando hacia ella.

—Te odio —me grita, su voz quebrándose al final.

La distancia entre nosotros se acorta rápidamente, y aunque quiero darle espacio, no puedo. No cuando su piel aún lleva mis marcas, no cuando mis manos todavía recuerdan cada centímetro de ella.

—¿Necesitas más de mi polla, Molly? ¿Es eso? ¿Necesitas que haga sangrar ese coño tuyo para recordarte que no puedes huir de mí? —le espeto, mi voz baja, peligrosa, mientras me detengo frente a ella.

—¡Que te jodan! —grita, y hay tanto fuego en su mirada que, por un momento, casi sonrío. Ella no retrocede.

—No, yo voy a joderte ahora.

Antes de que pueda replicar, la tomo de la cintura y la empujo contra el tronco del árbol más cercano. Sus ojos se abren de par en par, y por un segundo creo que va a golpearme, pero en lugar de eso, su respiración se acelera.

—Suéltame —susurra, pero su voz carece de convicción.

—Vas a decirme qué te dijo ella. ¿Acaso sembró su veneno en esa mente inteligente tuya?

Ella me odia, sí, pero su cuerpo no puede mentir. Sus labios tiemblan, y cuando inclino la cabeza hacia ella, lo único que hace es cerrar los ojos. Mis manos la sostienen con firmeza, pero no con violencia. Estoy marcado por una necesidad tan primitiva que duele.

—Lo que sea que te haya dicho, es mentira y me encargaré de que lo pague. Nadie, te hará daño, Vita, ni con palabras.

La beso con una furia contenida, reclamándola de una manera que no admite réplica, y cuando siento que se rinde, sé que ya no hay vuelta atrás. Mis labios encuentran los suyos con una intensidad que no puedo controlar. La beso como si fuera a arrancarle el aire, como si necesitara probarle que no importa cuánto diga que me odia, nunca podrá escapar de esto. De mí. Molly intenta resistirse al principio, sus manos empujando débilmente contra mi pecho, pero su cuerpo la traiciona. Su respiración entrecortada, el leve gemido que escapa de su garganta, todo me dice que está tan atrapada como yo.

Mis manos descienden por su cintura, apretándola contra el árbol mientras mis labios se mueven a lo largo de su mandíbula, su cuello, el hueco que se forma entre su clavícula y su vestido.

—Paolo... —susurra, pero no hay fuerza en su voz. Es una mezcla de advertencia y rendición, y no puedo evitar sonreír contra su piel.

—Dime que pare. Este vestido me ha vuelto loco toda la noche, es culpa tuya. —murmuro, deteniéndome solo lo suficiente para mirarla a los ojos. Sus labios están hinchados por mis besos, y sus ojos, llenos de rabia, pero también de algo más oscuro, algo que ella no quiere admitir.

—No... —susurra, pero no es un "no" definitivo. Es un "no" cargado de duda, de contradicción, de deseo reprimido.

—Eso pensé.

Mis manos viajan hasta sus muslos, levantando el borde de su vestido con una lentitud que contrasta con la urgencia de nuestros cuerpos. Sus dedos se aferran a mi chaqueta, como si no supiera si quiere apartarme o atraerme más hacia ella. Su coño está listo para mí, no seré suave con ella y más le vale que lo sepa. Aparto suavemente su ropa interior hacia un lado y me desabrocho en tiempo magistral mi pantalón para liberar a mi polla que muere por estar dentro de ella.

—Eres un... maldito bastardo. —dice entre dientes, pero no me detiene.

—Y tú eres mía, Molly. ¿Lo entiendes? Mi esposa. Nadie más se atreve a mirarte, a tocarte. Solo yo.

Le beso el cuello y a pesar de la oscuridad de la noche, veo el lunar en forma de corazón en su cuello y sonrío para mis adentros, ella es perfecta y única.

—Jamás seré tuya.

Mi voz es un gruñido bajo mientras mis manos exploran más allá de la tela, encontrando su piel caliente y suave bajo la fría noche. Ella tiembla bajo mi toque, y no sé si es por rabia, por deseo, o ambas cosas.

Y empujo.

Sacandole un grito, no importa. Nadie la escuchará, es otra pareja más follándo en la oscuridad, nadie se atreverá a ver de quién se trata. Voy a follar a mi esposa dónde, cuándo y cómo sea. No es suficiente. La he reclamado como mía, me entregó lo que nadie jamás ha hecho y eso me jodió, sé que lo sabe, sé que lo sintió anoche. Pero solamente estaba encargandome de

mantenerla a salvo, no me atrevo a dejarla ir, es tarde para eso, su sabor es embriagador y una joya como esta es algo que no esperé encontrar.

La noche nos envuelve en su oscuridad, y por un momento, el mundo deja de existir. No hay nada más que el sonido de nuestras respiraciones y piel chocando con furia, el crujido de las hojas bajo nuestros pies, y el choque inevitable entre su resistencia y mi insistencia.

—Aférrate a mí, así como mi polla se aferra a tu calor, esposa—le gruño buscando sus pechos, liberándolos de la tela y mordiendo sus pequeños botones rojos y doloridos. Joder, ella es exquisita, pero más lo es cuando se corre para mí. Así que eso es lo que hago, busco su punto sensible con mi mano libre y acaricio su clitoris hinchado por mí.

—Paolo... —susurra de nuevo, esta vez con los ojos cerrados, su cabeza cayendo hacia atrás contra el árbol.

La tomo como si fuera la única forma de demostrarle que, aunque diga que me odia, siempre volverá a mí. La furia, la pasión, todo se mezcla en un acto de reclamación que no admite arrepentimientos. Mientras el viento sopla a nuestro alrededor, llevándose las palabras que ninguno de los dos se atreve a decir, solo queda el peso de lo que somos juntos: caos y necesidad.

—Vuelve a negar que eres mía, que no me perteneces y todos los hombres con los que hables, morirán. Incluido a ese guardaespaldas tuyo.

—No te atrevas a tocar a Antonio.

Me rio en su boca.

—Entonces dámelo, Molly—lamo sus labios y acaricio su lengua con la mía—Córrete para mí.

Y lo hace, fuerte, duro y sin dejar de mirarme. Joder, creo que voy a perderme en ella.

—Buena chica.

CAPÍTULO 27



MOLLY

La luz entra por las enormes ventanas de la sala de estar, resaltando cada rincón perfectamente decorado con exageración por mí.

Me rio cada vez que veo un flamenco de peluche por toda la mansión.

Paolo nunca ha dicho nada.

Pero todo parece perder su brillo cuando mi madre entra como un torbellino, con su perfume caro y sus ojos críticos recorriéndome de pies a cabeza. Antonio es el primero en hacerse a un lado cuando mi madre lo fulmina con la mirada, como siempre lo ha hecho.

—La semana de la moda Valentini será en dos días —comienza, su tono cortante como siempre—. Tenías que practicar hoy para que estés perfecta ese día en la pasarela.

Ya está, pienso. Otra vez lo mismo.

—Siempre es lo mismo, mamá —respondo con más calma de la que siento—. No necesito practicar.

Sus ojos se entrecierran, sorprendidos por mi respuesta, como si nunca hubiera osado desobedecerla antes. Se detiene frente a mí, y su mirada se posa en mi cabello.

—¿Y eso en tu cabello qué es? —pregunta con desdén.

Automáticamente llevo una mano al moño desordenado que me hice esta mañana. No me lavé el cabello, claro, pero no iba a admitir que simplemente me quedé en la cama más tiempo del que debería en los brazos de Paolo, al menos me dejó ducharme.

—¿Esto? —muevo un poco la cabeza—. Es un moño desordenado.

—¿Moño? —repite como si no entendiera el concepto.

—Sí, mamá, no he lavado mi cabello esta mañana —digo, sin molestia aparente, pero con el cansancio acumulado detrás de mis palabras.

Ella resopla como si hubiera cometido un crimen imperdonable.

—Tendré que hacerte una cita en el spa —declara, como si eso resolviera algo.

—No es necesario —respondo rápidamente.

—Tienes que estar perfecta en el desfile.

—Lo estaré, mamá. Y será el último.

Sus ojos se abren de par en par, y sé que acabo de soltar una bomba.

—¿Disculpa?

Tomo aire profundamente, sabiendo que esta conversación no terminará bien.

—Tengo otros proyectos.

—Estás loca —dice, su voz elevándose un poco más de lo necesario—. Eres el rostro de mi marca.

—Algo que no pedí —digo con firmeza—. Y es tiempo de retirarme.

—¡Tienes veintidós años! ¡Eres joven!

La risa amarga que se me escapa no puedo controlarla.

—No lo fui cuando me casé, ¿verdad?

El silencio que sigue es ensordecedor, hasta que ella recupera su compostura y lanza su estocada final.

—No tienes permitido hacerlo, Molly. Eres una Valentini.

—Creo que quisiste decir Santoro, suegra.

La voz de Paolo llega desde la entrada, profunda, controlada, pero cargada de esa autoridad que siempre me pone nerviosa. Me giro hacia él, sorprendida. Pensé que estaba dormido todavía, pero ahí está, en su perfecto traje oscuro, peinado impecable, afeitado, oliendo como el pecado y devorándome con la mirada de una manera que hace que mis rodillas tiemblen.

—Paolo, querido, ¿cómo estás? —mi madre cambia de tono tan rápido que casi me da vértigo.

—Impaciente por llevar a mi esposa a almorzar fuera —responde, su mirada fija en mí, ignorando completamente la cortesía de mi madre.

—No… no estoy preparada —murmuro, mirando hacia abajo.

Estoy usando unos vaqueros oscuros y una camisa de botones, una de Paolo, extra grande. Mis pies descalzos hundidos en la alfombra. Me siento fuera de lugar, pero al mismo tiempo… cómoda.

—Para mí estás más que perfecta —dice él, acercándose a tomar mi mano—. ¿Pizza?

Mi madre suelta un gruñido que me hace suspirar.

—Molly no come pizza.

—Oh, suegra, no tienes idea de lo que Molly sabe comer. Muy bien, por cierto —dice Paolo con una sonrisa pícara, y mi rostro se incendia al instante.

—No subas de peso, por favor —es todo lo que mi madre puede decir, claramente molesta.

—Estaré ahí, mamá —le aseguro, pero mi voz es distante.

Paolo ya me está guiando hacia la puerta, su mano firme en la mía, como si estuviera reclamando territorio frente a mi madre. Me ayuda a ponerme los zapatos de tacón que gloriosamente son del mismo color de su camisa, azul oscuro.

—Me encantas en mi ropa.—dice, besando la punta de mi nariz y me derrito.

No, lo siguiente.

—Hasta luego, Laura —dice con una sonrisa que no veo, pero que puedo imaginar.

La mirada que le dedica a mi madre hace que ella baje la cabeza, algo que nunca pensé que vería. No sé qué clase de amenaza silenciosa acaba de enviarle, pero no me detengo a preguntar. Sin más, nos vamos, dejando atrás su control y sus expectativas, mientras voy por el aire, aunque mis pies tocan el suelo, pero es así como se siente, estar en las nubes cuando se trata de él. Desde el día uno. Y me pregunto cúando caeré.

—¿Pizza? ¿En serio? —le pregunto, una vez estamos en el auto. Viktor no nos sigue, tampoco Antonio esta vez y me pregunto si mi madre se meterá con él como solía hacerlo.

—Sushi será entonces.

…

El restaurante de sushi es pequeño, íntimo, con luces que reflejan en las mesas de madera oscura y un aroma a jengibre y wasabi que flota en el aire. Paolo insiste en que nos sentemos en una mesa más apartada, cerca de una ventana que da a un jardín zen minimalista. Es el tipo de lugar que a mi madre le encantaría, lo que me provoca una pequeña punzada de ironía considerando cómo acabamos de salir de una batalla verbal con ella.

Paolo le da instrucciones rápidas al mesero, pidiendo sake caliente para él y agua mineral con limón para mí. No me consulta, pero no me importa. Estoy demasiado ocupada mirando las delicadas linternas que cuelgan del techo, buscando algo, cualquier cosa, que me distraiga de su presencia.

—Sigues molesta por lo de tu madre —dice de repente, rompiendo el silencio mientras se

reclina en su silla, observándome con esa intensidad que me hace querer esconderme.

—¿Qué te hace pensar eso? —respondo, jugueteando con el anillo que me dio cuando mi vida se vino abajo y me sigo preguntando si voy por el camino correcto a pesar de que cada día lo odio un poco menos.

Él arquea una ceja.

—Para empezar, llevas todo el trayecto callada. Eso es raro en ti.

—Tal vez estaba disfrutando el silencio, *gánster* —me burlo un poco de él, aunque sé que mi tono carece de convicción.

Paolo deja escapar una risa baja, un sonido que resuena más de lo necesario en mis oídos.

—No tienes que fingir conmigo, Molly.

—No estoy fingiendo.

Por primera vez, es verdad.

El mesero regresa con nuestras bebidas, y aprovecho para tomar un sorbo de agua antes de que Paolo pueda profundizar en el tema. Él levanta su copa de sake, observándome por encima del borde antes de dar un trago.

—Tu madre quiere controlarte —dice finalmente, dejando la copa en la mesa con un movimiento calculado—. Lo ha hecho toda tu vida, ¿verdad?

—No es tan simple como eso —murmuro, aunque sé que es la verdad. —soy su única hija, no tenían otro hijo al cual molestar.

—Es exactamente así de simple —replica, inclinándose un poco hacia mí—. Te trata como un producto, no como una persona. No voy a permitir que vuelva a pasar sobre ti.

Sus palabras me atraviesan como un golpe inesperado. Sé que tiene razón, pero escucharlo en voz alta, de él, lo hace más difícil de aceptar.

—¿Y tú? —pregunto antes de pensarlo demasiado—. ¿No haces lo mismo?

Paolo se queda en silencio por un momento, su mirada fija en mí como si estuviera evaluando cada una de mis palabras.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —pregunta, su voz baja, pero con un filo peligroso.

—No lo sé —admito, mirando hacia la ventana para evitar su mirada—. No sé qué pensar de ti. Eres el capo de la Cosa Nostra. La primera vez que escuché sobre ti me pareciste un hombre interesante y peligroso, casi normal. Y la última vez supe que estabas comprando a mi mejor amiga para casarte con ella. Disculpame que no piense cosas buenas sobre ti.

—Bueno, eso es un comienzo —dice, y su tono parece más relajado, casi divertido, lo que me desconcierta aún más.

Unos minutos después, llega la comida: una variedad de nigiris, sashimi y un par de rollos especiales que Paolo pidió sin siquiera mirar el menú. Todo se ve hermoso, casi demasiado perfecto para comer.

—Prueba este —dice, sosteniendo un trozo de sashimi con sus palillos y acercándolo a mi boca.

Lo miro, dudando por un momento, pero termino cediendo. El pescado es fresco, se deshace en mi lengua, y la combinación de sabores es exquisita.

—¿Qué tal? —pregunta, con una sonrisa ladeada.

—Está bueno —respondo, tratando de sonar indiferente, aunque sé que no lo logro.

Él se ríe suavemente, y por un momento, todo parece normal. Como si fuéramos solo una pareja cualquiera disfrutando de una comida tranquila. Pero no dura mucho.

—Molly —dice, con un tono más serio esta vez—, ¿por qué dejaste que tu madre te hablara de esa forma?

—Porque lo hace desde siempre —respondo con franqueza—. Ya ni siquiera me molesto en discutir.

—Tal vez deberías empezar a hacerlo —dice, apoyando los codos en la mesa y entrelazando las manos frente a él—. No eres su marioneta.

—No quiero hablar de mi madre —digo, cortando la conversación con firmeza.

Paolo me observa por unos segundos, y luego asiente.

—Está bien. Cambiemos de tema.

—Gracias.

—Dime algo —dice, con una chispa traviesa en los ojos—. ¿Qué tan bueno fue el sake la última vez que viniste aquí?

—¿Qué? Nunca he estado aquí antes.

—Exactamente. Por eso pedí sake para mí. Esto es territorio nuevo para ti. Y contigo, Molly, siempre quiero ser el primero en todo.

La intensidad en sus palabras me hace tragar saliva. Y mientras me mira, con esa mezcla de arrogancia y fascinación, sé que lo dice en serio. Y eso es lo que más miedo me da.

—Pensé que no te importaba—sabe a lo que me refiero, lo puede ver en mi mirada.

—Que te hayas entregado a mí…nunca nadie…es especial, lo sé—siento mi corazón acelerarse—nunca se te ocurra pensar lo contrario. Todo lo que me das, incluso ese carácter, me importa.

—Lo dices porque soy tu esposa. No todos se casan con una virgen.

—Yo me casé con una y es lo único que importa, y no hablo de tu virginidad —Paolo hace una pausa, dejando que sus palabras se asienten en el aire—. Nadie me había dado…algo.

La intensidad de su voz, la forma en que sus ojos se fijan en mí como si no hubiera nada más en este restaurante, me deja sin aliento. Es como si cada palabra estuviera diseñada para desarmarme, y lo peor es que está funcionando. Lo tiene todo, pero nadie lo ha elegido para amarlo y darle algo tan valioso, claro, lo era para mí y fue perfecto.

¿Podría enamorarme ahora mismo? La pregunta me golpea como un latigazo, y la idea me asusta más de lo que debería.

—No te burles de mí —digo, pero mi voz tiembla, y odio que él lo note. Siento mis ojos picar y parpadeo rápidamente, tratando de ahogar cualquier señal de debilidad.

Paolo inclina la cabeza, estudiándome.

—¿Eso crees que hago? —pregunta, con una suavidad que no esperaba.

—A veces… no lo sé. Dices cosas, cosas que suenan tan bien, pero me cuesta creer que sean reales. Ademas, no te has disculpado.

—Son reales —responde sin dudar, como si fuera lo más obvio del mundo—. Me importas tanto que estoy buscando a los culpables de arruinar nuestra boda, toma eso como una disculpa.

—La sangre no es una disculpa.

—Para mí, lo es, Molly.

Mi corazón da un vuelco, y de repente siento que todo el aire del restaurante se ha evaporado. Venganza, odio la venganza.

—¿Qué?

—Sabía que reaccionarías así —dice, recostándose en su silla, con una calma que me irrita y me intriga a partes iguales—. Pero no puedo dejarlo pasar, Molly. Nadie puede humillarte o intentar ensuciar nuestro matrimonio y salir impune.

—No lo estás haciendo por mí —replico, pero su mirada me detiene.

—¿No? ¿Y por quién más lo haría? —su voz es baja, cargada de una certeza que me hace temblar.

—Por ti. Por tu orgullo, tu reputación… Esto es por tu ego, porque alguien se atrevió a desafiarte por segunda vez.

—¿Y qué si lo hago por mi orgullo? —dice, inclinándose hacia adelante—. Eso fue al inicio, lo estoy haciendo por ti.

Quiero responder, quiero decirle que no soy digna de proteger. Pero las palabras se atoran en mi garganta porque, en el fondo, hay una parte de mí que no quiere soltarse de él, que quiere creerle.

—Paolo… —empiezo, pero no sé cómo terminar la frase.

—Dime, Molly. ¿De verdad no te das cuenta de cuánto te deseo? No solo por lo que eres físicamente, sino porque eres tú.

Porque eres tú.

Su confesión me desarma, y lo odio por ello. Mis dedos juguetean nerviosamente con la servilleta sobre mi regazo, mientras trato de encontrar algo, cualquier cosa, que me devuelva el control de esta conversación.

—A veces desearía que no me miraras así —admito en voz baja, sin atreverme a mirarlo directamente.

—¿Así cómo? —pregunta, aunque estoy segura de que ya sabe a qué me refiero.

—Como si… —tomo aire, cerrando los ojos por un momento antes de soltarlo—. Como si fueras capaz de hacerme creer que soy más de lo que realmente soy.

Hay un silencio que se extiende entre nosotros, cargado de algo que no sé cómo nombrar. Y entonces, Paolo se levanta de su asiento y se inclina hacia mí, sus labios peligrosamente cerca de mi oído.

—Eres más de lo que crees, Molly. Solo necesitas a alguien que te lo recuerde todos los días.

Antes de que pueda procesar lo que ha dicho, se aleja, regresando a su silla con una sonrisa que no puedo descifrar. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente perdida.

—Prométeme algo, Paolo.

—No me gustan las promesas, Vita. Pero lo intentaré. ¿Qué quieres?

—Que nunca traerás tu mundo a casa.

Mi voz tiembla al pronunciarlo, pero intento que suene firme, inquebrantable. Paolo me mira con una intensidad que siempre parece envolverlo, esa mezcla peligrosa de control y devoción que no sé si me asusta o me atrae más.

—¿Por qué lo dices como si no fuera capaz de protegerte? —responde, su tono más bajo, más contenido.

—Porque no quiero que tengas que protegerme de algo que ni siquiera debería estar cerca de mí. —mis palabras son directas, y por un segundo, veo un destello de algo en sus ojos. Quizás enojo, quizás comprensión. No lo sé.

Paolo se recuesta en la silla, cruzando los brazos, y noto cómo su mandíbula se tensa.

—Ese mundo, como tú lo llamas, es parte de mí. No puedo separarme de él, Molly. No funciona así. Lo sabías cuando te casaste conmigo.

—No te estoy pidiendo que lo dejes. Solo quiero que nuestra casa sea un lugar donde pueda respirar, donde pueda sentirme a salvo. ¿Es mucho pedir?

—A salvo —repite, como si la palabra lo golpeara. Luego se inclina hacia adelante, sus

ojos encontrándose con los míos. Hay algo en su mirada que me detiene, como si pudiera ver directamente a través de mí—. ¿No te sientes a salvo …conmigo?

El aire se vuelve pesado entre nosotros, y por un momento, me pregunto si he cruzado una línea.

—No es eso… —empiezo, pero me interrumpe.

—Responde, Molly. ¿Te sientes a salvo conmigo?

Mis labios se separan, pero las palabras no salen. No porque no tenga una respuesta, sino porque temo decirla en voz alta.

—Nunca me he sentido más a salvo en mi vida. Pero se trata de lo que rodea tu vida. Esa sombra constante, las amenazas que ni siquiera entiendo del todo, la forma en cómo mirabas a esos hombres. ¿Quién es Gabriele Belucci?. Solo quiero que la casa sea… nuestra. Nada más.

Él no responde de inmediato. Su mano se mueve lentamente hasta alcanzar la mía sobre la mesa, y aunque su tacto es suave, hay una fuerza en él que no puedo ignorar.

—Si quieres que la casa sea nuestra, Molly, entonces será nuestra. Pero eso no significa que no te protegeré. —su voz se suaviza, pero no pierde la firmeza—. Lo que sí puedo prometerte es que haré lo que sea necesario para mantenerte lejos de todo eso.

—No quiero lo que sea necesario. —retiro mi mano de la suya, sintiendo cómo la frustración comienza a hervir dentro de mí—. Quiero normalidad, Paolo. Quiero algo que no se sienta como una maldita guerra constante.

Él me observa en silencio, su mirada recorriendo mi rostro como si buscara algo. Finalmente, suspira y se levanta de su silla, rodeando la mesa hasta pararse a mi lado.

—No te di mi apellido para que vivieras con miedo, Molly. —su mano se posa en mi barbilla, obligándome a mirarlo—. Si tengo que arrasar con este mundo para darte paz, lo haré. Pero tú también tienes que confiar en mí. Nada de lo que hayas hecho en el pasado podrá alcanzarte.

Dios, lo sabe. Sé que lo sabe. La bomba, todo.

—¿Cómo puedo hacerlo cuando ni siquiera confío en lo que siento? —susurro, apenas capaz de sostener su mirada.

—Empieza por esto. —Inesperadamente, Paolo se inclina y me besa. No es un beso posesivo como los otros, ni una forma de imponer su voluntad. Es lento, casi cuidadoso, como si intentara demostrar algo que las palabras no pueden expresar.

Cuando se aparta, su frente se apoya en la mía.

—Nuestra casa, nuestra cocina, nuestra habitación será tu refugio, Molly. Lo prometo. El unico peligro será esa decoración tuya.

Me rio y lo beso de vuelta. Aunque quiero creerle, hay una parte de mí que no puede evitar preguntarse cuánto tiempo podrá mantener esa promesa antes de que su mundo vuelva a alcanzarnos.

Paolo regresa a su silla, pero esta vez, podemos comer tranquilos, la comida es exquisita, pero más lo es él. Él realmente ama el sushi, lo tendré en cuenta.

—¿Cómo va el blog? —pregunta y hay emoción en mi voz cuando le respondo:

—Por fin terminé la serie de: "Comida culinaria de amor, con amor."

Paolo sonríe.

—Sé cómo suena, pero quería cosas simples, recetas fáciles para chicas que no tienen experiencia en la cocina y quisieran una noche romántica o algo así. No lo sé. La gente lo está amando.

Me sigue observando.

—¿Y tú, has amado algo más que la cocina alguna vez? —pregunta, sintiendo la tensión en el aire como un hilo que podría romperse con el más mínimo movimiento.

Mi sonrisa desaparece al instante, y él lo nota. Paolo nunca deja pasar ningún detalle.

—Sí —respondo, mi voz apenas un susurro—. Y está muerto, así que no tienes de qué preocuparte.

Tomo su copa de sake antes de que pueda reaccionar y la vacío de un trago, sintiendo el ardor descender por mi garganta como fuego líquido. Él me observa, inmóvil, sin apartar los ojos de mí.

—Esto sabe bien. —Coloco la copa sobre la mesa con un golpe sordo, llenándola de nuevo sin siquiera pedir permiso.

—Tómalo con calma, Molly. No querrás emborracharte frente a mí.

—¿Por qué no? —lo desafío, levantando la copa nuevamente. Mi mirada se clava en la suya, buscando una reacción, algo que revele sus intenciones. Pero como siempre, Paolo es un muro de control impenetrable.

Él se inclina ligeramente hacia adelante, sus codos apoyados en la mesa, y su voz baja una octava, volviéndose más grave.

—Porque cuando bebes, pierdes el filtro. Y me encantaría escuchar lo que tu boca dirá después.

El calor sube a mis mejillas, pero no por el sake.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que confiese algo?

—No necesito confesiones, Molly. Lo que quiero es que dejes de jugar a ser más fuerte de lo que eres, pensé que ya no lo harías.

¿Y qué tiene de malo que me quiera defender por una vez sobre algo que me destruyó en el pasado? Su comentario me golpea como un puñetazo en el estómago, y por un instante, no sé si quiero gritarle o salir corriendo de ahí. Pero en lugar de reaccionar, tomo otro sorbo.

—Lo desenterraría por ti y lo haría cenizas—me quedo helada con lo que dice—nadie te lastima, Molly. Ni siquiera un hombre que ya está muerto. Esas fotos lo corroboraron. Te pido disculpas por haberlo abordado así …por mi culpa caiste por las escaleras, nunca me lo perdonaré.

Sí, fue una mierda lo que sucedió pero no fue su culpa.

—No fue tu culpa. Me tomaste por sorpresa. Pensé que esas fotos no existían, no sabía que alguien las tenía…¿acaso…acaso están en internet?

—No. Pero no es algo de lo que tengas que preocuparte.

—Son mis tetas y mi culo lo que salen en esas fotos,Paolo, claro que tengo que preocuparme. ¿De dónde las sacaste?

Lo piensa por un momento. Sabe que no tiene otra opción que decirme la verdad, si vamos a hacer esto tiene que ser honesto. Hombres como él no conocen el término de la honestidad, pero al menos le daré el beneficio de la duda.

—Alguien me las envió.

—¿Chantaje?

—Puede ser.

La unica persona que me odió tanto después de su muerte fue su padre. Desapareció de la faz de la tierra, nunca se supo nada de él. Creo que mi padre le dio mucho dinero para que no dijera nada sobre el suicidio de su hijo, el cual piensan que fui la razón.

—Él no me amaba tanto—siento la mirada de Paolo sobre mí y la tensión en aumento, pero no me importa, voy a decirlo—él no me amaba en absoluto, así que su suicidió no fue mi

culpa. Su padre estaba tan molesto conmigo que no me sorprendería que él te las haya enviado.

Veo a mi esposo y hay sorpresa en su mirada por lo que acabo de decirle.

—¿Crees que fue él? ¿Podrás averiguarlo?

—¿Por qué te importa tanto?

—No me importa él—replico—me importas tú. No sé de lo que sea capaz. ¿Y si te lastima?

Mi corazón toma un ritmo normal cuando siento la calidez de su mano sobre la mía.

—Tienes las manos frías, pareces un cadaver—se burla y yo me río. Es un idiota, pero hoy, frente a mí, en este día, que esté tan…guapo y rejalado y me haya sacado de las garras de mi madre sin importarle si luzco como una modelo de pasarela, hoy, es mío. Y eso me gusta.

—No te pases, *gánster*.

—Eres muy inteligente, Molly. Que nadie te diga lo contrario. Nadie me hará daño, ni a ti.

Eso de mi estómago son mariposas. Lo sé, o el zake, da igual. Me gusta.

— ¿Y qué hay de ti? —pregunto, mi tono goteando sarcasmo—. ¿Qué tan fuerte eres tú cuando se trata de enfrentar tus propios fantasmas?

—Mis fantasmas están muertos, yo mismo los enterré —la frialdad en su voz es tan cortante que por un momento me arrepiento de haberlo provocado. Pero ya es demasiado tarde para retroceder.

—¿Enterrados? —repito, forzando una sonrisa burlona—. ¿En qué tipo de cementerio, Paolo? ¿El real o el figurado?

Sus labios se curvan en una sonrisa que no llega a sus ojos.

—El tipo de cementerio que prefieres no visitar, Vita.

Hay algo en su tono que me congela, una amenaza implícita, un recordatorio de lo poco que realmente sé sobre el hombre con el que estoy casada.

—Entonces, ¿por qué preguntas cosas que no quieres escuchar? —digo, intentando recuperar algo de control.

—Porque quiero conocerte, Molly. No a la modelo, no a la Valentini. Quiero a la mujer que está sentada frente a mí ahora, con un moño desordenado y demasiados secretos, esa es mi esposa, tan necesitada de mi polla y que toma mi zake.

Su declaración me desarma. Quiero odiarlo por decir algo así, por hacer que mi pecho se apriete de esa manera. Pero en lugar de ceder, me levanto de la mesa, necesitando espacio, aire.

—¿A dónde vas? —pregunta con calma, aunque sus ojos están atentos.

—Al baño. ¿También necesitas saber eso?

Él no responde, pero puedo sentir su mirada siguiéndome mientras me alejo. Al entrar en el baño, me apoyo contra el lavabo, cerrando los ojos y dejando escapar un largo suspiro. Demasiados secretos, había dicho. Los ha descubierto todos. Y no puedo evitar sentirme, libre, por primera vez en mi vida. Libre y sin el temor de abrir mi boca para decir algo, él, tenía que ser.

CAPÍTULO 28



PAOLO

La brisa del lago es gélida, cargada con la humedad de la madrugada y el olor metálico de la sangre que se mezcla con la salinidad. No estamos en un almacén abandonado como se suele hacer, sino en una cabaña solitaria al borde de un acantilado, a horas de cualquier ciudad importante. Theron y yo hemos usado este lugar antes: aislado, discreto, perfecto para dejar que los gritos de los hombres se pierdan entre el sonido de las olas estrellándose contra las rocas.

Theron está inclinado sobre una mesa de operaciones improvisada, con una precisión casi quirúrgica. Su guante de látex cruje mientras ajusta un bisturí en su mano, la hoja brillando bajo la luz fluorescente débil que parpadea cada pocos segundos. El hombre atado a la mesa grita, pero su voz está amortiguada por el trapo empapado en sudor que Theron ha metido en su boca. Sus manos y pies están asegurados con correas de cuero, y la cabaña resuena con el eco de su desesperación.

—Siempre he tenido curiosidad por lo que hace que un hombre sea capaz de traicionar —dice Theron, su tono ligero, casi académico, mientras inclina la cabeza hacia el hombre, como si estuviera analizando una obra de arte. Toma una pinza quirúrgica y la hace chasquear frente al rostro del desgraciado.

Yo estoy apoyado contra la pared de madera, observando con los brazos cruzados mientras el hombre al que llamábamos Ronardo suplica por su vida.

—Quizá es miedo. ¿Es eso, Ricci? ¿Miedo? —Theron desliza la punta del bisturí por el antebrazo del hombre, con un trazo limpio y deliberado que deja una línea de sangre fluir lentamente.

Le di a Theron este trabajo porque si comienzo a torturarlo, lo mataré. Pocos saben esto, pero cuando empiezo, no puedo detenerme. Me desconozco, son las sombras muy profunda, los demonios que salen a jugar con la sangre. Sé que este fue un señuelo, fue fácil atraparlo, uno de los que se escaparon el día del ataque a mi boda, era cuestión de tiempo para encontrarlo, pero no es él a quien busco, sino a quien le pagó.

—Theron, no tenemos todo el día. —mi voz corta el aire, baja pero firme.

—La paciencia es una virtud, Paolo. —Theron sonríe de lado, sin apartar la vista del hombre que tiembla bajo su mirada. Toma una jeringa de vidrio de una bandeja metálica cercana y extrae un líquido transparente que brilla bajo la luz.

—¿Sabes qué es esto, Ricci? —pregunta, su tono casi suave. Se inclina hacia él, como si esperara una respuesta, aunque sabe que el trapo en su boca lo hace imposible.

—Es lidocaína. Ayuda a adormecer el dolor... pero, claro, no la estoy usando por eso. —Theron introduce lentamente la aguja en la palma de la mano del hombre, su voz suave mientras el cuerpo de Ricci se arquea contra las correas, su grito sofocado resonando en la cabaña.

—Basta de juegos. ¿Quién te pagó para arruinar mi boda? —pregunto, mi tono gélido mientras doy un paso hacia la mesa.

Ricci intenta sacudir la cabeza, pero Theron se mueve rápido, tomando un clamp quirúrgico y fijándolo en uno de los dedos del hombre. Lo ajusta con una calma aterradora, girando la perilla lentamente mientras el hombre lucha contra las correas.

—Déjalo. —Theron me mira, su sonrisa depredadora aún en su rostro.

—No vas a hablar, ¿verdad, Ricci? —Theron susurra, inclinándose cerca del oído del hombre. Toma un escalpelo y lo apoya justo en el pliegue de la muñeca del hombre, presionando lo suficiente para que un hilo de sangre gotee.

—Es suficiente. —mi tono es bajo, pero lleva un peso que hace que Theron me lance una mirada por encima del hombro.

—¿Estás seguro? —pregunta, girando lentamente el escalpelo.

—Sí. Si no habla ahora, tampoco lo hará después.

Theron suspira, su expresión mostrando una mezcla de decepción y satisfacción.

—Como quieras, hermano. —su tono es ligero, pero cuando se endereza y limpia sus herramientas, hay un brillo oscuro en sus ojos.

Dejo que Theron termine su trabajo a su manera. Nadie que entra a esta cabaña sale con vida, y Ronardo no será la excepción. Lo que importa es el mensaje que enviamos: nadie jode con nosotros. Nadie jode con mi esposa.

El hombre atado a la mesa grita, pero su voz está amortiguada por el trapo empapado en sudor que Theron ha metido en su boca, la saco. Sus manos y pies están asegurados con correas de cuero, y la cabaña resuena con el eco de su desesperación.

—Por favor… tengo una familia… solo me pagaron, lo juro no sé nada —balbucea, con lágrimas surcando su rostro mugriento.

Theron resopla, casi divertido, y mueve la hoja del cuchillo cerca del rostro del hombre.

—Mira como nos conmueves—dice, sin mirar atrás, dirigiéndose a mí.

—Siempre dicen que no saben nada —respondo, cruzando un tobillo sobre el otro.

—Y siempre terminan igual. —Theron hunde el cuchillo en el muslo de Ricci, quien deja escapar un grito desgarrador que apenas logra superar el sonido de las olas.

—Sé que fue Gabriele Bellucci o Carmine de Luci. O ambos si están desesperados, no me sorprendería que se conozcan, todos mis enemigos deben estar estrechandose las manos para joderme—digo tranquilo, no podrán. No podrán tocarla. ¿Y a mí? Bueno, eso no importa ahora.

Solo ella.

—Tiene que importarte mucho tu esposa —murmura Theron de repente, limpiándose la sangre de la mano con un trapo mientras me lanza una mirada por encima del hombro.

Su comentario me hace arquear una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Por el esfuerzo que estás poniendo en encontrar a los responsables de joder tu boda. —Se pone de pie, dejando que Ricci se retuerza en el suelo, sujetando su pierna herida.

—Lo hago porque lleva mi apellido —respondo, sin titubear.

Theron se ríe por lo bajo, una carcajada áspera y sin humor.

—¿Solo por tu apellido?

Lo miro fijamente, sin responder de inmediato, sabiendo que esto es un juego para él, como todo lo demás.

—¿Tiene que haber algo más? —pregunto, con un tono seco.

Theron se acerca a la mesa donde hemos dejado las herramientas. Su mano roza una sierra oxidada, pero su atención está en mí.

—Le dicen amor, hermano —murmura, como si la palabra fuera ajena en su boca, algo que nunca ha pronunciado en serio.

—¿Amor? —repito, burlándome de la idea—. ¿Existe eso en nuestro mundo?

—Quizás. —Theron no me mira cuando lo dice, pero su tono cambia, apenas perceptible.

Eso me hace fruncir el ceño. Lo conozco demasiado bien. Theron no habla de

posibilidades a menos que haya algo detrás de sus palabras.

—¿Conociste a alguien, fantasma? —lo interrogo usando su apodo, ese que tanto odia pero que lo caracteriza tan bien, dándome cuenta de que mi sospecha es más que válida.

Él gira la cabeza hacia mí, su sonrisa ladeada apenas disimula la verdad.

—Tal vez. Pero no es de mí de quien estamos hablando, ¿cierto?

—¿Sabe esa persona que torturas además de salvar vidas, pero que disfrutas más quitándolas? —mi tono está cargado de veneno, buscando provocarlo.

Es un respetado y famoso médico cirujano en inglaterra, pero su vervadera cara, aquella por la cual nos conocimos es que lidera la mafia de Londres. Tenemos muchas sangre derramada cada uno que sería difícil querer jugar a algo diferente ahora, manteniendome lejos de los títulos y bueno, no llegué tan lejos.

Theron me lanza una mirada afilada, pero no pierde la compostura.

—Vete a la mierda, hermano. Yo no soy el casado aquí.

Su respuesta no es inesperada, pero no me gusta. Theron es un cabrón impredecible, y cualquier debilidad podría costarnos más de lo que estamos dispuestos a pagar.

—Nadie ama a hombres como nosotros, Theron —le digo, mi voz baja, casi como una sentencia.

Él guarda silencio por un momento, mirando al hombre que apenas vive en la habitación, y que solloza y tiembla como una hoja al viento.

—Nadie —repite, su tono más frío que nunca.

Y, sin más, toma el machete de la mesa y de un solo movimiento certero, le corta la cabeza al desgraciado. La sangre salpica el suelo, y el cuerpo cae como un muñeco de trapo. Theron se queda quieto, limpiando el machete con calma, como si hubiera terminado una tarea rutinaria.

—Sí, puede que tengas razón —dice finalmente, con un suspiro que no sé si es de resignación o aceptación.

Nos quedamos en silencio por unos segundos, con el sonido de las olas y el aroma a hierro llenando el espacio entre nosotros. Aquí, lejos de Chicago, lejos de cualquier rastro de humanidad, es donde realmente pertenecemos.

CAPÍTULO 29



MOLLY

El cuchillo se detiene en seco contra la tabla de madera, y me quedo mirando el anillo en mi dedo, el delicado destello del oro en contraste con mi piel. Mi respiración se entrecorta, y las palabras de Giulietta resuenan una y otra vez en mi cabeza.

—Era de su madre... Nunca lo vi sin él, lo tenía siempre a la vista... Debes ser muy especial para él desde un principio.

¿Especial? No puedo evitar reír para mis adentros, aunque mi corazón late con fuerza. Especial sería lo último en lo que me clasificaría en esta casa, en este matrimonio. Pero la manera en que Giulietta lo dice, con esa mezcla de admiración y advertencia, me obliga a buscar respuestas.

Mis pies me llevan casi automáticamente. Subo las escaleras, dirigiéndome al despacho de Paolo, donde sé que debe estar. No toco la puerta; simplemente entro, como si mi corazón ansioso no pudiera esperar un segundo más.

Ahí está.

Sentado en el sillón de cuero junto a la ventana, con una copa de whisky en la mano y el primer par de botones de su camisa desabrochados. La penumbra de la lámpara a su lado resalta cada línea de su mandíbula, su postura relajada pero cargada de poder. Se ve pensativo, perdido en su mundo, hasta que me ve.

—¿Todo bien, Vita? —pregunta, con su voz grave, mientras sus ojos se fijan en mí.

Cierro la puerta tras de mí, apoyándome contra ella por un instante para tomar aire. Siento mis manos temblar, pero trato de mantenerme firme. Un momento estamos bien, hay confianza entre los dos, pero a veces, a veces cuando me ve así como lo hace ahora, me pone nerviosa.

—¿Por qué? —mi voz tiembla al principio, pero me aclaro la garganta y continúo—. ¿Por qué me diste el anillo de tu madre?

Él me observa por un largo segundo, su expresión indescifrable. Deja la copa sobre la mesa y se inclina hacia adelante, apoyando los codos sobre sus rodillas.

—Alguien tenía que usarlo, Molly —responde con calma, como si fuera lo más obvio del mundo. Pero esa respuesta no me satisface.

—No se lo diste a Gema. —Mi voz apenas es un susurro, pero el nombre de ella parece llenar la habitación—. ¿Por qué a mí?

Sus ojos se oscurecen, y una sonrisa ladeada, casi irónica, se dibuja en su rostro.

—¿Quieres que te diga que eres especial, señora Santoro? —su tono es burlón, pero hay algo más, algo más profundo, escondido detrás de esas palabras—. Lo eres.

Frunzo el ceño, sintiendo cómo la incredulidad se mezcla con una chispa de algo que no sé si es real. Estoy enamorada de él, pero no espero que lo esté él, es así como funciona el mundo, no siempre tenemos lo que queremos, y eso está bien.

—Desde ese momento cuando estaba en el altar, esperando a tu amiga y cuando te vi —continúa, inclinándose hacia atrás, su mirada perforándome—. Maldije por no haber ido por ti primero en vez de tu amiga.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Mi corazón se acelera, y mis pensamientos

se confunden, pero él no se detiene.

—No me cautivó su belleza, Molly. Solo eran negocios, así que no me importó si lucía bien o no. Pero de haber sabido de su mejor amiga... de ti—deja la frase en el aire, su mirada fija en mí—. Habría ido por ti, si no hubieran ocurrido muchas cosas en ese momento. Si no hubiera estado su hermano desesperado, habría esperado y habría ido por ti.

Mis labios se separan, pero no encuentro palabras. No quiero creerle, pero algo en su tono, en su mirada, en cómo la verdad parece desgarrar la habitación, me sacude.

—No te creo —logro decir, aunque mi voz es más débil de lo que esperaba.

Se pone de pie, acercándose a mí con pasos lentos pero seguros, hasta que su presencia es abrumadora, hasta que todo mi espacio está lleno de él. Se detiene a solo centímetros, y su mirada baja hasta el anillo en mi dedo antes de volver a mi rostro.

—Me importa poco si me crees o no —murmura, su voz baja y cargada de algo indescriptible—. Es la verdad. Y ese anillo lo deja claro y que estés aquí frente a mí, usando ese ridiculo vestido que estará en el suelo en los proximos tres minutos también.

El peso de sus palabras me aplasta, y la proximidad de su cuerpo me roba el aliento. No sé qué decir, no sé qué sentir. Solo sé que él está ahí, mirándome como si fuera suya, como si nunca hubiera existido otra opción.

En algún rincón oculto de mi alma, también lo sé.

La intensidad de su mirada me paraliza, pero no puedo apartar los ojos de los suyos. Siento el calor subir por mi cuerpo, un torrente de emociones que me inunda por completo. Sus palabras aún resuenan en mi cabeza, pero es su cercanía lo que me desarma por completo.

—Ese vestido no tendrá tres minutos —añade, su voz convirtiéndose en un susurro contra mi oído—. Quizá solo dos.

Mi respiración se acelera, y las palabras se atascan en mi garganta. Levanto la vista hacia él, tratando de encontrar alguna señal de que esto es una broma, de que no está a punto de consumirme con esa intensidad abrumadora. Pero no hay rastro de burla en su expresión. Solo deseo.

—Paolo... —intento decir algo, cualquier cosa, pero no consigo articular una frase coherente.

—Vita mia —sus manos se levantan y toman mi rostro con delicadeza, sus dedos rozando mi piel como si fuera algo frágil y preciado—. Me vuelves loco. Cada maldito día.

Antes de que pueda procesar sus palabras, sus labios chocan contra los míos. Es una declaración. Es salvaje, apasionado, y me consume por completo. Mis manos encuentran su camino hacia su pecho, sintiendo los latidos fuertes y firmes de su corazón bajo la tela de su camisa. La copa de whisky que estaba en la mesa termina derramada en el suelo cuando Paolo me empuja suavemente contra el escritorio. Sus manos se deslizan por mi espalda, y puedo sentir la urgencia en cada movimiento. Mi vestido comienza a deslizarse por mis hombros, exactamente como había prometido. Y no, no duró tres minutos.

—¿Sabes cuántas veces he imaginado esto? —murmura contra mis labios, su voz ronca y cargada de deseo. Sus dedos hábiles desabrochan lo que queda de mi ropa, mientras su mirada nunca se aparta de la mía—. Tenerte así, solo para mí en mi despacho, cuando te pavoneas por toda nuestra casa buscando atacar otro lugar para tu ridicula decoración.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, pero no es de miedo. Es anticipación. Cada centímetro de mi piel parece arder bajo su toque, y cuando su boca desciende por mi cuello, un gemido escapa de mis labios sin que pueda evitarlo. Sé que hemos follado antes, pero esto, esto se siente diferente.

Mis manos se cuelan bajo su camisa desabrochada, recorriendo cada línea de su torso firme. Lo escucho inhalar profundamente, como si el simple contacto de mis dedos fuera suficiente para encenderlo aún más.

—Paolo... —susurro, intentando recuperar algo de control, pero él no me deja. Me levanta con facilidad, sentándome en el borde del escritorio, y su cuerpo se coloca entre mis piernas.

—Di mi nombre otra vez —me exige, su voz una mezcla de orden y ruego.

—Paolo. —esta vez mi voz tiembla, pero es de puro deseo.

Su boca encuentra la mía nuevamente, y el mundo a nuestro alrededor desaparece. No hay problemas, no hay secretos, no hay pasado ni futuro. Solo estamos él y yo, consumiéndonos en este momento. Sus manos se deslizan por mis muslos, trazando un camino que me hace perder el control de todo. Al escuchar como rompe mi ropa interior con tanta furia, dejo salir otro gemido.

—Voy a joder ese carácter ahora—promete de nuevo y me siento humedecer más.

—Por favor, hazlo.

—¿Confías en mí?

Asiento, acalorada, deseando más.

Me deja sobre la mesa con un movimiento brusco pero decidido, como si la madera pudiera soportar el peso de todo lo que está a punto de ocurrir. Mi vestido, un desastre de tela arrugada y encaje hecho jirones, cuelga de mi torso, desnuda mi piel y mi coño desnudo. Pero no me importa. Nada me importa más allá del hombre frente a mí. Paolo rodea su escritorio con calma, como si no tuviera ninguna prisa, como si el caos que dejó en mi interior fuera algo que pudiera permitirse saborear. Saca de un cajón una pequeña bolsa de terciopelo negro, que parece contener algo valioso, o algo prohibido, como un secreto que estaba esperando el momento adecuado para revelarse.

Cuando lo saca, la luz de la lámpara del despacho golpea la piedra en su interior, y por un momento parece que el aire mismo se llena de un brillo violáceo. Es una roca púrpura, pulida pero irregular, con bordes que reflejan destellos eléctricos, esa cosa tiene forma de... Es más grande de lo que esperaba, casi del tamaño de dos dedos en su anchura, pero lo que me atrapa es el cordón de oro grueso que la envuelve ahora su puño.

Paolo la levanta y la deja suspendida frente a mí, colgando a centímetros de mi rostro. Su mirada, intensa y llena de picardía, me deja sin aliento.

—¿Qué es eso? —pregunto en un susurro, mi voz temblorosa.

—Esto es para ti —responde, su voz más baja, grave, como un eco que se arrastra por mi piel.

Eso no es un collar.

—¿Para mí? —levanto una mano para tocarla, pero él mueve la piedra ligeramente fuera de mi alcance, como si fuera un juego que solo él entiende.

—Acuestate y abre las piernas, vita. —dice, acercándose lo suficiente para que su aliento roce mi mejilla—. Es lo que usan los hombres como yo cuando algo les importa tanto que no están dispuestos a dejarlo ir.

Mis ojos se elevan hasta los suyos, buscándole significado a sus palabras, a sus gestos.

Hago lo que me pide, pero mientras mi espalda está completamente pegada a la madera, puedo sentirlo detrás de mí, sobre mi cabeza y sus labios ahora buscando los míos. Mis manos se mueven por acto reflejo y lo beso con un hambre voráz. Abro las piernas como me lo pide y lo siento tocarme, desde mis pechos ahora expuestos, mordiendo y besando cada pezón mientras su

mano llega en medio de mis piernas y lo siento.

—Abre la boca—sin protestar lo hago y ahora pone la cosa en mis labios, lubricándolo ahora con mi lengua y saliva. ¿acaso…

—¿Qué…

—Te dije que jodería ese carácter, ahora voy a joder tu lindo coño con mi mundo.

No me da tiempo de preguntar qué significa realmente esa piedra o por qué la escogió para mí, porque en cuanto la siento deslizarse contra mi piel, toda capacidad de razonar se desvanece. Siento como acaricia mi clítoris con la piedra. La fricción se siente tan malditamente bien que gimo, gimo tanto que ahora sus labios vuelven a estar en los míos.

El frío de la roca contrasta con el calor abrasador que se acumula en mi cuerpo, y cuando la mueve, trazando un movimiento tortuoso estoy cerca de perderme.

—Eso es…siénteme.

—Quiero más—chillo movimiento mis caderas.

—Tan codiciosa por mi polla—gruñe en mi boca, mordiendo mi labio superior, succionándolo hasta que duele—¿Estás segura que quieres más, vita? Porque solo pensaba darte esto.

—Quiero tu polla, quiero que me folles.

—Ruégamelo, Molly. Ruega por mi polla.

Lo tomo del cuello y lo primero que veo son dos oceanos azules, azul peligroso y esas motas doradas en ellos.

—Fóllame, por favor, Paolo. Fóllame. —le ruego y en sus labios se dibuja una sonrisa siniestra.

Se baja los pantalones con maestría y mete su polla en mi boca, gruesa y punzante que tomo con ambas manos mientras sigue jugando con mi coño, metiendo y sacando el diamante.

—Eso es, joder. Buena chica.

Se aleja y me toma de la cintura para acercarme a su polla, no deja de jugar con la roca mientras la lubrica con mis jugos y la mete poco a poco en mi otro agujero.

—Oh, Dios—gimo sin poder moverme. El ardor, el picor y la necesidad por más hacen arquear mi espalda.

Lo sabía, claro que no iba a querer joder mi carácter o mi coño solamente.

—Respira, vita—dice Paolo mientras su polla se introduce al mismo tiempo que la roca en mi agujero—muerde mi mano si quieres.

Su mano llega a mis labios y la tomo, chupando cada uno de sus dedos que huelen a mí, en ningun momento dejo de verlo.

—Maldita sea, Molly. —no puede soportorarlo, lo puedo ver en sus ojos. Se introduce de golpe, todo él y la roca y grito de placer, el orgasmo me alcanza rapido y exploto mientras Paolo bombea dejando la roca dentro, su mano en mi cadera y su frente contra la mía.

—Tan perfecta…tan mía y codiciosa de placer.

La fricción es exquisita. Demasiado intensa, demasiado íntima. Gimo, y el sonido que escapa de mis labios es tan desesperado que parece prender algo en él, algo que no puede ni quiere controlar.

Sus labios vuelven a encontrar los míos, pero esta vez no hay paciencia ni control. Es un beso hambriento, una tormenta que me consume por completo.

—¿Sientes esto? —murmura contra mis labios, tirando la piedra con más fuerza con el cordón, más intención, dejándola vibrar ahí dentro. Sus ojos se clavan en los míos, oscuros y llenos de un deseo que parece no tener fin—. Esto no es solo una piedra, Molly. Esto soy yo

reclamándote, asegurándome de que recuerdes a quién perteneces. Tu boca, tu coño y ahora tu culo, son míos.

La presión de la roca contra mi piel se vuelve más insistente, y cuando la mueve aún más rápido, allí donde mi cuerpo ya lo está pidiendo a gritos, dejo escapar un gemido que apenas puedo controlar. Otro orgasmo me golpea.

—Paolo... —susurro su nombre, pero no sé si es una súplica o una rendición.

—Dilo otra vez —exige, su voz profunda y autoritaria, mientras la piedra sigue su camino, ahora húmeda por mi propia necesidad.

—Paolo... —repite mi voz, quebrada por el placer y la desesperación.

Su sonrisa es un arma letal, triunfante y peligrosa, pero no me da tiempo de procesar nada porque saca la piedra con cuidado y la deja caer sobre el suelo con un sonido sordo. Su dedo desliza el mismo camino que la roca trazó, pero ahora es su tacto, cálido y cruel, lo que me lleva al borde.

—Eres tan mía —gruñe contra mi oído, su aliento caliente enviando una nueva ola de escalofríos por mi cuerpo—. Ni el tiempo ni el espacio podrían separarte de mí.

Sus palabras son una mezcla de posesión y devoción, y antes de darme cuenta, me estoy arqueando contra él, mis piernas envolviéndose alrededor de su cintura. Sus dedos no se detienen, moviéndose con precisión, mientras su boca desciende por mi cuello, dejando marcas de su paso.

—Paolo, por favor... —mi voz es apenas un susurro, una súplica que ni siquiera estoy segura de entender.

—Por favor, ¿qué? —me desafía, su tono bajo y lleno de un deleite oscuro—. Dímelo, Molly. Pídemelo.

Mis uñas se clavan en sus hombros mientras él me lleva al límite, y cuando finalmente cruzo ese borde, su boca vuelve a capturar la mía, silenciando mi grito mientras me pierdo por completo en él. Cuando finalmente me suelta, cuando puedo volver a respirar y mis ojos se encuentran con los suyos, sé que ha ganado. Paolo siempre gana. Pero esta vez, no me importa perder.

—Paolo…yo… te—digo, mientras siento un calor creciente en mi pecho, como si algo invisible se atara alrededor de mi corazón, pero antes de que pueda terminar la frase, sus labios cubren los míos, apagando cualquier protesta o duda.

Cuando rompe el beso, su frente descansa contra la mía, su aliento irregular mezclándose con el mío.

—Ahora eres más que mi esposa, Molly. Eres mi maldita religión.

Le creo. Cada palabra, cada toque. Lo creo porque Paolo no es un hombre que deje algo a la interpretación. Él no ofrece, toma. Y esta vez, me tomó a mí, con el mismo fervor con el que se aferra a esa piedra morada.

No sé cuánto tiempo pasa. Todo lo que sé es que el amor que hacemos es tan feroz como él mismo, una mezcla de fuerza y devoción que me deja sin aliento. Cuando finalmente caigo al abismo, agotada pero satisfecha, él envuelve sus brazos alrededor de mí, sosteniéndome como si nunca fuera a dejarme ir.

—Ahora sí me crees —susurra contra mi cabello, y aunque no respondo, sé que lo siente en la forma en que me aferro a él.

Tal vez, por primera vez, comienzo a creerle.

CAPÍTULO 30



MOLLY

Me despierto de golpe, el pecho subiendo y bajando mientras mi respiración se entrecorta. Estoy empapada en sudor, las imágenes de la pesadilla aún frescas en mi mente. Sangre. Gritos. Paolo... Él estaba allí, pero no como lo conozco. Era un monstruo. Sacudo la cabeza, tratando de despejarla, pero el silencio de la habitación es opresivo. Busco a Paolo con la mirada, esperando encontrarlo durmiendo a mi lado, pero la cama está vacía, su lado frío. Algo no está bien.

Me levanto, mis pies descalzos tocando el suelo frío mientras me pongo una bata apresuradamente. Salgo al pasillo, pero todo está en calma. Demasiado en calma. Camino hasta la escalera, escuchando atentamente, pero no hay rastro de él.

Cuando llego al vestíbulo, noto algo extraño. Las puertas principales están entreabiertas, y no hay guardias en su posición habitual. Mi estómago se revuelve con una mezcla de miedo y ansiedad. Paolo siempre está rodeado de hombres, su protección nunca descansa. Y Viktor siempre está rondando la casa. ¿Dónde están? El aire nocturno me golpea cuando salgo al exterior. La luna llena ilumina los terrenos de la mansión, pero algo se siente fuera de lugar. Camino rápido, el miedo acelerando mis pasos.

—¿Paolo? —llamo, mi voz apenas un susurro, temiendo que algo o alguien más escuche.

Y entonces lo oigo. Un grito. Ahogado, pero desgarrador. Viene desde los establos. Mi corazón late con fuerza mientras me dirijo hacia allí, mi mente llena de pensamientos horribles. Cuando llego, la puerta del establo está entreabierta, y veo una luz tenue filtrándose por el espacio. Me acerco, tratando de no hacer ruido, pero mis piernas apenas me sostienen.

Dentro, la escena me golpea como un puñetazo. Paolo está de pie, su camisa desabrochada, sus mangas remangadas, y su rostro cubierto de una calma aterradora. Frente a él, un hombre, uno de sus guardias, está atado a una silla, sudando y sollozando mientras Paolo sostiene un cuchillo quirúrgico en su mano.

—No debiste traicionarme —dice Paolo, su tono bajo y gélido, cargado de una calma escalofriante que es más aterradora que un grito.

Sus palabras resuenan en el aire denso del establo, mezclándose con el crujido del metal cuando Paolo levanta un cuchillo brillante, adornado con gemas de diferentes colores, algo sádico. La hoja brilla débilmente bajo la luz del farol, temblando apenas con el pulso constante de su mano.

Viktor solo se ríe a su lado, siendo parte de todo esto como su fiel guardián.

—Por favor... Señor Santoro... Lo siento... —balbucea el hombre atado a la silla, su voz rota por el terror. Está sudando, su cuerpo convulsionando contra las cuerdas que le cortan la piel.

—Lo siento no es suficiente. —Paolo inclina la cabeza, como si considerara la posibilidad de mostrar compasión, pero sus ojos, fríos y oscuros, revelan que ya ha tomado su decisión—. Debiste pensarlo mejor antes de morder la mano que te daba de comer.

Y entonces, sin previo aviso, el cuchillo desciende.

El grito del hombre atraviesa el aire como un cuchillo, visceral, lleno de un dolor tan puro que me deja clavada en el lugar, incapaz de moverme. El sonido húmedo y espeso de la carne desgarrándose me revuelve el estómago, y luego lo veo: el dedo, pequeño y grotesco, cayendo al

suelo con un golpe sordo.

Mis pulmones luchan por encontrar aire mientras el hombre sigue gritando, su voz desgarradora rebotando en las paredes del establo. Paolo, sin inmutarse, se limpia la hoja con un paño blanco que rápidamente se tiñe de rojo. Su expresión no muestra emoción alguna, como si estuviera realizando una tarea más en su día.

—El dolor es un buen maestro —murmura Paolo, más para sí mismo que para su víctima, su voz suave y casi pensativa—. Te aseguro que recordarás esta lección... aunque sea con menos dedos para contarlo.

Se agacha lentamente, recogiendo el dedo del suelo como si fuera un trofeo, y lo sostiene frente al hombre.

—¿Sabes qué es lo peor de esto? —dice con una calma que hiela mi sangre—. No es el dolor. Es el saber que esto... esto es solo el principio.

El hombre solloza, su cuerpo colapsando sobre sí mismo, y yo siento el impulso de gritar, de correr, de hacer algo... pero estoy congelada, atrapada en un horror que no puedo procesar.

Entonces Paolo se gira hacia mí, como si sintiera mi presencia. Su mirada me encuentra en la penumbra, y por un instante, mi corazón se detiene. No hay remordimiento en sus ojos, solo esa oscuridad insondable que ahora sé que siempre ha estado ahí. Y en ese momento, entiendo que nunca he conocido realmente al hombre con el que me casé.

Mis manos cubren mi boca, ahogando un grito, pero no puedo apartar la mirada. Esas mismas manos que hace unas horas me tocaron con tanta ternura, ahora son herramientas de tortura. Paolo no se detiene. Levanta la mirada brevemente y puedo ver algo oscuro y mortal en sus ojos. Algo que no había querido ver antes. Algo que siempre había intentado justificar.

—Tus gritos despertaron a mi esposa.

El sollozo se me escapa antes de que pueda detenerlo. Es un sonido desgarrador, nacido del terror más puro. Paolo levanta la cabeza de inmediato, sus ojos oscuros y penetrantes se clavan en mí como dagas. Por un instante, parece que el tiempo se detiene.

Le pedí que no trajera su mundo a esta casa.

Esa frase resuena en mi cabeza como un eco. No, no lo dice él. Lo pienso yo, con desesperación, como un recordatorio de que necesito salir de allí. De que no debo estar aquí.

—Molly… —dice, su voz baja y controlada, pero es esa calma la que me aterra aún más.

No espero a escuchar más. Giro sobre mis talones y corro, mis pies descalzos golpeando la tierra húmeda mientras el aire frío de la noche me corta el rostro. Mi mente grita que siga adelante, que no mire atrás, que lo que acabo de ver no es algo que pueda olvidar jamás. Escucho sus pasos detrás de mí. Firme, implacable. Paolo no corre. Camina, seguro de que me alcanzará. Pero mi pánico es más fuerte, y mis piernas se mueven con una velocidad que no sabía que tenía.

—¡Molly! Detente. Ahora —gruñe, su voz más cercana de lo que debería estar.

Pero no me detengo. Si lo hago, sé que estoy perdida.

Entonces lo siento. Un brazo fuerte me rodea la cintura, levantándome del suelo como si no pesara nada. Chillo y pataleo, intentando liberarme, pero Paolo es un muro de hierro.

—¡Déjame ir! —gimo, mi voz temblorosa, llena de pánico.

—No hasta que te calmes —responde con calma, aunque hay una dureza en su tono que no había escuchado antes.

Me agito, desesperada, y logro morderle el brazo. No es mucho, pero lo suficiente para que me suelte por un instante. Caigo al suelo, pero antes de que pueda levantarme, ya está sobre mí, inmovilizándome con su peso. Sus rodillas a cada lado de mi cuerpo, sus manos sujetando mis muñecas contra la tierra fría.

—No puedes correr de mí, Molly. Nunca —dice, su voz baja, pero cargada de una amenaza velada que hace que mi corazón se detenga.

—Eres un monstruo... ¡Lo prometiste!—susurro, mis palabras rotas por el miedo y las lágrimas.

—Soy lo que tengo que ser para mantenerlo todo bajo control. Y para protegerte.

—No me toques.

—Molly…

—No quiero que me toques. —gruño con lágrimas en los ojos, pero no dejo que me vea rota, aunque ya lo estoy.

—Está bien.

—Lo prometiste.

—Nunca lo hice, vita. Solo te prometí mantenerte a salvo. Irrumpió en la casa, iba a lastimarte. —dice desesperado, por un segundo veo miedo en sus ojos, pero es solo eso, algo leve. Él no tiene miedo de perderme.

—No te creo. Esto es una maldita fortaleza, Paolo. No soy idiota. Lo has traído aquí para torturarlo.

—No. Era uno de mis hombres y me traicionó.

—No quiero escucharlo.

Su rostro está tan cerca del mío que puedo sentir su aliento cálido contra mi piel. Su expresión no es de furia, sino de algo peor: una mezcla de frustración y algo que parece... obsesión.

—No entiendes lo que viste. No entiendes por qué lo hago.

Me levanto como puedo sin dejar que me toque, pero él se acerca de todos modos.

—¡No quiero entender! —grito, luchando una vez más contra su agarre. Pero él es demasiado fuerte, y mi cuerpo se rinde, extenuado.

El mundo comienza a volverse borroso, la presión en mi pecho, el miedo, todo se mezcla hasta que ya no puedo soportarlo más. Lo último que veo antes de que todo se oscurezca son sus ojos, profundos, llenos de secretos que no quiero descubrir.

—Vita…



Cuando despierto, estoy sola. Mi corazón late con fuerza mientras miro a mi alrededor. Estoy en nuestra habitación, las sábanas perfectamente colocadas, como si nunca hubiera salido. Pero lo sé. Sé que fue real. Mi respiración es irregular mientras me levanto de la cama, sintiendo cómo las piernas me tiemblan.

Camino lentamente hasta el vestidor, busco ropa sin pensar demasiado, y me visto con movimientos torpes. Necesito salir de aquí. Necesito alejarme de él.

Al bajar las escaleras, me encuentro con Antonio y Viktor. Pero ahora solo confío en Antonio. Él me mira con cierta preocupación, como si supiera que algo está mal.

—Antonio, necesito que me lleves a la casa de Gema. Ahora —digo, tratando de sonar firme, aunque mi voz apenas es un susurro.

—Molly... No creo que eso sea buena idea.

—No te estoy pidiendo permiso. Estoy dando una orden. —nunca le he hablado así y me odio por eso. Pero necesito salir de esta casa.

Antonio duda por un momento, pero asiente, aunque su mirada me dice que esto no

terminará aquí.

—Se lo diré a Paolo—dice Viktor, pero no me importa.

Mientras me lleva al coche, no puedo evitar mirar hacia atrás, esperando ver a Paolo. Pero la mansión está tranquila, como si la oscuridad de la noche hubiera borrado todo lo que ocurrió. Sin embargo, sé que no es así. Sé que él está en algún lugar, observándome, esperando. Y eso me aterra más que cualquier cosa. Porque, por más que lo odie ahora, una parte de mí sabe que nunca estaré completamente libre de Paolo Santoro.

¿Cómo puedo reconciliar al hombre que me toca con tanta pasión, que me promete protegerme, con el hombre que acabo de ver? No sé si puedo. No sé si quiero.

CAPÍTULO 31



MOLLY

Estoy agotada, física y emocionalmente. Kian duerme en mis brazos, su pequeña respiración pausada y tranquila me reconforta, aunque sea solo un poco. Mis ojos están hinchados de tanto llorar, y la voz suave de Gema, sentada frente a mí, es lo único que me ancla a la realidad.

—Sabes que no tengo que decirte con qué tipo de hombre nos casamos —dice, su tono cálido, pero firme, mientras me observa con esos ojos que siempre parecen saber más de lo que dicen.

Asiento, mirando a Kian para no enfrentar su mirada.

—Lo sé, pero lo prometió, Gema. Él prometió que su mundo no tocaría el mío.

Ella suspira, recostándose en el sillón, sujeta su taza de café como si fuera la única forma de no decir algo más contundente.

—Bueno, en eso tienes razón. Pero si estabas en peligro, Molly, una promesa no vale más que tu seguridad. Y ese hombre, por más oscuro que sea, te protege con todo lo que tiene.

Su respuesta me provoca una mezcla de ira y tristeza.

—Lo hace porque es el Capo de la Cosa Nostra. Es su deber proteger lo que le pertenece.

—No —interrumpe, mirándome con seriedad—. Lo hace porque le importas, y lo sabes, aunque te niegues a admitirlo.

No respondo. Porque parte de mí sabe que Gema tiene razón, pero otra parte... otra parte aún veo esos ojos fríos y esas manos ensangrentadas. Ese Paolo, el que vi, no puede ser el hombre que me dijo que era mi fan número uno.

Horas después, mientras Kian duerme profundamente a mi lado y yo me hundo en el sofá de Gema, el agotamiento me vence. Mis párpados pesan, y me estoy quedando dormida cuando el sonido de voces en la entrada de la casa me sobresalta.

La primera voz es inconfundible. Paolo. Su tono, áspero y urgente, está lleno de tensión.

—Señora Romanov, esto es entre mi esposa y yo.

—A la mierda lo de señora, Paolo, ahórratelo —responde Gema, su voz dura como el acero, lo suficiente para hacerme enderezar en el sofá.

—Gema —gruñe Paolo, y esta vez su voz baja a un tono peligroso, usando su nombre como un arma.

Pero antes de que pueda continuar, una tercera voz interviene, más profunda, con un matiz helado que detiene el aire en mis pulmones. Konstantine.

—Cuida ese tono, Santoro.

La tensión en la casa se vuelve palpable, como una tormenta a punto de desatarse. Me levanto lentamente, mi corazón latiendo con fuerza, y avanzo hacia la puerta. No quiero enfrentar a Paolo, pero tampoco puedo quedarme escondida mientras este enfrentamiento se desarrolla.

Cuando alcanzo el pasillo, los veo a los tres. Paolo, en la puerta, su traje perfecto, se cambió de ropa y no luce con la sangre seca en su camisa, en su rostro una máscara de furia contenida. Gema, frente a él, con los brazos cruzados y una mirada desafiante. Y Konstantine, al fondo, apoyado casualmente contra la pared, pero sus ojos son como cuchillas, atentos y listos para actuar.

—Ven conmigo —le dice Konstantine, sin mover ni un músculo, pero su voz corta el aire

como un cuchillo.

—No. —la voz de Paolo es un rugido bajo, una amenaza que parece vibrar en las paredes. Sé que puede sentirme que estoy observándolo, pero no dejo que me vea.

—No es una petición, Santoro —responde Konstantine, su tono mortalmente calmado.

Paolo da un paso hacia él, pero Gema se interpone, poniéndose entre ambos hombres con una valentía que no puedo entender.

—Basta, ambos. Esto no es una pelea por territorio. Esto es por Molly.

—Solo quiero hablar con el hombre, amore mio. No pasa nada.

Y de repente, me siento atrapada en el centro de un campo de batalla que no pedí, pero sin decir nada Paolo desaparece por el pasillo con Kostya, mientras Gema, me toma de la mano y me hace regresar con ella cuando llega donde mí.

Esto se pondrá interesante.

CAPÍTULO 32



PAOLO

Me paso la mano por la mandíbula, tensándola mientras miro a Konstantin Romanov con el ceño fruncido. Me incomoda estar aquí más de lo necesario. No es que no respete a los Romanov, pero tampoco me caen en gracia. Hay una alianza, sí, pero mi lealtad es para Roco Barone y solo para él. Y ahora estoy aquí, explicándole por qué mi mujer me miró torturando a un hombre cuando le prometí que la mantendría lejos de todo.

Konstantin se recarga contra su escritorio con una sonrisa divertida, como si esto le pareciera una jodida broma.

—¿Cómo se te ocurrió llevar el trabajo a casa? —pregunta, mirándome como si fuera un idiota.

Resoplo, cruzándome de brazos. No necesito que él me lo recuerde.

—No estaba pensando —admito, pero antes de que pueda decir algo más, levanto una mano—. Uno de mis guardias era sospechoso, mi segundo al mando, Viktor lo escuchó hablar y decirle algo sobre un próximo golpe. Ya estaba ahí y no quería perder el tiempo llevándolo a otro lugar.

Konstantin suelta una risa baja y se inclina un poco hacia mí.

—Así que nuestro futuro socio de diamantes es un enfermo de sangre —dice—. No tenías que irte, solo no dejarte atrapar.

—¿Futuro? —levanto una ceja.

—Sabes que sí, pero no es ese el tema ahora mismo. No debiste dejarte atrapar.

Aprieto los dientes y niego con la cabeza. Maldita sea, lo sé. Pero en ese momento no pensé en Molly. No pensé en que podía despertar y encontrarme haciéndole cosas a un hombre que ningún ser humano debería ver. No de esa manera.

—Bueno, no vivo en un castillo con calabozos para torturar —me burlo, porque sé perfectamente que su hermano sí los tiene.

Konstantin sonríe más, disfrutando de la conversación como si esto fuera una noche de copas entre amigos.

—¿Por qué no? —pregunta—. Puedo arreglar eso. Considéralo un regalo de bodas.

Suelto una risa seca y niego con la cabeza.

—Joder, ustedes todos están locos.

Él se encoge de hombros con esa maldita calma de siempre.

—Te acostumbrarás.

Niego de nuevo, ya sin humor, y me alejo un paso. Esto no está ayudando. Lo único que quiero es sacar a Molly de aquí antes de que se le metan más ideas en la cabeza.

—Voy a llevarla a casa.

—Ni lo intentes —me responde Konstantin con naturalidad.

Mi expresión se endurece y lo miro directamente a los ojos.

—Es mi mujer —gruño, dejando claro que no tengo intención de discutir esto.

Konstantin alza una ceja, como si mi reacción le divirtiera aún más.

—¿Y has visto a la mía? Quiero mi cabeza y mi polla intacta, así que, si te la llevas, se cabreará. Y si ella se cabrea, yo me cabrearé por verla así. Así que relájate. Disfrutemos de la

noche y, si ella quiere irse, te la llevarás.

Aprieto los puños. No me gusta esto. No me gusta que alguien más tenga el control de la situación.

—Es. Mi. Mujer —repito, mi tono más bajo, más amenazante.

Konstantin sonríe de lado y me da una palmada en el hombro.

—Lo entiendo, sole mio —dice en italiano, burlándose de mí el muy hijo de puta.

Mis ojos se entrecierran. Sé lo que está haciendo. Me está tentando, provocando. Quiere que reaccione, que haga esto más grande de lo que debe ser. Pero lo único que quiero es a Molly fuera de este maldito lugar.

—Pero esa de ahí es la mía —continúa, señalando hacia la puerta—. Y hay algo que odio más que cualquier cosa, y es enfadar a la persona que sabe poner una bomba en tu trasero. Créeme, no querrás nada en tu culo esta noche.

Suelto un resoplido entre dientes. El hijo de puta tiene razón. Y lo sabe. Pero eso no significa que me guste.

—Más te vale que esto no se alargue demasiado —le advierto.

—Eso depende de ellas —dice, sonriendo con suficiencia—. Pero si te sirve de consuelo, yo también quiero irme. El deber llama.

Me río, sin humor. Todos sabemos qué tipo de deberes hace Konstantin Romanov.

—Entonces no me hagas perder más el tiempo.

Él solo alza su vaso en un brindis mudo y sonríe.

—Relájate, Santoro. Disfruta de la noche. Bebe algo. Pretende que no eres un cabrón con cara de querer matar a alguien cada dos segundos.

Lo ignoro. No me interesa su jodido consejo. Solo me giro y salgo del despacho. Cuanto antes encuentre a Molly, mejor. Salgo al pasillo con pasos firmes, mis ojos escaneando el lugar en busca de ella. Cruzo el vestíbulo, observando que a este lugar le falta color, el color que Molly ha puesto en todo lo que me rodea, joder. Debo estar loco para que me haga falta ver a los jodidos flamencos por todo el lugar.

Mi mandíbula sigue tensa. Entonces la veo.

Molly está al otro lado de la sala, con la esposa de Konstantin. Su expresión es ilegible, pero su postura me dice que no está cómoda cuando siente mi presencia. Me abro paso sin apartar la mirada, ignorando todo lo demás. Cuando llego a su lado, ella alza la mirada y nuestros ojos se encuentran. Hay algo en ellos, algo que me parte el jodido pecho.

—Hola —digo, bajo y firme.

La esposa de Konstantin se pone en guardia, esperando la reacción de mi mujer, pero no me importa.

—¿Estás lista para irte? —le digo, rogándo que me diga que sí.

Molly parpadea, duda un segundo. Pero entonces, para mi jodida frustración, sacude la cabeza.

—No. Me quedaré un poco más.

Mi sangre hierve. La miro fijamente, intentando descifrar qué demonios está pasando por su cabeza. Pero ella ya apartó la mirada.

Konstantin, el muy cabrón, tenía razón. Esto no será tan fácil como pensaba.

…

La risa de Molly llena la habitación, ligera, sincera. Suena jodidamente bien, pero me molesta que no sea por algo que yo haya hecho.

Está sentada en el sofá con el bebé en brazos, acunándolo contra su pecho con una

facilidad que me sorprende. Kian le sonríe y ella le devuelve el gesto con una dulzura que no sabía que podía tener. Sus dedos rozan la pequeña mejilla del niño, su nariz se arruga cuando él intenta atraparla con sus diminutas manos.

Y yo… yo estoy sentado al otro lado de la habitación, mirándola como un imbécil.

—¿Cuándo me sonreirás así a mí? —las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

Molly levanta la mirada y sus labios se curvan en una sonrisa burlona.

—Cuando uses pañales —responde con una facilidad irritante.

Konstantin se ríe bajo y Gema suelta una carcajada abierta. Hasta el bebé parece disfrutar de mi humillación. Aprieto la mandíbula y me hundo un poco más en el sofá. No me gusta sentirme así. No me gusta que ella pueda hacerme sentir de esta manera sin siquiera intentarlo.

Gema, aún sonriendo, se levanta y camina hasta la televisión.

—Es noche de películas —anuncia, buscando entre la selección de Konstantin.

No me sorprende que la primera que elija sea Mujer Bonita. Ya sé que es la favorita de Molly también porque la he visto verla más veces de las que puedo contar. Pero Gema pone algunas otras, como si supiera que yo voy a estar ahí todo el tiempo, observando a mi mujer en lugar de prestarle atención a la pantalla.

Ella se acomoda en el sofá, con las piernas cruzadas bajo su cuerpo, y se envuelve en una manta que Gema le lanza. Kian sigue en sus brazos, cada vez más dormido. Mientras la pareja en el otro extremo disfrutan de mi humilacción bajo la manta y riéndose entre ellos.

La noche avanza con una calma que no me gusta. Gema trae bocadillos, se sienta cerca de Konstantin, pero yo no me muevo. No toco nada. No aparto la vista de Molly.

Después de un rato, Molly se estira y mira al bebé, ahora completamente dormido.

—Lo llevaré a su cuarto —murmura, levantándose con cuidado.

—Gracias, Molly—le dice una Gema apunto de quedarse dormida en el hombro de su marido.

Mi mirada regresa a mi mujer. Y entonces la veo. Realmente la veo.

La forma en que sostiene al bebé, la suavidad con la que lo acuna contra su pecho. Su ropa es holgada como si fuera lo primero que encontró para ponerse y correr, su cabello rubio desordenado, sin esfuerzo, sin preocupación. Está ahí, de pie, con un niño en brazos, y algo en mi pecho se aprieta de una forma que no entiendo.

Nunca la había admirado tanto. Nunca la había visto tan hermosa.

La sigo con la mirada mientras desaparece por el pasillo, y cuando regresa, sus ojos se encuentran con los míos.

—Estoy lista para ir a casa —dice simplemente con un hilo de voz.

No lo pienso dos veces.

Nos despedimos y salimos de la casa de Konstantin. Durante el trayecto en auto, ella no dice nada. Apoya la cabeza contra la ventana y, antes de que pueda siquiera intentar hablarle, ya está dormida. Cuando llegamos a la mansión, no me bajo de inmediato. Me quedo ahí, con las manos en el volante, observándola dormir. Sus pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, su respiración es tranquila. Relajada.

No quiero despertarla.

Así que la saco en mis brazos y la llevo escaleras arriba. Ella se mueve apenas cuando cruzo el umbral de mi habitación.

—Este no es mi hogar… —murmura adormilada.

Presiono los labios contra su frente antes de responder:

—Mi cama lo es.
Y no la dejo ir.

CAPÍTULO 33



MOLLY

Despierto sintiéndome… nueva. Ligera. Como si anoche algo dentro de mí hubiera cambiado sin darme cuenta. Me estiro bajo las sábanas, disfrutando de la calidez de la cama antes de obligarme a salir para tomar una ducha. Minutos después, estoy lista para preparar el desayuno, para empezar el día con algo bueno después de todo lo que ha pasado.

Pero lo que me encuentro al llegar a la cocina me deja completamente sorprendida.

Paolo está ahí.

De espaldas a mí, con las mangas de su camisa arremangadas y el cabello un poco desordenado. Se mueve entre los fogones con una concentración que no esperaba de él, como si esto fuera tan importante como cualquiera de sus negocios sucios.

Entonces se gira y me mira, una leve sonrisa jugando en sus labios.

—Buenos días, vita. Espero que estés hambrienta.

Su voz es baja, casi cautelosa. Hay tensión en el aire, nervios de su parte, de la mía. Pero también veo algo más en sus ojos oscuros. Algo que me desarma. Está intentando disculparse. A su manera. No por torturar a un hombre—sé que nunca se disculparía por eso—, pero sí por haberme dejado ver lo que hacía.

Me acerco con lentitud y miro la mesa. Hay huevos, tocino, jamón y hasta pasta. Todo dispuesto con un esfuerzo torpe pero genuino. Y entonces noto algo en la encimera.

Una tablet.

No es mía.

La pantalla está pausada en uno de mis videos de cocina, uno donde explico exactamente cómo preparar el desayuno perfecto.

Se me hace un nudo en la garganta.

Él… él estaba siguiendo una de mis recetas.

Las lágrimas llegan sin previo aviso, ardientes y pesadas. No puedo contenerlas. Paolo frunce el ceño de inmediato, dejando todo a un lado.

—Oh, no. ¿Lo hice mal?

Sacudo la cabeza rápidamente, limpiándome el rostro con el dorso de la mano.

—No, idiota… todo lo contrario. —mi voz se quiebra. Intento contener las lágrimas, pero es imposible detenerlas cuando ya están por toda mi cara—. Lo estás haciendo bien. No esperé… yo no esperé que hicieras algo como esto para mí nunca. De hecho nadie cercano ha cocinado para mí antes.

Algo en su expresión cambia. Se acerca y me rodea con sus brazos, atrayéndome contra su pecho.

—Vita mia… —su aliento acaricia mi cabello, su voz es un susurro lleno de algo que no alcanzo a entender—. Soy tu fan, soy tu esposo… y soy un idiota, perdóname.

Cierro los ojos con fuerza.

—No voy a disculparme por castigar a un traidor —continúa, con ese tono bajo y áspero —. Solo lamento que me hayas visto hacerlo.

Trago saliva, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Yo no…

Pero Paolo se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos, su expresión endureciéndose.

—Lo merezco. Merezco que me mires con asco. Soy un hombre despreciable, nunca pretendí ser un hombre diferente, Molly, estoy lejos de merecerte.

Algo dentro de mí se revuelve con desesperación ante su confesión.

No.

Llevo mis manos a su rostro, sosteniéndolo con firmeza, obligándolo a verme.

—No eres despreciable —mi pulgar acaricia su mejilla—. Eres un hombre maravilloso y yo… yo me estoy enamorando de ti, Paolo.

Él se congela.

Su mirada se oscurece y todo su cuerpo se tensa como si acabara de recibir un golpe directo en el pecho. Por un momento, creo que se alejará. Que dirá algo que lo arruinará todo.

Pero entonces me besa. Con un hambre brutal, como si hubiera estado conteniéndose por demasiado tiempo. Sus manos me sujetan con desesperación, con una intensidad que me roba el aliento. Cuando finalmente se separa, sus labios rozan los míos y su voz sale en un murmullo ronco.

—No sé lo que es estar enamorado, Molly Santoro.

Me mira con algo crudo, algo desgarradoramente sincero.

—Pero lo que siento por ti… va más allá de cualquier palabra que el ser humano haya inventado. No hay un término que lo abarque. No hay lenguaje que pueda explicarlo. Solo sé que es real. Y que eres tú.

Mi corazón late con tanta fuerza que me cuesta respirar.

Y antes de poder decir nada más, él vuelve a besarme. Llevandome esta vez al otro extremo del meson, donde no hay comida exparcida y veo un deseo en sus ojos como nunca antes.

Me saca el vestido por encima de la cabeza y de un tirón, sus dedos apartan la tela que me cubre, acercándome aún más a él. Su mano se enrosca en mi cabello, tirando suavemente, y mi espalda se arquea en respuesta, como si mi cuerpo buscara instintivamente el suyo.

—Te dije que no te atrevieras a correr lejos de mí —dice con voz grave, y mis ojos, temblorosos, buscan los suyos en el reflejo frente a nosotros.

Sus pupilas brillan con intensidad, atrapándome, como si no existiera nada más en el mundo.

—Yo no… —susurro, mi voz apenas un hilo de aire, mientras todo mi ser tiembla bajo su toque.

Su polla entra sin previo aviso y grito, pero Paolo cubre mi boca con su mano y ahogo otro grito en ella cuando sale y vuelve a entrar.

—Estas son las consecuencias de que corras, *Vita* —dice, sus palabras suaves, pero con una firmeza que hace que mi respiración se detenga por un instante.

El mundo a nuestro alrededor parece desvanecerse. Solo somos nosotros y el brillo del sol filtrándose por las cortinas a lo lejos, que bailan en el cristal, envolviéndonos en un juego de sombras y destellos. Cada movimiento suyo está cargado de precisión y propósito, como si supiera exactamente cómo desarmarme, cómo moldear cada parte de mí a su voluntad.

De repente, su mano se desliza hacia mi cuello, sujetándolo con firmeza. La presión es medida, intencional, lo justo para hacer que el aire se vuelva escaso por un momento, una chispa que incendia mis sentidos. Mi corazón late frenético, pero no de miedo, sino de esa sensación abrumadora que borra cualquier pensamiento.

—Confía en mí —susurra contra mi oído, su voz baja y cargada de intención sin dejar de

moverse de adentro hacia afuera.

La presión de su mano aumenta levemente, sincronizada con sus movimientos. Mis ojos se abren de par en par, atrapados en la intensidad del momento. La sensación me lleva al borde, una mezcla de control y entrega absoluta, mientras mi respiración corta amplifica todo lo que siento.

Lo miro, y en sus ojos hay algo salvaje pero calculado, una conexión que solo nosotros entendemos. Él sabe exactamente cuándo soltarme, cuándo aflojar la presión, y en ese instante, el alivio y el clímax me golpean con una fuerza devastadora.

—Buena chica—acelera sus embestidas hasta que se corre dentro de mí con un gruñido.

Mi cuerpo tiembla, y una risa grave, casi triunfal, escapa de sus labios mientras me sostiene firme, como si supiera que no podría mantenerme con los ojos abiertos por mucho tiempo.

Eso fue intenso.

—Eres mía —gruñe al oído, su voz un eco grave que resuena en mi interior—. Solo mía. Y no vuelvas a correr. Nunca, Molly Santoro, nunca.

Lo he entendido, sé que me ha reclamado por completo, y aunque el mundo a nuestro alrededor sigue girando, en mi mente no existe nada más que el latido acompasado de mi corazón y la certeza de que, con él, todo está al límite, pero extrañamente, todo está bien.

…

Me inclino un poco hacia él, porque aunque sus manos se han detenido en mi espalda, siento su tensión recorriendo el aire. Paolo no dice nada al principio, pero su mandíbula está tan apretada que temo que sus dientes puedan romperse.

—Mañana es el desfile—repito, como si eso fuera a ayudar a aliviar lo que claramente está pasando por su mente. No lo hace.

—Solo tienes que pedírmelo, Molly—dice en un tono bajo, cargado de amenaza, pero no hacia mí. Lo conozco lo suficiente como para saber que el peligro está dirigido a cualquiera que me mire demasiado tiempo mañana.

Sus palabras me sacan una sonrisa. Él siempre tiene una forma dramática y posesiva de abordar las cosas.

—Será el último, lo prometo—añado, suavizando mi voz, esperando que eso desactive la bomba que claramente se está formando dentro de él.

Pero no funciona.

—¿Cuántos hombres estarán ahí? —pregunta, girándome lentamente para que lo mire de frente. Sus ojos azules me estudian como si estuviera intentando descifrar un misterio imposible.

—No lo sé. Los que asistan al evento, supongo.

—¿Cuántos de ellos pensarán que tienen derecho a mirarte como si fueras algo que pueden tocar? —continúa, ignorando por completo mi tono despreocupado.

—Es un desfile, Paolo. La gente está ahí para mirar. Es el punto—digo, cruzándome de brazos, sentandome frente a él. Se mete en medio de mis piernas y observa mi desnudez como si fuera la primera vez.

—Ese es exactamente el problema—gruñe, y su mano sube a mi mejilla—. No quiero que nadie te mire como yo lo hago.

—Eso es un poco irracional—me burlo suavemente, aunque sé que no debería, porque está al borde de perder el control.

—No es irracional si tengo razón—me responde, y hay un brillo oscuro en sus ojos que me hace preguntarme si está considerando realmente llevarse a algún hombre por delante

mañana.

Suelto un suspiro, llevando mis manos a su rostro, obligándolo a centrarse en mí.

—Paolo, este siempre ha sido mi trabajo. Lo he hecho toda mi vida. Tú sabías en lo que te estabas metiendo cuando te casaste conmigo ¿O vas a decirme que no has visto mis fotos?

—Sabía que me casé con una mujer demasiado hermosa para este maldito mundo. Eso no significa que tenga que estar feliz de compartirla con cualquiera—se inclina hacia mí, su voz casi un susurro grave—. Dime que no quieres hacerlo, Molly, y yo me encargaré de que nunca tengas que volver a subirte a esa pasarela.

Me río, pero mi risa está cargada de nervios.

—¿Qué harías, Paolo? ¿Comprarías la agencia de mi madre?

Él no responde. Pero la forma en la que su mirada se endurece me dice que acaba de considerar esa posibilidad seriamente.

—¡Oh, por favor! —exclamo, apartándome lo justo para poder cruzar los brazos otra vez —. No puedes simplemente comprar a todos los que no te gustan.

—Claro que puedo. Tengo dinero.

—Eso no es lo que quise decir y lo sabes—le respondo, pero mis labios luchan por no formar una sonrisa.

Hay un silencio tenso entre nosotros, y me doy cuenta de que Paolo no se está tomando esto como una broma.

—Escucha—le digo, intentando sonar razonable—. Mañana será el último. Lo prometo. Después de eso, no más desfiles. Pero necesito que confíes en mí y, por favor, no asustes a nadie.

Él me observa como si le estuviera pidiendo que dejara de respirar.

—No prometo nada si alguien se pasa de la raya—responde finalmente, aunque su tono sugiere que está haciendo un esfuerzo monumental por controlarse.

—¿Puedes al menos intentar no parecer que vas a matar a alguien?

—No si ellos intentan algo.

Ruedo los ojos y me acerco, colocando mis manos en su pecho.

—Eres imposible.

—Y tú eres mi esposa. Eso significa que eres mía, Molly. Mía y de nadie más.

—Lo sé, Paolo. Lo sé—susurro, y aunque quiero mantenerme seria, una parte de mí se derrite por lo ridículamente posesivo que puede ser.

Me inclino para besarlo suavemente, y siento cómo su rigidez comienza a derretirse. Solo un poco.

—¿Prometes no causar una escena?—le pregunto contra sus labios.

—Prometo... intentarlo. Pero no puedo controlar lo que haré si alguien no mantiene sus ojos en el lugar correcto.

Suspiro, sabiendo que eso es lo mejor que voy a conseguir de él.

CAPÍTULO 34



MOLLY

El salón es una obra de arte en sí misma, nada que envidiar a los desfiles de Victoria Secret al estilo italiano, diseñado para deslumbrar. Arañas de cristal cuelgan como joyas del techo, y los reflejos de las luces juegan con las superficies doradas de las paredes. La música de fondo, un suave ritmo electrónico, marca el compás de los pasos de las modelos. Los murmullos de la élite que llena las primeras filas se mezclan con el clic constante de las cámaras, cada uno capturando la esencia de la nueva colección Valentini.

Mi madre.

Siempre me sentí orgullosa de ella, pero así como todo aquí, era solo eso, una fachada, el escape que le brindó mi padre mientrás él se encargaba de quedarse con las ganancias y perderlas en inversiones para lograr ser parte de la Cosa Nostra en alto rango. Lo entendí tarde y el daño ya estaba hecho. Es un espectáculo de opulencia, elegancia... y tensión contenida, al menos para mí.

Estoy en bastidores, preparándome para mi turno. El aire está cargado de perfume caro y adrenalina. Mi vestido de seda negra, diseñado para cubrir más piel de lo habitual en esta colección de lencería, se siente como una armadura ligera, si salgo ahí enseñando demasiado frente a mi marido, sé que le dará un infarto. Mis manos tiemblan un poco al acomodar los tirantes, pero respiro hondo. Es el último desfile. Después de esto, cumpliré mi promesa a Paolo. Aunque, considerando cómo me miró anoche al mencionarlo, probablemente ya esté al borde de un colapso solo por estar aquí.

—Molly, estás perfecta. —una estilista da los últimos retoques a mi cabello, sus manos rápidas y expertas—. Lista para brillar.

Asiento con una sonrisa nerviosa, ajustando mi postura. Pero por dentro no puedo dejar de pensar en él. Paolo. Sé que está ahí, sentado en la primera fila, probablemente conteniendo el impulso de arrancar la pasarela y llevársela conmigo incluida.

—Te toca, Molly. —mi madre me indica con un gesto, y mi corazón da un salto.

Camino hacia el borde del escenario, el zumbido de la música creciendo en mis oídos. La pasarela está iluminada como un sueño, y al dar mis primeros pasos, la sala parece contener la respiración. Mi mirada escanea al público y ahí está él. Paolo.

Vestido con un traje negro impecable, su presencia destaca incluso entre la multitud de hombres y mujeres poderosos. Está sentado, pero su postura rígida, con las manos entrelazadas y los ojos clavados en mí, lo traiciona. Su mandíbula está tan apretada que temo que pueda romper un diente. Pero también hay algo más en su mirada, algo que me hace sentir hermosa y peligrosa al mismo tiempo.

No puedo evitarlo. Le sonrío, una sonrisa destinada solo a él. Y, como si quisiera provocarlo más, le lanzo un beso al aire. Lo veo tensarse, su expresión oscila entre la furia y el deseo. Pero entonces, contra todo pronóstico, Paolo se pone de pie y aplaude. No como los demás, con entusiasmo mecánico. Lo hace con una intensidad que me roba el aliento. Mi padre, sentado a su lado, lo sigue, su sonrisa cálida y orgullosa contrastando con la mirada abrasadora de mi esposo.


EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA

Justo cuando pienso que puedo relajarme, el mundo explota.

Como siempre lo hace cuando solo quiero ser feliz.

Un disparo resuena por el salón, como un trueno rompiendo la armonía. La música se corta de golpe, y por un momento todo es un caos silencioso. Luego, los gritos comienzan. Las modelos detrás de mí corren hacia los bastidores, el pánico extendiéndose como un incendio. El público se levanta de sus asientos, algunos agachándose, otros buscando desesperadamente las salidas.

—¡Molly! —Escucho su voz incluso entre el tumulto. Paolo.

Me quedo congelada por un segundo, mi corazón latiendo con tanta fuerza que duele. Pero en cuanto lo veo abrirse paso entre la multitud, moviéndose con una determinación implacable, mis piernas reaccionan por instinto. Corro hacia el borde de la pasarela, los tacones tambaleándose bajo mis pies, pero no me detengo. Necesito llegar a él.

Cuando finalmente me alcanza, sus brazos me rodean con tanta fuerza que casi me corta la respiración.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? —me pregunta, sus manos recorriendo mi cuerpo, revisándome como si pudiera romperme en cualquier momento, se quita su chaqueta y me coloca, su calor cubriendome enseguida.

—Estoy bien —logro decir, aunque mi voz tiembla.

Otro disparo retumba, más cercano esta vez. Paolo se gira hacia la dirección del ruido, su cuerpo tensándose como el de un depredador al acecho, y veo que ya tiene su arma en la mano. El movimiento es fluido, sin vacilaciones, como si fuera parte de él. Antes de que pueda procesarlo, apunta y dispara. Veo a Viktor a lo lejos, cubriéndonos.

De repente, me empuja hacia alguien detrás de mí. Antonio.

—Sácala de aquí —le ordena, su tono autoritario dejando claro que no está dispuesto a discutir.

—Paolo, ¡no! —intento detenerlo, pero ya está caminando hacia el caos, su postura erguida, su figura oscura y amenazante como una sombra imponente.

Antonio me toma de los hombros, girándome hacia la salida.

—Confía en él, Molly. —su voz es calmada, pero sus ojos están llenos de preocupación —. Tu esposo sabe lo que hace.

—Ese es precisamente el problema —murmuro mientras dejo que me guíe, aunque cada fibra de mi ser quiere correr tras Paolo y es lo que hago.

—¡Molly! —me grita, pero yo ya estoy tomando su otra arma en su cintura.

—No me quedaré a ver esta vez.

El salón se convierte en un caos controlado mientras los guardias de seguridad intentan evacuar a los asistentes. Y, por primera vez, entiendo lo que significa estar casada con un hombre como Paolo Santoro. Es aterrador, pero también es increíblemente hermoso en su propia forma devastadora. Porque, pase lo que pase, sé que él no permitirá que nada ni nadie me toque.

El eco del disparo me sacude y, un instante después, un hombre encapuchado cae al suelo, su arma resbalando de sus manos inertes. No me sorprende —no después de todo lo que sé de Paolo—, pero mi cuerpo reacciona de una manera diferente esta vez. Mi corazón late tan rápido que siento que va a explotar, y una oleada de miedo mezclada con una extraña y retorcida admiración recorre mis venas.

—¡Al suelo! —grita Paolo, su voz cortante como un látigo.

Mi cuerpo obedece antes de que mi mente pueda procesar sus palabras. Me cubro tras una de las filas de sillas, junto a otras personas que se agachan, temblando y llorando. Pero mi

atención está fija en él. Paolo no se esconde. Avanza, su postura recta y desafiante, como si fuera inmune a las balas que ahora surcan el aire.

—¡Paolo! —grito, mi voz rompiendo entre el caos, pero él no me escucha.

Otro encapuchado aparece al final de la pasarela, levantando su arma, pero Paolo es más rápido. Otro disparo. El hombre cae hacia atrás, derribando un reflector que se estrella contra el suelo, llenando la sala de chispas. El lugar ahora ya está lleno con los hombres de Paolo, los reconozco al ver sus trajes. El grito de la multitud aumenta, mezclándose con los pasos apresurados y el sonido de cosas cayendo.

Entonces, como si fueran fantasmas apareciendo de entre las sombras, dos hombres más emergen desde lados opuestos del salón. Ambos llevan rifles, y uno de ellos apunta directamente hacia Paolo.

—¡Cuidado! —grito, pero no sé si me escucha.

Él se lanza hacia un costado, rodando con una agilidad que no debería ser posible para alguien de su tamaño. Desde su posición en el suelo, dispara dos veces. La primera bala atraviesa la pierna de uno de los hombres, que cae con un grito ahogado. La segunda impacta en el pecho del otro, quien suelta su arma mientras su cuerpo se desploma pesadamente. El salón está hecho un caos. Cristales rotos cubren el suelo como lluvia de esquirlas, y el olor a pólvora comienza a llenar el aire. Las luces parpadean, y las sombras de los asistentes corren en todas direcciones, como animales intentando escapar de una trampa.

Paolo se levanta, su mirada evaluando rápidamente el lugar. Su rostro es una máscara de concentración fría, pero puedo ver algo más en sus ojos. Furia. Esa furia helada que he aprendido a reconocer, la que solo aparece cuando siente que algo que le pertenece está en peligro. Uno de los hombres heridos intenta alcanzar su arma, pero Paolo se adelanta y la patea fuera de su alcance. Sin dudar, lo inmoviliza con un pie sobre el pecho y apunta su arma directamente a la cabeza del hombre.

—¿Quién los envió? —gruñe, su voz baja pero cargada de una amenaza mortal.

El hombre no responde, pero su mirada nerviosa delata que está más asustado de Paolo que del destino que le espera.

—¡Paolo! —logro gritar, incapaz de quedarme quieta por más tiempo.

Mis palabras parecen llegar a él esta vez. Se gira hacia mí, su rostro endurecido por la tensión.

—Molly, quédate ahí. No te muevas. —su tono no es negociable, pero me duele quedarme apartada mientras todo esto sucede.

Detrás de él, otro encapuchado se acerca sigilosamente, levantando una pistola hacia su espalda. Esta vez, no puedo contenerme. Me levanto y corro hacia él, esquivando sillas volcadas y cristales rotos.

Sin pensar, alzo mi mano con el arma en ella. La levanto, mis dedos temblando, y apunto al hombre. Mi corazón late con tal fuerza que puedo escucharlo en mis oídos, y apenas me doy cuenta de que estoy apretando el gatillo hasta que el estruendo del disparo rompe el aire.

El impacto lo hace retroceder, y cae. Su arma se tambalea en su mano, y en ese instante mi mente entra en blanco. Mis manos tiemblan violentamente, y la pistola resbala entre mis dedos, cayendo al suelo.

—Yo acabo de... Yo... —mi voz es un susurro, quebrándose mientras retrocedo un paso. Mis piernas tiemblan tanto que siento que voy a caer.

Paolo se da vuelta rápidamente, sus ojos evaluando la situación en un segundo. Ve al hombre herido, sin moverse ahora. Sin dudar, Paolo apunta su pistola y dispara un solo tiro en su

frente. El sonido es definitivo. Paolo guarda su arma con un movimiento controlado y me mira.

—No, Molly. Yo lo hice. —su tono es firme, sin permitir discusión.

Lo miro con los ojos llenos de lágrimas, mi respiración entrecortada. Todo mi cuerpo tiembla, y siento que el mundo a mi alrededor se ha vuelto irreal, como si estuviera atrapada en una pesadilla. Paolo da un paso hacia mí, sus manos fuertes sujetando mis brazos para estabilizarme. Sus ojos, normalmente duros y calculadores, están llenos de una mezcla de preocupación y algo más... ternura.

—¿Me escuchas, Vita? —dice, su voz baja y calmada, como si estuviera hablando con un animal asustado—. No fuiste tú. Yo me encargué.

—Él iba a ... hacerte daño—las palabras apenas salen de mis labios, y las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas.

—Molly, mírame. —sus manos suben hasta mi rostro, sosteniéndolo para que lo mire directamente a los ojos—. No te atormentes con esto. No fue tu culpa. Nunca lo será.

Sus palabras chocan contra mi mente como una ola que no logra penetrar completamente, pero hay algo en su tono, en la forma en que me mira, que me hace aferrarme a él como a un ancla en medio de un mar turbulento.

—No sabía que podía... —balbuceo, mi voz rota por el miedo y el remordimiento—. No sabía que era capaz de hacer eso.

—No lo eres. —su respuesta es rápida, enfática—. Hiciste lo que creíste necesario, para protegerme, siempre te estaré agradecido.

Me abrazo a él, mis manos aferrándose a su camisa mientras las lágrimas continúan fluyendo. Paolo me envuelve en sus brazos, sus manos recorriendo mi espalda en un intento de calmarme.

—No quiero que nada malo te pase... —susurro contra su pecho.

Él se inclina y coloca su frente contra la mía, su aliento cálido contra mi piel.

—Estamos bien, Molly. —su voz es suave, pero hay una determinación implacable en ella—No eres como yo, no eres un monstruo. Porque eres tú quien me mantiene cuerdo.

Me aferro a esas palabras como si fueran mi salvavidas, permitiéndome respirar un poco más profundo. Pero, aunque él lo niegue, no puedo evitar sentir que algo dentro de mí cambió en ese momento, y no estoy segura de si podré volver a ser la misma.

Ahora. Sus hombres se encargan de barrer todo el lugar, parece que todo está controlado ahora, yo sigo aferrada a Paolo.

—No quiero perderte.

Por un momento, su rostro se suaviza, y puedo ver al hombre debajo de la fachada impenetrable.

—No me perderás, *Vita mia.* —su voz es más suave ahora, pero sigue cargada de determinación—. Pero no dejaré que te pongas en peligro otra vez.

Antes de que pueda responder, se escucha el sonido de sirenas acercándose. La policía y los guardaespaldas entran al salón, asegurando la zona y deteniendo a los hombres que quedan. Paolo me envuelve en sus brazos, y por primera vez desde que comenzó el caos, siento que puedo respirar de nuevo.

—Llévala a casa—le gruñe Paolo a Antonio y atisbo algo más que una orden en la mirada.

—Paolo…—intento protestar.

—Estaré ahí pronto, Molly. Me encargaré de esto y regresaré contigo—me abraza y besa mi cabeza—no puedo hacer esto contigo aquí, por favor, ve a casa y esperame ahí.

—Está bien.

Me suelto de él y Paolo me abraza más a su chaqueta que me llega casi a las rodillas. Lo veo mientras lo hace, su cejo fruncido, esa mirada pesada, ahí está de nuevo y sé que su mente está a mil por hora, porque sabe o al menos tiene una idea de quién pudo haber hecho esto.

De nuevo. Siento miedo.

—Vamos, Molly—dice Antonio y Paolo gruñe.

—Es la señora Santoro para ti, no lo olvides.

¿Qué le sucede?

Sin más, me dejo guiar por Antonio y dejó todo el caos atrás.

Pero una cosa es segura: este desfile será recordado no por la moda, sino por el caos que Paolo enfrentó con una ferocidad que nunca olvidaré. Y yo solo puedo sentir algo que no dije en voz alta.

Miedo.

CAPÍTULO 35



PAOLO

De nuevo. Está pasando. Observo los cuerpos esparcidos en el suelo, la sangre formando charcos que se extienden lentamente sobre el mármol pulido. El caos se ha disipado, dejando tras de sí un silencio espeso que casi ahoga. He manejado a la policía; se aseguraron de que esto se registre como un ataque al azar, un golpe mal planeado contra la élite.

La élite. Me rio por lo bajo mientras paso por encima de un cadáver, mis zapatos marcando las manchas rojas en el suelo. Los Valentini no son la jodida élite. Si no fuera por mí, por mi dinero, por mi protección, estarían viviendo en un barrio cualquiera, apenas sobreviviendo.

Roco aparece a mi lado, su presencia llama la atención de algunos como siempre. Se acerca, su mirada recorriendo la escena antes de dirigirse a mí.

—¿Sabes quién lo hizo? —pregunta con calma, pero hay una sombra de impaciencia en su voz.

No necesito pensar demasiado. Mi mandíbula se tensa mientras respondo.

—Gabrielle Belucci.

Roco inclina ligeramente la cabeza, evaluando mis palabras.

—¿Estás seguro?

—También podría ser Carmine. —Dejo caer el nombre con indiferencia, como si no importara.

Roco suelta una risa seca, pero no hay humor en ella.

—¿Por qué siguen vivos? —pregunta, y su tono sugiere que la respuesta que le dé determinará cuánto respeto conservaré frente a él.

Miro los cuerpos de los guardias que no lograron sobrevivir y me obligo a controlar el hervidero en mi interior.

—Creo que se esconden juntos. —mi voz es cortante, fría.

Roco asiente, como si esa respuesta satisficiera su razonamiento.

—Tiene sentido. Uno quiere vengarse de ti y el otro de tu esposa.

Su comentario me arranca una sonrisa amarga.

—Quizá no sea a mi esposa. —lanzo la frase al aire, sin apartar la mirada de los padres de Molly, que están al otro lado de la sala. Ambos lucen conmocionados, como si el espectáculo que han presenciado fuera más de lo que sus delicados nervios podían soportar. Pero yo sé mejor. No son tan inocentes como quieren parecer.

—¿Sus padres? —Roco arquea una ceja y deja escapar un leve suspiro antes de añadir con tono casual—. Dime algo, Santoro. ¿Qué le diste a Valentini para casarte con su hija? Ella nunca estuvo disponible.

Mis puños se cierran.

—Eso es asunto mío.

Roco me estudia por un momento, sus ojos buscando algo en los míos, algún indicio de debilidad que pueda explotar.

—¿Lo sabe ella?

—No.

Su asentimiento es lento, casi como si estuviera disfrutando de mi reacción contenida. Pero sus siguientes palabras son las que casi me hacen perder lo poco que me queda de juicio.

—Pronto sabrás lo que es el verdadero matrimonio, entonces.

Mi visión se nubla por un instante. Si no fuera por el respeto que le debo, por las reglas que todos seguimos, Roco ya estaría muerto en el suelo, otro cuerpo más entre los que estoy dispuesto a pisotear para proteger lo que es mío.

Me acerco a él, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que estoy lo suficientemente cerca como para que entienda que no me interesa si es el don o el diablo en persona.

—Roco... —mi tono es bajo, apenas un susurro, pero está cargado de amenaza—. Espero que lo que quieras decirme a continuación sea útil. De lo contrario, la paciencia que me queda podría agotarse.

Roco sonríe, como si le divirtiera mi reacción, pero se aleja un paso, levantando las manos en un gesto de paz.

—Solo digo que el matrimonio es... complicado. Especialmente cuando está construido sobre secretos.

Mis dientes rechinan, pero no le doy la satisfacción de responder. En cambio, mi mirada vuelve a los Valentini, especialmente al rostro de Molly en mi mente, que nisiquiera fue consolada por su madre. Lo que sea que haya pasado aquí, lo que sea que venga después, sé una cosa con certeza: no voy a dejar que nadie toque lo que es mío. Y si tengo que quemar el mundo entero para protegerla, lo haré.

CAPÍTULO 36



PAOLO

Tiempo atrás
El Trato

Ese día está grabado en mi memoria como una marca en la piel, imborrable. Recuerdo cómo el despacho de Valentini olía a tabaco caro y madera vieja, una mezcla que intentaba aparentar elegancia, pero no podía ocultar el hedor a desesperación que se filtraba por cada rincón.

Cuando entré, Valentini estaba sentado detrás de su escritorio, con el ceño fruncido, pero intentando mantener una máscara de autoridad que se desmoronó en cuanto crucé la puerta. No se trataba de un hombre, sino de una sombra de uno, alguien que había jugado demasiado con el fuego sin darse cuenta de que ya estaba rodeado de llamas.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Santoro? —me preguntó con una voz que pretendía ser cordial, pero temblaba ligeramente.

Caminé hacia su escritorio, ignorando la silla que me ofrecía. No estaba ahí para una charla casual, y él lo sabía. Coloqué los papeles frente a él con un golpe seco, dejando que el eco llenara la habitación.

—Ahorrémonos la hipocresía, Valentini. Quiero casarme con tu hija.

Su reacción fue casi cómica. Sus ojos se abrieron como platos, y su boca se movió sin emitir sonido alguno durante un segundo eterno. Finalmente, logró balbucear:

—¿Disculpe?

Lo interrumpí antes de que pudiera recuperar la compostura, señalando los documentos que acababa de lanzar sobre su escritorio.

—¿Sabes qué es eso? —dije, mi tono afilado como una navaja.

Él tomó los papeles con manos temblorosas, su rostro palideciendo con cada página que pasaba.

—Es la prueba de que has estado robando a tus socios para hacer crecer tu capital y seguir invirtiendo en la Cosa Nostra. Todo para intentar asegurarte un puesto importante.

Él abrió la boca para protestar, pero levanté una mano, cortándolo en seco.

—No te daré un puesto importante, Valentini, pero sí puedo ofrecerte algo mejor: dinero. Suficiente para que sigas lavando tus ganancias y mantengas a tus socios contentos, a cambio de una sola cosa: tu bendición para que me case con tu hija.

El impacto de mis palabras fue inmediato. Lo vi tragar saliva con dificultad, su fachada de hombre poderoso desmoronándose ante mis ojos.

—Pero... esto es... —intentó protestar, pero su voz era apenas un susurro.

Me incliné sobre el escritorio, acercándome lo suficiente como para que pudiera ver la seriedad en mis ojos.

—Si no aceptas, te quitaré lo poco que te queda. Tus números están en rojo, Valentini. Estás al borde de la quiebra, y no solo eso: también la compañía de moda de tu mujer está colapsando. He visto los números, he visto el desfalco que has hecho. Y dudo mucho que ella lo sepa. Porque si lo supiera, no estarías vivo... ¿me equivoco?

El silencio que siguió fue ensordecedor. Valentini palideció aún más, su respiración

acelerándose mientras las palabras se hundían en él como dagas.

—No es personal —añadí con un tono casi despreocupado, dándole un respiro que sabía que no merecía—, pero sé identificar hombres como tú. Puede que no seas un peligro para mí, pero lo eres para esa linda rubia que tienes por hija. Tus enemigos podrían cobrárselas con ella. Yo, en cambio, estoy aquí para lo contrario. Para protegerla.

Valentini me miró, su mente trabajando frenéticamente, buscando una salida que no existía. Sabía que lo tenía acorralado, y no iba a desperdiciar esta oportunidad.

—¿De cuánto estamos hablando, señor Santoro? —preguntó finalmente, su voz apenas un murmullo.

Le sonreí, disfrutando del momento, y saqué un cheque en blanco de mi chaqueta, arrojándoselo sobre el escritorio.

—Llena la cantidad que creas que vale tu hija, Valentini.

Tomó el cheque con manos temblorosas y, tras unos segundos de vacilación, escribió algo con un lápiz que tenía a un lado. Cuando lo vi, no pude evitar reírme por dentro.

—500 millones. —lo dijo con un tono casi desafiante al entregármelo, como si esa cifra pudiera intimidarme.

Hijo de puta. Para mí, esa cantidad no era más que un número en un papel, una insignificancia. Pero para él, para Valentini, era el precio que le ponía a su propia hija.

Tomé el cheque, lo firmé sin siquiera pestañear y se lo devolví.

—Esto no es nada, Valentini —le dije mientras lo veía guardarlo apresuradamente—. Pero para ti, esto es todo. Espero que lo valores, porque si no, también puedo quitártelo todo con la misma facilidad con la que te lo acabo de dar.

Me giré para salir del despacho, pero antes de cruzar la puerta, me detuve y lo miré por encima del hombro.

—Arregla todo para que la boda sea pronto. Y recuerda, Valentini: si algo le pasa a tu hija o si se entera de este trato, no habrá dinero en el mundo que pueda salvarte. ¿Dónde está ella por cierto?

—Eh…creo que, saldrá a buscar un regalo para su madre. En su joyería.

Mi joyería. Ella tiene buenos gustos. Un plan perfecto para acercarme a ella.

—Espero encontrarla ahí cuando llegue y la invitaré a cenar.

—S…sí, señor Santoro, ella no le dirá que no.

—Volveré, Valentini. —le hice saber—primero tengo que ver la mercancia de cerca.

Salí del despacho sabiendo que había ganado. Pero, al mismo tiempo, algo en mi interior se sentía incómodamente vacío. No era el trato, no era el dinero. Era el hecho de que acababa de ponerle precio a una vida, y aunque lo hacía por una razón que consideraba noble, no podía evitar preguntarme qué pensaría ella si supiera cómo había comenzado todo.

Pero entonces, el asalto. El asalto lo orquestó él para impedirlo. No había sido Gabriele, había sido él. Menos mal que llegué a tiempo, y desde luego, me encargué de quitarle algo cuando vi el miedo en el rostro de Molly. La compañía de modas Valentini ahora era mía, el catálogo donde salía mi mujer, cada jodida foto que vi de ella, hice que la borraran de internet.

Nadie vería a mi mujer en ropa interior mientras otros se masturbaban con ella en la pantalla frente a sus sucias caras.

Nadie.

CAPÍTULO 37



PAOLO

Presente

La mansión está en completo silencio cuando llego. El eco de mis pasos sobre el suelo es el único sonido que acompaña el latido de mi corazón, que aún no se calma. Subo las escaleras despacio, mi cuerpo tenso, mi mente dividida entre el pasado y el presente.

Empujo ligeramente la puerta de mi habitación y ahí está Molly.

Duerme profundamente, su cabello desparramado en la almohada como un halo dorado, su respiración pausada llenando el espacio con una tranquilidad que no merezco. Sus labios están entreabiertos, relajados, y por un segundo me pregunto si en su sueño está feliz, si en ese mundo lejano en el que ahora habita, no existo yo para contaminarlo. Me quedo apoyado contra el marco de la puerta, observándola en silencio. Es algo masoquista, lo sé. Pero no puedo apartarme. Es un recordatorio de lo que está en juego, de lo que podría perder si algún día los secretos que llevo dentro me alcanzan. Si supiera lo que hice para tenerla, si entendiera todo lo que soy capaz de hacer para mantenerla...conmigo.

Cierro los ojos por un segundo y me aparto antes de que esa línea de pensamiento me consuma. Bajo las escaleras en busca de algo que me distraiga, y el aroma familiar del té de mi tía me guía hacia la cocina.

Ella está sentada a la mesa, con una taza entre las manos, como si hubiera estado esperándome.

—¿Estás bien, Paolo? —me pregunta sin mirarme, pero sé que esa pregunta no es casual. Mi tía siempre sabe más de lo que deja ver.

—Estoy bien —respondo automáticamente, porque es lo que siempre digo. Porque es más fácil que admitir lo contrario.

Ella levanta la vista y me clava esos ojos igual a los de mi madre, llenos de sabiduría y algo más. Algo que no me atrevo a nombrar.

—Ella vino asustada. Me lo contó todo. Me quedé con ella hasta que se durmió.

Asiento, porque no hay nada más que decir.

—Gracias por cuidarla.

—Hijo… —su tono se suaviza, casi como si intentara no romper algo frágil dentro de mí —. Desde aquí puedo ver cómo te consumen los secretos.

—No sé de qué hablas. —La mentira sale automáticamente, pero su mirada me dice que no me cree ni por un segundo.

—Lo que sea que lleves dentro, encárgate de ello. No vayas a perderla.

La sola idea de perder a Molly hace que el aire se me atasque en los pulmones.

—No la perderé —respondo con más firmeza de la que siento—. No la perderé a ella también.

—La muerte de tus padres y de tu hermano no es tu culpa.

Mis puños se cierran. Es una frase que he escuchado tantas veces que ha perdido su peso, como si repetirla fuera suficiente para borrar el dolor.

—Dile eso a mi conciencia.

—Te lo estoy diciendo a ti. Fue un accidente, Paolo. Lo de tus padres, y tu hermano, mi

sobrino…se juntó con gente mala.

Siento un calor abrasador que sube por mi pecho. Niego con la cabeza, la mandíbula tensa. A mi hermano lo mataron los de la garduña, la mafia española. Se lo merecía, estaba vendiendo al Don y bueno, esa historia ya está escrita, no fue mi guerra, pero de todas formas, vengué su muerte.

Y lo de mis padres:

—No fue un accidente. Fue un ataque directo a mí.

Ella suspira, cansada, como si cargara el peso de todo esto conmigo.

—No. Tu padre, al igual que tú, tenía enemigos. Siempre fueron los diamantes, esa obsesión por conseguir el más valioso, el más hermoso, el más caro. Ninguno de los dos se dio cuenta de que ya tenían el único diamante que nadie jamás podría robarles. Tu madre. Y ahora tú tienes a Molly.

Esa última frase me golpea con una fuerza inesperada. Mi tía extiende la mano y la posa suavemente sobre mi hombro, su toque cálido y reconfortante de una manera que no esperaba.

—Sé que lo solucionarás, Paolo. Eres mejor que tu hermano. No soy una mujer religiosa, pero le pido a Dios que encuentres a los culpables y los hagas pagar. Hazles pagar, Paolo y sé feliz con Molly.

Quiero responder, pero las palabras se me atoran en la garganta. Solo asiento y dejo que se marche, su taza en la mano.

Pero no puedo quedarme quieto. No ahora. Salgo al vestíbulo, buscando a Antonio. Lo encuentro junto a la entrada principal, su postura relajada, pero siempre alerta. No olvido la forma en cómo miró a Molly todo este tiempo y me preguntaba por qué, he estado ignorando lo que sé, pero no soporto la idea de que alguien más la lastime con los secretos.

—Ven, Antonio. Quiero hablar contigo.

Mi voz suena más dura de lo que esperaba, pero ahora no hay espacio para titubeos. Necesito moverme, actuar, antes de que los fantasmas del pasado alcancen al único futuro que me importa.

La luna se filtra por las ventanas altas del vestíbulo, proyectando sombras alargadas en el suelo. Antonio me sigue en silencio mientras lo conduzco al despacho, donde la penumbra apenas es rota por la luz de una lámpara de escritorio. Me apoyo contra el borde de la mesa, cruzo los brazos y lo miro directamente.

—Eres un empleado, Antonio —digo, mi voz baja pero cortante—. Y te tomas atribuciones que no te corresponden. Atribuciones que pueden costarte la vida.

Él no se inmuta. Tiene esa misma calma impenetrable que siempre me ha irritado.

—He estado en la vida de Molly más que usted, señor Santoro —responde con una firmeza que no esperaba—. Me tomaré todas las atribuciones que quiera cuando se trate de la seguridad de la pequeña.

La manera en que lo dice, pequeña, me enciende. Me aparto de la mesa y doy un paso hacia él, imponente.

—¿Pequeña? —repito con desdén—. Ella ahora es la señora Santoro. No es la chiquilla que cuidabas.

Antonio aprieta los labios, pero no da un paso atrás.

—Ella siempre será una pequeña para mí. Cuando sea padre, lo entenderá.

Su comentario me golpea como una bala. No esperaba una confesión de su parte tan rápido. Entrecierro los ojos, estudiándolo. Lo sabía, hice una prueba porque tenía mi sospecha. No porque estuviera celoso, siempre la protege, la ve como lo que es. Como lo que es para él.

—¿Crees que no lo sé? —digo, acercándome más, obligándolo a sostener mi mirada—. Sé que eres su padre.

Lo veo tragar saliva, pero mantiene la compostura.

—Yo… ella…

—Ella no lo sabe, ¿no es así?

—Y quiero que así permanezca.

Por un segundo, el peso de esa revelación hace que el aire en la habitación se sienta más denso. Pero no tengo tiempo para digerirlo. Necesito respuestas.

—No es mi intención juzgarte, Antonio. Pero… —hago una pausa, midiendo mis palabras, dejando que sienta el peso de cada una—. ¿Dejaste todos estos años que otro hombre criara a tu hija y controlara la vida de mi mujer? ¿Que creciera sintiéndose que no era suficiente y no querida?

Veo cómo la tensión se acumula en sus hombros. Finalmente, su mirada se endurece.

—¿Crees que no lo sé? —y las formalidades se hacen añicos cuando se trata de ella—Por eso mismo no me alejé de ella.

—¿Cuál fue el trato? —le pregunto con un tono que no admite evasivas.

Antonio me observa con cautela, pero sé que no puede mentirme.

—¿Cómo sabes que hubo un trato?

—Porque conozco a los hombres como Valentini —respondo, casi con desprecio—. Y ningún hombre aceptaría un trato como el que hiciste tú si no hubiera estado desesperado.

Antonio exhala lentamente, como si estuviera decidiendo hasta dónde puede confiar en mí.

—Laura no podía quedar embarazada de Gregorio. Siempre discutían sobre eso. Necesitaban un heredero para cobrar una herencia del padre de Gregorio. Y Laura… me sedujo una noche. Siempre hubo miradas aquí y palabras allá, pero jamás crucé esa línea… hasta esa noche. Me dio una copa para que, en sus palabras, me relajara.

Antonio hace una pausa, su voz se quiebra apenas perceptiblemente.

—Desperté en su cama. Me aseguró que habíamos usado protección, que no había de qué preocuparse. Fue algo de una sola vez. Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, no pensé que la niña era mía… hasta que la vi de cerca.

—¿Cuándo?

—Tenía dos años. Estaba jugando en la piscina. Vi la marca de nacimiento en la parte de atrás de su cuello, en forma de corazón. Es un lunar rojo que solo tienen las mujeres de mi familia. Mi madre lo tenía, mi hermana también… y ahora Molly.

Me cruzo de brazos, procesando lo que dice. El lunar, ese que me gusta y la hace única. Sabía que era especial, pero no sabía qué tanto.

—¿Le dijiste a Laura?

—Cuando le hablé del lunar, no pudo negarlo. Intentó quitárselo con láser, pero los médicos le recomendaron no hacerlo por el bien de Molly.

—¿Y luego?

—Luego me amenazó.

—¿Con la vida de Molly? —adivino, sintiendo cómo mi sangre empieza a hervir.

—Sí. Me dejó quedarme cerca solo si guardaba el secreto. No iba a decir nada de todas formas… era la única forma de estar en su vida.

Asiento lentamente, mis pensamientos girando a toda velocidad.

—¿Gregorio Valentini lo sabe?

—No estoy seguro. Supongo que sí, porque apenas me dirige la palabra y se volvió más estricto con Molly. Intentó alejarme, enviarme a custodiar los alrededores, pero Molly siempre insistió en que fuera yo quien la escoltara. Es… es terca.

Una ligera sonrisa, más amarga que otra cosa, cruza mis labios.

—Eso lo sé mejor que nadie.

Antonio me mira, su postura rígida, pero su voz traiciona un leve temblor.

—Si quieres que me vaya, me iré. Sé que estará a salvo en esta fortaleza que llamas su hogar. Inventaré una excusa y…

Lo interrumpo, mi voz firme y definitiva.

—No irás a ninguna parte.

—Pero dijiste…

—Si ella confía en ti, y después de todo lo que sé y he visto, no me queda más remedio que darte tu lugar. El lugar que hasta ahora te han negado: el de ser su padre.

—Ella no puede enterarse. Le romperá el corazón.

—No sé si te diste cuenta, Antonio —respondo con un tono frío—, pero el corazón de Molly ha estado roto desde hace mucho tiempo. Ahora vives aquí. No le debes nada a los Valentini, se lo debes a ella. Piénsalo.

Antonio baja la mirada, como si estuviera procesando el peso de mis palabras.

—Ella va a odiarme —dice en un susurro.

—Sí, y luego se le pasará. Porque también la conoces y sabes la bondad de su corazón. Algo que tú y yo no tenemos.

Por primera vez en toda la conversación, veo un brillo de emoción en sus ojos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no alejarme de ella.

Lo observo un momento, tratando de leer lo que pasa por su mente. Finalmente, asiento.

—Jamás separaría a Molly de las personas que ama. Y mucho menos a un padre de su hija.

Antonio me mira, y por un instante veo algo en él que me recuerda a Molly. Esa misma mirada pensativa, obstinada, como si creyera tener siempre la razón.

—Ya veo por qué te ama.

Su comentario me descoloca por completo.

—Molly no… ella no me ama. Ella sabe que esto…esto es...

Antonio sonríe, pero su sonrisa está teñida de algo parecido a la lástima.

—Qué curioso. Ella dice lo mismo.

Mis labios se tensan, pero no le doy el gusto de una respuesta.

—Puedes retirarte, Antonio.

Observo a la nada, en cómo solucionar las cosas y de algo estoy seguro, no la marezco, nunca la mereceré y es tiempo de que lo sepa, pero primero, barreré las calles y quitaré todo lo que sea peligro para ella.

Al menos eso, puedo darle.

CAPÍTULO 38



MOLLY

Entro al despacho sin tocar. Sé que está aquí porque escuché sus pasos hace un rato y, además, Paolo siempre está encerrado en este lugar cuando tiene algo en la cabeza que no quiere compartir. Lleva tres noches sin dormir conmigo, y la paciencia no es precisamente mi mejor virtud.

Lo encuentro de pie junto al ventanal, con un vaso en la mano y la mirada perdida en la oscuridad de la noche. Parece un cuadro, tan inmóvil, tan distante, como si perteneciera a otro mundo al que no me está permitido entrar. Pero eso no me detendrá.

Cierro la puerta detrás de mí con un poco más de fuerza de la necesaria, solo para asegurarme de que me escuche.

—Oye, *gánster* —digo con una sonrisa que sé que lo descoloca—. Qué bonitos ojos tienes.

No se da la vuelta de inmediato, pero lo noto tensarse. Lo disfruto. Me acerco, lenta, deliberadamente, con mis tacones resonando contra el suelo de madera. Cuando estoy a solo unos pasos, finalmente se gira para mirarme. Sus ojos, esos ojos que tanto adoro, están oscuros, cargados de algo que no logro descifrar.

—¿Qué estás haciendo aquí, Molly? —pregunta con esa voz grave que parece vibrar en el aire entre nosotros.

Me encojo de hombros y doy otro paso hacia él, cruzando la distancia que nos separa.

—Vine a recordarte que sigues teniendo una esposa —respondo, juguetona, inclinándome un poco hacia él—. Una esposa a la que has estado ignorando.

Paolo suspira y deja el vaso sobre el escritorio, como si estuviera preparándose para una batalla que no quiere pelear.

—No te estoy ignorando —murmura, pero no me convence.

—¿Ah, no? —arqueo una ceja, desafiándolo—. Tres noches, Paolo. Tres noches sin dormir conmigo. Si eso no es ignorarme, no sé qué es.

Me acerco más, hasta que estoy lo suficientemente cerca como para sentir el calor que emana de su cuerpo.

—¿Qué pasa? —le pregunto en un susurro, suavizando mi tono. Alzo una mano y toco su mandíbula, obligándolo a mirarme a los ojos—. ¿Por qué te alejas?

Su mirada se suaviza por un instante, pero luego vuelve a endurecerse. Intenta apartarse, pero no se lo permito.

—No es nada que debas preocuparte, Molly.

—Oh, claro —digo con sarcasmo—, porque tú siempre eres tan abierto conmigo, ¿verdad?

Paolo entrecierra los ojos, pero no respondo a su desafío. En cambio, dejo que mi mano se deslice por su pecho, mis dedos jugando con los botones de su camisa.

—¿Sabes lo que creo? —murmuro, inclinándome un poco más hacia él.

—Ilumíname.

Sonrío ante su tono seco y acerco mis labios a su oído.

—Creo que estás escondiéndote de mí porque temes que te vea por lo que realmente eres.

Paolo se queda inmóvil por un segundo, y yo aprovecho para rodearlo, deslizando mis manos por sus hombros mientras camino lentamente a su alrededor.

—Un hombre duro por fuera —continúo, mi voz baja, casi un susurro—, pero por dentro…

Me detengo frente a él de nuevo, mirándolo directamente a los ojos mientras dejo que mis palabras cuelguen en el aire.

—Por dentro, creo que te estoy volviendo loco.

La tensión en su mandíbula es evidente, y sé que estoy caminando en la cuerda floja, pero no puedo evitarlo. Quiero una reacción de él. Quiero saber que aún lo afecto, que no soy solo una sombra en su vida.

—Molly… —advierte, su voz un poco más grave, más áspera.

—¿Sí?

—No juegues conmigo.

—¿Por qué no? —pregunto, divertida, inclinándome hacia él una vez más—. A ti te encanta jugar, Paolo.

Mi desafío finalmente lo rompe. De repente, me toma de la muñeca y me atrae hacia él, su cuerpo fuerte y firme contra el mío.

—No tienes idea de con quién estás jugando, *Piccola* —dice, su voz cargada de advertencia, pero sus ojos están encendidos de algo que reconozco demasiado bien.

Sonrío, triunfante.

—Tal vez deberías enseñarme.

Me sienta en su regazo ahora cuando cae sobre su gran silla de ejecutivo, o en mis términos, de *gánster* y comienza a devorarme la boca.

—¿Qué haces? —me pregunta, cuando mis manos van hacia su cinturon y libero lo que es mío.

—Tu polla. —le respondo—es mía y la tomo cuando quiera, ¿quedó claro?

Se tensa al escucharme hablar así y acariciar su longitud al mismo tiempo.

—Sí, Molly. Me ha quedado…claro.

Sonrío en su boca mientras atrapo su labio inferior entre mis dientes y lo succiono con una lentitud deliberada, como si estuviera probando su resistencia.

—Buen chico —murmuro contra su piel, disfrutando del estremecimiento que recorre su cuerpo bajo el mío.

Sin apartar mis ojos de los suyos, me levanto el vestido con una fluidez casi instintiva. No hay nada que se interponga, ningún obstáculo entre nosotros. Siento su mirada fija en mí, caliente, intensa, recorriendo cada centímetro de mi piel como si me estuviera tocando sin necesidad de usar sus manos.

Con un movimiento calculado, coloco mi cuerpo justo donde más lo necesito y guío su polla. Me dejo caer despacio, muy despacio, hasta que sus ojos se oscurecen aún más, atrapados en los míos. Es en ese momento cuando lo sé con certeza: estoy completamente enamorada de esa forma que tiene de verme, como si yo fuera lo único que importa en el mundo.

—Joder… Molly —gruñe, su voz cargada de necesidad.

Sus manos grandes y firmes se colocan en mis caderas, intentando marcar un ritmo pausado, controlado. Me insta a moverme lentamente, a seguir su compás, pero esa no es la danza que quiero bailar.

—No —susurro, tomando el control mientras lo miro desafiante.

Empiezo a moverme, no con la suavidad que él intenta imponer, sino con la intensidad

que mi cuerpo exige. Cabalgo sobre él con determinación, con una mezcla de pasión y urgencia que lo hace arquear la espalda bajo mí. Cada movimiento arranca un sonido gutural de su garganta, uno que me envuelve y me alimenta. Me abraza a su cuerpo y me devora la boca.

—Molly… —repite, su voz entrecortada, como si mi nombre fuera lo único que pudiera pronunciar. —Siempre tan buena con mi polla.

Las luces a nuestro alrededor parecen desvanecerse mientras la tensión crece entre nosotros. Mis manos buscan apoyo en sus hombros, aferrándome a él como si fuera mi única ancla en un océano tempestuoso. Sus dedos se clavan en mi piel, no con dolor, sino con una necesidad primitiva que me hace temblar.

El mundo entero desaparece, dejando solo el sonido de nuestras respiraciones aceleradas, el ritmo frenético de nuestros cuerpos, y el peso de sus ojos sobre mí, sosteniéndome como si nunca quisiera soltarme.

CAPÍTULO 39



MOLLY

Antonio me observa desde la entrada de la terraza. No dice nada, pero su mirada habla más de lo que debería. Lo conozco lo suficiente para saber que quiere decirme algo, algo que probablemente no voy a querer escuchar.

—¿Qué? —pregunto al fin, sin siquiera intentar disimular mi frustración.

—¿A qué estás jugando, pequeña? —dice mientras se acerca lentamente. Su tono es grave, casi paternal, y eso solo hace que mi irritación crezca.

—¿Qué quieres decir? —cruzo los brazos sobre el pecho, manteniéndome firme.

Antonio suspira y se sienta en la silla frente a mí, apoyando los codos en sus rodillas mientras me mira fijamente. Antonio me mira en silencio por un momento, y luego se inclina hacia adelante, bajando la voz.

—Paolo te ve, Molly. Más de lo que tú crees. Pero también está luchando contra sus propios demonios, y tú no puedes enfrentarlos por él.

Quiero responder, quiero decirle que no entiende nada, pero las palabras se me quedan atoradas en la garganta. En lugar de eso, desvío la mirada hacia el horizonte, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con caer.

—No lo busqué anoche por sexo —murmuro finalmente, casi para mí misma—. Pensé que estábamos en otro lugar, que habíamos superado esa parte. Pero él… ni siquiera me miró a la cara después.

Antonio suspira de nuevo y se inclina hacia atrás, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Cielos, santo. No quiero saberlo—se cubre el rostro, avergonzado por lo que escucha, me rio divertida por su reacción, pero de nuevo, la risa es borrada cuando Antonio por fin habla.

—Paolo no es perfecto, Molly. Está aprendiendo a su manera, igual que tú. Pero tienes que decidir si vale la pena esperar, porque este camino no será fácil.

—No necesito que sea fácil —digo, mi voz apenas un susurro—. Solo quiero que sea real.

Antonio asiente lentamente, como si entendiera algo que yo aún no he descifrado.

—Entonces hazlo real, Molly. Pero recuerda que eso empieza contigo.

Sus palabras me dejan en silencio mientras me pierdo en mis propios pensamientos, intentando encontrar sentido en todo este caos que parece ser mi vida últimamente.

Me acerco a Antonio, que está revisando algo en su teléfono mientras permanece de pie junto a la puerta principal.

—Quiero que me lleves a casa de mis padres —le digo directamente, cruzándome de brazos.

Antonio levanta la mirada, claramente sorprendido.

—¿A casa de tus padres?

—Sí, Antonio. Ya sabes, la enorme mansión que está siempre llena de secretos y tensión. Esa misma.

—¿Crees que es buena idea? —pregunta, frunciendo el ceño con una mezcla de duda y preocupación.

Me encojo de hombros, fingiendo una confianza que no siento del todo. —No lo es, pero

estoy intentando madurar, ¿sabes?

Antonio suspira y asiente lentamente, como si intentara decidir si este es un buen movimiento o no. Finalmente saca su teléfono. —Le diré a Paolo. Se fue con Viktor hace unas horas.

—Bien —respondo, alzando la barbilla con algo de desafío.

Camino hacia la ventana mientras Antonio habla con Paolo al teléfono. No puedo oír todo lo que dice, pero las pausas y los asentimientos indican que la conversación no está siendo especialmente larga. Termina la llamada, guarda el teléfono en su bolsillo y se acerca a mí.

—Una hora —me dice.

—No necesito mucho tiempo —respondo con una pequeña sonrisa. Luego, sin poder resistirme, añado—: ¿Y desde cuándo le pides permiso a Paolo para todo?

Antonio me mira, sus labios se tensan, pero no dice nada. En cambio, se limita a abrir la puerta principal, señalándome con un gesto para que lo siga.

—Vamos —dice sin responder mi provocación.

Ruedo los ojos, pero no digo más mientras lo sigo hasta el auto. Me acomodo en el asiento trasero, tratando de ignorar el nudo en mi estómago mientras el vehículo se pone en marcha. El camino a casa de mis padres nunca se había sentido tan largo.

…

Cuando el auto se detiene frente a la mansión de mis padres, respiro hondo, intentando calmar la inquietud que me ha acompañado durante todo el trayecto. Antonio abre la puerta para mí, y mientras camino hacia la entrada principal, algo en mi interior me dice que no será una visita común. La frialdad en el aire parece congelar cada uno de mis pasos mientras avanzo, como si el suelo se deshiciera bajo mis pies. El eco de los gritos de mis padres se resuena en mis oídos, mezclándose con el latido descontrolado de mi corazón, tan fuerte que me aturde. Antonio se congela a mi lado. Mi piel, fría y tensa, reacciona a la presión de lo que me espera al otro lado, pero mis piernas no pueden moverse. Es como si mi cuerpo supiera que el umbral de esa casa, esa mansión que una vez fue un refugio, es en realidad una cárcel. Y estoy atrapada.

El murmullo de voces se alza como una marea, ahogando todo lo que me rodea. Luego, una explosión de gritos me atraviesa, desgarrando el silencio de la noche. La furia de mi madre estremece los muros, se cuela en cada rincón de mi alma.

—Mi empresa es suya, ¡¿qué?!

La pregunta de mi madre me golpea como un látigo, su rabia palpitando en cada palabra. Pero es la respuesta de mi padre la que me arrastra más lejos de mi realidad, una respuesta fría, calculada.

—No teníamos opción.

Hay una pausa. El silencio se espesa, me aprieta el pecho. La tensión en el aire es palpable, tan pesada que me cuesta mantener la compostura. Siento una sacudida cuando escucho a mi madre gritar. No es solo furia, es desesperación, descontrolada.

—¿Qué fue lo que hiciste, Gregorio?

Su voz temblorosa me congela. Y entonces, las palabras que siguen me golpean con una fuerza brutal. La atmósfera se tiñe de un dolor tan denso que me cuesta comprenderlo. Mi padre, mi padree... ¿qué fue lo que hizo?

—Salvar nuestras carteras, eso hice.

La brutalidad en su tono, la frialdad con que lo dice, me deja sin aire. Es una verdad que nunca quise ver. Pero es solo el comienzo, solo el preludio del caos que está por desatarse.

La siguiente frase de mi madre llega como un grito ahogado, tan visceral que casi me

hace caer.

—¡Ah, sí! ¿Y si no fuera por Molly, qué hubieras hecho? ¿Te hubieras robado un bebé para cobrar la herencia de tu padre? ¿Es así como me pagas?

La traición, la ira, el desprecio en su voz, me atraviesan como cuchillas. La imagen de mi madre, en su desesperación, hace que mi estómago se revuelque. Pero entonces, las palabras de mi padre, tan frías, tan vacías, hacen que el aire se vuelva pesado, irrespirable.

—Hubiera hecho cualquier cosa.

Y ahí está, el pozo más profundo, la verdad más desgarradora: mi padre lo dijo sin dudar, como si fuera lo más natural del mundo. Algo dentro de mí se quiebra al escuchar esas palabras. Algo dentro de mí se muere. Antonio, a mi lado, se tensa. Su mano sobre mi brazo me trae de vuelta a la realidad, pero el dolor sigue inundándome, ahogándome.

—Vamos, Molly. No tienes que escuchar esto.

Su voz es un susurro firme, pero yo no puedo. No puedo apartarme, no puedo huir. Estoy atada a esa verdad que me consume, que me hace temblar de miedo, de rabia. Mi corazón late fuerte en mis oídos, el dolor es tan intenso que casi no puedo pensar.

¿De qué mierda están hablando?

Me aparto de su agarre, aunque mis piernas tiemblan. Mi corazón se acelera y el aire se vuelve cada vez más denso. Y entonces, la siguiente frase me hace detenerme en seco. Mi madre, con una mezcla de desprecio y desesperación, lo suelta, como si no tuviera control.

—¿Vas a decir que fue difícil para ti acostarte con él para quedar embarazada?

Las palabras se me clavan en el pecho como una daga, y mi mente, paralizada por el dolor, no logra procesarlas al principio. Estoy segura de que no escuché bien, de que hay algo mal, pero mis manos tiemblan y mi voz, débil, se escapa de mis labios.

—¿Qué? —digo en voz alta, sin poder contenerme. Antonio intenta detenerme, pero yo ya he dado un paso hacia adelante, saliendo de mi escondite.

Camino hacia la sala principal, y mis padres se giran al unísono al verme entrar.

—¿De qué estás hablando? —exijo, mi voz llena de incredulidad. —Mamá, ¿engañaste a papá?

—Molly... —responden ambos al mismo tiempo, pero sus ojos no están fijos en mí. No. Están mirando a Antonio, que ha entrado detrás de mí. Mi madre, por primera vez en mi vida, parece avergonzada. No, es algo más. Es miedo lo que veo en sus ojos. Y mi padre... está mirándolo con un odio puro. Pero Antonio… Antonio está furioso, tan furioso que apenas puedo reconocerlo.

Pero algo me golpea de pronto, algo que no había visto antes, o no quería verlo. Miro a Antonio, sus ojos azules que son idénticos a los míos. Miro a mi madre, que parece a punto de desmoronarse. Mi padre, cuya expresión de rabia ahora tiene un tinte de satisfacción amarga. Y entonces, todo encaja como un rompecabezas que siempre estuvo frente a mí, pero que nunca quise armar.

Antonio y mi madre…

—¿Acaso ustedes...? —balbuceo, sintiendo cómo el peso de la verdad comienza a aplastarme.

—Molly… —intenta decir Antonio, pero lo interrumpo, mis manos temblando.

—¿Te acostaste con Antonio, mamá?

—No solo eso —interviene mi padre, y su tono gotea veneno.

—¡No se te ocurra, Valentini! —le gruñe Antonio, sus palabras llenas de advertencia.

—Espera... —mi voz tiembla. —Tú… ¿eres mi padre?

Antonio no dice nada al principio, y ese silencio lo dice todo. Entonces, finalmente lo confirma, su voz baja y llena de dolor.

—Sí, Molly.

—¡¿Qué?! —miro a mi madre, que no puede sostenerme la mirada, y a mi padre, cuyo odio ahora parece dirigido hacia mí también.

—Tu madre se acostó con Antonio —dice mi padre, con un tono cruel que me destroza. —Yo no puedo tener hijos, gracias a Dios, porque si fueras mía serías diferente.

Sus palabras son como un puñal directo a mi pecho. No puedo respirar, no puedo pensar. Todo lo que creía saber sobre mi vida acaba de desmoronarse. Sin decir una palabra más, me doy la vuelta y salgo corriendo, ignorando los gritos de Antonio y mi madre detrás de mí. Necesito salir de aquí. Necesito escapar.

La vida, mi vida, mi identidad... todo se deshace. Todo es mentira.

Mis pies, impulsados por una necesidad de escapar, me llevan lejos, lejos de ellos. Corro, ignoro sus voces detrás de mí, el llanto de mi madre, los gritos de Antonio, pero solo quiero huir. Necesito escapar. De ellos. De mí. De todo lo que acabo de descubrir. Abro la puerta con un crujido profundo, como si el mismo sonido premonitorio anunciara el fin de todo. El caos que se desata en el instante es casi insoportable. El aire se llena de tensión, y antes de que mis ojos puedan comprender lo que sucede, ya siento la presión en mi pecho, el peso de lo que está por venir.

Lo veo. El padre de Adriano, el hombre que a veces aparece en mis pesadillas sin razón alguna, está allí. Pero algo en él no encaja. Su rostro es el mismo que recuerdo, parece lleno de ira y venganza, pero la expresión, esa mezcla de desesperación y furia, no es algo que había esperado encontrar. Y antes de que pueda reaccionar, su mano se mueve hacia su chaqueta, y la visibilidad del arma en su mano me paraliza.

—¡Molly, al suelo! —grita Antonio, su voz rota pero firme, y en un segundo, está frente a mí, bloqueando la amenaza con su cuerpo.

El sonido del disparo resuena en mis oídos como un rugido de guerra, y todo se convierte en una fracción de tiempo suspendido. Antonio cae al suelo sobre mí, un chorro de sangre brota de su pecho. Mi grito se ahoga, pero no hay tiempo para llorar. No hay tiempo para nada. El caos estalla en toda la mansión, disparos al aire, vidrios rotos, puertas que se abren y cierran a la velocidad de un soplo.

—¡Corre! —grita Antonio con un hilo de voz, pero su mirada me sujeta, me implora, aunque él no lo diga. Y por un segundo, todo lo que quiero hacer es quedarme con él, quedarme a su lado, aunque el peligro me rodee como una tormenta.

—¡No te dejaré! —respondo, mi voz rasgada por el pánico, pero cuando intento acercarme, un nuevo disparo corta el aire, y me hace retroceder.

—No te atrevas a morir, Antonio —susurro, las lágrimas me nublan la vista, pero él no me deja a su lado.

—Estaré bien —dice, y aunque su voz tiembla, hay algo en él que me mantiene en pie. Hay algo que sigue luchando.

Antonio está caído, su cuerpo cubierto de sangre, un halo de desesperación que lo rodea. La imagen de su rostro, tenso por el dolor, hace que mi respiración se corte. No hay tiempo. No hay tiempo para llorar, para lamentarme, para quedarme a su lado. El caos nos rodea, y si quiero salvarlo, debo actuar rápido. Pero el terror, ese nudo en el estómago, no me deja pensar con claridad. Mis pies parecen pegarse al suelo junto a mi cuerpo, a su lado en un rincón, mi mente lucha por comprender lo que está pasando, pero algo dentro de mí se niega a abandonar, se niega

a dejarlo atrás.

No sé dónde está Carmine de Luci, pero lo puedo sentir.

—¡Corre, por favor, escóndete! —grita Antonio, sus palabras son casi un susurro, pero están llenas de una urgencia salvaje. Su mano, aunque temblorosa, me señala el pasillo oscuro. La puerta, la única salida de este infierno.

La casa tiembla con el impacto de más disparos. Unos segundos de silencio y luego, más ruido, más gritos, más ecos de furia. Las paredes parecen susurrar, las sombras se estiran hacia mí, pero lo único que puedo hacer es correr. Mis piernas parecen no querer moverse, pero algo dentro de mí sabe que si no lo hago, todo estará perdido.

—¡No voy a ninguna parte! —mi voz suena entrecortada, casi rota. El sonido de la bala al rozar el aire se me clava en el pecho, pero Antonio, con una mirada desesperada, me aleja.

—Molly, por favor —susurra, su tono es urgente, pero también se percibe el sufrimiento. —Vete.

—¡No ahora que sé que eres mi padre! —grito, porque lo siento. Lo sé. Todo cuadra. Mi madre, mi padre... Antonio.

—¿Es algo bueno para ti? —me responde, con esa calma tensa que lo caracteriza.

—¡¿Estás loco?! Claro que me duele, la mentira… pero siempre supe que eras especial. Eres el único que ha estado a mi lado. —mis manos temblorosas se llevan a su rostro, y en un impulso, limpio sus lágrimas con las palmas de mis manos.

Y una voz llena de miedo me hace temblar bajo su grito.

—¡Molly! —grita Paolo, su voz retumbando por la mansión. Es un grito lleno de rabia, de desesperación. No sé de dónde viene, pero lo escucho con una claridad aterradora. Y sé de dónde vienen esos otros disparos, son él y sus hombres.

La intensidad de su voz, tan cargada de furia, me hace dudar. Siento cómo el aire se espesa, cómo la realidad de lo que estoy viviendo me golpea con la fuerza de un golpe en el estómago. Paolo está aquí. Paolo ha llegado. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que no está solo y Carmine está matando todo a su paso. Estoy segura que creyó que yo también morí cuando le disparó a Antonio y este me protegió con su cuerpo.

—Ve con tu esposo —me dice, sus ojos firmes pero rotos, como si su dolor fuera lo único que quedara. —Ve ahora, como tu padre, te lo exijo. Ve.

—Siempre tan mandón. —respondo, tratando de sonreír, aunque mis labios tiemblan, aunque mis pensamientos están rotos.

—Por favor, pequeña. —su voz está al borde de la desesperación, y me parte en dos. —Ve.

—Lo haré, iré por ayuda. Mantente despierto. —mis palabras se escapan, vacías, y en ese instante sé que estoy dejando atrás la única parte de mi vida que todavía tiene sentido.

El dolor me atraviesa como un cuchillo afilado. Cómo no voy a quedarme, cómo no voy a luchar por él. Pero me obliga, me empuja hacia atrás, y cuando lo hace, siento que me desmorono. Me siento tan débil. Pero mi cuerpo reacciona. Corro, aunque el terror me consume, aunque el miedo me paraliza.

El pasillo es un túnel interminable. Las puertas cerradas, las sombras al acecho, todo parece a punto de colapsar sobre mí. Pero no puedo detenerme. Necesito encontrar a Paolo. Necesito que él me vea, que me escuche, que esté a salvo.

El sonido de pasos apresurados, voces de hombres que no puedo identificar, pero que sé que son parte de su grupo, se acercan con rapidez. Cada segundo que pasa me sumerge más en un océano de caos. La mansión parece un campo de batalla, los disparos rebotan en las paredes,

los gritos de agonía se mezclan con el ruido ensordecedor de la destrucción. Pero entre todo eso, una única verdad me atraviesa como una flecha: no tengo tiempo. A lo lejos, escucho la risa macabra de Carmine. La tensión en el aire me aplasta, cada segundo parece más largo que el anterior. Mis manos tiemblan, mi respiración se acelera, y sé que si no encuentro una salida, no lo lograré. Corro. Mis pies, impulsados por el terror, me llevan por el pasillo. La casa es un campo de guerra: muebles caídos, cristales rotos, las paredes parecen temblar. Y aunque mi mente grita que debo encontrar a Paolo, un miedo mayor me consume: no puedo dejar a Antonio solo.

De repente, algo cambia en el aire. El sonido de las botas pesadas, la respiración acelerada, el crujir de las puertas que se abren de golpe, y entonces escucho la voz que hace que mi cuerpo se tense, que todo mi ser se estremezca. Pero de repente, alguien me tapa la boca. Las manos grandes y firmes me inmovilizan, y un sudor frío recorre mi cuello.

—Te tengo, Vita. —grito en su mano, pero al reconocer esa voz y esos ojos de diamante azul, me tranquilizo. —No hagas ruido.

La mano de Paolo me obliga a girarme, y entonces lo veo. Carmine de Luci.

—¿¡Dónde estás, Valentini!? —grita Carmine, su voz llena de veneno. —¡No te escondas, maldito hijo de puta! ¡Ven aquí!

—Todo terminará pronto, Molly. Cierra los ojos—me pide.

—Antonio, está herido—le suplico.

—Viktor se encargará, lo prometo.

Esas palabras me destrozan, me convierten en una debilidad y no puedo permitirlo, me hacen sentir vulnerable, perdida. No puedo moverme. No puedo escapar.

Nos movemos. Y entonces lo veo, Carmine de Luci, está de pie al lado de Paolo, con una pistola en la mano. La sonrisa cruel en su rostro me eriza la piel. La tensión es insoportable, y aunque quiero gritar, las palabras se me atoran en la garganta. El aire se llena de la violencia inminente, el peligro inminente.

—¿Qué quieres, Carmine? —pregunta Paolo con voz llena de desprecio, apuntandolo con el arma sin soltar mi mano con la otra y mantenerme detrás de él. —¿A quién vas a matar ahora?

Mi padre solloza en el suelo como lo que es, un inutil y pequeño hombre con una gran boca.

—A ese maldito hijo de puta —responde Carmine, señalándolo. La mano que sostiene la pistola está firme, pero sus ojos brillan con una rabia ciega. —esto no es asunto tuyo, Capo.

—No me mates, yo no maté a tu hijo, lo juro. —la súplica de mi padre, o el que creí que lo era me hace verlo. No importa. Ya no importa.

—Esto no es por Adriano —responde Carmine, con una calma macabra, como si el odio lo hubiera transformado. —Además creo que tu hija está muerta, ojo por ojo. Esto es por todo el dinero que me prometiste después de su muerte. Pero no. Me corriste y lo perdí todo.

—Cierra los ojos, Molly. —susurra mi esposo en mi oido sin soltar mi mano.

—No—le digo—Acaba con él.

No sé que ve en mis ojos, pero lo entiende.

No hay tiempo para más palabras. Un disparo, y el sonido retumba en mis oídos, y todo se desvanece en un instante. Carmine de Luci cae hacia adelante, el peso de su cuerpo aplastando a mi padre, que sigue allí, inmóvil. Todo lo que he conocido, todo lo que creí saber, se destroza frente a mis ojos. La vida, la muerte... todo es cuestión de segundos.

El aire parece detenerse, suspendido en una quietud aterradora. El estruendo de los disparos, los gritos, el caos, todo eso se desvanece para siempre. Mi mente está nublada,

dispersa, como si tratara de aferrarse a algo sólido, a algo que me diga que no es real. Pero lo es. Todo lo que estoy viviendo es real. Mi hombro, esa sensación punzante y cálida, la sangre que comienza a empapar la tela de mi vestido, todo se vuelve demasiado claro. La oscuridad de la herida amenaza con engullirme, y la confusión se vuelve insoportable. El dolor es real. El terror también.

Paolo lo siente también al verme y encuentra el punto de mi visión. No era sangre de Antonio solamente, también era mía.

Mi respiración se acelera, mi visión se torna borrosa, pero lo peor es la sensación de impotencia. El tiempo ya no fluye. Está congelado. Lo único que queda es la presión, el miedo, y la sangre, que sigue saliendo de mi hombro como un río incontenible. El peso de la herida me arrastra, como si me empujara hacia el suelo, hacia la oscuridad que acecha en cada rincón.

Y caigo al suelo. Intento moverme, pero mi cuerpo no responde. El pánico me consume, mis manos tiemblan, el sudor frío recorre mi frente, y siento que todo a mi alrededor es cada vez más distante. Como si fuera una espectadora, viéndolo todo desde fuera de mi propio cuerpo. Pero entonces, un ruido la corta: el sonido de un grito, fuerte, lleno de desesperación.

—¡Molly! —grita Paolo.

Es su voz. Pero no es la voz llena de ira que había escuchado antes. Es una voz quebrada, una voz que he oído muchas veces, pero que ahora suena diferente, como si algo dentro de él se hubiera roto. En su grito hay algo más, algo que nunca imaginé escuchar de él: el miedo. El miedo por mí.

Y antes de que pueda comprenderlo, siento sus manos firmes en mi rostro. Está allí, a mi lado, sus ojos brillando con una intensidad oscura, una furia reprimida que se mezcla con algo que no reconozco. Su rostro está arrugado por la angustia, sus labios sellados en una mueca de desesperación. El dolor en sus ojos es palpable, y por un momento, el odio, la rabia, todo eso parece desvanecerse.

—¡Molly! —su voz suena rota, como si cada palabra le costara el alma. Me toma entre sus brazos con una desesperación que me sorprende. No me ha abrazado nunca así. No como un hombre que está perdido, que ha fallado en algo que no puede remediar. —No, por favor… no, no, no.

Cierro los ojos, intentando no hundirme en el abismo. Pero el dolor en mi hombro me obliga a abrirlos, a ver la angustia reflejada en su rostro. El amor y el sufrimiento se mezclan de una manera que nunca entendí hasta ese momento. Me lleva en sus brazos, y el peso de mi cuerpo sobre el suyo parece hundirlo más, pero no le importa. Nada le importa más que yo. Eso es lo único que sé. En sus brazos, todo el resto se desvanece.

—¡Molly, por favor! —su voz se quiebra, como si estuviera a punto de romperse junto a mí. —¡Quédate conmigo!

Las palabras son una súplica, una promesa rota. La confusión en mi mente se mezcla con la sensación de lo que acaba de suceder. Todo está desmoronándose, y yo estoy en el centro de este caos, atrapada entre la vida y la muerte. Pero lo peor no es la herida en mi hombro, lo peor es ver a Paolo, ver cómo su rostro refleja una devastación que nunca había creído posible. La dureza, la frialdad que siempre lo habían definido, se derriten bajo el peso del miedo. Y es que este hombre, el hombre al que tanto temí, tiene miedo. Miedo de perderme.

Puedo sentir sus manos apretándome con fuerza, como si intentara evitar que me desangrara, como si quisiera que respirara, que viviera. Y mientras lo hace, su rostro se acerca al mío, sus ojos fijos en los míos con una intensidad que me hace estremecer.

—No te atrevas a dejarme —dice, casi en un susurro, sus palabras llenas de

desesperación. Es un ruego. Un verdadero ruego que me hace pensar que todo lo que hemos pasado, todo el odio y la guerra, todo lo que nos ha separado, se deshace en este momento.

Siento sus manos en mi rostro, las mismas manos que me habían empujado al abismo, las mismas que me habían roto, ahora sosteniéndome con una ternura que no había creído posible. Pero, en medio de todo eso, me doy cuenta de que algo ha cambiado. Paolo ya no es el hombre de antes. No es el hombre que me usó, el hombre que me trató como un objeto, un peón en su guerra. Es algo más. Algo que nunca supe que existía dentro de él.

Pero mi respiración se hace más errática, mi hombro arde, la sangre sigue fluyendo y mi visión se nubla. Estoy perdiendo el control.

—No... no... —susurra, con voz quebrada, mientras me acaricia la cara con una suavidad que no puedo comprender. —No ahora, no ahora que te encontré. No te voy a perder, Molly. Te prometo que no te voy a perder.

Esas palabras son la última cuerda a la que me aferraría si pudiera. Pero la presión en mi pecho, la sensación de estar desvaneciéndome, se apodera de mí. Siento que mi cuerpo se disuelve en el aire, que el suelo bajo mis pies ya no está firme.

—Paolo... —logro susurrar, mi voz una sombra de lo que alguna vez fue fuerte. —Te... te amo...

Pero la luz en mis ojos comienza a apagarse. La oscuridad lo cubre todo, y solo escucho su voz, desesperada, llamándome, suplicando.

—¡Molly! ¡Molly! ¡Molly!

Y, aunque sé que sus palabras ya no alcanzan a llegarme, lo oigo. Lo escucho, y eso es lo último que sé antes de que todo se apague.

CAPÍTULO 40



PAOLO

Uno de dos. Falta uno, solo uno. Sabía que saldría de su escondite y lo seguimos, en cuanto supe adónde se dirigía ya era tarde. Molly estaba en casa de sus padres y era donde Carmine de Luci se dirigía. Llegué a tiempo. Joder, no. No llegué a tiempo.

Sé que no llegué a tiempo. Mi mente sigue dando vueltas, atrapada en la imagen de Molly cayendo, la sangre en el suelo, esa sensación de impotencia que nunca había conocido hasta ahora. Todo lo que soy, todo lo que he hecho, ha estado encaminado a esto, a ella, a protegerla, y sin embargo, una maldita bala, un movimiento de más, y aquí estamos. Haciendo malabares entre la vida y la muerte.

No puedo dejar de maldecir mi suerte. Theron está conmigo, el médico en quien confío, el único que no me hará perder tiempo ni dudar. El hospital más cercano, los Romanov. No es lo que yo habría elegido, pero ya no importa. Lo que importa ahora es ella. Hago lo que sea, no me importa cómo, ni en quién tengo que confiar, no me importa nada. Haré lo que sea para que Molly sobreviva, para que salga de esa maldita sala con vida. Mi mundo se detuvo cuando escuché su grito, cuando vi esa sombra de dolor en su rostro mientras caía. No, no voy a perderla. No ahora.

—Sabes que le tengo respeto a la bratva, pero eso no quiere decir que me meta en su territorio. —dice Theron.—Ese hombre, Ripley Romanov, es un veterano. Tu mujer está en buenas manos.

—¿Cómo está ella? —pregunto, ignorando todo lo demás.

La puerta se abre y Ripley Romanov sale. Es un hombre mayor, casi una leyenda, y lo sé. Es el tío del Pakhan, y padre de Konstantin Romanov, un médico increíblemente respetado. Pero más allá de su reputación, es un hombre que ha salvado vidas, ha luchado por la gente de su propia familia, incluso cuando todos los demás abandonaban el campo de batalla. Él es la razón de que Molly esté viva. La razón de que yo pueda seguir respirando, aunque lo que quiero hacer es ir a buscar a ese hijo de puta, Gabrielle Belucci, y destrozarlo.

Solo falta él.

—Señor Santoro, soy Ripley Romanov. Su esposa está estable —me dice, y esas palabras, aunque me alivian un poco, no me tranquilizan del todo. —Pudimos controlar el sangrado. Fue un orificio de salida, la bala no impactó tan profundo como podría haber sido. Estaba desviada cuando impactó primero en algo o alguien.

Antonio... él la protegió. La bala que le dio a él en la espalda y salió por su pecho fue la que la alcanzó. Pero su estado no es crítico. Está fuera de peligro. Un pulmón perforado sana, pero verá la luz del sol en unas semanas. Molly estará feliz cuando despierte y sepa que su padre, su verdadero padre, le salvó la vida. Está vivo.

Ripley sigue hablando, pero ya no escucho sus palabras con claridad. Solo escucho su último comentario.

—…cuando despierte, podrá ir a casa y descansar.

Quiero matar todo a mi paso, pero este no es el momento. No cuando ella está allá dentro, luchando por mantenerse con vida, no cuando Antonio está en el otro cuarto, también herido, pero a salvo. Esta es la guerra que elegimos, y no hay vuelta atrás.

Y en cuanto al otro padre… Gregorio Valentini. Le di dos horas a él y su mujer. Dos horas para dejar la ciudad, para desaparecer de nuestras vidas. Si no lo hacen, le pondré una bala en la cabeza. Me importa una mierda.

Mis manos se aprietan en los puños. He hablado con Antonio y supe todo lo que ocurrió, lo que Molly escuchó y la forma en cómo pasó tan rápido.

Debí estar ahí.

¿Cómo se sentirá ahora que sabe la verdad? Que toda su vida fue una mentira. Me siento atrapado entre el hombre que fui y el hombre que soy ahora. Y en medio de ese caos, ella está luchando por entenderlo todo.

Yo también le guardo un secreto y sé que es el peor de todos. Haberla comprado. Una de las razones de haberle dicho a Valentini que se largara fue esa, Molly no sabrá ese secreto por él.

¿Y Gabriele? Gabriele Belucci, el hombre que, por alguna razón, aún sigue dando vueltas en este mundo. Pero no hoy. No ahora. Sé dónde está, Carmine dejó migajas de su escondite, es solo cuestión de tiempo para volarlo todo. Es lo que haré. Gabriel y Carmine se conocían, hicieron lazos de odio, un maldito complot entre dos hijos de puta desesperados para atacarme.

Hoy salió una rata, no esperaré que salga la otra y me tome por sorpresa. Atacaré primero, y lo haré con todo. Mis dientes rechinan. Mis puños se aprietan más fuerte. No importa lo que pase, no importa quién más caiga. Esta guerra, esta maldita guerra, la terminaremos. Pero mientras esté luchando por Molly, nada ni nadie podrá detenerme. Y sobre todo, no dejaré a nadie con vida.

Un grito suena a lo lejos, el sonido de un hombre que no tiene nada que perder, y en mi pecho, un peso enorme se desploma. Se acabó la espera. Se acabó el tiempo.

—Quiero verla —exijo, la desesperación cubriendo mi voz.

Ripley se mueve un poco, su expresión seria, pero no tiene respuesta. No sé si puedo esperar mucho más. Mis manos tiemblan, mi cuerpo ya no aguanta la espera, pero al final, lo único que quiero es verla despertar. Quiero ver a Molly volver a la vida, aunque el mundo entero se caiga a pedazos.

—Sigame, por favor.

CAPÍTULO 41



MOLLY

Dos semanas después

Han sido dos semanas en las que el mundo ha dejado de ser lo que conocía. Dos semanas en las que el dolor ha sido mi sombra, pero también en las que he descubierto algo que nunca imaginé tener: un padre de verdad. Antonio sigue recuperándose en mi antigua habitación, y cada día que paso con él, siento que una parte de mí encaja en su sitio.

Me siento plena. Feliz, incluso, a pesar de todo lo que pasó. Cada mañana me despierto con una sensación nueva, como si estuviera aprendiendo a respirar otra vez, con menos miedo, con menos angustia. Estoy viva, y eso ya es suficiente.

—¿Está todo bien aquí? —la voz de Paolo me saca de mis pensamientos.

Lo veo entrar con una bandeja de bocadillos junto a Giullietta, quien sonríe al ver a Antonio sentado en la cama. Me giro hacia él, notando el brillo en sus ojos al mirarme.

—Sí, todo bien —respondo, pero algo en Paolo me dice que no es cierta esa pequeña sonrisa que se forma en su rostro.

Sus gestos son más tensos de lo normal. Su expresión es diferente, no la que suele tener cuando está en control. Está pensativo. Demasiado pensativo.

—Voy a salir un momento —anuncio, dándole una última mirada a Antonio, que asiente con una sonrisa cansada antes de que Giullietta se siente junto a él.

Cierro la puerta tras de mí y alcanzo a Paolo en el pasillo. Él se ha quedado allí, con los hombros ligeramente caídos, como si tuviera algo atorado en el pecho. Me acerco sin dudarlo y lo abrazo, apoyando mi mejilla contra su torso.

—¿Está todo bien? —pregunto en un susurro.

Paolo deja escapar un suspiro, uno largo y pausado antes de acariciar mi espalda.

—Estoy bien, Vita.

Pero no lo creo. Su tono es demasiado suave, demasiado… vacío.

—¿Tienes dolor?

—No mucho —respondo.

Lo miro a los ojos y, por primera vez en días, veo algo en él que no reconozco del todo. Es preocupación, sí, pero también hay un peso invisible, algo que lo tiene atrapado en su propia cabeza.

—En realidad, estoy preocupada por ti —admito, acariciando su mandíbula.

Paolo niega suavemente, como si quisiera alejar mis preocupaciones.

—No lo estés —murmura—. Lo importante aquí es que te recuperes.

—Estoy bien —le aseguro, y antes de que pueda decir otra palabra, lo tomo del rostro y lo beso.

Él responde con desesperación contenida, con esa necesidad que ha estado aguantando durante semanas. Sus manos me rodean, aferrándose a mí con la misma intensidad con la que yo me aferro a él.

En un solo movimiento, me toma entre sus brazos y me alza, obligándome a rodear su cintura con mis piernas.

—Han sido dos semanas duras, *Vita* —susurra contra mi piel mientras me lleva a nuestra

habitación. Su voz es rasposa, cargada de deseo y algo más profundo, algo que no dice con palabras, pero que entiendo perfectamente.

—Lo sé, estoy de acuerdo —respondo, porque lo necesito tanto como él a mí.

La puerta se cierra tras nosotros, dejando afuera todo lo demás. Aquí, en este instante, lo único que importa es que estamos juntos. Que seguimos vivos y voy a demostrarle que es lo único que importa.

Se deja caer sobre la cama y comienzo a quitarle los zapatos, los calcetines y me acerco a su boca para besarlo con desesperación. Ya el bulto en sus pantalones me piden a gritos que lo libere, así que eso es lo que hago. Le bajo los pantalones y él los saca de una patada y queda solo con una camisa de botones blanca ahora arrugada. Le quito cada boton mientras me quedo a horcajadas y jugando con su polla, rozando la tela de mis leggins, ya puedo sentir mi humedad, pero mi marido es más desesperado que yo, así que rompe mis leggins, dejandome un gran hoyo en la entrepierna y yo tomo su polla, guiandola hasta mi humedad.

—Montame, *Vita mia*…demuestrame que me has extrañado.

CAPÍTULO 42



MOLLY

Dos días después.

Gema acaba de irse con Kian. Me quedo en la sala por un momento, disfrutando del silencio. Me estiro en el sofá, sintiendo el alivio en mis músculos. Mi recuperación ha sido más rápida de lo que esperaba, pero no podría haberlo logrado sin el apoyo de Paolo, de Antonio, de Giulietta… y de Víktor.

Miro de reojo al hombre que se ha convertido en mi sombra. Al principio, su presencia me incomodaba. No era como los otros guardias de Paolo, que simplemente cumplían órdenes sin decir nada. Viktor observa. Analiza. Y, en su propia forma silenciosa, me cuida. No somos amigos todavía, pero hemos encontrado un ritmo extraño, una rutina cómoda. Me ha acompañado todos los días desde que Antonio comenzó a recuperarse. Siempre está ahí, siempre atento. Y aunque su presencia impone, hay algo en él que me recuerda a un lobo solitario que, poco a poco, se ha acostumbrado a mi compañía.

Además, le encanta mi comida.

Lo descubrí hace unos días cuando me vio cocinar y, tras mucha insistencia de mi parte, aceptó probar un poco de lo que preparé. Desde entonces, lo encuentro rondando la cocina más seguido de lo normal.

Estoy a punto de levantarme para preparar algo cuando alguien toca la puerta.

—Señora Santoro, yo abro. —Viktor se endereza al instante, su postura rígida, alerta.

Pero yo niego con la cabeza.

—No te preocupes, Viktor. Seguramente es Gema que olvidó algo.

Él me observa por un momento, como si evaluara si debería permitírmelo. Finalmente asiente y se queda cerca, vigilando. Camino hacia la puerta con tranquilidad. No tengo razón para preocuparme. Estoy en casa. Estoy segura.

Pero en cuanto abro la puerta, todo se detiene.

No. No puede ser. El aire se congela en mis pulmones al ver al hombre frente a mí.

Gregorio Valentini.

Mi padre.

O lo que queda de él.

Su aspecto es lamentable. Su traje, que alguna vez fue impecable, ahora está arrugado y sucio. Su cabello despeinado, el rostro demacrado. Parece un hombre que ha perdido todo. Porque lo ha hecho.

—Molly… —su voz es áspera, como si no hubiera hablado en días.

Mi instinto inmediato es buscar el coche en el que vino. Buscar a mi madre.

Pero no hay rastro de ella. Antes de que pueda reaccionar, una sombra se mueve frente a mí. Víktor. Su enorme cuerpo se interpone entre nosotros, su postura tensa como un resorte a punto de romperse.

—El señor Santoro fue claro. Largo.

Gregorio ni siquiera lo mira. Sus ojos están clavados en mí, con esa desesperación que no sé si es real o simplemente otro de sus juegos.

—¿Acaso no puedo ver a mi hija? —pregunta, su tono impregnado de falsa indignación.

Me cruzo de brazos, mi mandíbula apretada.

—¿Ahora soy tu hija? Pensé que todo había quedado claro, que no me querías.

—Claro que te quiero, Molly. —Intenta tocarme, pero Víktor es más rápido.

El frío y metálico clic de un arma cargándose corta el aire como un cuchillo.

—No lo repetiré, Valentini —gruñe Víktor, su voz baja, letal. No es una advertencia. Es una promesa.

Gregorio levanta las manos, fingiendo calma, pero su expresión no es la de un hombre asustado. Es la de un hombre que sabe que aún tiene una carta por jugar.

—Molly, por favor. —su voz se rompe y, por un momento, casi me engaña. Casi. — Necesito dinero.

Las palabras me golpean como un bofetón.

No ha venido a verme. No ha venido porque le importe.

Ha venido a pedirme dinero.

—¿Qué? —mi garganta se cierra.

Gregorio asiente, con el aire patético de un hombre que ha tocado fondo.

—Lo que me dio Paolo no me alcanza. Tengo gente buscándome.

Y ahí está. La verdad desnuda.

No ha cambiado. Nunca lo hará.

—Papá… —mi voz tiembla, y no sé si es por rabia o decepción. —Señor Valentini.

Gregorio chasquea la lengua.

—No sé qué pretendes que haga. ¿Acaso crees que Paolo tiene una caja fuerte aquí? Y aunque la tuviera, ¿por qué tendría que darte dinero? Dinero que no te pertenece.

Y entonces, Gregorio sonríe. No. No es una sonrisa cualquiera. Es oscura. Maliciosa. Sabe algo.

—Pídeselo —susurra, y sus ojos brillan con una crueldad que me hiela la sangre. —Él sabe que me debe.

Viktor avanza un paso, su paciencia agotándose.

—Basta. Largo.

Gregorio ignora la advertencia, y lo que dice a continuación cambia todo.

—¿500 millones para casarse contigo crees que es suficiente? También le quitó la empresa a tu madre.

El suelo se hunde bajo mis pies.

500 millones.

—¿Qué…? —mi voz es un susurro roto.

Gregorio se burla. Disfruta esto.

—¿Te duele? ¿Estás sorprendida? Fue muy romántico de su parte aparecerse con un cheque en blanco pidiendo tu mano.

Todo mi cuerpo se estremece. No. No puede ser verdad. Pero antes de que mi mente pueda procesarlo, antes de que pueda decidir si quiero gritar o llorar o salir corriendo… Un disparo retumba en la casa.

Gregorio grita, cayendo de rodillas mientras se aferra a su brazo ensangrentado.

Mis ojos se abren de golpe.

Antonio. Mi verdadero padre.

Está de pie en el pasillo, con la pistola aún humeante en su mano, su rostro endurecido con una furia que jamás había visto en él.

—Dale gracias a Dios que no te mato frente a mi hija —su voz es letal.

Gregorio gime de dolor, presionando su herida.

—¡Hijo de puta!

Antonio no parpadea.

—Será mejor que no vayas al hospital —dice con frialdad—, o yo mismo me encargaré de que la policía te encuentre, Valentini. Largo.

Gregorio me mira una última vez.

Espera algo.

Perdón. Compasión.

No tengo nada para darle.

—¡Fuera de mi casa! —grito con toda la fuerza de mi alma.

Y esta vez, se va.

Veo a Viktor. Él debe de saber dónde está Paolo.

—Llévame con él.

El corpulento hombre me mira, su expresión firme, pero vacilante.

—Señora...

—Señora nada, llévame con él o iré por mi cuenta.

Aprieta la mandíbula. Sé que no quiere hacerlo, pero también sabe que no acepto un no por respuesta.

—Debe estar en la casa del Don —admite al fin.

—Entonces llévame.

Sin más, se abre paso hacia el auto. Antonio nos sigue.

—No dejaré que vayas sola.

—Y no dejaré que intervengas—le advierto—déjame manejarlo.

—No iba a hacerlo, pequeña.

No discuto. Su presencia es un ancla en medio de este torbellino de incertidumbre.

El auto se pone en marcha. Todo pasa rápido. La ciudad nocturna se convierte en un borrón de luces y sombras mientras nos adentramos en un territorio donde el poder es ley.



Cuando llegamos, sé que este no es cualquier lugar.

La casa del Don.

Antonio está a mi lado, su rostro tenso, sus puños apretados sobre sus rodillas. No quiere estar aquí, pero tampoco me dejará sola. Cuando nos acercamos a la casa del Don, todo cambia.

Es un mundo diferente.

La mansión es imponente, más antigua que cualquier otra propiedad que haya visto. Se alza como un castillo rodeado de altos muros de piedra, con una reja de hierro negro que se abre apenas nos identifican. Hay cámaras en cada esquina, hombres armados apostados en los balcones, vigilando desde las sombras. Esto no es solo una casa. Es una fortaleza.

Y se parece a nuestra casa. ¿Nuestra? No lo sé.

El auto se detiene frente a la entrada principal, donde una gran fuente de mármol proyecta sombras alargadas bajo la luz de los faroles. Aquí, el poder se respira. Y entonces lo veo.

Paolo sale de la casa, su figura dominante recortada contra la luz del interior. Está serio. Frío. Como si ya supiera por qué estoy aquí.

Pero no está solo.

Detrás de él, un hombre de su edad con presencia imponente lo sigue. Su rostro es severo y el cabello un poco largo, su porte regio. El Don. Roco Barone. Y junto a él, una mujer. Su cabello azul brilla bajo la luz de la luna, su expresión tranquila, pero con una mirada que lo ve todo. Debe ser su esposa.

Paolo frunce el ceño en cuanto me ve.

—Molly, ¿qué haces aquí? ¿Está todo bien?

Doy un paso adelante, ignorando el nudo en mi garganta.

—Necesito hablar contigo.

El Don me observa con interés y luego asiente con cortesía.

—Señora Santoro —me saluda, su voz profunda y medida—. No pude saludarla el día de su boda.

Me sorprende el tono con el que lo dice, como si supiera más de lo que deja entrever.

—Roco Barone —se presenta con calma, luego hace un gesto hacia la mujer a su lado—. Esta es mi mujer, Coraline.

Ella me sonríe con suavidad.

—Mucho gusto, Don y señora Barone.

—Nada de señora, por favor, entren —dice Coraline, su voz como terciopelo.

—Entra —interviene el Don, dirigiendose a Paolo—. Está muy frío aquí afuera.

Pero Paolo no está de acuerdo.

—No creo que sea buena idea.

Roco se ríe con un dejo de burla.

—Tonterías. Les daremos privacidad, pero por favor, entren. Hay demasiada tensión en el aire.

No puedo discutir con eso.

Dentro, la casa del Don es impresionante. Sofisticada, elegante, peligrosa. La sala principal está decorada con muebles oscuros y paredes cubiertas de tapices verdes. El ambiente es cálido, pero la opulencia pesa en el aire. Sin embargo, no estoy aquí para admirar la decoración.

Estoy aquí por la verdad. Cuando el Don y Coraline nos dejan solos, Paolo gira hacia Viktor con una mirada cargada de enojo.

—No lo mires así —digo, cortando la tensión. Estoy cansada de juegos. —Quiero que me respondas algo.

Paolo entrecierra los ojos.

—Tu padre quiere matarme.

Antonio, que se ha mantenido en silencio, da un paso adelante. Está furioso. Paolo y él se miran como dos enemigos que saben que el otro es capaz de destruirlos. Pero yo no estoy aquí para una pelea.

Solo quiero la verdad.

Respiro hondo y miro a Paolo.

—¿Es verdad, Paolo?

Sé que Viktor debió haberle enviado un mensaje mientras veníamos. Sé que él ya sabe por qué estoy aquí. Pero aun así, necesito escucharlo de su boca. Paolo no baja la mirada.

No se esconde. Y cuando habla, sus palabras son como un puñal.

—Es verdad, Vita.

El aire se vuelve pesado.

Paolo respira hondo, pero no hay excusas en su voz.

—No hay explicación. No existe una razón más que... te compré. Esa es la realidad.

Mis piernas amenazan con fallarme.

—500 millones—repito esas palabras—eso valí para ti. ¿Por qué te casaste conmigo? —mi voz apenas es un susurro, pero cada palabra está cargada de emoción—. De todas las mujeres en el mundo… ¿Por qué yo?

Y entonces Paolo me mira de una manera que me deja sin aliento. Me toma de la cintura y me acerca a él. No puedo apartarme por más que lo intente, por más furiosa que esté con él, no puedo dejar de ver esos dos oceanos azules mirandome de la forma en que la hacen.

Su voz es baja, intensa.

—Porque desde que te vi, supe que no estaba muerto.

El silencio se alarga entre nosotros. No sé qué decir. No sé qué sentir. Algo dentro de mí se rompe, algo que no sé si pueda repararse. Paolo nunca ha sido un hombre fácil, nunca me ha mentido con palabras bonitas, pero esto… esto me duele más de lo que imaginé.

Me aferro a la tela de mi abrigo, tratando de asimilarlo. Comprada. Fui comprada.

—Cinco…cientos… millones —murmuro, sintiendo el peso de las palabras en mi lengua, como si fueran de plomo.

Paolo no se mueve. No desmiente nada.

—¿Eso es lo que valgo para ti?

—No.

Su respuesta es inmediata, firme, pero no alivia el dolor.

—Ese fue el precio que aceptó tu padre. Yo… nunca puse un número.

Mi respiración se agita.

—Pero lo pagaste.

—Sí. Te quería para mí desde que te vi en esa boda.

Me doy la vuelta, necesito alejarme, necesito pensar, pero Paolo me sujeta del brazo, deteniéndome.

—Molly…

Su tono es bajo, contenido, pero yo estoy temblando.

—No —digo, apartando su mano—. No hagas esto. No trates de justificarlo.

—No intento justificar nada. Solo quiero que entiendas—se pasa una mano por el cabello, frustrado—. No fue un trato de negocios para mí. Fue la única forma en la que podía tenerte. Tu…Gregorio tenía problemas financieros. Supe que sería fácil convencerlo, pero de no ser así, siempre habrías terminado aquí conmigo de una u otra forma, solo quise ser…menos *gánster* entonces. Pero te quería para mí. Tienes que creerme.

Me rio, pero suena rota.

—¿Tenerme? ¿Te das cuenta de lo que dices?

—Lo sé. Lo sé, pero no puedo cambiarlo.

Lo miro, buscando algo en su rostro, una grieta en esa máscara de acero.

—¿Y la empresa de mi madre?

—Estaba en ruinas, solo la adquirí para eliminar todas tus fotos de internet, nadie tiene que verte en ropa interior, planeaba devolvérsela después de hacerlo y que se fuera a la ruina.—debería sentirme molesta con esto, pero solo siento estupidas mariposas en mi estómago.

No, eso no cambia nada.

—Cuando me besaste por primera vez… cuando me tocaste… ¿eso también fue parte del trato?

—No.

Sus ojos se endurecen.

—Eso fue real. Siempre lo ha sido desde aquella cena, aquella vez en mi auto, siempre, cada jodido segundo, *Vita mia*.

Me paso la lengua por los labios, sintiendo la furia y el dolor mezclarse en mi pecho.

—Lo que más me duele —mi voz tiembla— es que nunca lo mencionaste. Nunca me diste la oportunidad de saber la verdad antes de… antes de que me enamorara de ti.

Paolo se acerca, apenas un paso, pero lo suficiente para invadir mi espacio.

—Molly, si te hubiera dicho la verdad desde el principio… ¿te habrías quedado conmigo?

No sé qué responder. Porque en el fondo, sé que la respuesta es no. No habría soportado saber que mi matrimonio comenzó con un trato de dinero. Pero ahora, ya no soy la misma mujer que era antes.

Ahora, lo amo.Y eso lo complica todo.

Un ruido detrás de nosotros nos hace girar. Antonio se acerca con el rostro tenso.

—Creo que la conversación terminó.

Paolo suspira, su mirada vuelve a mí.

—Dime qué quieres hacer.

Mi corazón late con fuerza. ¿Qué quiero hacer? No lo sé. Lo único que sé es que no quiero irme. No todavía.

—Mientras lo piensas, tengo algo para ti. Está en el auto, espera aquí —dice Paolo, su tono suavizando ligeramente mientras su mirada se desvía hacia la puerta.

Sin darme tiempo para contestar, lo veo alejarse hacia la salida de la casa. Algo en el aire cambia de inmediato. Una sensación incómoda recorre mi espina dorsal, como si estuviera a punto de presenciar algo que no quiero ver. No puedo quitarme esa sensación de que algo anda terriblemente mal. Mis pies empiezan a moverse antes de que mi mente pueda procesarlo por completo. El sonido de la puerta abriéndose llega a mis oídos, y el mal presentimiento se intensifica. No quiero esperar aquí. Algo no está bien.

Al ver a Paolo sacar una caja mediana purpura y cerrar la puerta con un gesto firme, mi corazón da un vuelco. Es entonces cuando todo se detiene en un solo segundo de horror.

Una explosión.

El aire se llena de un rugido ensordecedor, un estruendo tan intenso que parece que el tiempo se ha detenido. El sonido de la explosión resuena en mis oídos, y el aire caliente golpea mi rostro como una bofetada. El caos estalla frente a mí: humo, polvo, trozos de metal y concreto volando en todas direcciones. Estoy en el suelo, estoy ilesa y el corazón a mil por hora.

No puedo pensar. No hay nada en mi mente más que Paolo.

Mis piernas se mueven solas hacia donde lo vi caer, entre el humo y los escombros, todo lo demás se desdibuja.

—¡Paolo! —mi voz rasga el aire mientras corro hacia él, mis pasos rápidos, pero mi corazón se ahoga.

Lo veo en el suelo, su traje hecho pedazos, su espalda desnuda y sangrienta. La visión de su cuerpo tirado en el suelo me detiene por un instante, la angustia se me apodera. Está tan inmóvil... demasiado inmóvil. Me caigo de rodillas a su lado, mis manos temblorosas tocando su rostro, buscando alguna señal de vida, cualquier signo de que aún esté allí. El humo lo envuelve, pero no me importa, solo quiero que me mire, quiero escuchar su voz, sentir su respiración.

—¡Paolo! —grito, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta mientras la desesperación se apodera de mí.

El caos a mi alrededor parece lejano, pero solo un segundo después, oigo las voces

acercándose, las órdenes, la confusión, pero nada de eso importa. Solo importa él. Solo quiero saber que está bien, que lo que acabo de ver no es el final.

Viktor maldice, el Don maldice. Se escuchan muchas voces, pero yo solo lo veo a él, solo lo toco a él. El tiempo parece detenerse y no sé cuánto tiempo tengo aquí gritando hasta que el sonido de las sirenas se hace cada vez más fuerte, acercándose rápidamente. Los bomberos, la ambulancia, todo el caos de la situación me rodea, pero mi mirada sigue fija en Paolo. Su cuerpo está inerte sobre el suelo, pero sus respiraciones son tan lentas que casi no puedo creerlo. Cierro los ojos por un segundo, tratando de calmarme, pero no puedo apartarme de él.

—Se salvará, el hijo de puta es fuerte —dice el Don con voz grave, mirando a Paolo con una mezcla de respeto y preocupación. Su tono es frío, calculador, pero no puedo negar que, en este momento, me da algo de consuelo escuchar sus palabras.

Pero no me despego de Paolo. No puedo. Mi mente está atrapada entre el pánico y la esperanza, entre el dolor de verlo así y la posibilidad de que, de alguna forma, logre salir de esta. De repente, siento una mano sobre la mía. La voz suave de Coraline me llega al oído, su tono cálido pero firme.

—Ven conmigo, tengo que limpiarte.

Niego con la cabeza, mis ojos no se apartan de Paolo ni un segundo.

—No, me voy con él —respondo, mi voz temblando, pero con una determinación que ni yo misma entiendo completamente.

La señora Barone, Coraline suspira, pero no insiste. En su lugar, me observa por un momento antes de quitarse el blazzer y ofrecérmelo.

—Hace frío. Ven conmigo, yo te llevaré. Seguiremos la ambulancia. Deja que los médicos se encarguen. Te prometo que te llevaré con él.

Sus palabras son suaves, pero llenas de la misma fuerza que yo necesito en este momento. A regañadientes, acepto el blazzer, sintiendo el calor que me da, aunque el miedo en mi pecho no se alivia. Pero no me importa el frío, ni el caos que rodea la escena. Solo quiero estar con Paolo. Coraline me toma de la mano, guiándome a un paso hacia el coche. Al final, sigo sus indicaciones, sabiendo que lo que quiero, lo que más necesito ahora, es estar cerca de Paolo, ver que está bien, asegurarnos de que esté a salvo.

—Estoy aquí, Molly—mi padre me conforta, pero yo ni siquiera parpadeo—Estoy aquí.

El sonido de las sirenas se vuelve más fuerte, y mientras nos acercamos al coche, siento que el mundo sigue girando a mi alrededor, pero yo sigo pegada a la esperanza de que Paolo va a salir de esto.

…

El coche avanza rápidamente, el zumbido de las sirenas y el sonido de los neumáticos raspando contra el asfalto casi se convierten en una especie de eco en mi mente. Mi corazón late desbocado, pero mi cuerpo sigue en piloto automático. Coraline está a mi lado y mi padre también. Coraline, su presencia es una calma que, aunque débil, me da algo de consuelo. Veo cómo su mirada se fija en la carretera, mientras yo no dejo de pensar en Paolo, en lo que acaba de pasar, en lo que podría suceder.

Nos dirigimos al hospital, las luces intermitentes de la ambulancia iluminan la carretera, y el ambiente es pesado, cargado de tensión. Dentro de mí hay una batalla entre la esperanza y el miedo, y cada kilómetro que avanzamos se siente como una eternidad. Mi mente viaja rápidamente entre los recuerdos, el momento justo antes de la explosión, la sonrisa de Paolo, sus palabras… todo parece tan lejano, tan irreal, y, sin embargo, está tan presente.

Finalmente, llegamos al hospital. Y el Don y un ejercito de hombres ya estan ahí. El lugar

está vacío y sé que es por el don, personal médico corriendo de un lado a otro, pacientes siendo atendidos en cada rincón y veo que son algunos de los guardias que estaban cerca de lo ocurrido. Me siento completamente perdida en la multitud, pero Coraline me mantiene firme. Me conduce hacia una sala de espera, donde, con un gesto, me indica que me quede allí.

—Te quedas aquí mientras voy por alguien para que te revise —dice con suavidad. Su tono es casi imperceptible, como si tratara de calmarme sin decirlo directamente. —Voy a ver qué pasa, te prometo que te mantendré informada.

Asiento sin poder articular palabras, mi garganta está cerrada, el miedo me ahoga. Pero no me muevo. Espero. Mi mente sigue atrapada entre las imágenes de la explosión, la caída de Paolo, el eco de su nombre en mis labios. ¿Estará bien? ¿Sobrevivirá?

Una enfermera llega, me limpia la cara, las manos y me saca sangre, no sé por qué, pero no siento nada de lo que me hacen. Mi padre ahora me coloca su abrigo y toma mi mano.



Pasan dos horas antes de que Coraline regrese otra vez con el Don, su rostro reflejando la misma preocupación que siento.

—Lo están estabilizando —dice el Don, y aunque las palabras son un alivio, no puedo dejar de preguntarme cuánto tiempo tomará. —Todavía está en cirugía. Están haciendo todo lo que pueden.

Me siento casi aliviada por un instante, pero ese alivio se mezcla con el temor de no saber cuándo saldrá de esa sala, si se despertará, si volverá a ser el hombre que era. No puedo quedarme quieta. Mi cuerpo, mi mente, todo me impulsa a moverme. Me levanto de un salto, y antes de que Coraline pueda detenerme, me dirijo hacia la sala de operaciones. Sé que no debo, que no puedo, pero mi corazón ya ha tomado la decisión.

—¡Molly, no! —me gritan Coraline y mi padre detrás de mí, pero no la escucho.

El pasillo parece interminable, las luces parpadeando, el sonido de las máquinas y las voces de los médicos llenan el aire. Estoy cerca, demasiado cerca de la sala de operaciones. Mis pasos se aceleran, mi respiración se vuelve irregular, pero todo lo que quiero es saber de Paolo, verlo, tocarlo, asegurarme de que está vivo.

Antes de llegar a la puerta, un médico sale de la sala, su bata manchada de sangre, su rostro serio, pero con un atisbo de alivio.

—Se está recuperando. —las palabras caen como una losa, pero son la respuesta que he estado esperando. —No fue fácil, pero está fuera de peligro, señora Santoro.

Mis piernas tiemblan y casi me caigo. Mi padre llega a mi lado en ese instante, sujetándome con firmeza.

—Va a estar bien, lo prometo —dice, su voz me conforta y por fin libero el llanto que habia estado conteniendo.

Me dejo caer en sus brazos, sin poder contener las lágrimas que finalmente encuentran su camino hacia mi rostro. Las emociones son demasiadas, pero al menos sé una cosa con certeza: Paolo está vivo.



Me he quedado sola con mi padre. Antonio parece que ha muerto y revivido en su silla en

todo el rato, al igual que yo. El hospital ahora está lleno de los hombres que trabajan para Paolo, y Giulietta acaba de llegar con otro grupo de seguridad. El tiempo parece ralentizarse mientras estoy allí, en los brazos de mi padre, sintiendo una mezcla de alivio y agotamiento profundo. Las sirenas de la ambulancia, el caos de la explosión, los momentos de angustia... todo parece desvanecerse un poco, como si hubiera llegado a un refugio en medio de una tormenta. Pero no puedo dejar de pensar en él, en Paolo. Mi padre me mantiene cerca, su mano sobre mi espalda, acariciándome suavemente. Aún siento el peso de todo lo que ha ocurrido. La explosión, su cuerpo tendido en el suelo... lo vi desvanecerse, y mi mente aún se niega a aceptar que está aquí, que está vivo, aunque no lo pueda ver con mis propios ojos.

Veo al doctor que viene hacia mí y me pongo de pie, no puedo esperar otro segundo más sin poder verlo.

—¿Puedo verlo? —pregunto, mi voz temblando. Es casi un susurro, pero lo siento como una súplica, una necesidad profunda que no puedo callar.

El médico me mira con una expresión que mezcla comprensión y dolor. Asiente lentamente.

Mi ansiedad me consume mientras todo a mi alrededor parece perderse en el ruido de los pasillos, los murmullos de los médicos, las idas y venidas del personal. Todo eso suena distante, irrelevante, porque sólo importa él, Paolo.

—Señora Santoro, puede ir a verlo ahora.

Giulietta me toma de la mano y nos guíamos por el pasillo, mi respiración se acelera al llegar a la puerta de la habitación. Cada paso es una mezcla de terror y esperanza, y cuando finalmente entramos, el mundo se detiene. Allí está, acostado en la cama, con un vendaje en el pecho y los brazos, su respiración irregular pero constante. Es débil, pero está vivo. Y eso es lo único que importa.

Me acerco lentamente, mis pasos son vacilantes, como si temiera que todo esto fuera un sueño. Paolo abre los ojos lentamente, sus pupilas dilatadas, pero cuando me ve, su rostro se suaviza. Su boca se mueve, pero no puedo oír lo que dice al principio.

—Vita... —su voz suena rasposa, pero es la melodía que he estado esperando.

Siento una mezcla de alivio y amor desbordando en mi pecho. Sin pensar, me acerco a él, tomo su mano con fuerza, como si nunca más quisiera soltarla.

—Paolo, por favor, no hagas eso nunca más —le susurro, las palabras saliendo con rapidez. —Te necesito aquí, conmigo, amor.

Él aprieta mi mano con lo poco que le queda de fuerza, y aunque su cuerpo está débil, sus ojos brillan con una determinación inquebrantable.

—No voy a ir a ningún lado. —vuelve a cerrar los ojos y se queda dormido. Como si estuviera esperando verme para por fin hacerlo, sin soltar mi mano.

Esas palabras son mi refugio, mi consuelo. Y solo quiero ir a casa, con mi esposo.

CAPÍTULO 43



PAOLO

Tres semanas después.

Han pasado tres semanas desde la explosión.

Tres semanas desde que mi cuerpo dejó de ser mío, desde que el dolor se convirtió en mi sombra constante. Tres semanas desde que abrí los ojos en un cuarto de hospital, con la luz blanca cegándome y la voz de Molly susurrando mi nombre con un temblor que aún puedo escuchar en mi cabeza.

Tres semanas desde que todo cambió.

Y ahora, por fin, me dan de alta.

Por fin puedo salir de este maldito lugar, pero no siento la satisfacción que debería. Porque en cuanto mis ojos caen en la silla de ruedas frente a mí, todo en mi interior se revuelve.

Esa cosa… esa maldita cosa.

No.

No voy a usarla.

Mis puños se cierran con fuerza sobre las sábanas, con la única parte de mi cuerpo que aún me obedece. Siento cómo la rabia y la frustración hierven en mis venas, llenándome de un odio irracional. Quiero un arma. Quiero destruirla. Quiero hacerla pedazos con mis propias manos, pero ni siquiera puedo levantarme sin ayuda.

El dolor me mantiene atrapado en esta cárcel de piel y huesos.

—La herida en su columna, sanará con el tiempo, mientras tanto. No sabemos si…—el medico hizo una pausa ese día, una pausa demasiado larga.

—Déjese de rodeos, doctor y digame si volveré a caminar.

—Todo dependerá de usted, señor Santoro.

Y entonces, su voz. Me trae al presente.

—Oye, *gánster*, qué bonitos ojos tienes.

Molly.

Me ha sonreído cada día desde que desperté.

Me ha cuidado como si yo fuera algo valioso.

Ha hecho de este infierno algo soportable.

Viene todos los días con comida especial, aunque sabe que apenas puedo comer. Se sienta a mi lado y pone películas en su tablet, como si pudiéramos fingir que estamos en casa y no en un hospital. Me ha bailado, incluso, en los momentos en los que el dolor era insoportable, tratando de sacarme una sonrisa. Todo para hacerme olvidar en qué me he convertido.

Pero no lo consigue del todo. Porque yo no lo merezco. No merece esto. No merece estar aquí, cuidando de un hombre que no puede ni sostenerse en pie, de un hombre que la compró, de un hombre que la arrastró a este mundo.

—Molly… —su nombre apenas cruza mis labios cuando ella me interrumpe.

—Sigues gruñon, ¿Eh?.

Su tono es firme, pero su mirada es suave. Como si supiera lo que estoy pensando, como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos antes de que los diga en voz alta.

—Viktor te ayudará a levantarte de la cama, te sentarás ahí y nos iremos a casa. Tengo

muchos planes para nosotros mientras te recuperas.

Suena tan segura, tan convencida, que casi me hace creer que todo va a estar bien.

Pero no lo estará.

—Si es que lo hago alguna vez… —susurro, dejando que la frustración se me escape en un murmullo.

Ella no debería estar aquí. Debería estar en otro lugar, viviendo su vida, siendo libre.

No atrapada con un hombre roto. La veo y tiene esa mirada llena de dolor. Soy un hijo de puta.

—Lo siento, Vita…

Molly se acerca y su mano se posa en mi rostro con una ternura que me desarma.

—No pasa nada, amor.

Amor.

Me ha llamado así desde que desperté.

La primera vez que lo dijo, pensé que estaba delirando.

La segunda vez, creí que era por lástima.

Pero cada día, lo ha repetido. Con dulzura, con firmeza, con esa mirada que me hace pensar que realmente lo siente.

Y cada vez que lo dice, algo dentro de mí se sacude.

Me gusta cómo suena.

Me gusta cómo sus labios se mueven cuando lo dice.

Me gusta cómo me mira cuando lo dice.

Quisiera…

Quisiera tocarla.

Quisiera perderme en ella, en su calor, en su risa.

Quisiera aferrarme a ella y olvidar todo lo demás.

Pero ahora mismo, solo soy un saco vacío.

Está ahí.

Como siempre.

Mierda.

Viktor me ayuda a levantarme y mi orgullo sufre otro golpe cuando apenas logro sostener mi propio peso. Molly se apresura a estar a mi lado, sujeta mi brazo con suavidad, sin invadir, sin presionar. Está ahí. Como siempre.—Vamos a casa, Señor Santoro. —dice mi bella esposa.

Sus ojos brillan con determinación, con algo tan puro que casi duele.

Y aunque mi cuerpo esté roto, aunque mi alma esté hecha pedazos, me doy cuenta de algo en este momento. Molly es lo único que me mantiene en pie. Y eso acabará pronto.

CAPÍTULO 44



MOLLY

Dos semanas después

Han pasado dos semanas desde que volvimos a casa. Dos semanas en las que he visto a Paolo convertirse en una sombra de sí mismo.

La primera semana fue el inicio de la tormenta. Se despertaba gritando en medio de la noche, con el cuerpo empapado en sudor y los ojos cargados de un pánico que nunca antes había visto en él. Decía mi nombre, siempre mi nombre, y en cuanto su mirada se fijaba en la mía, la angustia lo devoraba. Como si el solo hecho de verme confirmara sus peores temores.

Pero ahora… ahora es peor.

Porque ha dejado de gritar.

Ha dejado de mirarme.

Se encierra en su despacho todo el día. Casi no me habla. Apenas come lo que le llevo y cuando lo hace, ni siquiera me da las gracias.

Quise darle su espacio. De verdad que lo intenté. Me repetí una y otra vez que necesitaba tiempo, que el dolor lo estaba consumiendo, que debía esperar a que él mismo encontrara el camino de vuelta.

Pero ya estoy cansada. Estoy cansada de verlo hundirse sin hacer nada. Estoy cansada de que se encierre en esa maldita oficina como si el resto del mundo no existiera. Estoy cansada de que no me deje ayudarlo.

Esta autocompasión se acabará ahora mismo.

Me pongo en pie con determinación y camino por la casa, ignorando las miradas de los hombres de Paolo, ignorando la punzada de ansiedad en mi estómago cuando me planto frente a la puerta de su despacho.

Golpeo dos veces.

Silencio.

Golpeo de nuevo, más fuerte.

Nada.

Bien.

Abro la puerta sin más preámbulo y lo encuentro exactamente como esperaba: sentado en su escritorio, con la mirada fija en unos papeles que probablemente ni siquiera está leyendo.

—Molly, ahora no —dice sin siquiera levantar la vista.

Cierro la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria.

—No me importa si es ahora o después. Vamos a hablar.

Finalmente, sus ojos se levantan y me miran, fríos, distantes.

—No hay nada de qué hablar.

—Mentira.

Cruzo la habitación en dos pasos y me planto frente a él.

—Estoy harta, Paolo.

Él suelta una risa seca, sin humor.

—¿Harta de qué?

—De verte así. De que te encierres. De que te alejes de mí.

—No me estoy alejando.

—No me tocas. No me miras. Apenas me hablas.

Paolo aprieta la mandíbula y desvía la mirada.

—No quiero que me veas así.

—¿Así cómo?

—Como un maldito inválido. Como un inutil, estoy encargandome de todo, de limpiar las calles por ti, porque es lógico que ya no puedo protegerte.

Su voz es baja, pero la ira en ella es inconfundible.

Pero no me asusta.

No me voy a echar atrás.

Me inclino sobre el escritorio, obligándolo a mirarme.

—¿Eso crees que veo cuando te miro?

No responde.

—¿Eso crees que siento cuando estoy contigo?

—Deberías sentirlo —escupe.

—¿Por qué?

—Porque no soy el mismo hombre del que te enamoraste.

Sus palabras caen como una sentencia en la habitación, pero no me afectan como él cree.

Me río.

Su ceño se frunce.

—¿Te parece gracioso?

—Me parece ridículo. Sigues siendo el mismo hombre del cual me enamoré, de hecho sigues siendo un maldito gánster terco.

Doy la vuelta al escritorio y me coloco justo a su lado, sentándome en la orilla.

—Si crees que me enamoré de ti por lo fuerte que eras físicamente, entonces nunca me conociste.

Su mandíbula se tensa.

—Si crees que mi amor por ti depende de que puedas caminar sin ayuda, entonces no sabes nada de mí.

Él me mira, sus ojos oscuros llenos de algo que no puedo descifrar.

—¿Y qué quieres de mí, Molly?

—Quiero que dejes de autocompadecerte.

Lo tomo del rostro, obligándolo a verme.

—Quiero que vuelvas a vivir.

—Dejé de vivir hace mucho tiempo, Molly.

Susurra esas palabras como si dolieran, como si admitirlo le arrancara un pedazo de alma.

Y mi corazón se rompe un poco más.

—Yo te enseñaré de nuevo.

No le doy opción.

Beso sus labios, con firmeza, con determinación, con toda la fuerza que tengo.

Y esta vez, él no me aleja.

CAPÍTULO 45



PAOLO

Observo a Molly mientras duerme.

Su respiración es irregular, su rostro tenso. Sus labios se mueven en susurros inaudibles y, cuando la toco, siento la frialdad de sus manos.

Una pesadilla.

Suelto una maldición y me incorporo un poco, sintiendo el peso de mi cuerpo arrastrarse por mi columna como un hierro ardiendo. El dolor me acompaña día y noche, un recordatorio constante de lo que ya no soy.

Ella necesita otra manta.

El armario está a solo unos pasos.

Pero yo… yo no puedo llegar hasta él.

Frustrado, aprieto los puños y maldigo en silencio. Esto es lo que soy ahora. Un hombre que no puede ni siquiera alcanzar una maldita manta para su esposa.

Molly merece más que esto.

Merece a un hombre fuerte.



Dos días después…

No duermo con ella.

Me quedo en mi despacho, donde la culpa no me alcanza con su perfume de vainilla ni con su mirada dulce que me hace sentir como si todavía fuera alguien digno de ser amado.

Molly ha venido a buscarme.

—¿Por qué no vienes a la cama conmigo? —su voz suena cansada, lastimada—. Has estado aquí dos días enteros, apenas y comes.

—He estado ocupado.

—Estás mintiendo.

Se acerca a mí, sus ojos buscando algo en los míos.

—Paolo… te amo y te necesito ahora mismo.

Me duele verla así.

Me duele más de lo que debería.

Si rompo su corazón será más fácil.

Si la alejo ahora, tal vez algún día me lo agradezca.

—No busques amor, Molly. No vas a encontrar nada más que cenizas y oscuridad.

Ella niega con la cabeza, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

—No es verdad.

—Eres muy joven para entenderlo.

—¿Joven? Al menos yo ya amé una vez, y perdí a ese amor. ¿Qué sabes tú de amor?

—Tienes razón. Nada.

La veo titubear. Su rostro es una mezcla de dolor y furia.

—Yo… yo te lo he demostrado.

—No te lo pedí.

Silencio.

Y entonces, su furia estalla.

—De eso se trata, idiota.

Su voz se rompe en la última palabra, y con ella, algo dentro de mí también.

Bien, pronto todo acabará.



La puerta se abre antes de que pueda volver a decirle a Molly que no me moleste.

Pero no es ella.

Es Roco.

—Roco.

El Don me observa con su típica mirada impenetrable, sus ojos oscuros recorriéndome de arriba abajo con juicio.

—Así que es verdad —dice, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados —. La autocompasión puede ser una perra.

No tengo paciencia para esto.

—Si viniste a joderme, será mejor que te vayas.

Pero él solo suelta una carcajada seca y avanza unos pasos dentro del despacho.

—He venido a despedirte.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—No por cómo luces, y luces como la mierda por cierto. —señala con la cabeza mi estado deplorable, la camisa a medio abotonar, la barba crecida, la copa de whisky en mi escritorio aún sin tocar—. Es porque Molly me llamó.

Mierda.

Aprieto la mandíbula.

—No has dejado de trabajar, te rehúsas a seguir la terapia física… así que te daré vacaciones.

—No necesito vacaciones.

—No es una solicitud.

Su tono es firme, definitivo. No deja espacio para discusión.

—Entre más rápido te recuperes, más fácil será que encuentres al hijo de puta de Gabriele de Luci.

Su mención hace que mis músculos se tensen, que mi sangre hierva y mi mandíbula se apriete con tal fuerza que duele.

Gabriele de Luci.

Si Molly hubiera subido a ese coche…ella…ella.

Bastardo. Hijo de puta, tiene los días contado. Sé dónde está, sé dónde se esconde. Le he dado muchos golpes a su pequeño negocio de mierda de trata y ni siquiera sospecha que he sido yo. No he sido un inutil del todo con mi laptop estos ultimos días. Pero eso no se lo digo al Don. Esto es personal.

Miro a Roco con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué sugieres?

Él sonríe, esa sonrisa que siempre me ha sacado de quicio porque significa que sabe más de lo que está diciendo.

—Empieza por dormir, Paolo. Y luego, empieza a vivir.

Antes de que pueda responder, se da la vuelta y se marcha, dejándome con un peso en el pecho y la sensación de que, por primera vez en semanas, algo en mí empieza a moverse de nuevo.

CAPÍTULO 46



MOLLY

Estoy de pie junto a la ventana, mirando las luces de la ciudad mientras parpadean a lo lejos. La noche parece interminable, cargada de un frío que no es solo del aire, sino que también se siente dentro de esta casa, dentro de mí. Paolo está en algún lugar, probablemente encerrado en su despacho como ha estado estos últimos días. Lo siento tan distante, como si la explosión lo hubiera llevado a otro lugar, un lugar donde no hay espacio para mí.

Estoy cansada. Cansada de su silencio, de sus excusas, de ver cómo se encierra en su propia oscuridad. Y justo cuando estoy a punto de darme por vencida, lo siento. Su presencia. No tengo que girarme para saber que está aquí, llenando la habitación con un peso invisible que parece apretar mi pecho.

Me doy la vuelta despacio, y ahí está. En su silla de ruedas al lado de la puerta, con el rostro sombrío, la mirada perdida. Parece un hombre que lleva años de lucha, como si todo lo que queda en él fueran cenizas. Mi corazón se parte al verlo así, pero también me llena de frustración. No quiero a este Paolo. Quiero al hombre que conocí, al hombre que me hizo sentir que el mundo era más grande que mis miedos.

—Te firmaré el divorcio —dice de repente, y el mundo se detiene.

Lo miro, parpadeando, como si no hubiera escuchado bien.

—¿Qué? —mi voz es un susurro, pero lo suficientemente fuerte para que él lo escuche.

—Es lo que querías desde un inicio —repite, su tono frío, distante, como si no fuera más que un trámite.

—No. —mi respuesta es inmediata, cortante.

—Molly… —comienza a decir, pero no lo dejo terminar.

—¡No! —doy un paso hacia él, temblando, mis manos apretadas en puños a mi costado. Lo miro fijamente, intentando encontrar algo, cualquier cosa, que me dé una razón para creer que esto no es real—. ¿Eso es lo que crees? ¿Que quiero esto?

—Te mereces algo mejor —responde, su voz más baja, como si realmente creyera lo que dice.

—¿Algo mejor? ¿Algo mejor? —repito, y mi tono sube, el enojo burbujeando dentro de mí—. ¡Deja de decidir por mí, Paolo!

Él aparta la mirada, como siempre lo hace cuando las cosas se ponen difíciles. Esa simple acción enciende algo en mí. Me acerco a él, mi pecho subiendo y bajando mientras intento controlar las lágrimas que amenazan con salir.

—Tengo algo que decirte, Paolo —le digo, mi voz temblorosa, aunque trato de mantenerme firme.

—No. No lo hagas, Molly —me interrumpe. Levanta una mano, como si con ese simple gesto pudiera detenerme.

—¿Perdón? —pregunto, incrédula.

—No quiero escucharlo. Sea lo que sea, no cambia nada. Esto es lo mejor para ti, para los dos.

Me quedo inmóvil por un segundo, mirándolo fijamente. ¿De verdad cree que tiene derecho a hacer esto? ¿A decidir cómo termina esto? Mi sangre hierve, y cualquier resto de dolor

que quedaba se transforma en una furia incontrolable.

—¡Eres un cobarde! —le grito, y la fuerza de mis palabras lo hace retroceder ligeramente —. ¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Correr? ¿Decidir por los dos y esconderte detrás de tus malditas excusas?

No espero su respuesta. Ya no importa. Lo miro una última vez, sacudiendo la cabeza, como si tratara de comprender cómo llegamos a esto, cómo se convirtió en esto. Pero no tengo más palabras para él. No tengo nada más que decirle. Me doy la vuelta y camino hacia la puerta, mis pasos firmes, decididos. Siento que me llama, o tal vez lo imagino, pero no me detengo. Si él quiere ser un cobarde, que lo sea. Pero yo no voy a quedarme aquí esperando a que él decida qué hacer con mi vida. Al salir de la habitación, cierro la puerta con fuerza, el eco resonando por toda la casa. Las lágrimas finalmente comienzan a caer mientras me alejo, pero no importa. Esta vez, no voy a mirar atrás.


EL
CORAZÓN
DE MI SOMBRA
KRIS BUENDIA



TRES MESES DESPUÉS

La silla de ruedas es cenizas ahora, como debería ser todo lo que me recuerde a esa etapa. El bastón es mi próximo objetivo, pero aún no. Solo un par de meses más, y estaré como nuevo. Mejor que nuevo. La rehabilitación ha sido un infierno, pero he pasado por peores. Cada dolor, cada movimiento torpe, lo asimilo como parte del precio que tengo que pagar.

Pero nada de ese dolor se compara con que Molly no esté a mi lado.

Estoy en mi despacho, observando la fotografía sobre el escritorio. Es de Molly. La tomé un día que se reía de algo que Viktor había dicho, su cabello alborotado y sus ojos brillando con esa chispa que parecía burlarse del mundo entero. La misma chispa que me hacía perder el control.

Ayer llegaron los papeles del divorcio. Firmados. Bajo su firma, dejó esas palabras que me arrancaron una sonrisa amarga: "gánster, hijo de puta". No podría haber esperado algo diferente de mi pequeña provocadora. Ella no vive en el apartamento que compré para ella; prefirió alquilar uno pequeño por su cuenta. Por supuesto, lo sé todo. Recibo informes semanales. Sé que recibe buen dinero de su blog y que está escribiendo un libro de cocina. No puedo evitar sentirme orgulloso, aunque ese orgullo se mezcla con un sabor amargo que no consigo tragar.

Antonio desapareció también. Esa misma noche, se fue con ella. Padre e hija, marchándose juntos mientras yo observaba desde la ventana, sintiéndome vacío pero convencido de que era necesario. Necesario alejarla. Lo que está a punto de ocurrir no es un juego, y si algo le pasara a Molly... No, no puedo ni pensarlo.

—Todo listo, Paolo. —me interrumpe Viktor desde la puerta.

Asiento sin levantar la vista de la fotografía. Pero antes de que pueda guardar el marco en el cajón, Roco entra al despacho, vestido con un traje de combate negro, sus botas resonando en el suelo de madera.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunto, alzando una ceja.—Es mi trabajo.

Lo miro fijamente. No me gusta que se meta en esto, pero lo entiendo. Esta noche no es solo un movimiento estratégico. Es una declaración. Es el principio del fin para Gabriele de Luci, y no hay espacio para errores.

Antes de que pueda discutir con él, escucho otras pisadas acercándose. Miro hacia la puerta y veo a los Romanov. Anton y Konstantin, con sus trajes de combate y sonrisas arrogantes.

—No era necesario traer a la Bratva a esto —digo, aunque sé que no tiene sentido discutirlo.

Konstantin sonríe, esa sonrisa burlona que siempre me ha sacado de quicio y más en los últimos meses. Él y Theron decidieron chocar puños y ayudarme con mi jodida rehabilitación.

Amigos. Joder.

—Desde que tus diamantes son una obsesión para nuestras mujeres, dalo por hecho que te apoyaremos, capo —dice, inclinándose ligeramente en una burla apenas disimulada.

Sus palabras me irritan, pero también me arrancan una breve sonrisa. La Bratva y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero debo admitir que su entrada en el negocio de los

diamantes fue una buena decisión. Lo que no esperaba era tener que lidiar con Konstantin en el proceso.

—¿Listos para esto? —pregunta Anton, su tono más serio que el de su hermano.

—Listos —respondo, con la mirada fija en ellos.

Me levanto con poca dificultad, apoyándome en el bastón. Lo odio, pero sé que esta será una de las últimas veces que lo necesite. Viktor me observa con atención, siempre alerta, siempre pendiente.

—Es hora de acabar con esto —digo, mi voz baja, pero cargada de determinación.

Y aunque trato de concentrarme en lo que está por venir, mi mente no puede evitar regresar a ella. A Molly. A su sonrisa, a su mirada, a la forma en que solía desafiarme. Esto es por ella, aunque nunca lo sepa.



El jet se desploma en la pista con un rugido sordo, cortando el aire como una cuchilla. No hay tiempo para miradas nerviosas ni para preguntas. El destino de De Luci está sellado. En la cabina, Anton, Konstantin, Roco y yo somos sombras que se mueven con una precisión mortal. La puerta del jet se abre y saltamos al suelo con agilidad.

He estado jodiendo a Gabriele hasta que se escondió como la rata que es en esa isla, pero ni siquiera eso puede detenerme.

La isla es un campo de guerra; las olas golpean las rocas y el viento, cargado de sal, raspa la piel. La seguridad de mierda de De Luci no tiene idea de lo que se les viene encima. Los primeros disparos suenan, pero nada me detiene. Mi bastón, que es más un aliado que un simple objeto, se balancea con una velocidad letal, el metal cortando el aire mientras me muevo entre los árboles.

Anton avanza a mi lado, su rifle disparando con precisión. Cada disparo derrumba a un hombre más, y las sombras de nuestro paso se estiran por todo el terreno. Konstantin está atrás, con su inconfundible expresión fría. Lleva la bomba, listo para ponerla en su lugar en cuanto podamos llegar al complejo. Roco permanece alejado cuidandonos la espalda, nada le impide estar acá, ni siquiera porque es el don de la cosa nostra, pero su mirada es aguda, la única que puede detectar a un enemigo desde kilómetros. Él sigue las coordenadas con la calma de un francotirador veterano.

Un primer grupo de hombres aparece ante nosotros. Los reconozco por sus siluetas, demasiado lentos, demasiado inexpertos. Los atravieso con un par de disparos rápidos, la sangre salpica y se mezcla con la arena. No hay piedad. El terreno está cubierto de cuerpos, pero seguimos avanzando. Un grito a mis espaldas: Anton acaba de tumbar a otro que intentó flanquearnos.

—¡Mierda, esos son más de los que pensábamos! —grita Konstantin, agachándose mientras coloca la bomba cerca de la entrada del complejo. La explosión no será solo un espectáculo, será nuestra firma en el final de De Luci.

Mi corazón late con furia. La tensión se vuelve densa, pero eso no me ralentiza. Un giro brusco, y un disparo. La bala atraviesa el cráneo de uno de los guardias antes de que pueda reaccionar. Sigo avanzando, mi bastón balanceándose como una extensión de mi cuerpo, rompiendo cráneos, desarmando a los enemigos con una agilidad que podría asustar incluso a un hombre como yo. Cada paso es medido, cada movimiento está sincronizado con los de los demás. Anton sigue disparando desde un costado, cubriéndome mientras yo me acerco más a la

entrada.

De repente, una explosión cercana, las luces parpadean.

—¡La bomba está lista! —grita Konstantin.

Mi sangre hierve. Es el momento. Casi puedo oler la muerte en el aire. Un último grupo de guardias aparece frente a nosotros, pero ya no tienen tiempo.

Disparo dos veces, uno tras otro, y los caen al suelo como muñecos rotos. Un tercero intenta saltar sobre mí, pero no llega a tocarme. Mi bastón lo derrumba, y antes de que se de cuenta, está tirado en el suelo con el cráneo aplastado.

Roco grita desde su posición lejana, su voz cortante:

—¡Están cerca! ¡Gabriele está en la sala principal!

Mis ojos se fijan en el edificio, la entrada ahora despejada. Sólo falta un paso. Todo lo que hemos hecho nos ha llevado hasta aquí, y no hay vuelta atrás. Nos adentramos al interior. La luz se apaga, el sonido de los disparos se ahoga en la oscuridad, pero el olor de la pólvora me mantiene alerta.

Gabriele De Luci aparece al fondo, rodeado de sus hombres. Sus ojos, llenos de miedo, se fijan en mí, pero ya es demasiado tarde. Siento cómo mi respiración se detiene por un segundo, la adrenalina congelando el tiempo. Cada uno de sus movimientos es torpe, desesperado. Los pasos retumban a nuestro alrededor.

Los ataques a mi mujer. Mi mujer. Es tiempo de cobrarlo y aun muerto lo encontraré en el infierno y me volveré a vengar. Por él tuve que dejarla ir, todo para mantenerla a salvo.

—¿Creíste que podías esconderte? —digo con voz baja. El silencio antes del caos.

Mi bastón se mueve con rapidez. Un hombre cae, luego otro, su sangre salpica el suelo mientras me acerco. Gabriele da un paso atrás, pero el miedo ya no puede salvarlo. El sonido de la explosión resuena desde el pasillo, la bomba de Konstantin estallando en el corazón de la isla, pero la verdadera explosión está en la mirada de Gabriele. Se da cuenta de que ya no tiene escapatoria.

Disparo, el sonido del arma retumba en mis oídos. Él cae al suelo con un grito de desesperación, pero su caída es lenta. La isla tiembla por los cimientos, pero ya no importa.

La bomba, la nuestra, la que sellará su fin, ruge. Y con ella, la muerte de Gabriele.

La isla está reducida a escombros. El trabajo está hecho.

El silencio se asienta como una sombra.



La noche es fría, pero Molly brilla como un faro en medio de la oscuridad. La veo caminar hacia el apartamento, su figura elegante envuelta en un gran abrigo que se balancea con cada paso. Su cabello cae en ondas suaves, como si la luz la siguiera a cada lugar donde va. Hay algo diferente en ella esta vez, una especie de resplandor que no puedo dejar de observar. Es como si el universo decidiera que ella fuera la estrella del momento, y yo, simplemente un espectador en las sombras.

El motor del auto se apaga, y la puerta se cierra con un leve golpe. Con el bastón arrastrando sobre el pavimento, me muevo sigilosamente tras ella. El sonido de mis pasos queda ahogado por el crujido de las hojas secas bajo mis botas, pero no me importa. Todo lo que importa es ella, y cómo la distancia entre nosotros se reduce a cada segundo que pasa.

Llego hasta la puerta del apartamento justo cuando ella pone la mano en el pomo. Mi respiración se detiene por un momento, y la sigo, cada movimiento más cercano. De repente, me

pongo detrás de ella, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo. Se detiene al instante, y por un segundo el mundo parece detenerse también.

El aire se llena de su aroma, y cierro los ojos, absorbiéndolo.

—Fui un idiota —susurro, la voz rasposa de tanto desear que esas palabras pudieran regresar el tiempo.

Su cuerpo tensa ligeramente, pero no se gira. Sabía que lo diría. Sabía que no me perdonaría fácilmente, pero aún así, no puedo evitarlo.

—Sí lo fuiste —responde, su voz baja, pero con un filo que corta en el aire. Es fría, pero también lleva consigo algo que no puedo leer del todo. Quizá es el dolor. O quizá la tristeza que nunca deja de seguirnos.

Es mi oportunidad. La miro, aunque no la vea. Porque sé lo que quiero decirle.

—De todos los diamantes en el mundo, los más preciosos, raros, y únicos… tú eres el único que tiene valor para mí. Te necesito. Te necesito de vuelta.

Su respiración se vuelve más agitada, y un suspiro escapa de sus labios. Pero luego, con una dureza que solo ella sabe mostrar, responde con esas palabras que me atraviesan como una daga.

—Eres un maldito.

La tristeza de su voz no pasa desapercibida. Cada palabra está impregnada de una decepción que ya he visto antes. Pero no me aparto. No lo haré.

Mis dedos se deslizan por su espalda, cerca de su cuello, pero no la toco. Solo la siento a través del aire.

—No, soy el maldito gánster que no puedes dejar de amar —susurro, la sonrisa burlona apareciendo en mis labios mientras escucho su respiración tambaleante.

El silencio es pesado entre nosotros, cargado de promesas rotas y deseos no expresados. Pero en ese momento, sé que ya nada será lo mismo. Y eso me aterrorizaba más que cualquier amenaza que haya enfrentado en mi vida. Mis palabras se detienen en seco cuando ella se gira. Mi corazón late con fuerza, y por un segundo, todo en mí se congela. Su abrigo cae ligeramente hacia los costados, y lo que ocultaba… no es lo que había imaginado. Lo que veo me deja en shock.

Su vientre. Un bulto pequeño, pero evidente. El brillo de sus ojos ya no es solo el de una mujer desafiante, es el de alguien que ha tomado una decisión irreversible. Sus manos descansan sobre su abdomen, como si intentara proteger lo que ya está creciendo en su interior, pero también como si fuera consciente de lo que su revelación significa.

Viktor no me dijo nada. De haber sabido habría corrido aquí con ella y ella hubiera estado en peligro, no solo ella. Mi bebé, nuestro bebé. Mierda.

Mi mente no puede procesarlo al principio. Estoy en silencio, estupefacto, sintiendo cómo el mundo parece detenerse mientras las palabras me fallan. Todo lo que había planeado decir, todas las réplicas y respuestas que había imaginado para este momento, se desvanecen como el aire de la noche.

Ella no sonríe, no hay burla ni rabia en su rostro. Hay algo más, algo que me obliga a mirarla de nuevo, a intentar leerla en este nuevo contexto. Algo que está más allá de cualquier guerra que hayamos tenido, más allá de los errores cometidos.

—Sabía que esa sería tu reacción. —dice, y su voz está tranquila, sin desesperación, pero cargada de una verdad que me destroza.

Me quedo allí, mirándola, incapaz de moverme. Todo en mí quiere acercarse, pero no puedo. No sé cómo reaccionar ante lo que acaba de suceder. Ante lo que acaba de decirme, ante

lo que ahora sé, ante lo que está oculto en ese pequeño ser dentro de ella.

El frío que me invade no es de la noche, es de mi propio temor, de la incertidumbre de lo que esto significa para nosotros. Todo lo que creí que entendía sobre ella, sobre mí, sobre lo que somos, ahora se ve distorsionado a través de esta nueva realidad. Un bebé. Su bebé. Mi bebé.

—Molly... —susurro, mi voz rota por una mezcla de incredulidad y algo más profundo, algo que no logro entender todavía.

Ella no responde inmediatamente. Solo me observa, el silencio entre nosotros pesa más que cualquier palabra. Y en ese instante, siento que lo que estamos a punto de decir, lo que nos queda por decir, podría ser la última oportunidad que tengamos para redefinirlo todo.

La puerta se abre con un suave crujido, y Molly da un paso adentro, dejando atrás el frío de la noche. Su vientre sigue ahí, inconfundible, y mi mente comienza a asimilarlo mientras ella no me quita la vista. Sin palabras, se mueve con calma hacia el interior del apartamento, y sin pensarlo, la sigo. En cuanto ella llega a la mesa, extiende su mano para que me siente, y me ayuda a bajar de mi postura rígida. El gesto es simple, pero cargado de una ternura que no me esperaba.

Me siento, pero no puedo dejar de mirarla. Mi respiración sigue agitada, mi corazón aún no ha dejado de latir como un tambor, y el peso de todo lo que hemos vivido cae sobre mí.

Ella va al grifo y llena un vaso de agua. Me lo pasa, y sus ojos, esos ojos que siempre he amado, me observan fijamente.

—¿Qué haces aquí, Paolo? —su voz, suave, se mezcla con la pregunta que llevo haciéndome toda la noche, toda mi vida desde que la dejé ir.

Solo puedo responder con una palabra, la que más pesa en el aire.

—¿Por qué? —es todo lo que puedo decir.

Su mirada se suaviza, pero no hay tristeza ni arrepentimiento en ella. Solo una comprensión silenciosa, como si hubiera esperado este momento.

—Lo intenté —dice, dejando caer el vaso vacío sobre la mesa. Sus manos se entrelazan —. Ese día, me dijiste que nada cambiaría. Iba a decírtelo, iba a decir que estaba embarazada.

Sus palabras golpean mi pecho como un martillo, y sin pensarlo, me pongo de rodillas frente a ella. Su vientre, esa vida dentro de ella, me llama, me arrastra a algo mucho más grande que nuestras peleas, que nuestras decisiones. La abrazo, no como antes, sino con la necesidad de proteger lo que hemos creado. La beso en el vientre, como si pudiera prometerle todo lo que nunca le di antes.

Ella se pone a llorar. No lo puedo evitar, también lo hago. Sus manos acarician mi cabello con suavidad, como si todo lo que estuviera pasando entre nosotros finalmente pudiera ser sanado, por fin.

—¿Qué haces aquí, Paolo? —su voz es una mezcla de angustia y alivio, como si necesitara una respuesta definitiva. Como si ya estuviera cansada de las palabras vacías.

—He venido por ustedes, Vita. —le susurro el nombre que solo le he dicho a ella, y siento que el peso de la palabra no solo es la historia que hemos vivido, sino lo que nos queda por vivir—. Es hora de ir a casa.

Ella me mira fijamente, y sus ojos se llenan de una tristeza resignada.

—Estamos divorciados, ¿recuerdas? —la ironía en su voz no es cruel, pero sí está cargada de una verdad difícil de asumir.

—Sí, ese fue el plan. —La respondo con una sonrisa amarga. No sé cómo no vi lo que estaba por venir.

—¿Plan? —su voz sube, curiosa.

—Te debo una boda, y voy a dártela —digo, y la determinación en mi voz es más fuerte que nunca. No me importa lo que cueste, no me importa lo que perdí—. No me importa, pide lo que quieras, pon flamencos en todo el jodido jardín, no me importa. Te casarás conmigo, Vita. Como siempre debió ser, como lo deseo. Fui un idiota, pero solo quería protegerte.

Ella se queda en silencio un segundo, observándome. Su rostro se suaviza, sus ojos reflejan algo que se asemeja a una sonrisa.

—Supe que era algo como eso. —dice con un suspiro, su voz aliviada.—Te has encargado del maldito. —El alivio de sus palabras me golpea con más fuerza de lo que esperaba.

—Sí —respondo sin dudarlo—. Le dolió.

—¿Le dolió? —pregunta, y su mirada se endurece por un momento, buscando algo más en mis ojos.

—Estoy seguro que sí.

—Bien. —Su voz se mantiene baja, casi como si se hablara a sí misma.

—¿Bien? —repito, confundido por su respuesta.

—Sí, Paolo. Estamos bien. —Sonríe con una tranquilidad que me desconcierta, pero también me da paz.

Miro el espacio entre nosotros, el lugar que siempre ha sido suyo y que ahora parece un refugio al que siempre quise volver. Me levanto con un suspiro y la miro a los ojos.

—¿Vendrás a casa conmigo?

Ella se ríe suavemente, y ese sonido es el más cálido que he escuchado en mucho tiempo.

—¿Tengo otra opción? —pregunta, aunque sé que, en el fondo, no tiene miedo. Tiene confianza en mí.

—Claro que sí, siempre la tendrás, siempre elegirás. Te lo prometo. —El peso de mis palabras es definitivo, como si finalmente supiera qué es lo que debemos hacer.

—Gracias. —La palabra es suave, pero llena de gratitud. Y yo la sostengo en mis brazos, como si no fuera a dejarla ir nunca más.

Saco el anillo del bolsillo, el mismo anillo que había planeado usar la última vez, pero esta vez es diferente. No es el de mi madre. Es uno nuevo, una piedra púrpura, brillante, la gemela de… bueno, de aquel juguete que quiero volver a usar con ella, para explorar todo lo que aún no hemos vivido.

El anillo es grande, la roca morada destella a la luz, y la alianza de oro la acompaña, una promesa de lo que vendrá.

Ella observa la joya, sus ojos brillan con una sonrisa que me hace sentir como si no hubiera hecho nada mal, como si todo tuviera sentido en este momento.

—¿Te casarías conmigo, *Vita mia*? —esta vez le pregunto, como siempre debió ser.

Ella mira el anillo, lo toca, y sus labios se curvan con esa sonrisa que me derrite.

—Me casaría contigo mil veces, Paolo Santoro. Por favor, llévame a casa.

Con esas palabras, la abrazo, levantándola en mis brazos, y veo algo sobre la encimera. La placa que mandé a hacer para ella, llena de diamantes, tiene el nombre de su blog grabado. Algo tan simple, pero tan profundo. No me arrepiento de haber sacado la caja esa noche del coche. Ella no lo sabe, pero sigue salvándome la vida.

EPÍLOGO EXTRA



PAOLO

El día de la boda es, por alguna razón, más oscuro de lo que había anticipado. Aunque el sol brilla intensamente sobre la pequeña iglesia de campo que elegimos, el aire parece cargado de algo profundo, algo que he estado esperando mucho tiempo sin saberlo. He estado preparándome para este momento, pero el simple hecho de ver todo lo que está ocurriendo a su alrededor me hace sentir que estoy parado en la cima de un precipicio, mirando todo lo que hemos construido.

El jardín está decorado con elegancia, pero de una forma que solo Molly hubiera podido imaginar. Hay pequeñas luces que cuelgan de los árboles, y el aroma a lavanda llena el aire. La música de cuerdas suena suave mientras los invitados se acomodan en sus asientos, entre risas y murmullos. Gema está al frente, como dama de honor, con su vestido sencillo pero de un azul profundo que hace que su presencia sea aún más destacada. Y, por supuesto, está ella, en el centro de todo, con la belleza que siempre supe que poseía, pero que hoy es aún más radiante.

Molly no es la novia tranquila que esperé encontrar, no. No es la dama sumisa que he conocido en otros relatos románticos. Ella es fuerte, determinada, con una presencia tan desbordante que todos los ojos no pueden evitar seguirla. Su cabello está recogido en un elegante moño, y su vestido blanco no es solo un símbolo de pureza, sino de lo que hemos pasado y de lo que estamos construyendo. La tela de encaje se ajusta perfectamente a su figura y que ahora abraza a nuestro bebé en su vientre, y a pesar de todo, hay algo en ella que sigue siendo indomable.

Su padre, Antonio, está a su lado, y la mirada que intercambian es la de un hombre que ha visto mucho en su vida, pero que sabe que esta es una de las decisiones más importantes que su hija ha tomado. Su rostro está lleno de orgullo, pero también de la pesada carga de dejar ir a su única hija. Con una mano firme, toma la de Molly y la coloca en la mía, como si también estuviera entregándome una parte de él, de su historia.

La ceremonia es breve, pero significativa. Las palabras del oficiante resuenan en mis oídos, pero todo lo que puedo ver es Molly, sus ojos fijados en los míos, como si nada más en el mundo importara. Y cuando llega el momento de los votos, no hay discursos largos ni promesas grandiosas. Solo palabras simples, profundas, cargadas de la verdad que hemos acumulado durante todo este tiempo.

Y hoy sí la beso.

—Te amo, Vita, con todo lo que soy y todo lo que aún no sé. Te prometo que nunca te dejaré ir. —mi voz temblorosa no es de miedo, es de emoción.

Ella me mira con una sonrisa juguetona, como si me desafiara a hacerla reír en el momento más solemne de nuestras vidas.

—Te amo, Paolo, incluso cuando eres un idiota, y te prometo que te haré sufrir un poco más de lo que te gustaría. —su voz es segura, llena de esa fuerza que siempre me ha cautivado, pero también con esa dulzura que solo ella sabe mostrarme.

Al final, el oficiante nos declara marido y mujer, pero no hay aplausos, no hay vítores. Solo una mirada compartida, un suspiro profundo, y el entendimiento tácito de que este es el comienzo de algo mucho más grande.

Y la vuelvo a besar.



EL CORAZÓN DE MI SOMBRA

KRIS BUENDIA

La fiesta continúa en pleno auge, los murmullos y las risas inundan el aire, mientras los invitados se acercan a felicitarme y a compartir su alegría. Sin embargo, algo me jala suavemente del brazo, y al girarme, me encuentro con la señora Barone. Su presencia, tranquila y elegante, destaca entre la multitud, y en su rostro hay una sonrisa que es tan grande como la de alguien que lleva tiempo esperando este momento.

—Señora Barone —digo, con una leve inclinación de cabeza. Su nombre resuena en mi mente, pero hoy, por primera vez, siento que realmente la estoy viendo.

Ella asiente, su rostro sereno, pero los ojos, esos ojos de alguien que ha visto más de lo que muestra, me fijan con una intensidad que me desconcierta un poco. El Don, desde la distancia, nos observa, pero esta vez no hay nada en su mirada que me parezca amenazante. Todo lo contrario. Su rostro está impasible, pero hay algo que resplandece en su expresión que nunca antes había percibido. Empatía. La palabra se queda flotando en mi mente mientras espero que la señora Barone hable.

—Por fin puedo hablar con usted, señor Santoro —su voz es suave, tranquila, como si cada palabra fuera medida, pensada—. No sé si sea un buen momento para decirlo, pero la ocasión lo amerita.

Mi pulso se acelera levemente. El Don sigue observándonos, pero su tranquilidad parece contradecir lo que la señora Barone va a decirme. No puedo evitar mirar en su dirección, buscando alguna señal de lo que está ocurriendo, y es entonces cuando me doy cuenta de que la situación es más profunda de lo que imaginaba.

—¿Qué sucede? —pregunto, sintiendo una ligera tensión que se cuela en mi voz, sin saber por qué. Mi mirada se fija en ella, esperando una respuesta que me haga entender la gravedad de su declaración. ¿Qué quiere decirme?

—Conocí a su hermano. El coronel Santoro —responde, y la frase cae como un peso sobre mis hombros. La mención de mi hermano, de su traición, siempre está ahí, suspendida en el aire entre nosotros, pero nunca se había hecho tan cercana. Mi hermano, el hombre que traicionó al Don, que lo vendió y permitió que nos lastimaran. La traición que me duele cada vez que la pienso.

—Mi hermano traicionó al Don, lo vendió y dejó que la lastimaran, señora Barone —mi voz sale más firme de lo que pensaba, la rabia apenas contenida, pero hay algo más que me empuja a escucharla.

Ella asiente lentamente, su mirada fija en la mía. Algo en su postura me dice que no está aquí para causar más daño, que las palabras que está a punto de decir no buscan hacerme daño, sino sanar alguna herida que no sabía que aún tenía.

—Su hermano fue el que me encontró y me llevó a la clínica del batallón ese día. De no ser por él, yo no estaría aquí. —sus palabras me paralizan por un momento, como si todo en mí intentara comprender lo que acaba de decir. Mi hermano… fue quien la salvó. La mujer que estuvo a su lado durante tantas horas en la oscuridad de ese lugar, que vio cosas que nadie debería haber visto. Fue él quien, en medio de su traición, había hecho algo bueno.

A lo lejos, el Don sigue observándonos, pero es como si algo en su expresión hubiera cambiado, como si el peso de lo que está ocurriendo también le llegara, aunque se mantenga firme.

—Su hermano cometió errores, Paolo. Pero de algo estoy segura. Quería que fuera el siguiente capo. Y por eso, me dejó un mensaje para usted. —la señora Barone me mira con seriedad, y me doy cuenta de que esto va más allá de lo que imaginaba. Ese mensaje es algo que puedo entender. Algo que podría cambiar las piezas del tablero en el que he estado jugando toda

mi vida.

Ella vacila por un momento, como si estuviera buscando las palabras correctas, y por fin, con un suspiro, continúa:

—No estoy segura de cómo supo que lo conocería, y disculpe por haber tardado tanto en decírselo, pero ese mensaje… —hace una pausa, y el peso de lo que está a punto de revelar me hace sentir como si el aire se hubiera vuelto denso a nuestro alrededor—. Me dijo: No dejes que el pasado se convierta en la cárcel de su futuro. El camino hacia el poder está lleno de sombra, pero también de redención. Hazle saber que aún hay tiempo para borrar la mancha.

Mi corazón se detiene por un segundo, y las palabras de mi hermano, aquellas que nunca pude escuchar directamente de él, se clavan en mí con una fuerza inesperada. ¿Él quería que todo fuera diferente? ¿Querías que tuviera una oportunidad para seguir adelante, más allá de las sombras de lo que nos hizo?

Nadie sabrá nunca porqué traicionó a la Cosa Nostra. Es por él que nunca quise ser parte de este mundo. Él era mejor que yo, más frío, y más viejo. Mi mente da vueltas, buscando entender las implicaciones de esas palabras, pero la mirada de la señora Barone sigue fija en mí, esperando mi respuesta, esperando que entienda lo que se está revelando.

Ella respira profundamente, y una leve sonrisa se dibuja en sus labios, una sonrisa llena de tristeza y comprensión.

—El mensaje es claro. Él quería que dejara atrás la carga. No por él, sino por usted. Y por lo que aún le queda por vivir. —sus ojos se suavizan, y por un momento, parece que todo lo que ha sucedido no está tan lejos de la redención, de la posibilidad de un nuevo camino.

Siento una mezcla de alivio y sorpresa. Mi hermano, el hombre que había traicionado a todos, había dejado una última voluntad, una última oportunidad para algo diferente. Algo que no puedo ignorar. Miro al Don una vez más, y ahora sé que esa mirada tranquila no es indiferencia. Es comprensión. Es saber que, en la vida, no todo está perdido, no todo está marcado por la sangre y la traición.

—Gracias —digo, mi voz quebrada, pero llena de una gratitud que no había conocido hasta ahora.

La señora Barone asiente, y en sus ojos hay algo que no puedo describir completamente, algo que conecta mi pasado con mi presente, pero también con un futuro que aún no sé si puedo imaginar. Sin decir una palabra más, se aleja, dejándome con el eco de las palabras de mi hermano y el peso de la decisión que tengo que tomar.

Yo le sonrío, pero no puedo dejar de mirar a Molly. Ella está allí, brillando, como siempre debió ser.

La fiesta comienza en el jardín, la música se vuelve más animada, y todos se dejan llevar por el ambiente festivo. El champagne fluye, las risas se mezclan con la música, y el aire fresco de la tarde parece más dulce de lo que nunca recordé. Pero lo que más me llena es verla a ella, a Molly, moverse con libertad entre los invitados, su risa sonando en cada rincón, mientras yo sigo sus pasos desde la distancia, sabiendo que esta vida que ahora compartimos será todo lo que jamás imaginé.

Finalmente, mientras la noche cae y las estrellas comienzan a brillar sobre nosotros, ella se acerca a mí, sus ojos chispeando con una diversión que me hace sonreír.

—¿Así que ahora soy la señora Santoro? —su tono es juguetón, como si se estuviera acostumbrando a ese nuevo título.

—Nunca dejaste de serlo, señora Santoro —respondo, con una sonrisa amplia, y me acerco a ella para tomar su mano—. Y no sabes lo feliz que me hace decirlo.

Ella sonríe y me besa suavemente, como si fuera un recordatorio de todo lo que hemos conquistado.

—A veces creo que, después de todo, no soy tan tonta como parecía, ¿verdad?

—Nunca lo fuiste —le respondo, acariciando su mejilla—fui un idiota. Y te lo prometo, nunca más lo seré.

—No, Paolo —dice, casi en un susurro—. Tú siempre serás mi idiota. Pero eres el idiota con el que quiero pasar el resto de mi vida.

Y así, con una risa suave y una promesa compartida, damos un paso juntos hacia el futuro, sabiendo que, a pesar de todo lo que hemos sido, este es solo el comienzo de nuestra historia.

Ella me sonríe de vuelta.

—Oye, *gánster* qué bonitos ojos tienes. —susurra en mis labios.

La atraigo más hacia mí. Y por fin tengo una respuesta para eso:

—Son solo para ti.

FIN

Escena extra



ANTONIO

Trabajé como guardaespaldas para los Valentini hace veintitrés años, y hace veintidós cometí el error más hermoso y doloroso de mi vida: una aventura de una noche con Laura Valentini. Sabía que nunca podría tenerla, que nunca podría estar a su lado como un igual. Pero de esa noche nació mi hija, y desde entonces no tuve otra opción más que quedarme. No por amor a Laura, sino por amor a la pequeña que ni siquiera sabía que yo existía.

Me quedé por ella, por mi hija. No como su padre, porque ese lugar no me pertenecía, sino como un simple sirviente. Un guardaespaldas leal que siempre estaría allí para protegerla, aunque nunca pudiera decirle la verdad. Pero los niños ven más allá de las apariencias. Mi pequeña traviesa siempre me miró como algo más. No como un sirviente, ni como un extraño, sino como un padre.

Y ahora, las cosas han cambiado. Ya sabe que soy su padre, que lleva mi sangre. Y aunque al principio no estaba seguro de cómo lo tomaría, no podría estar más feliz. Mi vida está completa por primera vez. Y como si eso no fuera suficiente, ahora soy abuelo.

La veo cargar a su bebé, una niña, y el mundo parece detenerse. Todo lo que he hecho, todo lo que he sufrido, cada sacrificio, ha valido la pena. Pero hay algo que nunca podré olvidar, algo que selló mi destino como su protector: la noche en que escuché a Adriano De Luci decirle a su padre que tenía las fotos perfectas para ofrecer a Molly al mercado de trata.

Mi alma abandonó mi cuerpo en ese momento. Mi hija, mi pequeña, no iba a ser vendida. No mientras yo estuviera vivo. No lo pensé. No pude. Solo actué.

Entré a su habitación mientras dormía. Había visto a Molly con él antes. Pensé que eran amigos, que tal vez era un amorío adolescente. Pero algo en él me inquietaba, algo que nunca pude definir. Por eso lo vigilaba más de lo normal. Y esa noche, esa vigilancia me salvó. Lo vi dormido, completamente vulnerable. Tomé el cuchillo que había escondido en mi bota. Él estaba drogado, droga que yo mismo puse en su comida para asegurarme de que no luchara.

Abrí sus muñecas. Fue rápido, silencioso. Vi cómo la vida se le escapaba, y con ella, el peligro que representaba para mi hija. Me aseguré de que no quedara rastro, de que pareciera un suicidio.

Mi hija estaría a salvo mientras yo viviera.

Pero entonces llegó Paolo Santoro.

La primera vez que lo vi casi me da un infarto. Era la viva imagen de un Adriano De Luci, o eso pensé. Otro hijo de puta con poder, dispuesto a usarlo para lastimar a los demás. Cuando Gregorio Valentini anunció que Molly estaba comprometida con él, sentí que el mundo se me venía encima. Pero me equivoqué.



Lo vi en sus ojos, la forma en que la protegía, en que se desvivía por ella. Vi cómo cambió su mundo, no solo la decoración de su mansión, sino la manera en que ella sonreía, cómo brillaban sus ojos cuando estaba con él.

Entonces lo supe: ella estaba a salvo con él.

Y yo, por fin, puedo irme de este mundo en paz cuando me toque.

—Papá, ven aquí.

Su voz me saca de mis pensamientos. La encuentro en la ventana, sentada en una silla mecedora, con su bebé en brazos. La luz del atardecer entra por el cristal y las baña a las dos en un resplandor dorado. Es la imagen más hermosa que he visto en mi vida.

—¿Qué pasa, pequeña? —le pregunto, acercándome lentamente.

—Mira. —levanta a la bebé hacia mí con una sonrisa cansada pero llena de amor. La pequeña se mueve inquieta, pero cuando me acerco, me toma el dedo con su manita diminuta.

—Es perfecta —susurro, con un nudo en la garganta.

—Lo es —responde Molly, mirándola como si fuera todo su mundo.

Me arrodillo frente a ella, apoyando una mano en su rodilla, y la miro a los ojos.

—Todo valió la pena. Cada maldita cosa que hice, cada sacrificio... todo fue por esto.

Ella sonríe, y aunque no dice nada, sus ojos lo dicen todo.

Mientras me pongo de pie, miro por la habitación y noto algo en la repisa: un pequeño álbum de fotos. Lo abro y veo imágenes de Molly y Paolo, de su boda, de momentos felices, de la vida que siempre quise para ella. Felicidad.

Cierro el álbum y miro a mi hija y a mi nieta una vez más.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Gracias.

—Por ti, haría todo de nuevo, pequeña. Absolutamente todo.

LA DEVOCIÓN
DE MI FANTASMA

LIBRO 7

SERIE PÉTALOS DE SANGRE



KRIS BUENDIA

CAPÍTULO 1



Theron

El motor del Aston Martin DBS Superleggera ruge en la penumbra de Londres, su reflejo brillando en el asfalto húmedo. Mis nudillos están blancos contra el volante, y la música retumba en el interior como un eco de mi propia condena.

"I'm not a perfect person..."

La voz de Hoobastank resuena en los altavoces, las mismas palabras que debí haberle dicho a todos los que he destruido. Los que he matado. Los que salvé.

No importa.

Nada de eso es suficiente.

Aparco el coche de golpe junto a la acera, el cuero de mis guantes crujiendo cuando los aprieto en un puño. El pulso me late en la garganta, una jauría de lobos rabiosos mordiéndome desde adentro.

No puedo respirar.

El aire pesa, sofoca, me hunde.

Saco el arma, el frío metal contra mi sien es casi un alivio. Un respiro. Mis dedos se tensan en el gatillo. Estoy listo. Estoy listo.

Hasta que la escucho.

Una voz.

Una melodía.

Cierro los ojos, tratando de ignorarlo, pero es imposible. Es... perfecta. Cruelmente perfecta. Como un ángel susurrando a un condenado. Bajo el arma, inhalo con fuerza, mi corazón bombeando un veneno distinto ahora. Abro la puerta y salgo del coche, el aire nocturno mordiendo mi piel. La busco.

Y ahí está.

En el borde de la acera, sentada con una guitarra vieja, su cabello negro con las puntas teñidas de naranja como llamas danzando en la oscuridad.

No me ha visto. Canta con los ojos cerrados, las palabras deslizándose de su boca como una súplica silenciosa.

"And the reason is you..."

A sus pies, un cráneo abierto —animal, supongo— descansa sobre el concreto con un

puñado de monedas en su interior. Macabro. Real.

Ella siente la canción. Cada palabra. Cada herida.

Y entonces me pregunto... ¿También quiere rendición?

No, no puede. Ella es hermosa. Hermosa de una manera peligrosa, de esa clase de belleza que envenena, que consume.

Me acerco, mi sombra alargándose sobre ella. Y justo en ese momento, abre los ojos.

El sonido de los billetes rozando el cráneo es casi imperceptible, pero yo soy más rápido que ella. Apenas los dejo caer, pero enseguida los vuelve a cerrar. Sigue cantando. Como si nada hubiera pasado.

Como si el mundo a su alrededor no existiera.

La gente empieza a acercarse, atrapada por su voz. No los culpo. Suena como si estuviera hecha de algo divino, algo que yo, de todas las personas, jamás debería tocar.

Me quedo de lejos, observándola.

Y siento algo jodermente primitivo crecer dentro de mí. Protegerla.

No debería estar aquí. No debería quedarme. Pero no puedo irme.

Treinta minutos. Luego, un repertorio más. Diez minutos después, sigue cantando. Tiene buen gusto. Y cuando finalmente guarda sus cosas, cuando veo cómo toma el cráneo con la misma delicadeza con la que recoge el dinero y lo guarda en su bolso, cuando se cuelga el micrófono y el pequeño parlante al hombro y empieza a caminar… la sigo.

Como el maldito raro que soy.

Ella no se da cuenta. Camina por calles estrechas hasta llegar al lago. No hay casas aquí, solo un par de barcazas, casas flotantes.Y entra a la más pequeña.

¿Ella vive ahí?

—No dejas de sorprenderma, *pajarito*.

Me quedo en la oscuridad, observando. Hasta que la luz del interior se apaga. Solo entonces me permito irme.

Al día siguiente, regreso.

No planeé hacerlo, pero aquí estoy. Buscándola.

Y cuando la veo, maldición. Es aún más hermosa a la luz del día.

Está de pie esta vez, preparando su equipo. Su cabello negro con puntas naranjas brilla bajo el sol, como llamas ardiendo en la brisa. Lleva una chaqueta de mezclilla, pantalones cortos a juego y una blusa de tirantes negra que deja ver más piel de la que esperaba. Su piel.

Porcelana. Suave. Perfecta.

No es como las mujeres que suelo llevar a casa. No es artificial. Se nota que disfruta una buena comida, y su cuerpo lo demuestra de la mejor manera. Curvas que incitan al pecado.

Y su sonrisa… joder.

No debería mirarla tanto. No debería querer verla más de lo necesario. Pero estoy teniendo problemas para mantenerme tranquilo.

—Señor Sterling.

La voz de mi segundo al mando me arrastra de vuelta.

Me tenso antes de girarme lentamente hacia él.

—El Don Barone lo necesita.

Mi mandíbula se endurece.

"Don Barone puede irse al infierno."

Pero no lo digo en voz alta. Solo me humedezco los labios, sin apartar la mirada de ella. Cantará en cualquier momento. Y yo no me iré hasta escucharla.

—Dile que hoy no. Estoy ocupado.

Él parpadea, sorprendido.

Pero no discute.

—Se lo diré.

Y se aleja.

Yo me quedo. Porque ya no hay marcha atrás.

Me quedo en mi lugar, observándola.Y entonces, su voz vuelve a llenar el aire.

No debería estar aquí. No debería mirarla como lo hago. No debería querer algo que no puedo tocar sin destruirlo.

Pero aquí estoy.

Y cuando la veo cerrar los ojos, perdiéndose en la canción como si el mundo no existiera, mi mente es un caos de pensamientos demasiado oscuros para alguien como ella.

Sonrío, apenas, y susurro para mí mismo:

—No sé si quiero protegerte... o corromperte.

Y lo peor es que aún no decido qué sería peor para ti.

—¿Qué es, Lirio de tigre?[1]

MIEMBROS DE LA HERMANDAD DE LA COSA NOSTRA Y ALIANZAS



Paolo Santoro: Capo, subjefe de la Cosa Nostra.
Roco Barone: Don de la Cosa Nostra.
Viktor: Segundo al mando de la seguridad de Roco y la esposa del Don.

AMIGOS ALIADOS DE LA MAFIA DE LONDRES:

Theron Sterling: Jefe de la organización criminal de Londres.

AMIGOS ALIADOS DE LA BRATVA:

Bear Romanov: Pakhan, líder supremo de la Bratva.
Anton y Konstantin Romanov: (Hermanos del Pakhan y encargados como enlaces entre los capos y los miembros de rango inferior. Supervisan las operaciones y aseguran que se sigan las órdenes del jefe supremo y los capos. Recopilan información sobre amenazas externas y operaciones policiales. Garantizan la seguridad de los miembros clave y la confidencialidad de las operaciones.).
Dimitri Markov: Subjefe (Bratan) (Nuevo consejero principal de Bear Romanov y estratega. Soldados (Bratishka): Realizan tareas específicas según las órdenes de los tenientes y capos. Pueden estar involucrados en actividades criminales como la recolección de deudas, la protección de negocios y la intimidación.

Esta jerarquía puede cambiar conforme vayas conociendo a los personajes en toda la serie.

AGRADECIMIENTOS



Gracias querido lector por haber leído la historia de Molly y Paolo. Es por ti que sigo aquí, creando y maquinando la siguiente historia para hacerte viajar conmigo a un mundo que ni tú ni yo queremos admitir que nos gusta en la vida real, ¡SOLO EN LIBROS! Amaría que siguieras leyendo la siguiente historia.

¿Qué sigue?

La historia de Theron Sterling, el jefe de la mafia de Londres. Sé que ya lo conociste en el libro 5 y ahora en la historia de Paolo.

Hemos llegado al final de esta serie, en la cual volví a renacer después de diez años en esta maravillosa carrera que me ha permitido cruzar fronteras. Esta serie significa mucho para mí, cada personaje y cada historia y es un agridulce despido porque aunque quisera seguir con Pétalos, tengo muchos proyectos que sé que te van a encantar.

Vivir en inglaterra me ha inspirado mucho para la historia de Theron, un médico que así como su alma, le gusta torturar, le llaman “Fantasma”. Nadie lo ve en la oscuridad, pero habrá una persona que sí lo note, su lirio de tigre.

Si quieres conocer su Devoción, nos vemos del otro lado en LA DEVOCIÓN DE MI FANTASMA. Libro 7 de la serie Pétalos de sangre.

LIBROS ANTERIORES Y ORDEN SUGERIDO DE LECTURA:

La obsesión de mi bestia, libro 1.
Las cicatrices de mi monstruo, libro 2.
Las mentiras de mi villano, libro 3.
El alma de mi demonio, libro 4.
La sangre de mi diablo, libro 5.
La sombra de mi corazón, libro 6.

PRÓXIMAMENTE:

La Devoción de mi Fantasma, Libro 7.

No sé si habrá más libros sobre esta serie o libros con personajes secundarios, lo sabremos en el desarrollo de las mismas y con tu apoyo a la serie también.

Kris.

SOBRE LA AUTORA



Todo comenzó con:
Todo comenzó cuando era muy joven y descubrió que le resultaba más entretenido contar la historia de los villanos que la de los príncipes azules o las damiselas en apuros.
A menudo, la historia de los villanos está mal narrada, y ¿qué mejor idea que crear mis propios libros con mujeres fuertes y valientes que se enamoran y salvan sus propias almas?
Si estás buscando historias encantadoras, no las encontrarás en mis libros. Aunque prometen un final feliz, primero debes cuestionarte si te gusta todo lo que escribo. Podría seguir hablando de mí durante horas, lo cual detesto; por eso, te recomiendo que mejor leas mis libros.

¿Quién es Kris?
Kris es una autora internacional de bestsellers, ocupando el primer puesto en Amazon con sus trilogías "Quédate Conmigo" y "La Profesional", entre otros éxitos.

Actualmente, ha publicado más de cuarenta historias.
Sus obras giran en torno a villanos, amor y mentiras, siempre culminando en finales felices. En sus libros, te sumergirás en cautivadores tropos como la mafia, antihéroes, multimillonarios y otros elementos que te llevarán al mundo del dark romance.
Reside en el Reino Unido y constantemente está maquinando la próxima historia que cautivará a sus fieles lectores.
FUI AUTORA ROMÁNTICA DEL MES EN KOBO EN EL MES DE ENERO DEL 2019.
EL LIBRO ENGEL CATALOGADO COMO MEJOR ENTREGA DE ÉXITO EN EL 2021.
LAS TRILOGÍAS LA PROFESIONAL Y QUÉDATE CONMIGO #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
C DE CENICIENTA #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
LA MANSIÓN #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.
Sígueme en Instagram y suscríbete en mi página web para acceder a libros gratis
www.krisbuendiabooks.com

---

[1] Referencia a la flor, lirio de tigre, su color naranja y motas café. Hace referencia a que ella por su cabello y sus pecas le recuerdan a esa flor.